GRANIZO DE OTOÑO

MARÍA ÁNGELES LÓPEZ DE CELIS

NOVELA CONTEMPORÁNEA



EDITORIAL
SARGANTANA

GRANIZO DE OTOÑO

MARÍA ÁNGELES LÓPEZ DE CELIS

GRANIZO DE OTOÑO

MARÍA ÁNGELES LÓPEZ DE CELIS


EDITORIAL
SARGANTANA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Granizo de otoño

© Del texto: María Ángeles López de Celis

© De esta edición: Editorial Sargantana, 2025

Email: info@editorialsargantana.com

www.editorialsargantana.com

Primera edición: Octubre, 2025

979-13-88107-23-8

Impreso en España



Los papeles que usamos son ecológicos, libres de cloro y proceden de bosques gestionados de manera eficiente.

A los periodistas del mundo…
A todos

Prólogo

La pasión de escribir

Me pregunto en qué momento María Ángeles se dio cuenta de que había anidado en ella la pasión de escribir.

Psicóloga de formación, funcionaria ejerciente y escritora de vocación, es esto último lo que la ha llevado a asomarse al abismo de la realidad y la ficción.

María Ángeles se ha atrevido a escribir libros periodísticos y novelas, y en cada una de sus páginas aflora su manera de pensar, de soñar, de contemplar la vida.

Esa es la impresión que me producen sus libros: que están escritos por una espectadora pertinaz.

Y leyendo alguno de sus textos periodísticos no me ha costado reconocer en ellos la vocación domeñada de su autora. Creo que en la piel de la psicóloga convertida en funcionaria se esconde la vocación de la periodista. Y esa vocación se trasluce especialmente en su última novela, *Granizo de otoño*, cuya protagonista es precisamente una profesional del periodismo.

Periodismo, política, traiciones, corrupción… la vida misma se abre paso a través de su escritura precisa en un afán por convertir al lector en cómplice de lo que está leyendo.

¿Un homenaje al periodismo? Habrá que preguntarle a la autora, que durante tantos años ha contemplado desde distintas barreras esta profesión que tanto le fascina. De lo que no tengo duda es de que en ella anida la pasión por la escritura.

Suerte con este *Granizo otoñal*.

Julia Navarro

Capítulo 1

Espero con el tiempo justiciero
que retornes buscando una ilusión de amor.
Y volverás a mí, así lo espero.
Así lo espero…
Delirio de grandeza. Rosalía, 2021

El avión tomó tierra con unos minutos de retraso. Clara Ríos recorrió el *finger* a buen paso y se encaminó hacia la recogida de equipajes por un sinfín de pasillos y escaleras mecánicas siguiendo las indicaciones de la terminal. Como cada día, el aeropuerto JFK de Nueva York era un hervidero de gentes de todo tipo y condición, procedentes de los lugares del mundo más dispares, cada uno con su historia, cada cual con sus circunstancias.

Teniendo en cuenta que su estancia en la ciudad de los rascacielos se preveía, al menos, para un año, el equipaje de la muchacha bien podía calificarse como especialmente voluminoso. Dos maletas grandes y una bolsa de viaje que su madre le había preparado.

Fue dura la despedida, puesto que, para Clara, su madre y su abuela eran todo su mundo. Desde la muerte de su padre, estaban más unidas que nunca. La desaparición del hijo, esposo y padre había reforzado los lazos entre las tres mujeres y la interdependencia entre ellas era total.

Aunque ya habían pasado casi cuatro años, Clara lo recordaba como si los hechos hubieran ocurrido hacía media hora. Fue la

agencia de noticias la que les comunicó el triste suceso, si bien Robert Foster, su colega y amigo del alma, contactó con su madre inmediatamente para informarle de la tragedia con más detalle, entre lágrimas y blasfemias, a la vez que se ponía a su disposición para lo que la familia pudiera necesitar. Él mismo aún no daba crédito a lo sucedido, sobre todo porque ambos habían cubierto, durante años y para sus respectivos medios de comunicación, muchos conflictos bélicos por esos mundos de Dios.

La mañana del 7 de febrero, Antonio Ríos llamó tres veces a su agencia para informar del inminente ataque que iba a tener lugar sobre Sebastopol, en la península de Crimea, por parte de las tropas rusas; era, sin duda, la noticia del día. Pidió autorización para situarse con el ejército ucraniano en sus posiciones defensivas, pero al no disponer de chaleco adecuado y debidamente identificado, decidió quedarse en el centro de comunicaciones. Sin embargo, un misil, lanzado desde un poblado situado a escasos cincuenta kilómetros, alcanzó las instalaciones, que quedaron prácticamente destruidas. El explosivo mató a Antonio, a dos periodistas más y a tres soldados, dejó heridos a otros quince. Robert Foster, por aquel entonces corresponsal para *The New York Times*, y otros compañeros consiguieron desplazarse hasta el punto convenido para cubrir la operación militar con la promesa de compartir la crónica con los que no habían podido avanzar.

Robert entró en *shock* nada más conocerse la noticia, necesitó atención psicológica con el fin de paliar la angustia y la desesperación de las que fue presa ante una tragedia difícil de creer: los que quedaron a buen recaudo habían muerto y los que pusieron su vida en riesgo salieron indemnes. El mundo al revés…

Finalmente, las tropas militares ucranianas se replegaron y abandonaron la península, si bien a día de hoy aún se considera Crimea como parte de los territorios temporalmente ocupados por Rusia.

Foster viajó a Madrid con el fin de estar presente en las

honras fúnebres de su amigo y acompañar a su familia en aquellas horas difíciles. Y fue precisamente entonces cuando desveló a su viuda la firme promesa que, ante su insistencia, Antonio le había arrancado. Básicamente se trataba de que, si algo le sucedía, Robert, de acuerdo con la madre, tutelaría a su hija Clara y la ayudaría en sus inicios como periodista, teniendo en cuenta que la muchacha ya había comenzado los estudios universitarios. Y había llegado el momento de cumplir lo prometido. Clara dejaba la facultad en un par de meses y andaba buscando hueco como becaria en algún medio de comunicación sin pretensiones. Tal vez en uno digital de segunda fila o como reportera en algún canal de televisión de escasa audiencia.

Tras los sucesos de Crimea, Robert Foster decidió abandonar la corresponsalía de guerra e integrarse en la redacción del periódico como segundo jefe de la sección de «Internacional». No solo le costó adaptarse a la nueva situación, sino que, además, la falta de motivación en su nuevo cometido, la dificultad para integrarse en un equipo de compañeros de por sí impenetrable y los durísimos recuerdos de un pasado como testigo directo de guerras y conflictos en los que vio morir a muchos y sufrir a muchos más le complicaron la vida hasta el punto de no reconocerse ni él mismo. Tanto fue así que su esposa, de origen canadiense, lo abandonó, se llevó consigo a su hijo, al que apenas tuvo tiempo de conocer, puesto que su trabajo le había mantenido lejos de casa durante largos periodos. Por ello, se había perdido la infancia, los juegos, los años escolares y la adolescencia de un muchacho que, con la mayoría de edad, había tomado la decisión de adoptar el apellido de su madre y obviar el suyo.

Hacía años que Robert intentaba recuperar, sin éxito, la comunicación con su hijo, del que solo sabía, a través de su exmujer, que se había graduado como arquitecto por la universidad de Montreal y que todos le auguraban un futuro prometedor.

La visita de Clara Ríos suponía para Robert Foster una

oportunidad para dejar de ser un ermitaño, un hombre intratable y depresivo del que todo el mundo huía, a pesar de estar considerado como un maestro del periodismo, reconocido y respetado por la profesión.

Ángela advirtió a su hija Clara sobre las particulares circunstancias por las que atravesaba el tío Robert y su difícil carácter, pero su voluntad de cumplir la promesa que le hizo a su padre y la oportunidad que para su futuro profesional suponía su ayuda obligaba a toda la familia a un agradecimiento eterno. La muchacha, de temperamento dulce y alegre, estaba segura de conseguir que aquel hombre atormentado aflojara en su amargura y recuperara cierta alegría de vivir. Estaba dispuesta a poner en ello todo su empeño.

A pesar de que la decisión de su traslado a Nueva York se tomó tiempo atrás y todas la habían asumido como la mejor opción, una vez llegado el momento no fue fácil para Clara separarse de su madre y, menos aún, de su abuela Magdalena, con la que había vivido desde muy niña. Su abuelo falleció de un ataque al corazón demasiado pronto. Y como era lógico, ante la trágica pérdida de uno de sus dos hijos, la abuela Magdalena se había volcado en ser útil para su nuera y su nieta. Se ocupaba de las tareas domésticas y, en especial, de todo lo relacionado con Clara, a la que adoraba. Por su parte, la joven sentía por la anciana un afecto y una ternura tan especial que le abrumaba dejarla sola durante tanto tiempo. De sobra sabía que sería ella quien más la echaría de menos. Al fin y al cabo, su madre, Ángela Carretero, aunque le costó recuperarse de la pérdida de su marido, aún era joven y podía perfectamente rehacer su vida. Además, era justo reconocer que este pasaba lejos de casa largas temporadas, con lo cual su ausencia cotidiana no era tan evidente.

Junto con su colega y socia Catalina León, Ángela dirigía una clínica especializada en odontología infantil, en la que había volcado todas sus energías durante aquellos primeros años de viudedad. En cualquier caso, ella adoraba su profesión y era

cierto que tenía un ángel con los niños, que dejaban de sentir miedo al sillón y a los aparatosos instrumentos propios de la consulta en cuanto la odontóloga les contaba un cuento o les hacía un sencillo truco de magia. Conseguía que se marchasen con una sonrisa y la promesa de no comer demasiados caramelos.

A Clara las despedidas la ponían especialmente triste, hasta el último momento no dio el visto bueno a que su madre y su abuela la acompañaran al aeropuerto. Si por ella hubiera sido, habría preferido ahorrarse el mal rato, pero las dos mujeres estaban tan decididas que no tuvo valor para negarse. Se abrazaron sin medida y algunas lágrimas se desbordaron en el último instante, si bien la Navidad estaba a solo un par de meses vista y Clara regresaría a casa para pasar con su familia las tradicionales fiestas.

Una vez fuera de la terminal, la muchacha debía buscar un coche cuyo conductor la estaría esperando. Se trataba de un vehículo del periódico que la recogería aprovechando el viaje desde Manhattan al aeropuerto de dos enviados especiales que cubrirían la información de la cumbre del clima, a celebrar en la ciudad escocesa de Glasgow, y cuyo vuelo tenía previsto el despegue en un par de horas.

Efectivamente, allí estaba el chófer, apoyado en el coche, sujetando un folio escrito con grandes letras que decía: «Miss Rivers».

Capítulo 2

Pasan los días.
El otoño, el invierno y la primavera.
Llega el verano, vida mía, y no te tengo a mi vera…
Pasan los días.
Cuando olvidaré. C. Tangana, 2021

El viaje desde Queens hasta Manhattan dura aproximadamente una hora, si el tráfico es el habitual. Clara había permanecido en silencio durante todo el vuelo y estaba deseando hablar con alguien. Por ello, decidió iniciar una conversación con el conductor, de nacionalidad ecuatoriana y de nombre Franklin Guevara. Parecía un hombre simpático y muy comunicativo, y el idioma común ayudaba, de eso no cabía ninguna duda.

—Soy Clara Ríos —se identificó la muchacha— e imagino que ya sabrá que voy a trabajar en el periódico durante los próximos meses.

—Claro, señorita. El señor Foster ya me informó y me insistió en que la llevara a casa directamente. Aquí tengo las llaves. Él suele trabajar en la redacción hasta tarde, pero no se preocupe que le dejó comida en el refrigerador y yo le ayudaré a instalarse.

—Oh, muchas gracias, Franklin, pero estoy segura de que no será necesario.

—Lo hago encantado. ¿Sabe? Todo el mundo piensa que el señor Foster es un hombre… digamos… complicado. Pero

conmigo siempre fue muy correcto y tengo la sensación de que me aprecia de verdad.

—Tal vez se trate de saberlo llevar —concluyó Clara—. Ha sufrido mucho. Los corresponsales de guerra no son periodistas normales y creo que la muerte de mi padre y de los demás compañeros en Crimea le hizo replantearse no solo la profesión, sino su vida entera.

—Sí, señorita. Ya lo creo. El señor Foster me contó lo ocurrido. Tuvo que ser terrible; aprovecho para acompañarla en el sentimiento.

—Muchas gracias, Franklin. Es usted muy amable.

—Y luego está lo de su esposa. Imagínese, después de ese palo, su mujer lo abandona también, y se lleva a su hijo. Justo cuando por fin todo apuntaba a que llevaría la vida familiar que nunca había tenido. Eso fue el golpe definitivo.

—Desde luego, pero, hasta donde yo sé, el matrimonio ya estaba herido de muerte hacía años.

—Eso tengo entendido. Pero bueno, señorita, hay que dejar atrás el pasado y mirar hacia delante. La vida siempre acaba por ordenarse y sorprendernos con cosas bonitas.

—Vaya, Franklin, es usted todo un filósofo.

—Y ahora, disfrute del viaje, que ya estamos entrando en Manhattan. ¿Sabía usted que esta isla se especializó en el comercio de pieles en su época salvaje? Eso fue hasta 1626, año en que llegó Peter Minuit, gobernador de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales y les compró Manhattan a los indios autóctonos por veinticuatro dólares. Acto seguido la bautizó como Nueva Ámsterdam.

—De nuevo me sorprende usted. Espero que tengamos oportunidad de charlar a menudo. Sería de gran ayuda para una recién llegada como yo, que no conoce en absoluto la ciudad —pensó Clara en voz alta.

—Seguro que así será. Y ahora disfrute del espectáculo. Estamos a punto de atravesar el Queensboro y entrar en la isla y, como está anocheciendo, la primera impresión para el forastero suele ser muy impactante.

Franklin tenía razón. El momento crepuscular tiene siempre algo de mágico. Esos pocos minutos en que no es de día ni de noche, en que parece reinar un silencio contenido mientras las siluetas de las torres neoyorquinas van adquiriendo lentamente un aura brumosa y fantasmagórica. Es la derrota diaria del sol en favor de las luces de neón que resucitan, cada nuevo ocaso, el alma de los edificios, duplicando su silueta a través de su reflejo en los ríos que bordean la isla, el East River y el Hudson, convirtiendo el escenario en más urbano y colorista que nunca. La realidad superaba con creces los mitos cinematográficos.

—Ya hemos llegado —informó el chófer deteniendo el coche a la altura del número 340 de la E 57th St.

Clara se bajó del vehículo sin dejar de observar impresionada la amplia marquesina que cubría el señorial portalón, del que ya salía un conserje para ayudarlos con el equipaje.

—*Good evening!*[1] —saludó el hombre con un acento norteamericano muy marcado.

Los dos respondieron y Franklin le explicó que en aquella zona de Manhattan todos los inmuebles disponían de un conserje que, además, hacía las funciones de ascensorista, de modo que en ningún caso estaba permitido subir o bajar sin su compañía. Costumbres arcaicas, pensó la muchacha. Menuda manera de combatir el paro…

El apartamento, situado en el séptimo piso de doce, era sencillo pero espacioso. La cocina, magnífica, con una zona para comer junto a un gran ventanal, desde el que se dominaba un buen tramo de la 57th St., cuyo tráfico circulaba en ambas direcciones, circunstancia poco habitual en las calles de la Gran Manzana. La cocina tenía dos salidas, una al pasillo y la otra directamente a un hermoso salón, con dos ventanas de gran tamaño y la misma panorámica. La decoración era escasa pero suficiente, y todo parecía limpio y ordenado, teniendo en cuenta que allí vivía un hombre solo que apenas paraba en la casa. Había armarios por todas partes, en el vestíbulo, uno pequeño en el salón, otro en el distribuidor frente al cuarto de

baño, y dos más cada uno en un dormitorio. El de Foster era enorme, con una cama *king size* con muchos almohadones, un vestidor y una zona con escritorio para trabajar. El otro dormitorio, que ocuparía Clara durante su estancia, disponía igualmente de una cama de buen tamaño, con dos mesillas de noche, una cómoda con un montón de cajones y un espejo de cuerpo entero. La primera impresión no podía ser mejor…

En poco más de media hora Clara deshizo las maletas y colocó todas sus cosas en el armario, además de hablar por teléfono con su madre y su abuela, que la acribillaron a preguntas sobre el viaje, los trámites de inmigración, el tiempo meteorológico y su primera impresión de la ciudad.

Mientras, el bueno de Franklin le iba explicando, con todo lujo de detalles, cómo había llegado hasta allí desde un pueblo cercano a Quito, hacía ya más de trece años, buscando una oportunidad de futuro para él y su familia. A pesar de que Clara le sugirió reiteradamente que regresara a casa, puesto que ya era tarde y ella no le necesitaba, Franklin le había asegurado a Foster que no dejaría sola a la muchacha hasta que él llegara, y eso era exactamente lo que haría. Así que, una vez terminada la faena, los dos decidieron descansar en los sofás con unas *Diet Coke* y dedicar un rato a la televisión, con el fin de que Clara aprendiera lo antes posible a manejarse con la amplia oferta de canales de que disponen los telespectadores neoyorquinos.

Por fin, sonó la cerradura que anunciaba la llegada de Robert Foster. Clara se levantó como un resorte y lo abrazó con tanta efusividad que el hombre se quedó un tanto descolocado.

—Tío Robert, ¡qué ganas tenía de verte! —dijo mirándolo de arriba abajo—. Estás estupendo, más delgado, ¿no? Te recuerdo con algunos kilitos de más la última vez que nos vimos —exclamó ella con vehemencia, aunque, a decir verdad, su impresión no era tan buena. Robert Foster parecía haber envejecido de golpe.

—Gracias, Clarita. Pero las fotos de hace cuatro años no dicen lo mismo en absoluto. Es verdad que he perdido peso, pero eso tiene que ver con el abandono de la mala alimentación y los

hábitos insanos que suelen formar parte de la rutina de un corresponsal de guerra. Ahora hago una vida más hogareña y me alimento mejor.

—Genial, porque la abuela Magdalena me ha enseñado a cocinar unos cuantos platos para que pruebes la comida española. Dice que los norteamericanos no tenéis ni idea de lo que es comer bien.

—Esta sí que es buena… Tendré que dejarme querer. Y, dime, ¿qué tal el vuelo? Imagino que Franklin te habrá dado palique sin control, porque mira que le gusta hablar… ¿Te ha tratado bien?

—De diez, tío. Me ha contado un montón de cosas de Nueva York y de su familia. Y no ha querido marcharse a casa hasta que tú llegaras. —La chica acompañó la afirmación con un gesto de complicidad hacia el ecuatoriano.

—Me alegro. Vamos, Franklin, ve a cenar con tu familia. ¿Te ha dicho que tiene siete hijos? —preguntó Foster directamente a Clara.

—¡¡¡No me lo puedo creer!!! —exclamó la muchacha.

—Bueno, señorita Clara, no suelo ir contando por ahí esas cosas. Algunos nos miran como si fuéramos gentes prehistóricas. Ya nadie tiene tantos hijos, pero mi esposa y yo somos felices con una gran familia.

—Claro que sí. A mí me hubiera gustado tener hermanos —se lamentó ella con cierta melancolía para lanzar acto seguido su pregunta—: ¿Y piensan ustedes tener más?

—¡Solo Dios lo sabe! Que descanse del *jet lag*, señorita. Buenas noches, señor Foster, y hasta mañana —se despidió Franklin caminando hacia la puerta.

—No, Franklin, hasta el lunes. Siendo mañana viernes, no iré a la redacción y pasaré con Clara el fin de semana mientras le enseño un poco la ciudad, le explico cómo ir al periódico y cuáles serán sus funciones en un primer momento. —El chófer asintió y salió del piso.

—Claro, tío Robert, y nos vamos adaptando el uno al otro —añadió la joven.

—Creo que no será difícil. Te pareces tanto a tu padre… Repites hasta algunos de sus gestos más característicos. —Había cierto tono nostálgico en las palabras del periodista.

—Eso dice mi abuela…

—Y ahora cenemos algo y a dormir, que estarás cansada y mañana tenemos un intenso día por delante. Por cierto, consultaré el pronóstico del tiempo. Llevamos varios días con amenaza de lluvia, pero no acaba de descargar. De todas formas, no hay que asustarse, el tiempo en Nueva York es muy cambiante debido a la corriente de aire que entra a través del Atlántico. Por eso un chaparrón no suele durar demasiado.

—Y si el tiempo no acompaña, podemos idear un plan alternativo —sugirió Clara pensando en museos o espectáculos.

—No te preocupes, en Nueva York, cuando llueve, se puede hacer casi de todo.

Tras la cena ligera y rápida, la despedida fue igualmente breve, aunque entrañable.

—Buenas noches, tío Robert. Quiero que sepas que estoy muy contenta y más que agradecida de estar aquí. Espero no defraudarte.

—Creo que no podrías ni aunque te lo propusieras, Clara Ríos.

---

1 ‘¡Buenas tardes!’.

Capítulo 3

Dime, dime, dime si tú quieres andar conmigo
no tiene caso que sea tu amigo.
Y si no quieres solo dame un rato,
baby, pero sin ningún contrato.
Sin contrato. Maluma, 2016

El Ayuntamiento de Nueva York está ubicado en City Park Hall, Lower Manhattan, en el barrio de Civic Center, entre Broadway, Park Row y Chambers St. De todos los ayuntamientos de los Estados Unidos, es el más antiguo. Construido entre 1803 y 1812, es un hito histórico nacional y forma parte del Registro Nacional de Lugares Históricos de los Estados Unidos. En la actualidad, alberga la oficina del alcalde y la cámara del Consejo de la ciudad de Nueva York.

La oficina de la alcaldía gestiona el sistema público educativo más importante de los Estados Unidos y administra todos los servicios de la ciudad, la policía, los bomberos, la mayoría de las agencias públicas y es la responsable del cumplimiento de las leyes locales y estatales dentro de la ciudad de Nueva York. Su presupuesto es colosal. Recibe alrededor de veintisiete mil millones de dólares en impuestos, de los que alrededor de catorce mil provienen del gobierno estatal y el federal. Su jurisdicción abarca los cinco *boroughs* de la ciudad de Nueva York: Manhattan, Brooklyn, el Bronx, Staten Island y Queens.

Logan Sheridan, hijo del congresista demócrata californiano Thomas Sheridan, resuelto a seguir los pasos de su padre en

política, llegó a Manhattan para unirse al *staff* del alcalde de Nueva York y aprender el oficio desde la política municipal. Tres años habían pasado y Logan era consciente de que entraba en el último tramo del primer mandato del regidor, que solo puede ejercer como tal dos periodos consecutivos de cuatro años, siempre y cuando gane por dos veces seguidas las elecciones municipales. Aunque el alcalde Richard Adams parecía tener buena prensa entre los electores, no había que cantar victoria, porque la política se había convertido desde hacía tiempo en un terreno pantanoso e inestable sobre el que cada vez era más difícil hacer pronósticos.

El joven Sheridan, de veintiocho años, era el orgullo de su familia —de larga tradición parlamentaria—, y se mostraba ambicioso e impaciente por escalar los peldaños de la escalera que le llevaría a la cima, es decir, al Congreso de los Estados Unidos y a Washington D. C. Pero también era un hombre responsable, trabajador y brillante, que muy pronto se hizo un hueco en el gabinete del alcalde, quien no solo tomaba muy en cuenta sus opiniones y puntos de vista, sino que delegaba en él cada vez más actuaciones que tuvieran que ver con la representación del máximo órgano municipal. Se le daban de maravilla las *public relations*, calmaba ánimos en las protestas, se hacía notar en los sucesos y accidentes, proporcionando consuelo y acompañamiento a las víctimas, y representaba el mejor de los papeles en las entregas de premios y condecoraciones, así como en las celebraciones académicas de las universidades de la ciudad. Desde luego, su físico le proporcionaba seguridad y encanto; alto, fuerte, de pelo castaño, ojos claros y una sonrisa cautivadora, su éxito con las mujeres no parecía tener límites.

—Sheridan, no te olvides de la reunión de coordinación de mañana a primera hora, que ya sabes que la hemos pasado a las ocho por razones de agenda —le advirtió Lex Parker, uno de sus colegas.

—¡Qué me vas a contar! El alcalde quiere que le acompañe a la inauguración de la nueva ala de cirugía pediátrica del Monte

Sinaí. Y nada menos que a las diez, así que, después de los «maitines», salimos y no regresaremos hasta la tarde. Ya sabes, reunión con la dirección del hospital, visita de las instalaciones, ronda por las habitaciones y almuerzo incluido.

—Ya he visto la agenda. Será un día duro, así que no te pases con la salida nocturna, que mañana has de estar fresquito y lúcido.

—No seas *waterparties*[2], Lex. He quedado con Linda y unos amigos para tomar una copa en Maison Premier. Nos recogeremos pronto.

—¿Solo o acompañado? —la pregunta de su compañero de gabinete no podía ser más directa.

—Eso nunca se sabe, colega… Hay que dejarse sorprender por la magia de la noche neoyorquina y la sofisticación de una mujer hermosa —respondió Logan igualmente directo.

—¿Noto en tus palabras un cierto tono de cazador cazado? ¿Es que Logan Sheridan por fin se ha enamorado? —Dos preguntas consecutivas por parte de Parker.

—¡Quién sabe! Tal vez mis tiempos de Casanova están llegando a su fin.

—Entonces, esa Linda ha de ser una mujer muy especial.

—Lo es, compañero, lo es. *See you tomorrow*[3] —se despidió Sheridan dirigiéndose a la salida del edificio para encontrarse con Linda Cooper.

A la mañana siguiente, Logan Sheridan, en perfecto estado de revista, llegó con unos minutos de adelanto con respecto al horario previsto en la convocatoria. La visita fue un éxito. El alcalde y su equipo se mostraron muy satisfechos e interesados por los avances médicos del centro hospitalario, a cuyo presupuesto el Ayuntamiento aportaba, cada año, una subvención sustanciosa.

El Hospital Monte Sinaí se fundó a mediados del siglo XIX para atender a la comunidad judía de Manhattan, si bien, en la actualidad, presta servicio a los habitantes del Upper East Side y

Harlem, uno de los barrios más prósperos y uno de los más deprimidos de la isla, respectivamente. Esta circunstancia provoca una inusual mezcla social y, aunque pasa por ser una de las clínicas más caras y avanzadas del mundo, al mismo tiempo dispone de un buen número de camas para gente sin recursos. De ahí la donación anual incluida en el presupuesto municipal.

Logan Sheridan cautivó a los niños de la zona pediátrica con su desparpajo para escenificar cuentos e historietas. Les dejó jugar con su *tablet* y su móvil y hasta se atrevió con alguna canción infantil que retenía en su memoria.

—Felicitaciones, alcalde, los medios ya dan la noticia de la visita al centro como un nuevo éxito. Son puntos electorales que van sumando —exclamó Lex Parker entusiasmado.

—El mérito es de todos, sobre todo de Sheridan, que nos ha hecho toda una demostración de cómo se conecta con los más pequeños.

—No tiene importancia, alcalde. Como ya sabrá, tengo una hermana pequeña de la que me separan un montón de años, fruto del segundo matrimonio de mi padre. Estamos muy unidos, porque además siempre ejercí de hermano mayor debido a las continuas ausencias familiares por el trabajo de mi padre.

—Oh, no lo sabía.

—Así es. Mi hermana Alice es, probablemente, la persona más importante de mi vida —afirmó Sheridan—. Estoy deseando que llegue Acción de Gracias para ir a Washington y pasar unos días con la familia, pero sobre todo con ella.

—¿Y no me digas que también quiere dedicarse a la política? —preguntó otro de los presentes—. ¿Seréis una saga?

—Aún es una cría, pero yo no lo creo. Ella piensa que la política es la responsable de que sus padres, y ahora también yo, estemos ausentes tanto tiempo. Lo lleva fatal… y yo también la echo mucho de menos.

—Bueno, tal vez deberíamos ir cerrando la agenda y marcharnos a casa cuanto antes —intervino de nuevo el alcalde

—. ¿Habéis visto la predicción meteorológica para mañana? No pinta nada bien. Quiero a bomberos, policía y protección civil preparados desde primera hora. Atentos a lo que pueda suceder.

—Es verdad. Aquí dice que el centro de la borrasca estará sobre nosotros mañana a mediodía y que se puede liar una buena —amplió Sheridan la información.

—¿Nieve? Pero si aún estamos en noviembre.

—Puede que se trate más bien de una fuerte tormenta de lluvia y granizo —añadió Parker.

—El cambio climático… —concluyó el alcalde.

Logan Sheridan solía regresar a casa caminando, pero el viento empezaba a ser molesto y decidió coger un taxi hasta su barrio, Tribeca, cercano a Lower Manhattan, donde se ubica el ayuntamiento. El nombre es una abreviatura de Triangle Below Canal Street. Hoy es un barrio con mucho encanto, aunque no siempre fue así. Los almacenes que ahora funcionan como viviendas provienen del tiempo en que esta era una zona industrial. Tras un periodo de decadencia en los años ochenta, un grupo de artistas empezó a establecerse en las naves abandonadas y comenzó así el renacimiento del barrio. En diez años, Tribeca se convirtió en un lugar agradable y próspero, considerado como una de las zonas más seguras de Nueva York, y también una de las más caras. Muchas *celebrities* y estrellas del cine y la música se han instalado en esta zona de la ciudad, a la que llaman cariñosamente «hogar».

Aunque el alquiler era alto, Logan Sheridan podía permitirse, con una pequeña aportación de su padre, vivir en un minúsculo apartamento en la misma calle que Justin Timberlake, Beyoncé o Leonardo DiCaprio.

---

2 Juego de palabras con la expresión *aguafiestas*.
3 ‘Hasta mañana’.

Capítulo 4

‘Me voy a las profundidades,
mira mientras me zambullo.
Nunca tocaré el suelo,
atravesaré la superficie
donde no puedan hacernos daño.
Ahora estamos lejos de la superficie’.
Shallow. Lady Gaga y Bradley Cooper, 2018

La jornada amaneció con un cielo amenazador, cada vez más cubierto por compactas y negras nubes, a todas luces, cargadas de lluvia. La imposibilidad de romper la barrera nubosa por parte de un sol tímido y otoñal hacía que la temperatura hubiera bajado algunos grados respecto del día anterior, aunque el ambiente seguía resultando bastante agradable.

Robert y Clara desayunaron a conciencia en un Starbucks cercano, con el fin de cargar las pilas antes de comenzar un recorrido a pie por la ciudad y sus arterias principales. Robert parecía animado y Clara pensó que aún no había percibido en él ese carácter arisco y desabrido del que todo el mundo hablaba. Tampoco es que el tío Robert fuera la alegría de la huerta ni el campeón del buen rollito, pero de ahí a los calificativos que había oído sobre él había un buen trecho. ¿Y si había llegado al final de su travesía por el desierto y a partir de ese momento su actitud ante la vida hubiera dado un giro de ciento ochenta grados? ¡Por qué no! Todos merecemos una segunda oportunidad.

Juntos recorrieron la 57th St. hasta la Quinta Avenida, atravesando Lexington, Madison y Park Ave., con el fin de que Clara se ubicara lo antes posible y conociera los transportes públicos que debía manejar en breve. En Nueva York, pasear

significa caminar entre calles tabicadas por encumbradas edificaciones y elegantes rascacielos que parecen desafiar todos los principios físicos y arquitectónicos. Para el visitante por primera vez es imposible dejar de mirar hacia arriba. La muchacha estaba fascinada y en cada cruce se detenía para contemplar el espectáculo que invariablemente ofrece la capital del mundo, la ciudad que nunca duerme, la urbe donde nadie es extranjero, una babel moderna donde se hablan todas las lenguas, la Metrópolis con mayúsculas…

—*Oh my God!*[4] ¡Pero si es Tiffany! Espera, tío Robert. Mis amigas se morirán de envidia.

—¿Otro *selfie*? Anda, dame el móvil y colócate en la puerta. ¿También en Louis Vuitton, y en la Trump Tower? OK.

—Pero tienes que ponerte conmigo. Luego le enviaré las fotos a mamá para que las vea con la abuela.

—Conste que lo hago por las dos señoras Ríos, porque odio posar. No me hago fotos en la vida —afirmó Foster con rotundidad.

—Gracias, tío Robert —dijo Clara con dulzura y cada vez más confundida. No le pasaba desapercibida la paciencia que el periodista desplegaba con ella; como si no quisiera negarle nada; como si estuviera cumpliendo una promesa…

Por fin se internaron en Central Park. El «patio» de todos los neoyorquinos, ese bosque común y propio a la vez, donde se come, se practica deporte, las parejas se declaran su amor, se pronuncian discursos y se cometen crímenes; meta de maratones y emblema de la cultura urbana, oasis de increíble belleza natural y prodigio del paisajismo de vanguardia, donde es impensable la convocatoria de una manifestación o concentración ciudadana que pudiera poner en peligro su cuidado césped o sus primorosos parterres.

De momento, no había caído ni una gota, por lo que ambos decidieron seguir con el plan y almorzar como los neoyorquinos: un perrito caliente y una Coca-Cola comprados en el carrito típico y sentados en un banco del parque. A Clara

todo le parecía excitante y estaba tan contenta que le costaba creer que todo aquello le estuviera pasando de verdad. Aunque seguía desconcertada debido al comportamiento de Robert, se sentía tan agradecida que no dejaba de observarle, con la intención de analizar sus gestos, su expresión y su postura, en un esfuerzo por descubrir alguna pista que le permitiera llegar a una explicación convincente respecto a esa dualidad que parecía existir entre su complaciente conducta y su fama de hombre terrible.

—¿Por qué me miras así, Clara? —preguntó el periodista ante la penetrante mirada de la muchacha—. Parece que me quisieras hacer una radiografía.

—Perdón, tío Robert, si he sido descarada. ¿Puedo serte sincera? —Clara acabó respondiendo con otra pregunta.

—Por favor…

—Llevo meses preparándome para convivir con un hombre solitario, negativo y de mal carácter, alguien con quien se supone que debo desarrollar paciencia y empatía a toneladas para demostrarle mi agradecimiento. A quien, además, no puedo contradecir o defraudar bajo ningún concepto. Se lo debo a la memoria de mi padre… Este es el tipo de cosas que he escuchado en casa como un mantra durante los últimos tres meses. Imaginarás la tensión que he acumulado y la ansiedad que he tenido que vencer antes de venir. La presión ha sido brutal, y resulta que, ahora, me encuentro con un hombre tranquilo y amable, que intenta hacerme la vida fácil y segura.

—OK. Afloja, niña. Yo también te seré sincero: la vida ha sido generosa conmigo en lo profesional, porque amo el periodismo por encima de todas las cosas, pero también he pagado por ello una factura muy cara. Me ha costado mucho sobreponerme a las circunstancias que me han tocado vivir, te juro que extraordinariamente duras en muchos momentos, pero no quiero que los últimos años de mi existencia sean los peores para mí y para los que me rodean. No quiero vivir solo, sin ilusiones ni propósitos, una vida seca y marchita. Esa sí que es la muerte que mata y no la que viene después.

—Eres un hombre inteligente, tío Robert, y esta es la prueba.

—No creas. A mí también me ha costado mucho vencer el resentimiento y la rabia que sentía contra todo, contra todos y contra mí mismo. Y la fama que he ido cosechando en estos años está más que justificada. —Foster hablaba con serenidad y emoción. Antes de continuar, cogió entre las suyas las manos de Clara—. Así que, ya ves…, y añadiré, en honor a la verdad, que darme cuenta de mi error y cambiar de rumbo también ha tenido que ver con tu visita.

—¿En serio? No sé qué decir… —se sorprendió la chica.

—Es cierto. Yo también he puesto muchas expectativas en que nuestra convivencia salga bien. No estoy acostumbrado a vivir con nadie, Clara. Llevo solo mucho tiempo, pero necesito sentir que alguien me espera cada día, que se interesa por mis cosas y yo por las suyas. Eres lo más parecido a una hija que voy a tener en lo que me queda de vida y no quiero que se me escape este tren. No pretendo sustituir a tu padre, eso sería imposible, pero sí que me consideres alguien muy cercano.

—Te aseguro, tío Robert, que ya lo eres. Mi padre fue un gran hombre y me consta que me quería mucho, pero a su manera. Nunca estaba en casa. Por eso me ha sido más fácil no echarle de menos. Las cosas son así, le quise, pero tengo recuerdos de ausencias memorables… de esas que te marcan la infancia… ¡Para qué nos vamos a engañar! —Las palabras de Clara rezumaban melancolía.

—Bueno, supongo que mi hijo también debió de sentirse así durante mucho tiempo, pero ya no puedo cambiar el pasado. Así que, dadas las circunstancias, seremos camaradas y colegas y yo intentaré enseñarte todo lo que he aprendido en tantos años de profesión, aunque es cierto que el periodismo ha cambiado mucho. Pero, al menos, te pondré en el camino. Esa es ahora la misión más importante que tengo que cumplir.

—Y, dime, ¿cómo tienes planeada mi incorporación al periódico? —Por fin Clara sacaba el tema. Estaba deseando hacerlo.

—Verás, el lunes vendrás conmigo a la redacción. Comenzarás

haciendo un recorrido por los distintos departamentos y secciones. Creo que es importante que tengas una visión general como punto de partida, que te familiarices con las tecnologías periodísticas y te desenvuelvas en inglés con soltura antes de dar nuevos pasos. Como es lógico, tendrás una supervisora, una mujer que se convertirá en tu mentora. Es alguien muy profesional y con mucha experiencia. Se llama Emily Clayton. Nos conocemos desde hace muchos años. Ella también ha apoyado mi mantra estas últimas semanas. —Foster movió la cabeza de un lado a otro en señal de resignación—. A diario me ha comido la oreja con la necesidad de desterrar mi carácter endiablado, bajo pena de que una muchacha joven y alegre como tú me abandonara en una semana por continuar con mi actitud de viejo refunfuñón y amargado. Y…, de ser así, tampoco me lo hubiera perdonado, porque yo también se lo debo a tu padre. ¿Qué opinas?

—Pues que, si mi padre nos escuchara, se sentiría muy protagonista. Demasiado, diría yo… Ni tú ni yo debemos sentir ese peso sobre los hombros cada día. Hemos de normalizar la situación y actuar con naturalidad.

—Tienes toda la razón, pequeña. Esa es la actitud. Debemos liberarnos de deudas y compromisos —añadió el hombre con cierta emoción.

—Correcto. Y mucho más con los que ya no están. Mi padre fue un hombre íntegro y comprometido con su profesión y con su tiempo, pero murió, y los muertos no pueden dirigir la vida de los que estamos vivos. Eso dice mi madre cada vez que mi pobre abuela se viene abajo recordando a su hijo.

—Estoy de acuerdo con tu madre y me alegra que hayas conseguido gestionar la tragedia familiar con tanta madurez. No me lo esperaba, Clara. Te lo digo de corazón. Pensaba en ti como en una jovencita atolondrada y dispersa, más preocupada por las redes sociales y las frivolidades propias de la edad. Creo que te va a ir muy bien en Nueva York. Y, de ser así, siempre podemos jugar la prórroga… Aunque no sé si algún *latin lover* te estará esperando en Madrid.

—Bueno, no exactamente… —balbuceó la muchacha con las mejillas encendidas de repente.

—Lo dejamos ahí. Entiendo que aún no tenemos la suficiente confianza… —Foster cambió de conversación para no poner a Clara en un apuro—. Debemos irnos. Está a punto de llover; ya se escapan algunas gotas.

En cuestión de minutos, el cielo de Manhattan se encapotó y adoptó un extraño color amarillento previo a la tormenta. Los neoyorquinos, sorprendidos, aceleraban la marcha intentando eludir el temporal que, según todos los indicios, estaba a punto de desatarse.

Robert y Clara salieron del parque a la misma velocidad con la que las primeras gotas dispersas e inofensivas mudaban en chaparrón, después en aguacero y, finalmente, en una fuerte granizada que cubrió las calles de la Gran Manzana con un grueso manto de hielo. Apenas les dio tiempo a refugiarse en la Apple Store de la Quinta Avenida, junto a otros muchos transeúntes que buscaban la protección de la famosa tienda de la «manzana mordida», parapetados bajo su cubierta de cristal mientras los pedriscos la golpeaban con tal violencia que sonaban igual que tambores de guerra escondidos en el cielo.

Por fin, el granizo dejó de caer y el cielo se aclaró de golpe, aunque la hora vespertina ya había rebajado la luz. Cubierta de blanco, Manhattan se recuperaba del temporal mientras se escuchaban a lo lejos las sirenas de bomberos y policías acudiendo a paliar los destrozos e inundaciones que, con toda seguridad, la tromba de hielo habría causado.

Robert y Clara salieron de su refugio, aún sobrecogidos, y decidieron regresar a casa y descansar. Aplazarían el recorrido turístico restante para otro día con un tiempo menos hostil.

—Creo que lo mejor es que volvamos caminando. No tardaremos más de quince o veinte minutos. ¿Podrás hacerlo, Clara?

—¡Oh, sí! Por supuesto. Estas deportivas son impermeables y no resbalan. De todas formas, me sujetaré a tu brazo, si no te importa —dijo la joven cerrando por completo la cremallera de

su cazadora—. ¡Qué fuerte! Aún estoy impresionada…

—No me extraña. Pero ¿sabes lo que pienso? Que este diluvio no solo ha limpiado el aire contaminado de la ciudad, sino que también ha hecho desaparecer ciertos fantasmas y espectros tóxicos que flotaban sobre nuestras cabezas. ¿Qué opinas?

—Pues que estás rayado, tío Robert. *Let's go!*[5]

4
'¡Oh, Dios mío!'.

5
'¡Vamos!'.

Capítulo 5

‘Aún somos niños, pero estamos tan enamorados.
Sé que estaremos bien esta vez.
Querida, solo toma mi mano,
sé mi chica, yo seré tu hombre.
Te ves perfecta esta noche’.
Perfect. Ed Sheeran, 2017

Aunque no siempre fue esa su ubicación, actualmente la sede de *The New York Times* se sitúa en la zona de Times Square, en el cruce entre la Octava Avenida y las W 40th y 41th St. El edificio, el doceavo entre los rascacielos más altos de Nueva York, está compuesto por una torre de cincuenta y dos alturas y un agregado de cuatro plantas, que compite con la altitud de las torres vecinas. Sumando la longitud de su potente antena, el inmueble alcanza los trescientos diecinueve metros, con una superficie total de ciento cuarenta y tres mil metros cuadrados. En contraposición con el hermetismo general de los edificios de Manhattan, el diseño supuso una apuesta por la inmaterialidad y la transparencia en un intento de simbolizar la esencia que debe caracterizar a los medios de comunicación.

Lo primero que llama la atención al observar la imponente torre es su fachada cubierta por una membrana de perfiles de cerámica que filtran el impacto solar y permiten una distribución homogénea de la luz. Desde la calle se percibe lo que sucede en su interior y viceversa. El edificio se muestra suspendido sobre la planta baja, abierta y transparente, donde se ubica la enorme plaza que introduce al público directamente en el interior de la torre. Este espacio acoge además un atrio, un jardín con abedules de más de quince metros de altura, un auditorio con capacidad para trescientas ochenta personas, cafeterías, restaurantes y comercios.

El vestíbulo conecta visual y físicamente con las calles W 40 y 41, pues tiene entrada por ambas. El espacio está organizado en función del perímetro que ocupan sus característicos ascensores, tanto por su llamativo color naranja como por su vacío a cielo abierto.

La redacción del periódico es, sin duda, el corazón del edificio, y se distribuye a lo largo de los tres primeros niveles, estos se abren uno sobre otro alrededor de un espacio central que se va ensanchando a modo de pirámide invertida. Las tres plantas están conectadas por escaleras internas. Todas las actividades comunes, de convivencia, documentación y de relación entre oficinas, tienen vistas hacia el exterior.

Durante las semanas siguientes, Clara Ríos focalizó todos sus esfuerzos en aprender el funcionamiento del rotativo más importante del mundo en el menor tiempo posible. ¡Misión poco menos que inviable! Se sentía fascinada por cuanto iba descubriendo cada día, en la misma proporción que le sobrepasaba la complejidad del mundo periodístico, del que bien poco conoce ningún universitario recién salido de cualquier facultad de ciencias de la información del planeta. Aquello sí que era el mundo real, tan real que superaba con creces cualquier ficción que una estudiante como ella hubiera podido imaginar.

El ambiente de la redacción era dinámico, impactante, pura vida, con mucha gente y actividad desbordante. Unos con la nariz literalmente pegada a la pantalla del ordenador, otros elevando la voz en interminables conversaciones telefónicas, los de allí intentaban aislarse y los de acá se afanaban en buscar opinión y consejo en compañeros o redactores.

Cada mañana, nada más abrirse las puertas del ascensor, Robert y Clara se despedían y, salvo en contadas excepciones, no se volvían a encontrar a lo largo de la jornada. Un nuevo mantra se incorporó a la vida de Clara porque, cada día, Foster se alejaba con la misma frase: «Recuerda: en las redacciones puede que se trabaje, pero es imprescindible vivir la calle. Una redacción que no sale al exterior se traduce en un periódico

pasivo y anestesiado».

Emily Clayton y Clara Ríos conectaron desde el minuto uno. Se cayeron bien. La periodista, con el aplomo y la seguridad que proporcionan los sesenta, poseedora de un currículum profesional envidiable, elegante, atractiva y curtida en las mil batallas del mundo informativo, se convirtió en pocos días en maestra, preceptora, guía, consejera, instructora y *coach* de la muchacha, si bien exigía, en la misma medida en la que ella iba a entregarse a su becaria, rigor y responsabilidad no solo en el trabajo, sino también en el compromiso que se derivaba de la oportunidad de oro que suponía para una joven como Clara aprender de los mejores.

—Eres una privilegiada, querida. Pero, como decía mi padre, el éxito solo está por delante del trabajo en el diccionario. Y ahora te toca a ti demostrar de qué pasta estás hecha. Eres hija de corresponsal y, si has elegido voluntariamente este oficio, imagino que es porque sientes el virus del periodismo correr por tus venas. Así que ahora tienes la oportunidad de enseñarnos lo que estás dispuesta a hacer por la profesión, y yo te aseguro que, en la misma proporción, la profesión lo hará por ti.

—Yo, verá, señora Clayton… Estoy dispuesta a subirme a este tren hasta donde me lleve, poner en práctica la teoría aprendida y seguir formándome desde el puesto que ustedes me asignen —aseguró Clara eufórica.

—Comprobarás, en muy poco tiempo, como lo que crees saber es insignificante comparado con lo que el *Times* puede ofrecerte. Este es el periódico más importante del mundo, a la vanguardia de cualquier innovación tecnológica, referente informativo en los cinco continentes, considerado como el periódico-hemeroteca por excelencia, temido y respetado por políticos y prohombres del panorama internacional. No en vano ha ganado ciento treinta y dos premios Pulitzer a lo largo de su historia. —Emily Clayton siempre se venía arriba cuando alababa al diario—. Y hablando de historia, para empezar, te unirás al resto de becarios en los seminarios que se imparten

sobre teoría de la información, quién es quién en la organización, fases de la elaboración de un periódico, secciones, historia del periodismo y, más concretamente, de la Grey Lady. Por cierto, ¿sabes por qué el *Times* se llama así? Ya te lo explicarán. Ven. Te presentaré a Henry Mitchell, encargado de la formación de los becarios, para que te incluya en el programa.

—Genial. Estoy deseando unirme a mis nuevos compañeros —exclamó realmente contenta la joven.

—Le pediré también que se ocupe del papeleo con Recursos Humanos. Imagino que Foster te habrá hablado del sueldo y demás circunstancias colaterales.

—¿Sueldo? ¿Es que tendré un sueldo?

—*Stupid man!*[6] No puedo creer que Robert no te haya explicado… Bueno, sí que puedo creerlo, teniendo en cuenta que nunca conocí a nadie con menos apego al dinero —dedujo Clayton con facilidad—. Desde hace diez años, el periódico paga a sus becarios cerca de mil dólares a la semana, además de facilitar el alojamiento, a los que son de fuera, en el campus de Columbia por un precio más que razonable. En tu caso, te ahorrarás ese gasto porque vivirás con Foster.

—De verdad, señora Clayton, muchísimas gracias. Esto es mucho más de lo que podía imaginar. —Clara pensaba en el alivio que supondría para su madre no tener que sufragar más gastos durante su estancia.

—No me las des a mí, dáselas a Foster, que no ha parado hasta conseguir que te incorporaras a la plantilla, y te aseguro que no ha sido fácil convencer al comité que cada año se encarga de la selección de los becarios. Como imaginarás, se presentan cientos de candidatos que aspiran a meter la cabeza en el *Times* —explicó la periodista—, con unos expedientes académicos de escándalo. ¡Ah! Y, por favor, llámame Emily. Lo de «señora Clayton» me recuerda demasiado a la inminencia de la jubilación, y aún no estoy mentalizada para que me arrinconen.

—Siento mucho si la he molestado, Emily. Mi intención era

demostrarle mi admiración y respeto. Aunque no lo sepa, no han dejado de temblarme las piernas desde que leí su biografía en Google. ¡Madre mía! Es usted una institución.

—Sí. Dentro de poco colocarán mi foto en las vitrinas de la primera planta junto a los fundadores, nacidos en el siglo XIX —añadió Clayton con sorna mientras caminaba hacia una de las escaleras—. Vamos, niña, sígueme, que no tenemos todo el día.

Una vez formalizado el papeleo y hechas las oportunas presentaciones, la joven periodista se dirigió a la sala de formación para reunirse con el resto de los becarios, que ya esperaban al director del curso.

Antes de despedirse, Emily le hizo a Clara dos advertencias, e insistió en la importancia de que las tuviera muy presentes en todo momento. Con la primera quería dejar bien claro que no recibiría, en ningún caso ni bajo ningún concepto, trato preferente ni especial por ser familia o asimilada de Robert Foster. Más pronto que tarde, esa circunstancia podía acabar convirtiéndose en una exigencia para ella más que en un privilegio. Y con la segunda, en la que insistió especialmente, avisó a la muchacha de que solo recibiría órdenes directas de ella, exclusivamente de ella y de nadie más. Para llevar a cabo cualquier propuesta o iniciativa del departamento en el que prestara servicio en un determinado momento, debía pasar antes por su visto bueno.

Por lo demás, Clara recibiría una formación exhaustiva en cada una de las secciones del rotativo, para lo cual se le adjudicaría un responsable que supervisaría su trabajo, exactamente igual que al resto de sus compañeros. En una primera impresión, el ambiente que se respiraba en las clases parecía algo tenso y, según le advirtió Clayton tras su experiencia de muchos años, la competitividad entre los becarios solía ser máxima. No era fácil hacer buenos amigos.

—Soy Clara Ríos, española —se presentó al grupo cuando le llegó el turno—, y estoy aquí porque quiero ser periodista, como lo fueron mi padre y mi abuelo.

—OK, Ríos. La felicito por su humildad al reconocer que una

licenciatura aún no la convierte en periodista. Esta profesión es mucho más que un título.

El profesor les explicó las distintas fases del programa de formación y repartió un buen número de libros y dosieres. Cada mes tendrían una prueba oral y escrita y el curso finalizaría con un trabajo de investigación periodística que debían tener ultimado antes del último mes.

Por lo demás, las nacionalidades de los candidatos tenían como origen los cinco continentes y, en total, sumaban treinta y dos; el número de chicas era ligeramente superior al de chicos.

Dado el despiste general, se agruparon atendiendo a cierto *feeling* basado única y exclusivamente en una primera impresión, es decir, en la intuición sin más conocimiento. A partir de ese mismo día y de forma casi involuntaria, Clara formó equipo con Linette Robinson, una australiana pelirroja, simpática y expresiva, y con el filipino Edwin de la Cruz, bajito y con cara de listo, cuyo padre, según se rumoreaba, era el propietario del periódico más importante de Manila.

Como reza el refrán y por alguna razón inexplicable, Dios los cría y ellos se juntan, o como dicen los norteamericanos *birds of a feather flock together!*, que viene a ser lo mismo…

---

6 ‘¡Qué estúpido!’.

Capítulo 6

‘¿Qué pasa con nosotros?
¿Qué pasa con todas las veces que dijiste que tenías las respuestas?
¿Qué pasa con nosotros?
¿Qué pasa con todos los «felices para siempre» rotos?
¿Qué pasa con nosotros?
¿Qué pasa con todos los planes que terminaron en desastre?
¿Qué pasa con el amor?
¿Qué pasa con la confianza?
¿Qué pasa con nosotros?’.
What About Us. Pink, 2017

Clara y sus compañeros empleaban las mañanas en la redacción, trabajaban en la sección que cada grupo tuviera asignada por turno y, tras el almuerzo, se incorporaban a las clases y seminarios con Henry Mitchell. Era un máster perfecto, que alternaba teoría y práctica, el mejor cóctel para sacar el máximo partido al curso. Sin embargo, como aseguraba Robert Foster, les faltaba salir a la calle para cerrar el círculo… ¡Todo llegaría a su debido tiempo!

Basándose en el mismo mecanismo inconsciente que las filias, funcionan las fobias, y Clara se convirtió, sin comerlo ni beberlo, en la enemiga número uno de dos de las becarias, la alemana Katharina Bauer y la sudafricana Sharon Kruger, que la acusaban de enchufada y de no jugar con arreglo a las normas de obligado cumplimiento para el resto.

—¿Cómo demonios se habrán enterado? —se preguntó en voz alta la muchacha.

—¿Entonces es cierto que no pasaste por la selección igual que todos? —le preguntó, perplejo, el joven filipino—. Entonces, ¿cómo lo conseguiste?

—¡Mierda! Lo que dicen es verdad. Mira, Edwin, ¿sabes lo que haré? Hoy lo voy a explicar a todo el grupo antes de comenzar las clases y así evitaré las murmuraciones y las miraditas. No pienso pasarme un año entero justificándome y soportando el desprecio de nadie.

Y Clara, desde la tercera fila, se puso en pie y pidió permiso para hablar. El corazón le daba brincos en el pecho y sentía la boca seca. Sus primeras palabras sonaron entrecortadas, hasta que, poco a poco, fue serenándose y cogiendo confianza.

—Antes de comenzar la clase de hoy, Mr. Mitchell, quiero pedir la palabra para explicar mi presencia aquí, sin haber pasado por el proceso de selección al igual que todos mis compañeros. Parece que ha trascendido esta información y no me gustaría que se sacaran conclusiones que no fueran ciertas. Así que he pensado que lo mejor es que lo explique yo misma y así evitaremos darle más vueltas en el futuro. —El silencio se podía cortar y Clara sentía todas las miradas clavadas en ella—. Estoy aquí porque soy casi familia de Robert Foster, el adjunto al jefe de redacción de «Internacional». Él y mi padre eran como hermanos. Fueron corresponsales de guerra durante años y cubrieron muchos conflictos juntos. Mi padre murió trabajando en Crimea, a consecuencia de un misil que alcanzó el puesto de mando en Sebastopol, donde se encontraba la prensa. Cayeron tres periodistas y otros tantos soldados, y hubo muchos heridos. Afortunadamente, Foster se salvó y hoy está cumpliendo la promesa que le hizo a mi padre de tutelarme durante mis primeros pasos como periodista. ¡Ya está! Ya lo sabéis todo. ¿OK? ¿Os ha quedado claro a vosotras dos? —Clara hubiera querido fulminar a sus dos adversarias con la pregunta —. La vida a veces tiene golpes de suerte, y si no podemos evitar las tragedias, tampoco tenemos por qué renunciar cuando se

nos presenta un atajo.

—OK, Miss Ríos. Creo que todos hemos comprendido sus argumentos y nos solidarizamos con sus circunstancias, pero aquí todo el mundo ha de ganarse el puesto, sin excepción —se adelantó el profesor como portavoz del grupo mientras todos se miraban aún estupefactos.

—A mí también me ha quedado muy claro, Mr. Mitchell, que mi especial situación ha llegado hasta donde ha llegado. Solo quisiera añadir que esta profesión se llevó a mi padre por delante, y lo que supuso un drama familiar hace cuatro años, hoy sirve para que yo esté aquí. Y nada ni nadie me hará retroceder ni un centímetro en mi objetivo. Espero que mis compañeras se sientan ahora más relajadas. —Las mejillas de Clara se mostraban encendidas.

De repente, Mitchell dio un giro inesperado y lo que hasta ese momento bien podría calificarse de actitud conciliadora, aunque firme, cambió a una posición dura y tajante.

—Está bien. Gracias, Miss Ríos. Puede sentarse. Y siguiendo la estela de su sinceridad, aprovecho yo también para explicarle la que ha sido mi postura desde que se me presentó su caso. No quiero que nadie se llame a engaño —continuó señalando a Clara con un acusador dedo índice—, si por mí hubiera sido, le aseguro que usted nunca habría participado en este curso. Lamento decirle que soy enemigo acérrimo de los enchufes y los favoritismos, que siempre acaban siendo una fuente de injusticias, problemas y enfrentamientos. Pero mi opinión en esta empresa no se valora como debiera y son otros los que tienen la última palabra. En fin, es la historia de mi vida y el *Times* nunca me dio el trato que me correspondía, a pesar de haberme jugado la vida durante años y de haberme costado hasta la integridad física. Sepa usted, Miss Ríos, que yo también fui corresponsal de guerra y conocí a su padre y al señor Foster cuando los tres éramos enviados especiales.

Todos estaban estupefactos ante la confesión del profesor, pero nadie se atrevió a ir más allá con nuevas preguntas. Clara, muda de asombro, decidió no continuar significándose, no

fuera a ser que las cosas empeorasen más aún. Le preguntaría a Clayton y a Foster por las acusaciones de Mitchell.

—Entiendo que lo mejor es atajar una situación susceptible de convertirse en motivo de rencillas y equívocos en el futuro —prosiguió el profesor—, y aprovecho para advertirles a todos que, como director del curso, no permitiré, en ningún caso, que se carguen el prestigio y la buena fama que este seminario ha cosechado durante años. Un solo problema entre ustedes y los responsables serán expulsados sin contemplaciones. Maduren, señores, y no malgasten su valioso tiempo en conflictos que no llevan a ninguna parte. —Y Mitchell les indicó, sin más demora, que iniciaran sus ordenadores para empezar a trabajar.

Al final de la jornada, Clara se sentía más cansada de lo normal. Aquel había sido un día complicado para ella y, a pesar de que su sinceridad parecía haber servido en buena medida para paliar la hostilidad del momento, desde luego, lo que tenía muy claro es que la alemana y la sudafricana nunca serían sus mejores amigas. Bueno, mientras la dejaran en paz, tampoco las necesitaba para nada.

Generalmente, al terminar por las tardes, siempre coincidían unos cuantos y tomaban un chocolate o un refresco en alguno de los establecimientos de la planta baja del edificio, también aprovechaban para intercambiar impresiones y experiencias. Pero en aquella ocasión Clara no se sentía con ánimos para socializar y se despidió del resto. Se iría a casa y prepararía la cena antes de que llegara Foster. Pasaría por el Whole Foods Market y compraría todo lo necesario para cocinar una tortilla de patatas. Estaba segura de que al tío Robert le encantaría.

Dicho y hecho. Y mientras organizaba los ingredientes, intentó hablar con su madre antes de que se hiciera demasiado tarde, teniendo en cuenta la diferencia horaria. El Skype funcionó sin problemas y fue la abuela Magdalena la primera en asomarse a la pantalla.

—Pero bueno, abuela, hay que ver cómo dominas la tecnología. Estás hecha toda una *cyberwoman*. —Clara le lanzaba besos a discreción.

—No sé qué significa eso que me has llamado, pero tu madre me ha explicado adónde tengo que dar cuando suene la musiquilla. ¿Estás más delgada, niña?

—Es imposible, yaya. Si no me ha dado tiempo ni de adelgazar. Por cierto, mira lo que estoy preparando para cuando llegue el tío Robert —la chica paseó el ordenador por la encimera de la cocina para que la abuela comprobara que sus lecciones culinarias no habían caído en saco roto—, esta noche cenaremos tortilla de patatas y ensalada. ¿Qué te parece? Espero que me salga bien.

—Ten cuidado con la sal, Clarita, que a lo peor las patatas y los huevos no son como los nuestros. Controla.

—¡Qué cosas dices, abuela! ¿Y cómo van a ser si no? ¿Y mi madre?

—Aún no ha llegado. Tiene mucho trabajo últimamente. La consulta está funcionando «como un tiro», según dice ella. Yo me alegro mucho, pero apenas le veo el pelo. Le dejo siempre la cena preparada, porque ya sabes que me gusta acostarme pronto.

—Entonces esperaré para contaros más cosas, pero, sobre todo, una buenísima noticia. Perdóname, abuela, pero prefiero esperar. No quiero que mamá se sienta marginada.

—Vale, niña, lo entiendo. No te preocupes, porque si es una buena noticia, no me crea intranquilidad y me será más fácil aguardar. Bueno, y cuéntame, ¿qué tal en el periódico, y los compañeros y el tío Robert?

—Todo va de lujo, abuelita. Y si vieras al tío Robert. Es un amor. Me trata como si fuera su hija y los dos encajamos de maravilla. Estoy muy contenta, si no fuera por lo que os echo de menos…

—¡Mira! Ya está aquí tu madre. —La nieta escuchó nítidamente el sonido de las llaves al abrir la puerta.

—¡Oh, Clarita, hija mía, qué alegría poder hablar contigo!

—Mamá, es tardísimo. ¿Cómo es que llegas a estas horas? No me digas que esto es habitual…

—No, no. Es que tenemos tanto trabajo que no sacamos

tiempo a lo largo del día para hacer los pedidos, organizar las facturas y preparar los historiales de los pacientes del día siguiente. Y, además, esta semana Catalina ha estado con gripe y te juro que me hubiera gustado tener cuatro manos y otro par de ojos adicionales. Gracias a Javier, que cada día se me hace más imprescindible. Por cierto, ¿ocurre algo entre vosotros? Cuando le pregunto me dice que apenas sabe de ti, que no le llamas ni contestas a sus mensajes. —La madre de Clara hizo un gesto de preocupación al ver la transformación de la cara de su hija al mencionar a su ayudante.

—Bueno, mamá, son cosas nuestras. No te metas, porque en este momento Javier no es mi prioridad. Y él lo sabe. Se lo expliqué antes de irme, pero no lo quiere entender. Odio que se haga la víctima contigo.

—Vale, Clara, perdona. No lo pagues conmigo. Solo ha sido un comentario sin ninguna intención. Sabes que Javier me gustó desde el momento en que llegó a la clínica, es trabajador, muy profesional y los niños le adoran. Y a ti, creo que te quiere de verdad.

—Ya vale, mamá. No me obligues a terminar la conversación. Si no dejas el tema, lo haré, te lo aseguro.

—¿Y cuál es ese notición que nos tenías que dar? —intervino la abuela al quite.

—Pues que el *Times* paga un sueldo a sus becarios. Alrededor de mil dólares a la semana. ¡Es un chollo! Así que, mientras esté aquí, no tendrás que transferirme dinero, mamá. Mañana abriré una cuenta en un banco norteamericano para que me ingresen la pasta. ¿Qué os parece? —Clara comenzó una especie de baile enloquecido para demostrar su alegría.

—¡Alabado sea el Santísimo! —exclamó la abuela Magdalena con las manos juntas y mirando al cielo.

—No puedo por menos que estar agradecida a Robert Foster hasta el día en que me muera… —añadió la madre.

—¡Vaya dos dramáticas! Bueno, ahora debo dejaros o no tendré la cena lista para cuando llegue el tío Robert. Hablamos prontito. Besos infinitos.

Finalmente, la tortilla de patatas resultó un éxito; mejorable pero un éxito. Robert se comió tres cuartos y alabó la exquisitez de aquella receta española de ingredientes tan sencillos. Brindaron por la remuneración de los becarios, que Foster juraba, por la estatua de la Libertad, haberle comentado a la muchacha, aunque poco a poco fue menguando su convicción.

Dado que al día siguiente daba comienzo el fin de semana de Halloween, tan celebrado en los Estados Unidos, decidieron disfrutarlo a tope. Hacía años que Robert no se acercaba a la Village Halloween Parade para disfrutar de un desfile en el que puede participar todo el que lo desee, con la única condición de ir disfrazado. Cada año se congregan más de cincuenta mil personas vestidas de *zombies*, fantasmas, brujas, calabazas y otras criaturas. La cabalgata incluye música en directo durante todo el recorrido, espeluznantes decoraciones y los disfraces más locos del planeta.

—Debemos estar pronto, porque se concentra mucha gente. Piensa que es el desfile más importante de todo el país. Iremos a la salida, en la esquina de la Sexta con la Spring Street, y les seguiremos hasta el final, en la 16th St. Después buscaremos dónde cenar en la MacDougal Street. Te encantará. Es una de las calles más coloridas y magnéticas de la Village. Hace años fue mi preferida para salir por la noche. Le han dedicado docenas de canciones y poemas y sus garitos los frecuentan muchos famosos. ¿Qué opinas?

—Tío Robert, no has podido tener mejor idea. Te la compro.

Capítulo 7

‘Lloré suficientes lágrimas
para ver mi propio reflejo en ellas.
Y entonces estaba claro.
No puedo negar, yo realmente lo extrañaba.
Pensar que yo estaba equivocada,
creo que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde’.
My Everything. Ariana Grande, 2014

Sin contar el 4 de julio, las fiestas familiares más importantes para los estadounidenses son Acción de Gracias y Navidad, y las dos se celebran durante las últimas semanas del año.

El día de Acción de Gracias, cuya tradición se remonta al siglo XVII, se celebra el cuarto jueves del mes de noviembre, y las familias norteamericanas se desplazan por todo el país para cenar juntos y compartir unos días de descanso y mutua compañía. El menú típico es el famoso pavo cocinado al horno, acompañado de puré de patatas y verduras y el postre tradicional, no menos apetecible, es el pastel de calabaza, cuyo ingrediente principal es propio de esa época del año.

Celebrar Acción de Gracias es una tradición que no puede pasarse por alto para la mayoría de los norteamericanos, ni tampoco para los extranjeros que viven o visitan Estados Unidos, quienes acaban por contagiarse del espíritu de esta importante festividad.

Desde que Robert había retomado su trabajo en la redacción, y dado que su vida familiar se truncó al mismo tiempo que la

profesional, las fiestas y celebraciones no estaban precisamente anotadas en rojo en su calendario, pero, a fuerza de insistirle, Emily Clayton había conseguido que aceptara su invitación a cenar con ella y con su madre en su casa de Brooklyn el día de Acción de Gracias de los dos años anteriores.

La fiesta comienza siempre con uno de los acontecimientos más esperados del programa: el Macy's Day Parade, un desfile organizado por los grandes almacenes Macy's desde 1924. Millones de personas acuden a verlo y otros veinte millones de estadounidenses lo siguen en directo por televisión. En el desfile participan carrozas, bailarines y músicos, pero, realmente, los verdaderos protagonistas de la cabalgata son los globos gigantes con forma de entrañables personajes infantiles.

—Estoy contenta de ir contigo a Brooklyn, tío Robert. Pensaba que, dadas las circunstancias, cenaríamos tú y yo solos en casa —verbalizó la joven sus pensamientos.

—Si lo dices porque este año estás tú en Nueva York, motivo por el que Emily pudiera tener algún problema en invitarte a cenar a ti también, estás muy equivocada. De hecho, me ha comentado que su madre espera encantada tu visita, harta de los mismos tres viejos tristes de siempre, y está deseando que le cuentes cosas de España. Así que prepárate, que te freirá a preguntas —explicó él con un toque de humor.

—Ja, ja, ja. Les contaré todo lo que quieran saber. Y, dime, ¿cómo debo vestirme? ¿Estaría bien que llevara algún detalle como agradecimiento? Verás, mamá me compró unos ejemplares del *Quijote* en inglés y unos broches con unas meninas españolas por si me surgía algún compromiso. Son preciosos, la verdad. ¿Qué opinas?

—¡Vaya, tu madre siempre tan precavida! Tu padre siempre la acusaba de no dejar nunca nada a la improvisación. Decía que no parecía española.

—Ya. Y él era el caos. Mamá llevaba fatal su falta de organización. Al fin y al cabo, era ella la que sufría las consecuencias.

—Bueno, dicen que los polos opuestos se atraen… Oye, ¿sabes

que tu idea de las meninas me parece fantástica? Así quedaremos bien los dos. —Robert le dedicó un guiño malicioso —. Y en cuanto a la vestimenta, ya ves cómo es Emily, refinada y un tanto chapada a la antigua, así que, con que elijas algo que no sea llamativo…

—Había pensado en un vestido negro, sencillo pero elegante, que mamá me compró por si debía asistir a algún evento.

—Irá perfecto.

—Por cierto, antes de seguir con esto, me gustaría comentarte lo sucedido con Mr. Mitchell durante las clases. Ha sido tan desagradable que no pensaba mencionarlo para no preocuparte, pero me pica la curiosidad, porque me ha dicho, además de tacharme de enchufada y corrupta, que sois viejos colegas y que también conoció a mi padre. Que fue corresponsal como vosotros y habló de algún tipo de accidente durante el trabajo o algo así, y que, tras su desgracia, el periódico no se portó con él como correspondía. ¿Es cierto?

—Bueno, algo así. Es verdad que nos conocemos desde hace años, pero no es nada extraordinario. Prácticamente todos los corresponsales se conocen porque coinciden en los mismos escenarios bélicos. A lo que me refiero es que no éramos amigos, no como tu padre y yo, desde luego.

—¿Y qué pasó? —preguntó Clara mientras comprobaba que su vestido para Acción de Gracias estuviera bien planchado. Foster seguía los preparativos cómodamente sentado en una butaca de la habitación.

—Pues…, sucedió en Alepo, ya sabes, por la guerra de Siria. Debía de ser más o menos al principio del conflicto, como en la primavera de 2011. Tu padre ya estaba allí y yo me dirigía a la zona desde Damasco en un convoy con otros colegas de distintos medios internacionales. Aún faltaban veinte kilómetros cuando nos informaron del recrudecimiento de los ataques. La situación era complicada y nos aconsejaron no entrar en la ciudad hasta que cesara el bombardeo. —Los recuerdos aún hacían mella en el periodista, más de lo que él mismo estaba dispuesto a reconocer. Clara dejó lo que estaba

haciendo y se sentó en la cama, absolutamente atenta a la historia.

—¿Te traigo un vaso de agua, tío Robert? —se ofreció la muchacha consciente del estado de ánimo de Foster, que se complicaba por momentos.

—No, no, gracias. Es solo que… Verás. Yo no contemplaba la opción de no hacer nada sabiendo que tu padre estaba en peligro real. Bajo mi responsabilidad, conduje el *jeep* hasta acercarme a la ubicación que me facilitaba por teléfono. Eran tres reporteros, cercados en un edificio casi en ruinas y sin posibilidad de abandonar la posición, porque el fuego mortífero no cesaba ni un segundo. De repente, el ataque paró y pude llegar hasta ellos. Salimos al exterior y, cuando estábamos fuera, comenzó de nuevo la lluvia de proyectiles, alcanzaron a Mitchell en una pierna. Antonio y yo íbamos delante y retroceder suponía poner el peligro nuestra vida absurdamente. Mitchell quedó tendido en el suelo. Su compañero, un corresponsal francés, también se alejó del lugar arrastrándose como pudo. Pocos minutos después, cuando el ataque se detuvo de nuevo, lo recogimos y lo llevamos hasta el puesto de socorro más cercano.

—*Oh my God!* ¡Qué miedo! —exclamó Clara horrorizada—. ¡Pobre Mitchell!

—¿Has notado su cojera? Perdió parte de la pierna derecha y quedó sordo de un oído. Lleva una prótesis, pero jamás habla de ello ni le cuenta a nadie lo sucedido.

—Ahora entiendo su amargura y su intransigencia… —dijo Clara compasiva.

—Ya. Pero no te equivoques. Siempre nos culpó de su desgracia, acusándonos de no haberle socorrido cuando resultó herido. Según él, le abandonamos a su suerte. Como imaginarás, tuvo que dejar la corresponsalía de guerra y el *Times* le ofreció el puesto que hoy tiene para seguir activo y útil, porque no quería declararse incapacitado.

—Es humanamente comprensible —añadió ella.

—Cuando un periodista asume el desempeño de su profesión

en países en conflicto, entre guerras, miseria y necesidades, ya sabe que cada día puede ser el último. El riesgo de enfermedades, las privaciones, penurias y padecimientos son solo una parte de la rutina en la que se convierte la vida, esa vida que pende de un hilo en todo momento.

Robert Foster decidió poner punto final a la historia y no contarle a Clara la reacción de su profesor tras la muerte de su padre en acto de servicio. Fue a ver a Foster, un Foster roto de dolor por la pérdida de su amigo, y le escupió en la cara, asegurándole que Antonio Ríos lo tenía bien merecido y que, como la vida es justa, más pronto que tarde él también recibiría su castigo.

—Bueno, dejemos esta conversación que solo nos trae tristeza en un día de fiesta como hoy —sentenció el hombre.

—Cierto —añadió Clara—. Sigamos con lo nuestro. ¡Ah! Y, si no te parece mal, tío Robert, por la tarde iré con mis compañeros al Museo de Historia Natural para ver el hinchado de los globos. Dicen que es divertido.

—Por mí, sin problemas. Clara, disfruta de todo lo que Nueva York te ofrece. Merece mucho la pena.

No hacía frío, por lo que ambos estuvieron de acuerdo en pasear un rato hasta la Quinta Avenida antes de tomar un taxi que los llevara a Brooklyn. Así no llegarían demasiado pronto. Durante el recorrido, Clara aprovechó para comenzar con la batería de preguntas. Nadie le había comentado nada sobre su tutora y ella se moría de ganas de saber algo más sobre su vida privada.

—Y, dime, tío Robert, tú que conoces tan bien a la señora Clayton, ¿cómo es que vive con su madre? ¿Es que es viuda, como mamá?

—Me preguntaba cuándo te lanzarías al interrogatorio. Está claro que la esencia femenina cuenta con un ingrediente que falta en la masculina, y ese no es otro que el fisgoneo.

—No es cierto, porque el fisgoneo es otra cosa. A esto se le

llama curiosidad pura y dura —aclaró la muchacha con una risilla mientras se sujetaba del brazo de Foster.

—Pues bien. Emily no es viuda, sino soltera. Durante muchos años mantuvo una relación con uno de los miembros más influyentes del Consejo de Administración del periódico, Edward Johnson, pero él estaba casado. Moralmente no podía separarse, su esposa tenía una enfermedad degenerativa y hubiera sido un desalmado si la hubiera abandonado en su situación. Se amaban de verdad y Emily lo entendía, demostró así su generosidad y su apoyo hacia el que era su compañero de hecho, aunque no de derecho. Finalmente, la mujer falleció y cuando parecía que por fin podrían vivir su relación con normalidad, Johnson tuvo un ictus y quedó muy mermado en sus facultades, hasta que murió igualmente hace unos tres años.

—¡Qué horror! ¡Qué historia tan triste, y qué injusta es la vida! —exclamó Clara impresionada.

—Nadie dijo que la vida fuera justa. De hecho, el mundo se mueve en los parámetros de la injusticia y la sinrazón, tal vez como nunca. No hay más que ver los informativos de televisión un par de días para comprobarlo. —Ambos pararon en el semáforo antes de cruzar Madison Street—. Emily sufrió mucho y le costó lo suyo recuperarse del golpe, pero es una mujer fuerte. El trabajo y su madre, que depende de ella totalmente, fueron determinantes para que se sobrepusiera a la desgracia. Tengo que reconocer que en estos últimos años los dos nos hemos sentido más cercanos, si cabe, debido a las mutuas circunstancias.

—¿Y nunca habéis pensado en una relación, digamos…, más personal? —le disparó Clara la pregunta sin filtro alguno.

—También esperaba esa pregunta, Miss Metomentodo.

—Vale. Prometo no preguntar más. —Se llevó la mano a la boca en señal de silencio.

—Somos buenos amigos, pero nada más. Nos conocemos muy bien; ambos hemos fracasado en nuestras vidas personales y no sería inteligente dar un paso en falso que arruinase una amistad tan valiosa. En este momento lo que yo necesito es

tranquilidad y una vida controlada, después de tanto caos personal y profesional. Y estoy seguro de que Emily opina lo mismo. ¿Entiendes?

—Claro, tío Robert. Por supuesto que lo entiendo.

—OK. Vamos a parar aquel taxi —dijo mientras esperaba a que cambiara el semáforo.

—¿Puedo hacerlo yo? En las películas siempre sentí envidia cuando la protagonista llamaba a un taxi en la Quinta Avenida de Nueva York.

—Adelante.

La velada superó todas las expectativas. El pavo, delicioso; la tarta, espectacular. Las meninas gustaron a rabiar y Clara resultó ser el alma de la fiesta. Simpática y desinhibida, hasta consiguió que se hicieran un *selfie* todos juntos como recuerdo. La muchacha tuvo que prometer repetir la visita, después de mostrarles fotos de su madre, de la abuela Magdalena, de su padre y de explicarles mil y una historias sobre los tópicos más típicos y folklóricos acerca de España y sus costumbres.

Mientras regresaban, a Clara se le ocurrió una felicísima idea. Pronto llegaría la Navidad y qué mejor que pasar unos días de vacaciones en Madrid, con el tío Robert como invitado de la familia.

—Hay que darse prisa y sacar los billetes cuanto antes, tío Robert.

—Pero ¡qué dices, niña! ¿Cómo me voy a presentar autoinvitado en Madrid a pasar las vacaciones de Navidad?

—No te autoinvitas. Te invito yo.

—Mira, Clara, ni había pensado en viajar ni en moverme de Nueva York. Estas fiestas son familiares y todo el mundo tiene sus planes y sus ocupaciones. Como imaginarás, flota en el ambiente la tristeza por los que no están, como en vuestro caso y en el mío, porque mi familia no me considera uno de sus miembros. ¿No ves que no es buena idea? —quiso concluir él.

—Todo eso que acabas de decir no tiene fundamento. Y

mañana, en cuanto llegue a casa, hablaré con mamá para organizarlo todo. Y no admito ninguna objeción más al respecto.

—Yo sí que hablaré con tu madre para que no haga caso de tus locuras.

—Tío Robert, aún no me conoces, pero cuando a mí se me mete una idea en la cabeza, no me la sacas ni con un exorcismo.

—*Oh my God!* A quién te parecerás… —dijo Foster mirándola fijamente a los ojos, encontró en ellos un reflejo tan familiar que sintió un escalofrío.

Capítulo 8

Hay amores
que se vuelven resistentes a los daños,
como el vino que mejora con los años,
así crece lo que siento yo por ti.
Hay amores. Shakira, 2007

El *hall* principal de la Union Station de Washington D. C. fue considerado, a partir de su construcción y durante décadas, el mayor habitáculo del mundo. Su interior no solo es un espacio enorme, sino también muy lujoso, iluminado con luz natural a partir de unas impresionantes claraboyas y con una cuidada decoración, en la que se utilizó incluso el pan de oro.

A pesar de la grandiosidad del edificio, la terminal era un hervidero de viajeros que iban y venían de unos andenes a otros. Algunos, como Logan Sheridan, habían llegado a su destino; por el contrario, otros se afanaban en localizar, en los paneles informativos, las vías correspondientes a los trenes que debían tomar para reunirse con sus familiares y amigos con el fin de llegar a tiempo de celebrar el tradicional día de Acción de Gracias.

Aunque el viaje en tren desde Nueva York a Washington dura tan solo cuatro horas, Logan se sentía muy cansado y solo pensaba en llegar a casa y dormir un rato antes de la cena. Menos mal que disponía de todo el fin de semana para descansar, puesto que no había programado, salvo catástrofe, reincorporarse a la actividad laboral del consistorio hasta el

lunes siguiente.

Los últimos días habían sido muy estresantes, y la guinda del pastel corrió a cargo de la granizada que cayó sobre Manhattan la semana anterior y que mantuvo en jaque a todas las fuerzas municipales de socorro y emergencias, las urgencias hospitalarias atestadas y un tráfico caótico que convirtió a la Gran Manzana en una ciudad sin ley durante horas. Los teléfonos echaban humo y policías y bomberos no daban abasto a atender los avisos, teniendo en cuenta lo que les costaba moverse por una ciudad cuyo tráfico quedó prácticamente paralizado, debido al corte de suministro eléctrico que, en los primeros momentos, repercutió en los semáforos. Hubo que desbrozar árboles, limpiar túneles, evacuar vehículos cuyos parabrisas habían quedado inservibles, eliminar de la vía pública escaparates hechos añicos, recolocar papeleras y carteles publicitarios voladores, así como afianzar alguna que otra farola que se mostraba inestable. Y todo ello en el menor tiempo posible. Pasaron unos cuantos días hasta que la ciudad recuperó la normalidad y todos los servicios volvieron a funcionar. Ni que decir del gasto que la tormenta había supuesto para las arcas municipales. El balance definitivo aún no se había hecho público, pero las primeras cuentas no auguraban nada bueno.

Ya en el exterior, Logan se dirigió hacia la esquina donde habitualmente le esperaba el coche de su padre cuando visitaba la capital de los Estados Unidos. Lo que el joven Sheridan no imaginaba era que, en su interior, su hermana pequeña le aguardara agazapada en el asiento trasero para no ser descubierta antes de tiempo. Fue tanta la alegría al verla que a Logan se le humedecieron los ojos mientras la abrazaba con tal fuerza que la niña apenas podía respirar.

—¡Qué alegría, enana! ¡Qué ganas de verte y de volver a casa!

—Ya lo veo, casi me aplastas las costillas —se quejó la pequeña a la vez que acariciaba la cara de su hermano.

—¡Vayamos a casa! Estoy agotado.

—Además hace un frío que pela. Dicen que esta noche nevará

y que no parará en los próximos días. ¿Te acuerdas de cuando hacíamos muñecos de nieve en el jardín por Navidad? Podemos hacer uno mañana. ¿Qué dices, Log?

—Dalo por hecho. Por cierto, ¿quién cenará en casa esta noche?

—Pues los de siempre. Los tíos y primos Sheridan, los tíos y primos Campbell, la abuela Olivia, que vendrá desde Sacramento y se quedará hasta Año Nuevo, tú y yo.

—Daría lo que fuera por cenar nosotros solos, en vaqueros y deportivas —suspiró Logan.

—¡Con lo guapo que estás vestido de fiesta! —añadió Alice para animarle.

—Te veo tan poco a ti y a papá que odio tener que compartiros.

—Bueno, no te enfades. Lo pasaremos bien. Y, dime, ¿cómo es tu novia, Log? —preguntó la niña francamente ilusionada.

—Ya te lo he explicado por teléfono. Linda no es mi novia, hermanita. Es una buena amiga. Mi única novia eres tú. —Logan hizo una reverencia teatral y Alice rompió a reír.

—Pues yo quiero conocerla. Papá me ha dicho que esta vez va en serio.

—No le hagas caso. Está deseando que me case, porque dice que un candidato al Congreso debe tener una esposa y una familia tradicional. Pero aún no es el momento. Te prometo que serás la primera en saberlo cuando lo sea.

—¿Antes que papá?

—Antes que papá, pequeñaja.

Uno de los problemas más graves de la ciudad de Washington es el tráfico, que puede ser desesperante en horas punta o días señalados. Sin embargo, siempre que regresaba a casa, Logan no pensaba en sus incomodidades, sino en la capital del distrito como en una ciudad con muchísima personalidad y una gran diversidad. No en vano fue bautizada como la «Ciudad Chocolate» por la elevada población afroamericana asentada en ella.

Mientras seguían el curso del río Potomac, que hace frontera

entre Maryland y Virginia, Sheridan hacía como que escuchaba la perorata de su hermana, pero en realidad su memoria le traía recuerdos, aún cercanos, de una mañana tranquila de primavera remando en el río, o una tarde recorriendo con su padre las galerías de cualquiera de los diecisiete museos «smithsonianos» que componen el instituto del mismo nombre dedicado a la educación pública; una velada disfrutando de algún encuentro deportivo de los equipos icónicos locales o una cena familiar en un restaurante con estrella Michelin.

Logan adoraba Nueva York, la urbe por excelencia, construida hacia arriba, en vertical, hervidero de actividad y vida; si bien es cierto que una ciudad que nunca para puede llegar a resultar estresante. Sin embargo, Washington fue construida a lo largo, en horizontal, sus barrios residenciales están formados por manzanas de casas de tres o cuatro alturas, con jardines y parques infantiles, más familiar, más habitable, nada agobiante, porque si uno mira desde cualquier punto de la ciudad puede suceder, si te descuidas, que la vista alcance hasta la punta opuesta.

Ya en casa, Logan pareció recuperar el ánimo y hasta el agotamiento se esfumó tras los abrazos con la familia. Desde el vestíbulo podía olerse el pavo asado y la tarta de calabaza, y sus tías y madrastra comenzaban ya a preparar la mesa con el esmero de las grandes ocasiones: los manteles de hilo, la vajilla inglesa y la cristalería de Bohemia. Todos los años el mismo ritual.

Thomas Sheridan veía en su hijo a su sucesor, como él lo fue de su padre y este de su abuelo, y estaba deseando que le contara con detalle lo que se cocía en Nueva York, además de hablar de política y de beisbol, los únicos temas de su interés.

—Iré contigo a la habitación para que te duches y descanses un rato. Así podremos hablar a solas, sin que nos interrumpan constantemente con los entresijos de la cena… Ya sabes a lo que me refiero —dijo el congresista mientras subía la escalera con el brazo apoyado en el hombro de su hijo.

—Claro, papá. Quiero que sepas que estoy muy contento de

estar en casa y que os echo mucho de menos a Alice, a ti y también a Susan, que es una gran mujer, pero Nueva York es una escuela. Cada día que empieza es diferente al anterior, un enigma, una incógnita que nunca sabes si se resolverá y de qué manera. Resumiendo: el trabajo en Manhattan es adrenalina pura. El equipo del alcalde es extraordinario y aprendo lo mejor de cada uno de ellos. Adams es un buen hombre, tremendamente preocupado por los ciudadanos, y en especial por los menos favorecidos.

—¿Crees que ganará las próximas elecciones? —interrogó el padre.

—Ya sabes que los augurios son cada día más difíciles, pero si los neoyorquinos son capaces de poner en valor una gestión brillante, revalidará el título seguro.

—Ojalá, Logan. No corren buenos tiempos para la política. El mundo occidental tal y como lo conocemos se desmorona y el servicio público parece haber tomado una deriva que no me gusta nada.

—Lo sé. El siglo XXI no parece que vaya a ser mejor que el XX, pero no podemos quedarnos quietos. Hemos de seguir adelante y trabajar cada uno desde su trinchera con honestidad y coherencia.

—¿Y tú crees que hoy la gente valora la honestidad y la coherencia? —volvió a preguntar Thomas Sheridan.

—Espero que sí, porque de otra manera habremos retrocedido décadas en libertad, democracia y derechos humanos —respondió el hijo con convencimiento—. Papá, ¿qué ocurre? Nunca te he visto tan pesimista.

—Tienes razón. Estoy decepcionado, pero de ningún modo es mi intención contagiarte. Tienes mucha vida por delante, todo por aprender y mil batallas por ganar. ¡Quién sabe si algún día un Sheridan ocupará la Casa Blanca!

—Cierto. ¡Quién lo sabe! —dijo Logan sonriendo.

—Y, dime, ¿qué tal tu noviazgo con esa doctora con la que sales últimamente? Me dijiste que era dermatóloga… ¿o traumatóloga? Traumatóloga, sí, perdona.

—No, por favor, papá. ¿Tú también? —exclamó el joven mientras salía de la ducha con el pelo y el torso mojados.

—Hijo, ya sabes que me preocupa que tu soltería se prolongue demasiado. No es bueno para hacer carrera política.

—Mira, papá, Linda es solo una buena amiga. ¿Me gusta? Sí. ¿Y a quién no? Es un bombón. Pero no estoy enamorado de ella.

—Bla, bla, bla… ¡El amor! El amor se construye con el tiempo, hijo —aseguró el padre sirviéndose un *bourbon*.

—Ya. Por eso mamá y tú os divorciasteis, porque en vez de construir, decidisteis demoler hasta los cimientos.

—Es que tu madre nunca me quiso como yo a ella. Por cierto, ¿cómo le va?

—Estupendamente. Ya sabes lo camaleónica que es. Vive en Los Ángeles y creo que ahora anda tonteando con un productor de Hollywood de segunda fila. Le prometí visitarla en primavera —dijo Logan abrochándose la chaqueta—. Bueno, pues ya estamos listos. Le daré a Susan las gracias por el *smoking* planchado y la camisa nueva. Es muy elegante.

—Susan es la mejor esposa que un hombre puede desear. Paciente, comprensiva con mi trabajo y mis horarios y entregada a mí y a la niña en cuerpo y alma.

—Ya veo. El modelo de matrimonio que a ti te va como anillo al dedo.

—No me critiques. Somos felices —terminó Sheridan padre la conversación mientras comenzaban a bajar las escaleras.

Todo estaba dispuesto. La familia alrededor de la mesa vestidos de etiqueta y hasta la pequeña Alice, a sus doce años, había conseguido que su madre la dejara llevar una minifalda y un top moderadamente brillante. Logan se sentó junto a su padre, que presidía la mesa, y frente a su hermana, que le hacía guiños y muecas para arrancarle una sonrisa.

Tras unos días entrañables disfrutando de su hogar, de su familia, acompañando a su hermana al cine y a la pista de patinaje y a su padre a una sesión del Congreso, Logan Sheridan regresaba a casa en el mismo tren que le había traído. Quedaba algo más de una hora de viaje para llegar a la Penn Station, de

Nueva York, junto al Madison Square Garden, donde, en principio, le esperaba Linda; si bien cabía la posibilidad de que no se presentara, teniendo en cuenta que Logan apenas se había comunicado con ella durante aquellos días. La muchacha estaba manifiestamente dolida.

Capítulo 9

‘Te tengo, luz de luna,
eres mi luz de las estrellas.
Te necesito toda la noche.
Ven, baila conmigo.
Estoy levitando’.
Levitating. Dua Lipa, 2020

Daba comienzo la última semana de noviembre. Robert y Clara ya tenían en su poder los billetes para viajar a Madrid y pasar la Navidad en casa de las Ríos. Aunque algo azorada por los preparativos, Ángela Carretero había hecho suya la invitación de su hija de inmediato, como muestra de agradecimiento por todo lo que Foster hacía por su familia. Por otra parte, tampoco había sido tan difícil convencer al periodista, aunque en un principio se había mostrado partidario de alojarse en un hotel, con el fin de interferir lo menos posible en la vida familiar de las mujeres. De ninguna manera se contemplaba dicha opción, por lo que definitivamente Foster se instalaría en la habitación de Clara y la joven compartiría la de su abuela por unos días. Asunto resuelto.

Tras haber pasado por las secciones de «Noticias», «Ciencia», «Salud» y «Cartas al editor», en la que Clara quedó impresionada por la enorme cantidad de correo postal y digital que recibía el rotativo cada jornada, era hora de incorporarse durante un par de semanas al área de «Local», es decir, la

sección que concentraba las noticias circunscritas a la Gran Manzana. En esa ocasión, estaría bajo la supervisión de Richard Anderson, un hombrecillo cuyo *look* parecía sacado de una foto retrospectiva de la redacción, de las muchas en blanco y negro que se exponían en el vestíbulo de la entrada. Solo le faltaban la visera y los manguitos. Lucía un frondoso bigote con las puntas ligeramente elevadas y unos lentes antiguos con unos cristales de culo de vaso que aumentaban el tamaño de sus ojos como una lupa.

En cualquier caso, Anderson se mostró amable con Clara, que se presentó acompañada por Emily Clayton, de la que el periodista recibió toda una serie de indicaciones sobre su formación. Ella se había tomado muy en serio la tutoría de la joven, y dado que ya la conocía un poco mejor, aún estaba más empeñada en que su paso por el periódico fuera de absoluto aprovechamiento.

Hasta ahí, todo iba bien. Pero el desconcierto llegó cuando Clara se percató de que coincidiría durante la siguiente etapa con Bauer y Kruger, las dos becarias que seguían sin tragarla. Ella procuraba evitarlas en todo momento; no quería provocaciones, pero ambas hacían todo lo posible para que su compañera tuviera bien presente que estaban dispuestas a cualquier cosa con tal de no darle un respiro. La envidia era, sin duda, la responsable de semejante comportamiento que rayaba en la obsesión.

Sin embargo, Clara encontró un excelente aliado en uno de los reporteros gráficos que habitualmente tomaban las fotos en los escenarios donde se producían las noticias que se publicaban después junto al texto recogido por los articulistas y editado por los redactores de la sección. Se trataba de Johnson Garret, un hombre joven con el aspecto rudo y desaliñado coincidente con el prototipo que el imaginario colectivo concede a esta clase de periodistas. Mochila de más de diez años, atuendos alternativos, pantalones con muchos bolsillos y botas de montaña para trabajar en plena ciudad. Sin embargo, como Cenicienta, Garret se transformaba después de las doce de

la noche en *drag queen*, formaba parte de un *supershow* en el Haswell Green's Club, cercano al Rockefeller Center. En su entorno, muy pocos lo sabían y, aunque todas las opciones de género están más que admitidas en una sociedad adelantada y puntera como la neoyorquina, él siempre había pedido discreción, de forma que lo laboral y lo privado fueran espacios independientes.

Durante los primeros días, Clara se acercó con verdadero interés al trabajo de los redactores, que le permitieron asistir, incluso, a alguna de sus reuniones en las que organizaban las noticias y las salidas. Lógicamente, había acontecimientos en la ciudad que se conocían con anticipación, eventos políticos, sociales y económicos de todo tipo, visitas internacionales que tenían lugar con motivo de alguna conmemoración, alguna reunión en la sede de las Naciones Unidas o hasta las propias fiestas navideñas, que se acercaban y que Nueva York vivía con la intensidad que había hecho famosa a la ciudad. Los reporteros se repartían los eventos y los redactores iban preparando un primer borrador de contenido, a falta de los detalles propios de la ocasión.

Clara los veía trabajar con auténtica admiración; el jefe Anderson, con la experiencia de haber visto funcionar a cientos de becarios, percibió en ella atributos y capacidades que merecía la pena fomentar. Por ello, y con la autorización de Emily Clayton, Clara comenzó a acompañar a algún que otro reportero en salidas cómodas.

—Créeme, Emily. Tengo olfato para estas cosas.

—Si yo te creo, Richard, y no sabes la satisfacción que tu experta opinión me produce, pero quiero que cuides a esa chica como si fuera de porcelana. ¿Entendido?

Junto al fotógrafo y a otro reportero experto, Clara hizo varias salidas en días alternos. Eso calentó, y de qué manera, los ánimos de sus dos compañeras que elevaron una protesta al director del curso, Henry Mitchell. Aunque, lógicamente, este veía la idea con los peores ojos, su opinión contraria no sirvió de gran cosa, puesto que se trataba de la potestad del

responsable de cada sección la organización y funciones de los becarios mientras estuvieran bajo su supervisión.

De ese modo, Clara cubrió, en primer lugar, el tradicional encendido del árbol de Navidad de la Rockefeller Square, incluidas las actuaciones musicales previas al acontecimiento que atraían cada año a miles de personas de todos los puntos cardinales del planeta. Emocionadísima, se lo contó a su madre, a su abuela y, por supuesto, a Foster, que la escuchaba con la condescendencia de la madurez ante la explosión emotiva de una juventud inexperta. Visitó, igualmente, el campus de la Universidad de Columbia con motivo de las celebraciones navideñas previas a las vacaciones del cuatrimestre e informó sobre el programa de actos, que incluía, además de los discursos de los representantes de la comunidad académica, algunas competiciones deportivas y un concierto benéfico a cargo del coro de la Facultad de Derecho. Otro día, como siempre acompañada de gráfico y periodista, se desplazó a la sede de Naciones Unidas para informar sobre una manifestación convocada por Ecologistas en Acción y otras veinte organizaciones sindicales, sociales y plataformas ciudadanas en defensa del planeta y contra el cambio climático. Las fuerzas del orden habían acordonado la zona, la seguridad era materia prioritaria. Un paisaje menos amable le esperaba en una calle del Bronx donde una reyerta entre bandas había dejado un muerto y varios heridos graves, así como la visita a un centro de acogida de niños huérfanos, el St. Peter's Orphanage, donde descubrió por primera vez el rostro infantil del abandono y el sufrimiento.

Clara Ríos comenzaba a encontrarse frente a frente con la realidad de la sociedad en la que le había tocado vivir y absorbía como una esponja cuanto sucedía a su alrededor. Poco a poco, la joven comenzaba a perfilar sus propias opiniones, a partir de la toma de conciencia de los problemas y contradicciones del mundo al que pertenecía. Todo era nuevo para ella, pero, según transcurrían los días y las semanas, sentía que no había errado el tiro y que, como periodista, tenía la

responsabilidad de informar, denunciar, esclarecer y reivindicar… ¡Todo un reto!

Apenas había amanecido y Clara decidió dormir unos minutos más, puesto que Foster había viajado a Boston y no regresaría hasta el día siguiente. Por lo tanto, disponía del baño para ella sola y el desayuno lo haría a su ritmo, es decir, con bastante más celeridad que cuando salía hacia el periódico a la vez que el tío Robert, que se tomaba el café con parsimonia mientras leía en su *tablet* todas las noticias habidas y por haber, incluidas las de deportes y las esquelas.

El teléfono comenzó a sonar. Aún entre sueños, Clara creyó durante unos instantes que se trataba de un mensaje y trató de pararlo. No, no lo era. El teléfono seguía sonando; entonces se temió lo peor. Con el cambio horario, algo malo podía pasar en casa. Descolgó apresuradamente y una voz al otro lado le explicó que se había declarado un incendio en los almacenes Bloomingdale's y que debía personarse allí lo antes posible para cubrir la noticia.

—Clara, ¿me estás escuchando? Soy Garret. Anderson va camino de la redacción y me ha pedido que te llame porque eres la reportera que se encuentra más cerca de la tienda.

—¡Oh! Sí, Garret. Ya, ya. Entiendo. Me hablas de los Bloomingdale's que están en la esquina de la Tercera con la 59th St., ¿cierto?

—Correcto. Yo voy para allá en cuanto llegue Franklin, pero tú estás a tiro de piedra y podrías ir acercándote.

—Sí, sí. No tardaré más de quince minutos, pero no puedo hacerlo sin la autorización de Clayton. Ya sabes lo estricta que es con estas cosas.

—Pero, Clara, no hay tiempo para localizar a Clayton. Además, para que dé su visto bueno antes tiene que hablar con Anderson y rellenar el papel de la autorización. No podemos esperar.

—No sé, Garret. No debería saltarme el protocolo. Además,

tampoco puedo echar mano de Foster. No está en Nueva York. Se fue ayer a Boston.

—Vamos, Clara. Parece que hablemos del permiso para una excursión escolar. ¿Dónde está la intrépida periodista que dices querer ser? Aquí tienes tu primera oportunidad de demostrarlo.

—Está bien. Salgo en cinco minutos. Nos vemos allí.

Clara se dio una ducha de dos minutos. Se recogió la negra melena en una coleta y se embutió en unos vaqueros negros y un jersey rojo. Metió un cuaderno y una grabadora en la mochila y salió de casa con el abrigo a medio poner y un cruasán en la mano. El conserje le hizo un comentario sobre lo temprano que era y el intenso frío que hacía; efectivamente, lo sintió en la cara nada más salir del portal.

La Tercera Avenida ya estaba acordonada por la policía y los bomberos se apresuraban en montar el material que precisaban para llevar a cabo la extinción del fuego. Las llamas solo eran visibles a través de un par de ventanas, el resto era humo, si bien el resplandor imponía en la oscuridad de la noche.

Clara enseñó su tarjeta que la acreditaba como periodista y un policía le indicó que se uniera al grupo de reporteros que se encontraba en una de las esquinas hacia el interior de la calle. Mientras Garret llegaba, preguntaría a los colegas por la información que manejaban. Así ganaría tiempo.

—OK. Muchas gracias. O sea, que se trata de un incendio eléctrico. Un cortocircuito lo ha desencadenado durante la noche. Por lo tanto, el edificio estaba vacío —repitió lo que le explicaba una pelirroja bajita que cubría la noticia para un semanario digital.

—Sí, porque los vigilantes salieron hace ya rato —añadió otro colega que había llegado de los primeros.

—Muchas gracias.

Un vehículo con los cristales tintados se acercaba lentamente por la 59th St. En la puerta delantera, el emblema del Ayuntamiento de Nueva York. Clara, que no perdía detalle, lo siguió con la mirada. Se detuvo justo en la confluencia de las

calles y de él se bajaron dos hombres, a los que se les permitió cruzar el cordón de seguridad. Conversaron con bomberos y policías y se apostaron muy cerca de donde estaba el operativo de prensa.

De repente, Clara intuyó en el interior del edificio la silueta de una persona que se acercaba tambaleante hacia las puertas. Todo el mundo miraba hacia arriba, a la primera fila de ventanas sobre las banderas que adornan la fachada de los almacenes, de donde salían las llamas y el humo más negro y denso. Intentó enfocar los ojos para asegurarse de que lo que veía era una persona. No le cabía duda. Gritó, pero nadie parecía escucharla. Su voz era absorbida por las sirenas y el sonido del agua que salía con fuerza de las mangueras. Impotente, no se lo pensó un segundo, rompió la cinta perimetral y se abalanzó sobre la entrada de los almacenes, con el fin de socorrer a aquel individuo que ya estaba a punto de alcanzar el exterior. Casi lo había conseguido cuando una cornisa del primer piso se desprendió sobre su cabeza. Clara sintió un fuerte empujón, perdió el equilibrio y se desplomó sobre la acera. Todo lo demás se lo contaron después.

Se despertó en el Monte Sinaí, conmocionada y con un corte en la ceja, que ya le habían suturado. Debía permanecer en observación durante algunas horas antes de que la dejaran marcharse a casa. A su lado estaba el bueno de Franklin, que confesó haber rezado para que se despertara sin problemas.

—¿Qué ha pasado, Franklin? Todo lo recuerdo borroso.

—Señorita Clara, ¡qué susto nos ha dado! ¿A quién se le ocurre hacerse la heroína? Un montón de policías y bomberos y tenía que ser usted la que salvara a ese pobre hombre.

—¿Qué pobre hombre?

—Pues un indigente que dormía cada noche escondido en la primera planta de los almacenes. Siempre había conseguido burlar a los vigilantes y nadie sabía de su existencia. Por eso dieron el edificio por desalojado.

—Ya lo recuerdo. Yo gritaba que había un hombre dentro, entre el humo y el intenso calor, pero nadie me escuchaba. Por

eso me decidí a ayudarlo.

—Pues si no llega a ser por el joven del gabinete del alcalde, lo mismo no lo cuenta. ¡Madre mía, cuando se entere el señor Foster!

—Ya. Esto sí que no puedo ocultárselo. Se enterará todo el mundo en el periódico. ¿Y dices que un hombre del Ayuntamiento me salvó?

—Así es. Se abalanzó sobre usted para evitar que le cayera la cornisa encima. También lo han hospitalizado, se ha roto la clavícula y he oído que le van a operar en las próximas horas. Ha preguntado por usted.

—¡Madre mía! Pues sí que la he liado parda. ¿Y el indigente?

—Pues le pusieron oxígeno y en cuanto se encontró un poco mejor se escabulló sin que nadie lo viera. Pero está identificado y lo más seguro es que le caiga una buena denuncia.

—Le preguntaré a la enfermera si sería posible visitar a mi salvador —pensó Clara conmovida en voz alta.

Como se podía prever, el permiso le fue denegado y Clara pasó todo el día en reposo con las constantes vitales controladas. Cuando los indicadores estuvieron estabilizados, el doctor le firmó el alta con la condición de que descansara un par de días y regresara para una última revisión.

Clara juró obedecer las órdenes a pies juntillas. Era lo único que podía hacer, consciente de las broncas que le esperaban desde todos los flancos.

Capítulo 10

Mi pedazo de sol, la niña de mis ojos,
tiene una colección de corazones rotos.
Mi pedazo de sol, la niña de mis ojos,
la que baila reguetón con tacones rojos.
Tacones rojos. Sebastián Yatra, 2021

En el primer digital de la mañana, *The New York Times* ya publicaba la noticia en la información local, incluyendo las fotos de los protagonistas de la jornada: Clara Ríos y Logan Sheridan. El incendio de los almacenes Bloomingdale's quedaba así relegado a un segundo plano. En honor a la verdad, Clara era descrita como una ciudadana ejemplar que había salvado a un hombre en peligro de morir en el siniestro gracias a su arrojo y a Logan como el superhéroe que rescató de perecer aplastada a la joven periodista, becaria del *Times*, jugándose, igualmente, su integridad física.

Lo que más le dolía a Clara no era la cabeza, sino la tremenda angustia que les causó a su madre y a su abuela cuando se enteraron. La anciana enfermó del disgusto y no paró de llorar en varias horas, por más que su nuera trataba de tranquilizarla, teniendo en cuenta que, gracias a Dios, todo había quedado en un susto.

Y el tío Robert. Clara aguantó la implacable bronca sin rechistar. Aunque las lágrimas se desbordaban por sus mejillas y le mojaban el cuello del pijama, ni siquiera se levantó del sofá para coger un clínex. Estaba desolada. En absoluto había

calibrado las consecuencias de aquel acto casi instintivo.

—Voy a decirte algo, Clara Ríos. Por si aún no te has dado cuenta, soy responsable de ti mientras estés en Nueva York. Pero no solo de tu formación, sino también de tu seguridad. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, tío Robert. Fue un acto involuntario, lo juro.

—Los cementerios están llenos de gente que cometió actos involuntarios, de héroes anónimos que perdieron la vida absurdamente y nadie se acuerda de ellos. —El tono de voz de Foster se elevaba por momentos—. Si quieres ser una inconsciente y una irresponsable es tu decisión, pero te vuelves a Madrid con tu madre, porque yo no estoy preparado para, para… —Y el periodista se derrumbó, se dejó caer sobre la silla más cercana y se tapó la cara con las manos, presa de un llanto incontrolado.

—Por Dios, tío Robert, no te pongas así, por favor. —Clara estaba tan impactada que no sabía cómo actuar. Se acercó a él y le abrazó con delicadeza mientras le pedía perdón una y otra vez—. Sé lo que estás pensando.

—Claro que lo pienso —dijo el hombre a la vez que se tranquilizaba poco a poco—. Ya perdí a un Ríos y no podría soportar perder a otro.

Fue una noche de insomnio para ambos. En el silencio de la habitación, Clara intentaba reconstruir la escena y, cuantas más vueltas le daba, siempre llegaba a la misma conclusión, que no era otra que el convencimiento de que volvería a hacer lo mismo si se presentaba la ocasión, a pesar de las consecuencias. En el fondo, hasta sentía cierto orgullo por haber reaccionado como lo hizo. Era lógico que la acusaran de irracional, pero es que no todos los comportamientos del ser humano responden a la racionalidad. Tampoco fue lógica la conducta automática de Logan Sheridan para salvarla de lo que podía haber sido un accidente grave. Tampoco él lo meditó, actuó por impulso. De no haber sido así, igual ella no lo habría contado. En definitiva, que no sentía arrepentimiento, solo tristeza por el daño

causado a los demás.

Le dolía la cabeza, aún más después de los llantos y el estallido de emociones de su familia y del tío Robert. Se levantó y fue de puntillas a la cocina para tomar un analgésico y un vaso de agua. Allí estaba, junto a la cafetera, la *tablet* del tío Robert. No pudo resistir la tentación y abrió de nuevo la página del periódico por la noticia del incendio. Su fotografía era la misma que figuraba en las fichas y documentos del *Times*, es decir, una foto tipo carné en la que solo se le veía la cara, eso sí, con una media sonrisa y un gesto encantador. El texto explicaba lo sucedido y la actitud valiente de la muchacha que quedó tendida en el suelo inconsciente debido al fuerte golpe que recibió en la cabeza tras el empujón salvador de Logan Sheridan, muy preocupado por el estado de la chica, a pesar de su clavícula rota.

¡Vaya, vaya, con Logan Sheridan! El artículo aportaba unos cuantos datos a modo de currículum y hablaba de la entrega con que la joven promesa de la política norteamericana desempeñaba su labor municipal como mano derecha del alcalde de Nueva York desde que se había incorporado a su equipo tres años atrás. También se ponía en valor su arrojo al salvar a la becaria del *Times* de una posible tragedia, sin ignorar su dolorosa rotura. Además de un excelente funcionario municipal, el chico tenía muy buena pinta, era atractivo y elegante. Decididamente, Clara lo visitaría en el hospital para agradecerle su gesto e interesarse por su estado aprovechando la revisión a la que debía someterse al día siguiente.

El artículo terminaba con el traslado de ambos en sendas ambulancias y la extinción definitiva del incendio, sobre cuyo origen se abriría una investigación por cuenta de las aseguradoras.

A punto de cerrar la aplicación y volver a la cama, entró un mensaje de Emily Clayton. Se ve que tampoco podía dormir. El texto decía así:

Imagino tu preocupación. Mañana hablaremos de todo

esto, aunque supondrás que no estoy dispuesta a pasarlo por alto. Las normas hay que cumplirlas y Clara estaba advertida de ello. Lo siento mucho, Robert. Intenta descansar, a pesar de que no te será fácil.

Aturdida y angustiada, Clara releyó el mensaje; no auguraba nada bueno. Ella sabía que había cometido un error, que debía haber solicitado la autorización correspondiente y que se había saltado las normas, sobre las que había sido sermoneada hasta la saciedad, pero ¿qué podía hacer si las cosas habían surgido de aquella manera? Era a pocos minutos de casa, de noche, empujada por unas circunstancias apremiantes, con Foster de viaje… Ya sabía que todo aquello no eran más que excusas, pero, francamente, la presión era mucha y nadie hubiera imaginado que la situación pudiera ser peligrosa. En fin, solo podía rezar para que la sangre no llegara al río.

Con Franklin de conductor y el tío Robert de acompañante, Clara se dirigió hacia el Hospital Monte Sinaí a primera hora de la mañana. En el gran vestíbulo de entrada, una tienda cubierta de adornos navideños vendía flores, bombones, peluches y todo tipo de objetos con los que los familiares y visitantes obsequiaban a los ingresados. Clara se decidió por una enorme caja de bombones para Sheridan, al que visitaría cuando terminara su consulta. Robert no puso objeción alguna, incluso hizo intención de pagar el regalo, pero Clara no se lo permitió.

El examen exhaustivo al que fue sometida la muchacha reveló la inexistencia de cualquier secuela derivada del impacto que había sufrido. Tan solo debería regresar una semana después con el fin de retirarle los puntos de la frente. El médico dejó a su decisión la posibilidad de descansar algún día más o bien de reanudar su vida normal; por él no había inconveniente. Clara, deseando recuperar su actividad habitual, le pidió el alta.

Por su parte, Logan Sheridan había sido operado con éxito de su fractura el día anterior y se recuperaba en la habitación 1314. Clara y Robert subieron en el ascensor hasta la planta 13

y, según avanzaban por el pasillo, la muchacha sintió cierto nerviosismo, sin entender la razón. Le temblaban las manos y el corazón bombeaba con fuerza. Tocaron a la puerta y esperaron respuesta.

—Sí. Adelante —dijo el enfermo con sobrada energía.

—Hola, Logan. Soy Clara Ríos. ¿Puedo pasar?

—¡Hombre! Por fin voy a conocer a la superperiodista del *Times* responsable de que esté aquí postrado. —La frescura y la belleza de Clara no dejaron indiferente al joven político desde que la vio entrar.

—Lo siento muchísimo, de verdad, pero a la vez no lo siento… me explico: si no hubieras intervenido, a lo peor hoy estaban repatriando mi cadáver.

—No digas eso ni en broma, niña —intervino el periodista—. Soy Robert Foster y no tengo palabras para darte las gracias por haber salvado a Clara. Siempre estaremos en deuda contigo. Admiro a tu padre y a toda la familia Sheridan, y me alegra mucho haberte conocido, aunque sea en estas circunstancias. Bueno, Clarita, yo te espero fuera.

—Gracias, tío Robert. En seguida salgo.

—¿Es tu tío?

—Sí, no, bueno, es una larga historia. ¿Y qué tal estás, Logan?, ¿puedo llamarte Logan? Esto es para ti —Clara le tendió la enorme caja de bombones decorada con cintas y lazos.

—¡Buf! Vas a tener que ayudarme. Yo no puedo abrirla. Ven, siéntate en la cama. —Ella así lo hizo mientras desenvolvía el paquete—. Perdón, pero he sido descortés. Ante todo, dime cómo te encuentras tú. —Clara sentía el cuerpo del joven apoyado en su rodilla.

—Bien, estoy bien. No ha sido nada. ¿Ves? Un corte en la frente, unos cuantos puntos y a presumir de cicatriz. Gracias a ti, de verdad; no sé qué decir. Te debo la vida. Y no se me ocurre nada más que pagarte con una caja de bombones. ¡Es ridículo! —Se sonrojó de golpe.

—No lo es. Aunque, bien pensado, sí que parece poca cosa. Tal vez se me esté ocurriendo una forma de liquidar tu deuda —

dijo Sheridan en un tono claramente divertido—. Bueno, vamos, estoy esperando ese bombón.

—¡Oh! Sí, claro, perdona. —La chica se apresuró a quitarle el papel e introducirlo en la boca del enfermo, que se incorporó con dificultad sin apartar los ojos de los de ella—. ¿Y la otra mano, es que no puedes moverla tampoco? —preguntó un tanto azorada.

—Con dificultad, porque me han puesto las vías en la muñeca y es un poco incómodo. ¿Ves? —Al mostrárselo, involuntariamente, o no, Logan rozó la mano de Clara.

—¡Vaya! ¿Y cuántos días crees que estarás en el hospital? —preguntó ella aturdida.

—Pues me han dicho que, si todo va bien, un par de días. Después me iré a casa. Aunque eso complicará las cosas, la verdad…

—Nada de eso. Yo me quedaré contigo hasta que viajes a Washington a pasar la Navidad. Allí, con tu familia, estarás bien atendido. Hasta entonces, yo me ocuparé de ti —dijo Linda Cooper que acababa de entrar en la habitación con el atuendo de médico.

—Hola, guapa. Soy la doctora Cooper. La novia de Logan. ¿Y tú eres? —Clara se quedó petrificada. ¡Pero qué tonta! ¿Cómo no había imaginado algo así?

—Soy Clara Ríos. La responsable de su accidente. —Y le tendió la mano mientras adivinaba en Logan cierto disgusto—. Bueno, he de irme. Me están esperando. Repito de nuevo mi agradecimiento y si puedo serte útil en algo, no tienes más que decírmelo.

—Tal vez. ¿Por qué no apuntas mi móvil? Ya ves que yo no puedo.

—OK. Te haré una perdida y así estaremos en contacto. Si no te molesta, me gustaría saber que todo va bien después de que te den el alta.

—Por supuesto. Cuenta con ello. Cuídate y hasta pronto.

De repente, Clara sintió urgencia por abandonar la habitación. Ya en el pasillo, necesitó un par de minutos para

recomponerse antes de bajar al vestíbulo donde la esperaba Foster. Apoyada en una pared, bebió despacio un vaso de agua que se sirvió de uno de los dispensadores que se distribuían por todas las plantas. Estaba confundida. Logan Sheridan orbitaba a años luz de ella. No solo la diferencia de edad era manifiesta, sino también la experiencia y la mundología con la que se manejaba. Ella no era más que una novata que hacía sus primeras prácticas como periodista. Estaba dando sus primeros pasos fuera del nido y él tenía ya más recorrido que los reporteros del *National Geographic*. Y esa novia tan tiesa y arrogante…

Clara estaba convencida de que, de algún modo, los dos habían conectado, si no ¿para qué insistir en pedirle el teléfono? Ambos habían cumplido ya con el protocolo, es decir, ella le había visitado para darle las gracias por salvarle la vida y él había sido amable y correcto… Y ya. En circunstancias normales, ahí debía acabarse la historia. Bueno, tal vez él había hecho el paripé para ser cortés y después se olvidaría de ella más pronto que tarde.

—¡Por fin apareces! —dijo Foster entre aspavientos—. Franklin está de los nervios dando vueltas, porque no puede parar en la puerta del hospital. ¡Vamos!

—Lo siento, tío Robert, es que el ascensor iba abarrotado y no paraba en las plantas. Al final he bajado por la escalera.

—Bien. Te dejaremos en casa y yo me iré a trabajar.

—Tío Robert.

—¿Qué?

—¿Crees que Emily me sacará del programa después de lo que ha pasado?

—No lo sé, Clara. Desde luego, reza lo que sepas para que podamos convencerla. Hasta donde la conozco, esa debería ser la consecuencia por romper las reglas del juego. Y tú lo sabías…

—Es verdad. No pondré excusas.

Y Clara, sin perder tiempo, comenzó con los rezos, por si el patrón o patrona de los insensatos tenía a bien echarle una mano.

Capítulo 11

Por primera vez un amanecer bonito.
Por primera vez lo que quiero y necesito.
Por primera vez hoy duerme el cielo conmigo.
Por primera vez yo volví a nacer contigo.
Por primera vez. Camilo, 2020

El día se le había hecho interminable. Por más que Clara intentó concentrarse en el estudio, la lectura o la televisión, nada sirvió para olvidar, al menos por unas horas, la papeleta a la que debía enfrentarse al día siguiente. Difícilmente conseguiría con sus argumentos convencer a Clayton de que ignorase la gravedad de lo ocurrido. ¿Qué razones de peso podía alegar en su favor para disuadir a su mentora de tomar las medidas que acabarían con su expulsión del programa? No las había, y más teniendo en cuenta que, de alguna manera, se convertiría en el chivo expiatorio para que todo el mundo tomase nota de las consecuencias que acarreaba saltarse las normas. No servía darle vueltas, su suerte estaba echada, aunque, como no tenía ya nada que perder, defendería humildemente su actitud, que ella consideraba valiente y solidaria.

Habló por teléfono con sus compañeros Linette y Edwin, que en todo momento la animaron a no rendirse, ya que, en la redacción, los comentarios y opiniones se decantaban claramente en favor de su actuación.

Tras un sueño inquieto, Clara se levantó como si su cuerpo

pesara el doble. Apenas pudo desayunar; tenía el estómago cerrado. Observando el tráfico de primera hora a través del ventanal, aún andaba intentando tragar unos sorbos de café con leche cuando Foster entró en la cocina como un huracán. En un primer momento, la joven no fue capaz de distinguir si la actitud del periodista era de hostilidad o de satisfacción.

—¡Anda, lee esto! —Le tendió su *tablet*, en la que se distinguía claramente la fotografía de Logan Sheridan sentado en el butacón de la habitación del hospital. La noticia del *Times* tenía fecha del día anterior.

El titular, cuya frase se atribuía al político municipal, rezaba de la siguiente manera: «Sería absolutamente contrario a cualquier principio básico de la convivencia en comunidad que el comportamiento altruista de un ciudadano pudiera acarrearle consecuencias negativas». La noticia se desarrollaba a lo largo de un par de columnas, incidía con énfasis en la valoración de Logan Sheridan, que no ahorraba en elogios acerca de la actuación de la joven becaria. A sus declaraciones se sumaban las del jefe de bomberos, que ensalzaba igualmente la valentía de una muchacha, cuya audaz intervención había salvado una vida.

Clara estaba estupefacta. El artículo lo firmaba el propio Richard Anderson, el jefe de su sección actual, en una clara maniobra para no mezclar a nadie más en los acontecimientos.

—¡Muy listo, Anderson! De esta forma se lo pone muy difícil a Emily. ¿Cómo te va a expulsar si es consciente de que mañana toda la prensa la crucificará acusándola de retrógrada fundamentalista? —dedujo Foster sin dificultad—. Pero aquí tiene que haber más implicados.

De golpe, en unos minutos, la situación había dado la vuelta. Clara estaba pletórica. No sabía qué pensar. Su redactor la había salvado de una expulsión segura, pero, desde luego, la intervención de Sheridan había sido determinante; mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginar. Y estaba segura de que las declaraciones del jefe de bomberos eran también cosa suya. De ese modo, Emily Clayton quedaba en una encrucijada

difícil de resolver.

—Tampoco imagines que Emily te va a perdonar sin más. Su autoridad no puede quedar en entredicho bajo ningún concepto. Pero, desde luego, esto cambia rotundamente las cosas.

—¡Qué alivio, tío Robert!

—Para mí el alivio es que tú estés bien. Y esta vez tu agradecimiento hacia Logan Sheridan no puede reducirse a una caja de bombones. Te ha salvado el culo, señorita.

Los nubarrones que amenazaban su continuidad en el periódico parecían haberse despejado. Así, la muchacha podía afrontar el complicado día que tenía por delante con una actitud bastante más positiva.

Robert Foster y Clara Ríos llegaron a la redacción alrededor de las ocho y media de la mañana. Emily Clayton les esperaba en su despacho. Nada más abrirse las puertas del ascensor, comenzó la ovación. Todos los miembros de la redacción, puestos en pie, aplaudían y vitoreaban a la chica. Ante semejantes muestras de solidaridad, Clayton no tuvo más remedio que salir de su oficina en un intento de acallar cuanto antes las demostraciones de apoyo, pues parecían desmadrarse por momentos.

—¡Estarás contenta! Así aclamaban los romanos a sus gladiadores —dijo Foster mientras Clara saludaba con la efusividad de una actriz a su público tras una exitosa actuación —. Pero no te vengas arriba, que esto no ha terminado.

—Lo siento, tío Robert, pero es que estoy impresionada por el recibimiento.

—No me extraña. Yo también lo estaría. —Y el periodista tiró del brazo de la muchacha con el fin de dar por terminado el espectáculo y abandonar el recinto.

Directamente se encaminaron a la oficina de Clayton, que en aquel momento mantenía una conversación por teléfono. Se quedaron en el antedespacho esperando su autorización para entrar. Tras un par de minutos, la periodista se acercó hasta ellos con el fin de iniciar lo que, con toda seguridad, se iba a

convertir en uno de los momentos más tensos que Clara había vivido desde su llegada a Nueva York. La joven volvió a sentir el vacío en el estómago y el corazón desbocado como el día anterior y, para qué negarlo, también Foster se mostraba nervioso y demudado.

—Buenos días, Robert. Todo un detalle por tu parte pasar a saludarme a primera hora de la mañana, cosa que no has hecho en años. Imagino que eres consciente de que la conversación que la becaria Ríos y yo tenemos pendiente solo nos incumbe a las dos.

—Pero, Emily… He venido a acompañarla —se excusó Foster con torpeza.

—Pues hasta aquí llegó tu compañía —cortó tajante la mujer —. Cuando me ofreciste hacerme cargo de la tutoría de Clara Ríos, sabías muy bien lo que ello suponía y cuáles eran las condiciones, teniendo en cuenta lo bien que me conoces. Nadie mejor que tú sabe de mi fama de intransigente y neoinquisidora entre los colegas de profesión. Así que zanjemos el tema cuanto antes, porque como imaginaréis los dos, unos cuantos aplausos y unas bonitas frases en el periódico no son suficientes para cerrar esta crisis de desacato e insubordinación que me ha puesto en una posición tan embarazosa.

—Bueno, yo creo que… —comenzó Robert Foster su alegato.

—Robert, no sé si es que no me he explicado bien. Te estoy pidiendo que abandones mi despacho y nos dejes solas.

—OK. De acuerdo. Luego nos vemos. —El hombre salió de la estancia con la mirada suplicante de Clara clavada en el corazón.

En lugar de ocupar el sillón de su mesa de trabajo y la becaria una de las sillas de confidente, Clayton le ofreció a Clara asiento en una mesa de juntas y ella se sentó a su lado, en un claro intento de acercamiento. Sirvió agua de una jarra-termo para las dos y bebió con parsimonia.

—¿Eres consciente de la encrucijada en la que me has puesto, Clara Ríos? Te invito a que hagas un ejercicio de empatía y te coloques en mi lugar. ¿Cómo crees que me siento hoy? ¿Cuál

piensas que debe ser mi respuesta a tenor de lo sucedido?

—Yo…, señora Clayton… Digo, Emily —Clara balbuceaba las palabras que no conseguía hilvanar en su cabeza en frases coherentes.

—Anda, bebe un poco de agua. Y, por favor, no bajes la mirada. Hasta donde yo sé, no estás arrepentida de tu conducta, así que mírame de frente y defiende tus argumentos.

—De sobra sé que he hecho mal… Bueno, no es que haya hecho nada malo tampoco…, quiero decir que el fondo no es malo, pero sí la forma. Me salté las normas y el procedimiento porque nunca pensé que sucedería nada de lo que sucedió. Jamás imaginé que cubrir una noticia en el centro de la ciudad, rodeada de policías y bomberos, pudiera ser peligroso.

—Pues ya ves que nunca tenemos el control total de las situaciones. Imagino el disgusto que tendrán tu madre y tu abuela, y Robert, por descontado, al que hace años que no veía tan descorazonado. Se muestra endeble y acobardado —añadió Clayton con gesto pensativo.

—Sé que no tengo excusa y que seré castigada con la expulsión del programa, pero antes de irme quiero decirle algo respecto a todo esto. —La voz de Clara sonaba temblorosa—. Soy periodista y en estos pocos días me he sentido más periodista que nunca. Ahora entiendo a mi padre y al tío Robert, porque nuestra profesión hay que vivirla en la calle, entre la gente, involucrarse, implicarse. El periodismo tiene mucho de compromiso y no puede reducirse a escudriñar el mundo de ocho a tres desde la pantalla de un ordenador.

—Continúa —dijo Clayton y bebió de nuevo.

—En estas pocas semanas me he descubierto a mí misma. Sé que en el periodismo está mi futuro y los sucesos de estos días me han servido para afianzar este convencimiento. Me siento más fuerte y segura que nunca. Sé que he causado preocupación a los que más quiero, que la he colocado a usted en una posición incómoda, que he puesto en riesgo mi vida y la de Logan Sheridan, y no me siento orgullosa por ello, pero…

—¿Lo volverías a hacer, Clara? —la interrumpió la periodista

con su pregunta.

—Quiero ser muy sincera con usted, se lo debo por lo bien que se ha portado conmigo. Lo he pensado mucho y sí lo volvería a hacer, Emily… Aunque, como es obvio, hablamos de un comportamiento casi instintivo —se expresó la muchacha con franqueza.

—De acuerdo. Aunque no lo creas, te entiendo, querida. La juventud es apasionada e irreflexiva, pero también atesora los ideales de la profesión que, poco a poco, vamos perdiendo en su ejercicio a lo largo de los años.

—Me alegra que lo entienda, Emily.

—Eso no quiere decir que puedas irte de rositas —dijo Clayton con un tono más severo—. He decidido no expulsarte del programa. Como comprenderás, no estoy dispuesta a soportar el rechazo de los colegas y el juicio inclemente de mi madre, cuya tortura psicológica he sufrido como nunca en estos días. Pero debo imponerte un correctivo.

—Lo que usted diga, Emily… —afirmó Clara con lágrimas en los ojos.

—Quedarás apartada de cualquier actividad fuera de la redacción. Se terminaron las salidas como enviada de «Local» hasta nueva orden. Hablaré con Anderson para que lo tenga meridiano —puntualizó la mentora—. Por cierto, no sé si sabes que la idea de involucrar al señor Sheridan en la historia fue del propio Richard. Ni corto ni perezoso, llamó al hospital, habló con él y le explicó la situación. Y acto seguido mandó al «equipo A», Garret, Linette y Edwin, a hacer el reportaje. No hace falta mencionar el aprecio de Sheridan por tu persona, a pesar del problema que le causaste. En fin, espero que puedas explicármelo algún día…

—Gracias, Emily. Le aseguro que no se arrepentirá. A partir de hoy cumpliré escrupulosamente con todas las normas y obligaciones. —Ante la evidente intención de Clara de abrazarla, Emily retrocedió un paso para no dar pie a muestras de afecto demasiado efusivas. Al entender la imposibilidad del contacto físico, la muchacha repitió su agradecimiento al menos

una docena de veces.

—Y ahora ve a tranquilizar a Foster. Deberíais celebrarlo juntos esta noche.

Inmediatamente después de salir del despacho de Clayton, Clara se dirigió al cuarto de baño para refrescarse cara y manos y recuperar el sosiego durante unos minutos. Entre lágrimas de felicidad, escribió un mensaje a su madre y otro a Logan Sheridan.

Después se dirigió a la sección de «Internacional» subiendo los peldaños de la escalera interior de tres en tres. Nada más verla, Robert Foster se levantó de su asiento como impulsado por un resorte y ambos se fundieron en un abrazo interminable en mitad del pasillo.

La escena no dejaba lugar a dudas y un murmullo de satisfacción se extendió por toda la redacción.

Capítulo 12

‘Porque solo te quiero aquí esta noche,
abrazándome tan fuerte.
¿Qué más puedo hacer?
Oh, nena, todo lo que quiero para Navidad eres tú.
Tú, nena’.
All I Want for Christmas Is You. Mariah Carey, 1994

La Navidad en Nueva York es mágica. A finales de noviembre, nada más pasar Acción de Gracias, su espíritu ya embriaga el ambiente: los escaparates se visten como auténticos decorados navideños, las calles se llenan de abetos profusamente engalanados, los patinadores se deslizan por las numerosas pistas de hielo instaladas en todos los distritos de la Gran Manzana y los mercadillos de regalos y productos típicos de la época aportan color y calor al tempo de *Merry Christmas*. La ciudad de los rascacielos se convierte en un cuento mágico durante dos semanas.

A pesar del encanto con el que Madrid se engalana cada año para celebrar el nacimiento de Dios hecho hombre, Clara le advirtió a Robert Foster que nunca la capital de España podría rivalizar con la urbe neoyorquina en espectacularidad y grandeza, cuya merecida fama tiene mucho que ver con ese espíritu navideño que, sin plena consciencia, invade tanto a los foráneos como a los residentes. Sin embargo, ningún lugar como Madrid para disfrutar de sus singularidades en esa época del año, de sus primorosos belenes, de su Sorteo Extraordinario

de Navidad, de la San Silvestre, de las tradicionales uvas con las campanadas de Nochevieja en la Puerta del Sol, de la cabalgata de la noche de Reyes y del ambiente singular de ese Madrid castizo y popular donde las tabernas y los mesones conservan inalterable la idiosincrasia de una ciudad encrucijada de caminos, donde el mar no se puede concebir. Pedazo de una España diversa, rica y plural, épica y caótica, de larga y heroica historia y desde donde, según dicen los autóctonos, se llega antes al cielo.

—Ya verás, tío Robert; aunque de otra manera, Madrid te va a sorprender y, sobre todo, te vas a sentir como en casa. Porque si algo nos caracteriza a los madrileños es la hospitalidad.

—Recuerdo que tu padre me hablaba mucho de España y repetía siempre que en Madrid se miraba de frente y se abrazaba con fuerza y que todo extranjero era bienvenido y aceptado sin preguntar su filiación ni su origen —recordó Foster las afirmaciones de su amigo.

—No puede ser más verdad —confirmó Clara mientras colocaba mantel, vajilla y todo lo necesario para la cena.

—Ya solo nos quedan un par de días y emprenderemos viaje. Imagino que estarás deseando ver a tu familia. Por cierto, como esta semana los becarios interrumpís el curso, me gustaría que me acompañaras a Macy's para hacer algunas compras. Podemos comer juntos y emplear la tarde de mañana en un *tour* comercial.

—OK. Me parece perfecto. Yo también quiero comprarles algunos regalos a mamá y a la abuela. Después he quedado con los compañeros en el *midtown* para despedirnos antes de las vacaciones. Tomaremos una hamburguesa en P. J. Clarke's e iremos a escuchar algo de música en directo. Pero te prometo, tío Robert, que no llegaré muy tarde. El sábado haremos las maletas y nos prepararemos para el viaje. Estoy deseando enseñarte Madrid. Te voy a convertir en un guiri de manual.

Clara estaba tan emocionada que conseguía transmitir a Foster su entusiasmo. Aunque le había costado superar la pereza de viajar a Madrid, justo era reconocer que, según se iba

acercando el día, se mostraba cada vez más animado.

—Disfrutaremos a tope de estos días de vacaciones. Después del estrés y la preocupación de la última semana, cambiar de aires nos vendrá de maravilla —añadió el periodista sirviendo la lasaña—. Por cierto, ¿qué sabes del señor Sheridan? ¿Le han dado ya el alta?

—Sí. Me ha dicho que se ha recuperado muy bien, que básicamente tiene que hacer algunos ejercicios para fortalecer el hombro y recuperar el movimiento, pero que la fractura está soldada. Dos o tres semanas más y estará como nuevo —explicó Clara con una sonrisa que le iluminaba la cara.

—¡Vaya, señorita Ríos! Veo que está usted al tanto del estado de salud de su «hado padrino» con pelos y señales.

—Bueno, sí, hemos hablado un par de veces. Es lógico que me interese por su posoperatorio, ¿no? Es lo mínimo que puedo hacer, teniendo en cuenta que no solo me ha salvado la vida, sino que también ha evitado mi despido del *Times*. —Clara enrojeció visiblemente.

—Desde luego, desde luego. Tu agradecimiento debe ser eterno.

Al día siguiente, todo discurrió según lo planeado y Clara y Robert regresaron a casa cargados de bolsas y paquetes, satisfechos con las compras. Ya pensarían después el modo de encajar todo aquello en las maletas para no pagar el suplemento por exceso de equipaje.

Clara se cambió de ropa y se soltó la negra melena ondulada que le caía sobre los hombros, le ocultaba una parte de la camiseta blanca que ceñía su esbelta figura hasta llegar a los pantalones de cuero marrón, que completaban el atuendo. Finalmente, se abrochó el cinturón y se calzó las botas. Aún visible la cicatriz de la frente, se maquilló cuidadosamente pero sin excesos, de forma que sus ojos parecían más profundos y oscuros que nunca y sus labios carnosos y brillantes le aportaban un toque muy sensual, dentro de la naturalidad. En

pocos minutos, su imagen mudó a la de una joven femenina y empoderada.

Por primera vez en días, Clara se sentía aliviada y satisfecha en cuanto al modo en el que había terminado su odisea como periodista imprudente e insensata. Por fin, su familia y el tío Robert habían recuperado el sosiego, y hasta el prestigio de la mismísima Emily Clayton había quedado intacto, a salvo de rasguño alguno.

Si lo pensaba con positividad, gracias a lo ocurrido había conocido a Logan Sheridan, que se estaba convirtiendo en alguien especial. Y, desde luego, no había duda de que entre ambos circulaba algún tipo de corriente eléctrica invisible, porque él se mostraba encantador durante sus conversaciones por teléfono. Fue decisión de ambos mantenerse en contacto durante las vacaciones y Clara se comprometió a hacerle llegar al joven político alguna que otra fotografía de Madrid en Navidad. Cada vez que pensaba en él, Clara sentía un estremecimiento, prueba palpable de la innegable atracción que aquel hombre ejercía sobre ella. Una mezcla de nerviosismo y deseo la arrollaba como un tsunami. Jamás había sentido nada parecido hasta entonces. Pero todo apuntaba a que él estaba fuera de su alcance, porque, además de su fama de picaflor, de la que se habían hecho eco los periódicos en más de una ocasión, en aquel momento Logan tenía pareja, y parecía que iba en serio. Nadie se lo había contado; ella misma lo había comprobado en vivo y en directo.

Sentados en las típicas mesas de Clarke's, vestidas con sus característicos manteles de cuadros, y tras degustar sus deliciosas hamburguesas, inmersos en un ambiente de amistad y camaradería, el grupo de becarios se dirigió a la estación de metro que los llevaría al local caribeño elegido para continuar la velada.

Para los amantes de los ritmos latinos, Nueva York propone distintas y variadas alternativas. Algunos locales ofrecen música en directo, clases de baile gratuitas y consumiciones a buen precio, si se aprovecha la *happy hour*. En el Cache Club,

situado entre la Octava Avenida y Broadway, se puede disfrutar de verdaderas proezas en la pista ejecutadas por expertos bailarines de salsa clásica, mambo y chachachá. Y para los más tranquilos, el lugar cuenta con un bar muy bien surtido y un *lounge* extraordinariamente cómodo con sillones tipo chéster.

En cuanto entraron, Clara lo vio. En una esquina de la pista, Logan Sheridan y un grupo de hombres jóvenes departían y reían sin parar. Parecían desinhibidos y muy divertidos. De repente, la muchacha entró en pánico. ¿Cómo podía ella imaginar que, entre los cientos de bares de copas que hay en Nueva York, iba a encontrarse precisamente con Logan en el Cache? ¿Y qué debía hacer, acercarse y saludarle o esconderse detrás de una columna toda la noche? La pregunta se respondía por sí sola: le saludaría con naturalidad y regresaría con su grupo. Eso era lo que haría. Ya…, pero antes necesitaba tomarse una copa. Agazapada tras sus compañeros, se tomó un mojito en tres tragos. El corazón le latía como un tambor, pero debía armarse de valor y terminar con aquella situación absurda e infantil, porque si él llegaba a percatarse de su ridícula actitud, quedaría como una mojigata.

—Oye, Clara, ¿no es aquel tu Superman? —preguntó Linette.

—*That's right, my friend!*[7] —Y Clara, armándose de valor, comenzó a caminar hacia Logan escuchando tras de sí los cuchicheos y las risitas de sus compañeros.

También Sheridan se quedó sorprendido al verla. Se besaron en las mejillas y el joven le presentó a sus amigos, que conocían de sobra la aventura del incendio y sus consecuencias. Apenas se podía mantener una conversación debido al elevado volumen de la música. Acercándose a su oído, Logan explicó a Clara que estaban allí para celebrar la despedida de soltero de uno de los presentes y Clara le contó que al día siguiente comenzaban las vacaciones navideñas y algunos becarios habían salido para celebrarlo antes de que cada uno iniciara el regreso a sus respectivos lugares de origen.

El nerviosismo de Clara aumentaba en proporción directa a la

cercanía de aquel hombre que la hacía sentir un impulso irrefrenable. Aquello solo podía ir a peor si no se distanciaba de él. Lejos de conseguirlo, cuando quiso darse cuenta, Logan había entrelazado sus dedos con los de ella y la llevaba con decisión a la pista de baile.

—Lo siento, Logan, pero no sé bailar —dijo Clara tartamudeando.

—No importa. Tú déjate llevar.

Las manos de Logan rodearon su cintura y la atrajo hacia él con tanta fuerza que Clara apenas podía respirar. Sonaba una música de ritmo frenético, pero él comenzó a moverse lentamente mientras acompasaban ambos cuerpos. Clara no podía dejar de mirar al suelo, intentaba mitigar el fuego interior que le producían el aroma y el aliento de aquel hombre que, en cuestión de segundos, se había convertido en el dueño absoluto de su voluntad.

—¿Por qué no me miras? —le preguntó él en un susurro rozándole la oreja con sus labios.

Ella levantó lentamente la cabeza con la seguridad de que el corazón se le pararía en cuanto sus miradas se encontraran. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, le sonrió como muestra de confianza. Los ojos de Logan brillaban chispeantes, probablemente fruto del par de copas que se había tomado con anterioridad. De repente, él recorrió la curvatura de su espalda acercándose peligrosamente a su final. Clara reaccionó bruscamente.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella cesando el baile y quedándose quieta en mitad de la pista.

—Perdona, no quería molestarte. Me dejé llevar y ha sido una estupidez.

—Perdóname tú. No, no lo ha sido. Y no me has molestado; todo lo contrario. No sé lo que digo, Logan. Creo que el alcohol y el ambiente hablan por mí. —Clara, incapaz de moverse, se sentía mareada y con la mente embotada.

—No te preocupes. Sigamos bailando. ¿Sabes? No me apetece separarme de ti. —Logan recuperó la valentía, internó sus

dedos bajo el top y empezó a acariciar la piel de la muchacha dibujando círculos con suavidad.

Venciendo su timidez, Clara, como si fuera invidente, recorrió con sus manos por encima de la camisa cada centímetro del torso de Logan, sin dejar de mirarle. Él pareció sorprendido en un primer momento, pero en seguida recuperó la seguridad en sí mismo. ¿Hasta dónde quería llegar? ¿Qué era lo que pasaba por su ofuscado cerebro? ¿Y por el de Logan? Sentía las oleadas de calor que él enviaba a su cuerpo como si fueran rayos X. Finalmente, Clara decidió arriesgarse y bajo más sus manos hasta encontrarse con el cinturón. Y se quedó ahí quieta, petrificada, esperando la reacción de él. Quería que se apartase… y no quería a la vez. Pero Logan no lo hizo. Se inclinó sobre ella y escondió la cara entre su pelo.

Clara ahogó un gemido. Las parpadeantes luces de colores recorrían la sala, el techo, el suelo, y se sentía aturdida. La gente a su alrededor continuaba bailando al ritmo de Jennifer Lopez, y Logan se separó unos centímetros para mirar a la muchacha directamente a los ojos. La cogió por la cintura con el brazo sano y la estrechó con tanta fuerza que los pies de Clara dejaron de tocar el suelo. La deseaba. Le deseaba. La pasión era mutua. Un auténtico volcán.

—¿Qué se supone que estamos haciendo, Logan? —se atrevió Clara a preguntar recuperando la compostura.

—Solo… bailábamos. ¿Qué te ocurre, Clara? —Logan también parecía confundido.

—Creo que la fiesta debería terminar aquí. Hasta dónde yo sé, tienes novia y, sinceramente, si yo fuera ella no me gustaría saber que andas tonteando con otras —sentenció soltándose del brazo opresor.

—Escucha, Clara. Deja que te explique. Linda no es mi novia. Ella actúa como tal, pero no lo es… y yo ya no sé cómo hacerle entender que no estoy enamorado de ella. Tienes que creerme.

—Ya, bueno. No es que no te crea… Los dos hemos bebido y no quiero equivocarme o que te equivoques. Seguro que mañana verás las cosas de otra manera —respondió ella y se

encaminó hacia su grupo de compañeros, que la miraban con incredulidad. Logan la siguió.

—¿Y si no es así? ¿Y si sigo pensando lo mismo? —le dijo él cogiéndola del brazo.

—Pues mañana lo sabremos, ¿no te parece? —La chica tenía los ojos húmedos—. Vuelve con tus amigos, Logan, y espero que tengas una muy feliz Navidad. —Y Clara le besó en la mejilla en un impulso tan delirante que le rozó la comisura de los labios.

Sin atender a los comentarios de sus compañeros, a los que apenas escuchaba como en un murmullo lejano, recogió su abrigo y se despidió de ellos apresuradamente con la excusa de que al día siguiente debía coger un avión para regresar a España.

Durante el camino a casa, por momentos le faltaba el aire y, a pesar del intenso frío, no tuvo más remedio que deshacerse de la bufanda que la ahogaba. Se detuvo un par de veces en mitad de la calle intentando serenarse. No entendía lo que le pasaba. Tenía ganas de llorar, sentía náuseas y a la vez un tremendo vacío en el estómago. No podía llegar a casa en ese estado, no fuera a ser que el tío Robert estuviera aún despierto y la sometiera a un interrogatorio. ¡Lo que le faltaba para acabar la noche!

Paró en una tienda veinticuatro horas y compró una botella de agua. Bebió despacio y se refrescó la frente y las muñecas. Poco a poco se fue encontrando mejor. Solo le faltaban un par de manzanas para llegar y bendijo una y mil veces la Navidad y el día de Nochebuena, que la alejarían por un tiempo de Nueva York y de Logan Sheridan.

Su teléfono la advirtió del mensaje con dos pitidos y Clara volvió a sentir un vértigo inquietante. No tenía dudas sobre su procedencia. Logan Sheridan parecía tener también el corazón y la mente perturbados.

> Sé que lo que diga en este momento no será tenido en cuenta, pero te juro, Clara, que ni la bebida ni el baile han sido responsables de lo que ha ocurrido. Y no sirve enmascararlo, ni disfrazarlo, ni buscarle justificaciones.

Sabes tan bien como yo que tengo razón. Nos vendrá bien el descanso y alejarnos de Nueva York por unos días, aunque puedo asegurarte que no podré sacarte de mi cabeza ni un solo minuto. Un incendio te puso en mi camino, pero hay fuegos que no pueden extinguirse. Por favor, no dejes de escribirme. Buenas noches.

No sé ni qué decir, Logan. Estoy bloqueada, pero sé distinguir entre lo que es una noche frívola y de excesos y lo que ha pasado hoy. Dejemos que las cosas se relajen y que las vacaciones hagan el resto. Tengo tanto que agradecerte que no podría dejar de escribirte, si tú me lo pides. Que descanses.

---

7 '¡Así es, amiga!'.

Capítulo 13

Soy la que puedo, la que me dejan,
la que se estrella, la que se aleja.
Si estás tan solo, te doy mis alas,
volemos juntos y habrá un mañana.
Siento. Lali Espósito, 2009

Apenas conversaron durante el vuelo. Robert Foster había tomado un somnífero para dormir, con el fin de que el viaje se le hiciera lo más llevadero posible. Cada vez le eran más incómodos los asientos de los aviones y, si el viaje duraba más de tres horas, acababa con el cuerpo dolorido. Clara, que no tenía ganas ni de hablar ni de pensar, agradeció infinitamente la iniciativa del periodista, pues le ahorraría repetir el esfuerzo sobrehumano que ya le había supuesto pronunciar las cuatro frases que habían intercambiado antes de salir de casa.

En cualquier caso, la muchacha se había propuesto no darle más vueltas a lo sucedido el día anterior e intentar disfrutar de su regreso a Madrid y de las cosas sencillas que hasta entonces habían formado parte de su sencilla vida. Desde niña, le encantaba que su madre le lavara el pelo, trastear en la cocina o ayudar a la abuela a envolver las croquetas que, según decía su padre, eran las mejores del planeta Tierra. Disfrutar de un concierto de villancicos en el Auditorio Nacional, al que cada Navidad asistían las tres mujeres juntas, del turrón y los mazapanes y de la Sidra El Gaitero, porque la abuela decía que con el champán se ponía piripi. Esos entrañables recuerdos que

de repente se agolparon en su mente la hicieron sonreír y se sintió menos tensa, más segura. Miró al tío Robert, que se había quedado dormido con la cabeza apoyada en la ventanilla y la boca entreabierta, y sintió por él, igualmente, una oleada de ternura. Robert Foster también formaba ya parte de su familia, y con su familia se sentía a salvo.

Con las maletas en su poder y superados los controles de seguridad y de pasaportes, ambos se dirigieron a la salida por la zona de llegadas. Dadas las fechas navideñas, el vestíbulo se hallaba atestado de gente, pero Clara en seguida localizó a su madre, que se separó como pudo del gentío y corrió a abrazar a su hija. Saludó con efusividad al que había sido el mejor amigo de su marido. Se abrazaron con afecto y Foster sostuvo las manos de Ángela entre las suyas agradeciéndole una y otra vez su hospitalidad.

—¿Y la abuela? —preguntó Clara mientras se dirigían al aparcamiento en busca del coche de su madre.

—Pues, en casa, Clarita. Hace mucho frío para ella y tener que esperar de pie en un aeropuerto abarrotado de gente no me pareció prudente, aunque bien es verdad que se enfurruñó un poco. La abuela tiene una edad y hay que protegerla. Esta es época de bronquitis, gripes y neumonías y no quiero ni pensar que pudiera enfermar de gravedad.

—Tienes razón, mamá. Además, en cuanto lleguemos se le pasará el mosqueo —afirmó Clara haciendo muecas que imitaban a la abuela. Por fin comenzaba a recuperar su habitual tono alegre y optimista.

La llegada a casa fue una auténtica tormenta de emociones. La abuela Magdalena no pudo controlar el llanto al ver a su nieta convertida en toda una periodista «yanqui», como ella decía. No le faltaba detalle a su atuendo. Incluso llevaba una gorra de Los Ángeles Lakers un tanto ladeada que hizo volar por los aires en mitad del salón, presidido por un árbol de Navidad artificial y el «nacimiento» típico de la mayoría de las casas españolas. Clara estaba conmovida. Su madre y su abuela eran su fortaleza, y su casa olía a perfume de lilas y a guiso

casero.

Una vez instalados los recién llegados, degustaron un exquisito almuerzo, que se alargó en una sobremesa de más de dos horas. Trataban de combatir el *jet lag* aguantando el sueño hasta la noche para recuperar así el biorritmo europeo.

A pesar de cierta dificultad con el idioma, Foster se sintió como en casa desde el minuto uno. Clara le iba traduciendo lo que no entendía mientras hacía igualmente de intérprete con su madre y abuela. Hablaron sobre todo de la muchacha y de su aterrizaje en Nueva York, de su integración en el periódico y, por supuesto, del percance en el incendio de los grandes almacenes, que les trajo a todos de cabeza durante varios días. Finalmente, decidieron que lo más inteligente era restarle importancia y olvidarlo cuanto antes, puesto que todo se había resuelto felizmente.

—Por cierto, me ha dicho Javier Blanco que le gustaría verte en algún momento durante tu estancia en Madrid —aprovechó Ángela para introducir un tema que sabía que era espinoso—. Yo le he dicho que lo hablaría contigo y que podíamos merendar en casa un día.

—No, mamá. Ya estabas tardando en hacer de alcahueta. No vamos a merendar ni a desayunar. Déjame que yo decida a quién ver, dónde y cuándo. ¿OK? Puedo ir a buscarte algún día a la consulta y aprovechar para tomar un café con él. Y punto. Te pido, mamá, que te mantengas al margen. Y no vamos a volver a hablar de esto, porque no quiero discutir contigo.

—De acuerdo, cariño. Respetaré tu decisión. Eres tan clara como tu nombre. No puedes parecerte más a tu padre en la firmeza de tus argumentos y exigencias —apostilló Ángela mientras miraba a Foster, que parecía hacerle alguna seña velada—. Y cambiando de tema, ¿qué planes tenéis para mañana? Yo me acercaré un rato a la consulta, porque tengo que ver a un muchachito que se ha hecho una buena pifia en la boca practicando *skate*.

—Pues yo creo que lo mejor, teniendo en cuenta que es Nochebuena, sería dar un paseo por el centro, Gran Vía, Sol,

Alcalá, Cibeles… para que el tío Robert comience a saborear el ambiente de Madrid en estas fechas —sugirió Clara, que parecía satisfecha con su estupenda idea.

—¿Y si quedo después con vosotros y nos tomamos unos vinos y unas tapas por la zona de Cuchilleros y la plaza Mayor? —quiso Ángela sumarse al plan.

—Perfecto, mamá. Buenísima idea —dijo abrazando a Foster, que había dirigido la vista alternativamente a la madre y a la hija durante la conversación, sin acabar de entender lo que pasaba—. Y no te preocupes, abuela, que estaremos aquí para ayudarte a preparar la cena.

—¿Y no va siendo hora de sacar los regalos, Clara? —preguntó el periodista.

—Noooooo, tío Robert. Eso será el 6 de enero, día de los Reyes Magos.

—*I don't get a single thing right!*[8] —exclamó el hombre.

—No te preocupes, tío Robert. Ya acertarás…

Por fin todos se retiraron a dormir tras un intenso día de emociones. Clara, con los ojos cerrados y abrazada a la almohada, se imaginó de nuevo entre los brazos de Logan y el recuerdo fue tan potente que hasta sintió de nuevo el penetrante aroma de su cuerpo.

Calles y plazas abarrotadas de gente esperaban a Robert y a Clara desde primera hora de la mañana. El norteamericano estaba impresionado por el bullicio alegre de Madrid, una capital europea y cosmopolita, aunque con ese toque provinciano al mismo tiempo que la hace única. Para empezar, un chocolate con churros en San Ginés les haría entrar en calor y acumular energía para afrontar una mañana intensa. Consiguieron, con mucha suerte, una pequeña y castiza mesa de mármol y, mientras esperaban, Clara le explicó a Robert que aquel lugar atesoraba la historia de Madrid desde el siglo XIX, pues había sido escenario de muchas novelas, obras de teatro y películas de la época.

—Según leí en algún sitio, hace como diez años se inauguró

una Chocolatería San Ginés en Tokio —añadió Clara con la boca llena.

—Me encantan los «charros». *They are delicious*.[9]

—Churros, tío Robert, churros. Esto sí que es *made in Spain*[10].

—Pues eso, churros —repitió Foster, con acento norteamericano, mientras terminaba con pena su taza de chocolate.

Recorrieron la Puerta del Sol, Callao, la Gran Vía y bajaron por Alcalá hasta Cibeles, para subir de nuevo por el paseo del Prado, rodeando el Congreso de los Diputados. Atravesaron luego la plaza de Santa Ana, para dirigirse después hacia la plaza Mayor, donde habían quedado con Ángela para almorzar de manera informal.

El sol, aunque tímidamente, calentaba la plaza a aquella hora y, agotados por la caminata, decidieron sentarse a esperar en La Campana, tasca tradicional donde las haya, especializada en el bocadillo de calamares, tan típico de la capital española. Foster quedó maravillado con las tiendas de sombreros, de artesanía española y las pintorescas tabernas que llenan los soportales del ágora madrileño, donde los vendedores de árboles y el mercadillo navideño atraen cada año a familias enteras que dedican buena parte del día a elegir, entre un sinfín de opciones, sus figurillas para el belén, sus adornos para el árbol y los objetos de bromas y disfraces para la Nochevieja, ante la atenta mirada de Felipe II desde su ecuestre escultura.

—Dicen que en La Campana sirven las mejores cañas de Madrid. Así que empecemos por una buena cerveza —sugirió Clara.

Ángela llegó animada y hambrienta. Se sentía feliz de tener de nuevo a su hija en casa y a Robert Foster, que, como aseguraba Clara una y otra vez, se había convertido en un hombre encantador y entrañable y en un padrazo para ella. Además, su físico poderoso y sus modales anglosajones habían supuesto toda una revelación. Era mucho más atractivo de lo que ella recordaba. Durante el almuerzo, Clara interactuó con

sus amigas por WhatsApp, que ya sabían de su llegada a Madrid.

—Mamá, voy a tomar un café con ellas un rato. Tengo muchas ganas de verlas. Pero no te preocupes que, como nos quedaremos por el barrio, a las ocho estaré en casa como un clavo. Te lo prometo —dijo levantándose de la silla, sin dar opción a la réplica.

—Pero, Clarita, hija, no puedes dejarnos a Robert y a mí así de repente. Sabes que tenemos dificultad para entendernos.

—Pues haced un esfuerzo. Seguro que no os será tan difícil. —Y la joven abrazó a su madre y al tío Robert efusivamente y se alejó cantarina.

Un rato después, el periodista y la odontóloga reían mientras caminaban por las calles rumbo al barrio de Argüelles, donde Ángela había vivido siempre desde su matrimonio, en la calle Guzmán el Bueno. A consecuencia de las cervezas ingeridas y tras un par de traspiés en los inestables adoquines de las aceras, ella decidió sujetarse del brazo de Robert. Él, por su parte, le estrechó la mano con firmeza, según le explicó, para calentársela de paso. Por fin, llegaron a la glorieta de Bilbao y Ángela sugirió entrar en el Comercial para tomar un café que contrarrestara los vapores del alcohol.

Robert Foster estaba encantado y se sentía feliz por haber aceptado la invitación de las mujeres Ríos. Por su parte, Ángela lo miraba como si fuera todo un descubrimiento. En cierto modo, lo era. Solo conocía al periodista a través de lo que su marido le había contado durante años y poco más. Tan solo se habían visto con ocasión del funeral del fallecido. Como era lógico, y dadas las circunstancias, el nexo común en aquel momento era Clara y de ella hablaron durante un buen rato. Robert le explicó a la madre de la muchacha lo sucedido tras el incendio y el *feeling* innegable que había surgido entre Clara y su salvador, Logan Sheridan, aunque desconocía la naturaleza de la relación.

—¿Debo preocuparme, Robert? —interrogó Ángela al periodista.

—No lo creo. Clara es muy madura y, hasta donde yo sé, él es un joven con un futuro político prometedor, aunque tiene… cómo se dice… *reputation of a* donjuán[11].

—Lo he entendido, Robert. Es que no quiero que a mi hija le rompan el corazón.

—Eso no podrás impedirlo, Ángela. —Su nombre dicho por él sonaba de maravilla—. Por lo que conozco a la niña, te aconsejo que no la sermonees. Solo conseguirás que se distancie. Además, si le hablas del tema, me delatarás y desconfiará de mí.

—Tienes toda la razón, Robert, y a quien la tiene hay que dársela —dijo Ángela tras tomar un gran sorbo de café—. Dejemos que las cosas sigan su curso. Como dices, él es mayor que ella y se mueve en un mundo muy diferente. Más pronto que tarde se le quedará corta la relación.

—Ya veremos…

—Debemos irnos. Mi pobre suegra no habrá parado de cocinar en todo el día, sobre todo para agasajarte a ti, que eres nuestro invitado… y además extranjero, como dice ella.

Ambos rieron y de nuevo se cogieron del brazo mientras recorrían los escasos doscientos metros que les restaban para llegar a casa. Teniendo en cuenta la hora, la ciudad, poco a poco, se fue llenando de coches y transeúntes que se dirigían a sus domicilios para celebrar la noche más familiar del año. Había oscurecido de golpe y comenzó a caer una llovizna helada, tan micronizada que, aunque se sentía en la cara, apenas podía verse, tan solo a través de la desvaída luz de las farolas.

Unos minutos después, también llegaba Clara, justo en el momento en que su móvil le transmitía un mensaje de paz y amor desde Washington D. C.

---

8 ‘¡No doy una!’.
9 ‘Están deliciosos’.
10 ‘Hecho en España’.
11 ‘Reputación de donjuán’.

Capítulo 14

Todavía tengo algo para darte cada día,
el abrigo de mi abrazo, la canción que merecías.
Si te esperé toda una vida, aún puedo un poco más.
Te esperaré toda la vida.
Te esperaré toda la vida. Dani Fernández, 2018

Los días pasaban demasiado rápido para todos. Tanto la abuela como Clara, Robert y Ángela se angustiaban viendo caer las hojas del calendario, agobiados por la cercanía de una nueva separación.

Robert se sentía un madrileño más y comenzaba a entender la fascinación por lo español que sienten tantas personas que, desde las más variadas procedencias, visitan el país y lo consideran uno de los mejores lugares del mundo para vivir. Y según le explicaban, no conocía nada más que una pequeña parte del «universo España», porque toda su geografía estaba repleta de historia, cultura, gastronomía y belleza paisajística, magníficas playas y mucho sol para disfrutar de ellas, urbes de vanguardia y pueblos de leyenda, paisajes de interior e islas paradisíacas.

Fascinado por el Museo del Prado, la catedral de la Almudena y el Palacio Real, El Escorial y Toledo, Robert Foster incluyó en su catálogo de obras de arte los callos y el cocido madrileño, las sopas de ajo, las patatas bravas y la paella, para terminar con las famosas torrijas que, aunque fuera de las fechas habituales, la abuela Magdalena preparó en su honor, a juicio del

periodista, completamente adictivas.

—Además de una enorme pena, me llevaré de España cinco kilos de más, y encima mal repartidos —repetía Foster cada vez que se sentaba a la mesa.

Aunque Clara estaba disfrutando de su Navidad en Madrid, probablemente como nunca, no dejaba de pensar en Logan, en sus ojos, en su cuerpo pegado al suyo al ritmo de aquella danza sensual y vertiginosa. Desde la separación, ambos se buscaban a diario con impaciencia. Se escribían e intercambiaban fotografías y confidencias, cada vez más íntimas, pensamientos y opiniones y en alguna ocasión, al abrigo de la noche y al filo de la madrugada, teniendo en cuenta la diferencia horaria, los dos se habían dejado llevar sin remisión hasta traspasar los límites del erotismo. Invariablemente, tras esos encuentros virtuales que rezumaban carnalidad y pasión, Clara se arrepentía; sin embargo, era consciente de la fuerza magnética que Logan Sheridan ejercía sobre ella, aunque seguía albergando dudas sobre la reciprocidad de esos sentimientos, a pesar de que él le juraba que aquello no era un tonteo y que no había ninguna otra mujer en su vida. Ella no terminaba de confiar en sus palabras y, además, tenía miedo de dejarse llevar por una relación asimétrica y explosiva que podía resultar letal. Deseaba volver a verlo más que nada en el mundo, pero, a la vez, la idea de su regreso a Nueva York le producía una auténtica conmoción y no se quitaba de la cabeza la ansiedad de un nuevo encuentro. Se sabía vulnerable. Solo con pensar en ello, el corazón se le aceleraba a la velocidad de un coche de Fórmula 1.

Mientras tanto, Robert Foster y Ángela Carretero habían conectado de una manera extraordinaria. Solo se separaban las pocas horas en las que Ángela pasaba consulta en la clínica, y como la estancia del norteamericano iba a ser corta, la dentista negoció con su socia las tardes libres para poder atender a su invitado como se espera de una buena anfitriona. Ya recuperaría después cuantas horas hicieran falta. Catalina, que la conocía mejor que nadie, comenzó a hacer preguntas.

—¿Y se puede saber qué te ocurre? Desde que el yanqui entró en tu casa, caminas un palmo por encima del suelo. ¡Hay que verte flotar!

—No digas tonterías. Tú sabes bien que era el mejor amigo de Antonio y que ahora mismo se está ocupando de Clarita como si fuera su hija. Y yo debo ser hospitalaria y corresponder como se merece —se justificó Ángela con tan poco entusiasmo que no se lo creía ni ella.

—Ya, ya…, como se merece, dice. Si se te ilumina la cara cada vez que entra por la puerta de la clínica. ¡Te crees que no tenemos ojos en la cara! —exclamó Catalina con tono de burla —. ¿Y qué hay de esos trapos que has vuelto a sacar del baúl de los recuerdos y que no te los ponías desde que falleció Antonio?

—Es que como nunca salgo, para qué me los iba a poner —de nuevo se justificaba la madre de Clara.

—A mí no tienes que contarme milongas, Ángela. Me parece genial que disfrutes y que te enamores otra vez. Ya has pasado lo tuyo y no tienes por qué renunciar a ser feliz. Antonio ya no está y solo faltaba que guardaras fidelidad a un fantasma.

—¡Qué cosas dices, Cata! Lo que pasa es que es complicado. Él tiene su vida en Nueva York y, además, sigue casado, aunque su mujer y su hijo lo abandonaran hace años cuando dejó la corresponsalía de guerra… —Ángela estaba pensando en voz alta—. ¡Es una locura!

—¡Benditas locuras! No busques excusas y coge el tren, que ya no pasan más que los que van al desguace. Lo demás se solucionará solo.

Robert acababa de llegar. Por señas, Ángela le hizo entender que se sentara unos minutos en la sala de espera mientras ella terminaba. Tenían previsto almorzar en la cafetería del Thyssen y visitar después el museo. Finalmente, y teniendo en cuenta lo bien que habían congeniado, Clara le cedió a su madre el título de guía turística, porque, además, conocía Madrid y sabía de su historia mucho más que ella. De ese modo, Clara podía disfrutar de sus planes de amigas y hacer un poco de compañía a su abuela. Ambas se echaban de menos tremendamente y, además,

pasarían meses hasta que volvieran a verse.

La clínica de Ángela y su socia se ubicaba en la calle de San Bernardo, a la altura del Ministerio de Justicia. Montada con tecnología de última generación y enfocada a una clientela infantil y juvenil, especialidad de ambas odontólogas, ocupaba un local a pie de calle de considerables dimensiones. Contaba con una recepción elegante, que causaba la mejor de las primeras impresiones, y una plantilla bastante amplia, tanto en la parte de estomatología como en la administrativa.

Catalina, que la esperaba hacía días, no desaprovechó la ocasión para saludar al periodista e iniciar con él una conversación algo más profunda que los protocolarios saludos de las veces anteriores.

—*Good morning, Robert! How are you doing?* —saludó la dentista en un correcto inglés—. *Would you mind accompanying me?*[12]

—Puedes hablarme en español. Gracias a estos días en Madrid he recuperado mucho. Debido a mi trabajo hubo un tiempo en el que llegué a dominar cinco idiomas, el español entre ellos, pero, ya sabes, si no se practican se oxidan —explicó Foster con amabilidad mientras la seguía hasta un pequeño habitáculo sin definir. Catalina cerró la puerta.

—Estupendo, Robert. Pues es que verás…, yo quería hablarte de Ángela. Eres un hombre inteligente y estoy segura de que sabes por dónde voy. Pero, por favor, toma asiento. —Ambos se sentaron en unas sillas colocadas rodeando la pared, a modo de sala de espera—. La conozco desde las aulas de la universidad. Juntas hemos pasado los mejores y los peores momentos. Desde que Antonio murió, se volcó en exclusiva en el trabajo y en Clarita, como si el mundo y su vida personal se hubieran terminado para siempre. Pero, mira por dónde, aparece en escena el mejor amigo de su fallecido marido y su existencia se pone del revés. Tú apenas la conoces, pero yo te aseguro que Ángela ha sufrido una metamorfosis en estos pocos días, desde que llegaste a Madrid. Bueno…, para hacerte el cuento corto, me

gustaría saber cuáles son tus intenciones. Ya sé que resulta ridículo y si Ángela se enterara de que te he abordado de esta manera, me arrancaría de cuajo las muelas del juicio, pero no quiero que sufra. ¿Lo entiendes? Ella es como una hermana para mí y no puedo ni pensar en una nueva decepción en su vida.

—Entiendo tu preocupación y eso te honra como amiga. Pero nadie podía imaginar, cuando planifiqué este viaje, que la madre de Clara, es decir, la viuda de Antonio Ríos, mi amigo del alma, y yo llegaríamos a conectar de una manera tan especial. Puedo asegurarte que todo ha surgido sin buscarlo, ni por su parte ni por la mía. Ya no somos adolescentes, Catalina, y tengo ojos en la cara, como Ángela también los tiene. Nos gustamos. La mutua compañía nos hace bien. ¿Que qué pasará después del 6 de enero? No tengo la menor idea. Hace mucho tiempo que dejé de hacer planes y de pensar en el futuro. Por mi profesión, he visto la tragedia y la muerte de cerca y ahora vivo día a día. No puedo decirte nada más. —Terminado su alegato, Foster bajó la vista al suelo.

—Gracias por tu franqueza. Pero ¿has pensado que os separan miles de kilómetros y que tú tienes una familia? —fue la última pregunta de Catalina.

—Lo pienso cada día, pero eso lo solucionaremos cuando toque. Lo primero es estar seguros de nuestros sentimientos. No precipitarnos y tomar decisiones basadas en una ilusión que, como un truco de magia, después se esfume más pronto que tarde… Se dice así, ¿no?

—Sí. Tienes razón, Robert. Sería absurdo hacer planes solo por unos pocos días de enamoramiento. El tiempo dirá lo que tenga que ser —dijo Catalina abriendo la puerta despacio—. Por favor, te pido que no le cuentes a Ángela ni una palabra de lo que tú y yo hemos hablado. Mira, por allí va. Creo que ya está lista.

—Descuida. Será nuestro secreto. Y te diré que, hoy por hoy, solo deseo lo mejor para la familia Ríos y haré todo lo que esté en mi mano para contribuir a su bienestar.

—*OK. Thanks, Robert. You're a gentleman!*[13]

—¿Se puede saber dónde os habíais metido? —preguntó Ángela cuando se encontró con ellos por el pasillo.

—Robert buscaba el baño y lo acompañé para que no se perdiera —respondió con rapidez Catalina ante el mutismo de Foster.

—Bueno, entonces, ¿podemos irnos?

—Claro. Vámonos ya o no tendremos casi tiempo de almorzar —fue Robert quien habló esa vez.

—Es cierto. Cogeremos un taxi y así ganaremos tiempo. Hasta mañana, Cata.

—Adiós, Catalina. Si no nos vemos antes, pasaré a despedirme…, y gracias por todo —dijo el periodista antes de marcharse.

Ya en la calle, Ángela preguntó a Robert por ese agradecimiento hacia su socia del que hasta el momento desconocía el motivo. Y él le respondió que le había sido de gran ayuda en relación a una propuesta que le rondaba la cabeza hacía días, aunque le dejó muy claro que aún no podía darle más datos porque se trataba de una sorpresa.

La tarde discurrió entre pinturas y obras de arte. Ángela le explicó a su compañero la singular historia del museo y la razón por la que España fue el país elegido para albergar una de las colecciones privadas más importantes del mundo, unas ochocientas obras de todas las épocas, propiedad del barón de origen alemán Hans Heinrich von Thyssen-Bornemisza. Carmen Cervera, ex *miss* España y su quinta esposa, fue, sin duda, la artífice de la operación. Gracias a ella y tras arduas negociaciones, en 1992, se cumplió por fin el sueño del barón: estar cerca del Museo del Prado.

—El amor es un arma más poderosa que la bomba atómica —afirmó Robert.

Y terminaron otra tarde maravillosa en el bar del Hotel Palace, entre palabras de amor y besos robados, consentidos, entregados, ardientes, a veces tiernos, otras violentos, siendo

testigos de aquellos impulsos irrefrenables las guirnaldas de la cúpula vitral del jardín de invierno y un par de *gin-tonics*.

---

12 ‘Buenos días, Robert. ¿Qué tal estás? ¿Serías tan amable de acompañarme?’.
13 ‘De acuerdo. Gracias, Robert. ¡Eres todo un caballero!’.

Capítulo 15

Tengo que decirte algo
que para mí no es normal (oh, oh, oh),
que estoy enamorado de ti,
pero solo me ves como tu amigo especial.
Yo te quiero confesar…
Amantes y amigos. Daddy Yankee, 2012

Y llegó el último día del año. Y las tres mujeres le explicaron a Robert Foster la tradición española de comer doce uvas al ritmo de las campanadas que marcan los últimos instantes del 31 de diciembre para dejar paso al nuevo año, en el que todo el mundo deposita expectativas, esperanzas y deseos. España entera se sitúa ante el televisor para seguir la retransmisión de una de las costumbres más emblemáticas de la Navidad en nuestro país, ya sea en casa, en una fiesta o en la propia Puerta del Sol, donde miles de madrileños se arremolinan ante el reloj más famoso del país para celebrar la Nochevieja. Después se brinda con champán y todo el mundo se abraza y se desea lo mejor. Es una noche de alegría, de fiesta y de buenos propósitos.

Clara andaba dándole vueltas a la elección del vestido que se pondría, después de las doce, para salir con sus amigas a la macrofiesta que celebraba una conocida discoteca del distrito universitario de Moncloa. Según los planes, no regresaría hasta bien entrada la mañana, si bien su madre le advirtió que debía estar lista para almorzar, como cada 1 de enero, en casa de sus tíos paternos. Prácticamente, era el único día en que la abuela

visitaba a su otro hijo y a sus otros nietos, porque, como ella decía, los muy descastados solo iban a verla con ocasión de su cumpleaños, es decir, una vez al año.

Tras un paseo hasta la Puerta del Sol, para que Robert saboreara el ambiente e identificara el escenario cuando lo viera por televisión, regresaron a casa, entre bengalas y petardos, pelucas, gorros y gafas de broma, matasuegras y serpentinas, que hicieron las delicias del norteamericano, quien aseguraba estar encantado con las tradiciones españolas y la forma de ser de los madrileños. Robert y Ángela no paraban de reír con las payasadas de Clara, que se encontraba de un humor excelente.

Después de una cena deliciosa a base de pescado y algunos mariscos, esperaron a las doce, como marca la tradición, para tomar las uvas, toda una novedad para Foster. Al terminar las campanadas, llegaron los abrazos y los besos, de los que Ángela y Robert dieron efusivas muestras; tanto fue así que Clara y la abuela Magdalena se miraron con complicidad, entendiéndose sin palabras. De ello hablarían cuando hubiera ocasión.

Finalmente, Clara se marchó a su fiesta vestida de rojo escarlata, con la aprobación de su madre y el reparo de su abuela, que consideraba el atuendo demasiado corto para una noche tan fría. Robert alabó el aspecto de la muchacha con entusiasmo.

Magdalena se despidió del periodista y de su nuera y se acostó en el dormitorio que provisionalmente compartía con su nieta, con la seguridad de que cuando Clara apareciera, ella ya estaría levantada. Como era de esperar, Ángela y Robert se quedaron solos en el salón. Tras recoger la mesa entre los dos y fregar los platos, se sentaron con una taza de café y una nueva botella de champán y escucharon música mientras charlaban de lo divino y lo humano.

—Ángela, yo… —intentó Foster iniciar la conversación.

—De verdad que no hace falta que hablemos de esto, Robert. Soy muy consciente de la situación. En unos días tú volverás a tu vida en Nueva York y Madrid y Ángela Carretero pasarán a

ser un bonito recuerdo de unas vacaciones navideñas muy especiales. —La voz le temblaba—. Yo solo quiero que sepas que te agradezco infinitamente todo lo que haces por Clarita y que siempre me tendrás para lo que necesites.

—¿Quieres decir que, en lo que a ti respecta, es solo agradecimiento? —preguntó el periodista desolado.

—No voy a negar unos sentimientos que me inundan cuerpo y alma como ya no recordaba, pero no quiero que te sientas comprometido por ello. Es lo más hermoso y más auténtico que me ha pasado en mucho tiempo y le doy gracias a la vida por ello.

—Ángela, tu hija y tú me habéis convertido en un hombre nuevo, diferente. Estoy harto de amarguras y decepciones, quiero abandonar esa vida sin ilusión y sin futuro que me agriaba el carácter y me hacía detestable. Ese hombre ya no existe. Y quiero ser feliz, querida. Démonos una oportunidad.

—¿De verdad piensas que esto puede funcionar? —preguntó Ángela llenando de nuevo las copas de champán.

—¿Y por qué no? Dejemos que el tiempo se pronuncie. Tenemos una edad y somos razonables. Sabemos que nos enfrentamos a una relación con sus dificultades, pero nada es insuperable y yo estoy dispuesto a luchar por ella… y por ti.

—No sé qué decir, Robert. Aún no soy capaz de analizar mis sentimientos, pero sé que te echaré de menos desesperadamente cuando te marches. —La emoción humedeció los ojos de Ángela.

Ambos hicieron chocar sus copas y se besaron en un ritual delirante mientras se encaminaban al dormitorio principal, el que Robert ocupaba aquellos días. Todo discurrió con sencillez y naturalidad, con la serenidad que confieren la madurez y la experiencia compartida de un enamoramiento sin sobresaltos.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no hago esto?

—Seguro que no más que yo.

Y Ángela selló los labios de Robert con los suyos y no volvieron a hacerse preguntas ni a plantearse interrogantes. Entre gemidos y jadeos, solo pronunciaron las palabras de amor

y pasión propias del fragor de la única batalla en la que ambos bandos resultan tan extraordinariamente victoriosos que no desean que la guerra termine.

Antes de que su suegra pudiera darse cuenta, Ángela regresó a la habitación de su hija, en la que dormía por unos días.

También Clara había comenzado el año con una dosis extra de felicidad. A las seis de la mañana, Logan la sorprendió con una videollamada, los dos se desearon lo mejor en el año nuevo con mucho entusiasmo y hablaron durante un buen rato. En un primer momento, ella se mostró torpe y retraída, pero según fueron pasando los minutos, la timidez fue cediendo hasta confesarse mutuamente ser el primer y el último pensamiento del otro cada día. Eso en cualquier rincón del planeta significa lo que significa, es decir, una atracción salvaje, una necesidad irrefrenable de estar juntos y un enamoramiento de esos que hacen saltar chispas.

—Logan, regreso a Nueva York en unos días y estoy aterrada. No sé cómo afrontar esto que nos pasa —explicó Clara en un arranque de sinceridad.

—Solo hay una forma de afrontarlo. Vivámoslo juntos y comprobemos hasta dónde dan de sí estos sentimientos. A no ser que haya algo o alguien que te lo impida. —El joven Sheridan lanzó el guante.

—No lo hay, Logan. En este momento, soy absolutamente libre para tomar mis propias decisiones. No es eso lo que me preocupa.

—¿Entonces qué es? —le preguntó de nuevo—. No quiero imaginar que sigues sin confiar en mí respecto a mi situación personal. Yo también soy libre y, si es necesario, te lo repetiré de mil maneras.

—Vivimos en galaxias distintas, Logan.

—Hasta donde yo sé, en unos días viviremos los dos en Manhattan, a pocas manzanas. ¿De qué tienes miedo, Clara?

—Es más bien inseguridad. Me horroriza no estar a tu altura, a la altura que requiere la mujer con la que un hombre como tú ha de compartir su vida. Solo soy una joven de familia humilde

que sueña con ser una buena periodista, becada en un superperiódico neoyorquino por un año y que regresará a España en cuanto su periodo de prácticas termine.

—OK. Y, dime, por favor, dónde está nuestra incompatibilidad.

—No lo sé, Logan. Creo que a ti te va una mujer más madura, más hecha, con el camino del aprendizaje ya recorrido… Alguien como Linda —la muchacha verbalizó su último pensamiento sin querer.

—¡Ya estamos otra vez! Por favor, Clara, ¿podríamos olvidarnos de Linda Cooper? Empiezo a sentirme uno de esos inocentes torturados para que, por puro agotamiento, confiese algo que no es verdad —se explicó Logan con firmeza, pero también con una gran dosis de paciencia.

—Tienes razón. No tengo ningún derecho a darte la chapa con mis paranoias y mis malos rollos. *Sorry*, Logan.

—¿Sabes? Nunca he tenido tantas ganas de que la Navidad termine. Y desde que vivo en Nueva York las disfruto muchísimo, porque estoy lejos de mi familia la mayor parte del tiempo, pero este año todo es diferente, y no hay duda de que tú eres la responsable. Si no fuera por mi hermana, creo que estos días se me habrían hecho insoportables. ¡Tengo tantas ganas de verte de nuevo!

—Yo también, Logan. Aunque cuando lo pienso el corazón se me sube a la garganta.

—Déjame que te mire un poco más. Estás preciosa. Daría lo que fuera por bailar contigo en esa fiesta. Incluso sería capaz de volverme a romper la clavícula, si eso me llevara hasta ti.

—No digas eso ni en broma, que cada vez que te escucho me entran otra vez los remordimientos —afirmó Clara dando a entender que aún no había superado del todo la culpabilidad de lo sucedido en el famoso incendio.

—Pues yo bendigo a los Bloomingdale’s cada día. ¿Sabes qué te digo? Que serán mis almacenes de cabecera a partir de ahora.

—Bueno, Logan. He de irme ya. En Madrid son las seis de la mañana y va siendo hora de volver a casa. Te deseo un feliz primer día del año y te mando mi mejor beso.

—Dime que volveremos a hablar esta noche.

—Claro que sí. Te esperaré lo que haga falta.

—Haces que me inunden desde el amor más plácido hasta el deseo más apasionado. Eres una fuente de maravillosas sensaciones, Clara. Hasta pronto, mi amor, ya solo quedan cinco días para tu regreso.

—Así es. ¿Cuándo vuelves tú? —quiso saber ella.

—Dentro de dos días. El 4 de enero tenemos la primera reunión del gabinete. Dedicaré estas cuarenta y ocho horas a trabajar en algunos proyectos que el Ayuntamiento pondrá en marcha más pronto que tarde. Son importantes, teniendo en cuenta que estamos en año electoral.

—Imagino que no podrás hablar de ello, pero estoy segura de que supondrán un beneficio para Nueva York y un nuevo tanto a favor del equipo municipal.

—Efectivamente, todo es aún confidencial, pero estamos muy esperanzados, será un éxito. Por cierto, hablando de equipos y puntos, ¿te apetece que vayamos juntos a un partido de la NBA? Consigo entradas con facilidad —propuso Sheridan con entusiasmo.

—Me encantaría. Ahora sí que tengo que marcharme, Logan. Un beso y hasta luego. —Y Clara cerró la comunicación a las bravas, ante la sospecha de que, de otro modo, ninguno de los dos lo haría.

Pero lo que el joven político desconocía en ese momento era que un par de horas más tarde recibiría la visita inesperada de Linda Cooper, que se presentaría en Washington para pasar con la familia Sheridan los últimos coletazos de las vacaciones navideñas con la intención de forzar a Logan a oficializar el noviazgo. Las cosas se iban a complicar.

Sin embargo, en Madrid todo discurría con esa cadencia apacible de los días que uno considera irrepetibles. Con la complicidad de Clara, Robert preparó una escapada con su madre antes de la despedida final. Reservaron una noche en el Parador de Segovia y un almuerzo al día siguiente en uno de los mejores restaurantes de la ciudad castellana, cuna de los padres

de Ángela. Se trataba de una sorpresa, y Clara le aseguraba al periodista que su madre se le rendiría emocionada.

—De verdad, Clara, que no te causa ningún dilema que tu madre y yo…

—¿Dilema? Ninguno, ni medio. Quiero que mi madre sea feliz y con quién mejor que contigo. Hace años que no la veía tan guapa, tan radiante, tan ilusionada. ¡Ah! Y no te preocupes por la abuela. Las dos hemos hablado de esto largo y tendido y puedo asegurarte que tenéis su bendición. Ella es buena y generosa, y quiere mucho a mi madre. Al fin y al cabo, desde que mi padre murió, siempre se ha comportado como una auténtica hija. —Clara abrazó a Foster con cariño—. ¡Sed felices, tío Robert! Y sobre el futuro… ¿Sabes lo que decimos en España? Pues que ya cruzaremos el río cuando lleguemos al puente.

Dicen que Walt Disney se inspiró en el Alcázar de Segovia para crear su famoso castillo de la Bella Durmiente. De la mano de Ángela, Robert descubrió una de las ciudades históricas españolas más impresionantes. Su patrimonio romano, su famoso acueducto, posiblemente el mejor conservado del mundo, la Casa de los Picos o la catedral gótica le valieron a la ciudad castellana su título de Patrimonio Mundial. La jornada terminó con un paseo por el barrio de las Canonjías para contemplar una de las mejores panorámicas del valle del Eresma.

Y, tras una magnífica cena, los dos se retiraron para disfrutar de una noche íntima, regalo del destino. Manos que hablaban, miradas que no veían de pura cercanía, bocas que se buscaban y se adherían como ventosas. Robert perdió la conciencia de todo lo que no fuera sentir. Entre palabras susurradas en inglés, que Ángela apenas entendía, experimentaron el amor carnal como un acto de sublimación incomparable. Y ella se sintió amada como nunca, deseada hasta el delirio. Mientras avanzaban en la fusión de sus cuerpos y la comunión de sus almas, fueron derribando barreras y desafiando miedos, hasta conseguir que los nubarrones que se adivinaban en el cielo del

porvenir se desintegraran y esparcieran por la habitación junto a sus ropas y pertenencias, como la naturaleza muerta de un bodegón.

Solo el destino, caprichoso e impredecible, conocía lo que el futuro les tendría preparado. A ellos, suspendidos en aquel nirvana, bien poco les importaba.

Capítulo 16

Pude haber sido yo,
pero dejaste un loco enamorado
buscando un beso tuyo en la estación,
y no hay peor desgracia que extrañar lo que nunca pasó.
Pude haber sido yo,
si tú tan solo me hubieras pedido
un consejo de amor.
Un consejo de amor. Tini y Morat, 2018

Aún no había amanecido y el frío era intenso. Ángela y sus pasajeros hicieron el camino hasta el aeropuerto de Barajas en absoluto silencio, solo roto por algún que otro suspiro áspero de Clara, que aún andaba con la nariz taponada debido a la llantina que se había pegado al despedirse de su abuela Magdalena. La pobre mujer quedó en *shock*.

Todos estaban tristes, pero Robert Foster, superando los siempre difíciles momentos que implican una separación, fue el primero en intervenir.

—Esto es solo un paréntesis, lo sabéis las dos, ¿no? —dijo el periodista realmente convencido del razonamiento.

—*Of course*, querido Robert. El tiempo pasa volando y solo tenemos que coger un avión para reencontrarnos. No es nada difícil —apoyó Ángela su teoría. —Mamá, la Semana Santa está a la vuelta de la esquina. Si todo va bien, en vez de ser yo la que regrese a Madrid, podrías venir tú a Nueva York, ¿verdad, tío Robert?

—No puedo imaginar una idea mejor —corroboró Foster.

—Bueno, aún falta mucho para eso. Además, no puedo dejar a la abuela sola tantos días. Si le ocurriese algo, no me lo perdonaría nunca.

—No tendría por qué estar sola. El tío Ramón podría hacerse cargo de ella por unos días —apuntó Clara como argumento irrebatible—. También es su hijo y, además, la abuela no pondría ninguna pega con tal de que nosotras disfrutáramos. Y si no, nos la traemos también a Nueva York. ¿Te imaginas a la abuela en el Empire State Building? ¡Iba a flipar! Con la cantidad de películas que ha visto últimamente que transcurren en Nueva York —dijo la muchacha con mucha sorna.

—No me la imagino ni sentada en el avión —añadió Ángela.

Afortunadamente, aquella conversación distendida aflojó la tensión del momento. La terminal 4 se hallaba a escasos cien metros y de nuevo se instaló el silencio dentro del vehículo. Tarjetas de embarque, equipaje facturado. Llegaba la hora de la separación. Clara se despidió de su madre con la promesa de no cometer ninguna locura, cumplir las normas a rajatabla y no meterse en más líos. Para terminar con las recomendaciones, Ángela le hizo entender a su hija veladamente su sospecha sobre el inicio de una posible relación con algún neoyorquino y le rogó que tuviera la cabeza fría a la hora de tomar decisiones personales.

Intencionadamente, Clara se adelantó unos metros buscando una papelera donde deshacerse de su botella de agua, con el fin de que Robert y su madre se despidieran con algo de intimidad.

—Bueno, Ángela, querida. Sabíamos que esto se terminaría. Pero te juro que han sido los mejores días que recuerdo en muchísimo tiempo. A pesar del dolor que me produce la despedida, no me lo hubiera perdido por nada del mundo.

—Hemos de agradecérselo a Clarita. De ella fue la idea, aunque estoy segura de que jamás imaginó este desenlace. —Ángela abrazó a Robert con fuerza.

—Desde el momento en que baje del avión, estaré en contacto contigo permanentemente —dijo Robert besándola una y otra

vez—. Te voy a echar tanto de menos.

—Vete ya, Robert, por Dios, o esto será cada vez más difícil. —Ángela se soltó de su abrazo mientras sus labios dibujaban una sonrisa forzada.

El periodista no dejó de mirarla desde el otro lado del control policial y ella no se movió ni un centímetro hasta que los perdió de vista. Sin embargo, antes de desaparecer de su campo visual, Robert se dio la vuelta y, en silencio, dibujó con sus labios las palabras que Ángela escuchó en sus oídos, en su mente y en su corazón como si lo tuviera a su lado: «I love you».

Los dos pasajeros avanzaron a buen paso por aquellos corredores interminables, entre tiendas y comercios de la zona *duty free* en busca de sus puertas de embarque, situadas al final de la terminal. Durante el recorrido, Clara se entretenía leyendo los destinos que figuraban en los paneles según iban pasando por delante de ellos, tanto a la derecha como a la izquierda. Finalmente, convenció a Robert para comprar a Emily Clayton y a Logan Sheridan algún recuerdo de su visita a España, motivo por el cual ambos se decidieron por un *shopping* de esos que tienen todo tipo de objetos y productos *made in Spain* libres de impuestos. En ello estaban cuando el teléfono de Robert avisó de la entrada de un nuevo mensaje. La emisora no era otra que la propia Emily, como si hubiera adivinado, desde el otro continente, que estaba siendo mencionada por sus colegas en aquellos momentos.

El mensaje advertía a Foster de la necesidad de que se hiciera cuanto antes con un ejemplar de *The Washington Post* y leyera un artículo en el que se mencionaban algunos de los planes que la alcaldía de Nueva York tenía previsto poner en marcha como broche de la legislatura y sobre los que flotaban sospechas más que fundadas en relación con una posible financiación irregular. Incluso citaban a Thomas Sheridan como testaferro para conseguir fondos destinados a la campaña electoral del alcalde, de cuyo equipo municipal era miembro destacado su hijo Logan. Foster, demudado, se acercó a una tienda de prensa cercana y adquirió un ejemplar del periódico de la

competencia.

—¿Qué ocurre, tío Robert? —preguntó Clara con preocupación.

—Esto ocurre. —Y le tendió el periódico a la muchacha, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente nada más leer el titular.

—*Oh my God!* Esto es una catástrofe. —Robert miró a la chica de manera inquisitoria—. No estarás pensando… Yo no tengo nada que ver con esto. Tío Robert, por favor, cómo puedes imaginar que yo filtraría algo así. No sé absolutamente una palabra de planes municipales, ni Logan sería tan estúpido como para confiarme información confidencial. ¿Pero es que nos hemos vuelto todos locos? —Clara, sobrepasada por los acontecimientos, buscó dónde sentarse.

—¡No salimos de una, cuando ya estamos metidos en otra! —exclamó Foster—. Piensa, niña, ¿no te habrá contado Logan algo sobre el tema y tú, sin ser consciente, le has hecho algún comentario a Anderson, a algunos de tus compañeros…? ¡Qué sé yo!

—No me puedo creer que vuelva a estar en el ojo del huracán —dijo Clara sujetándose la cabeza con ambas manos—. Yo no sé nada de esto, te lo juro por lo más sagrado. Logan solo me dijo que los últimos días de vacaciones antes de regresar a Nueva York los dedicaría a trabajar en los planes del Ayuntamiento, que el alcalde haría públicos a lo largo del mes de enero. *The end!* Eso fue todo.

—Pues prepárate, porque vas a ser la sospechosa *number one*. Tienes todas las papeletas.

El avión despegó a la hora prevista y el vuelo transcurrió sin contratiempos. Se comunicaron lo estrictamente necesario, inmersos cada uno en sus cavilaciones, tras el jarro de agua fría que acababan de recibir y que les devolvía de nuevo a una situación insólita y embarazosa, sin comerlo ni beberlo.

El bueno de Franklin les esperaba en el JFK para llevarlos a casa. Foster sondeó al chófer sobre el ambiente en las oficinas del periódico y, aunque hubo que insistirle un poco, el hombre acabó por confesar que había preocupación por la información

que comprometía al alcalde de Nueva York y a la familia Sheridan.

—Franklin, por Dios, dime si has escuchado mi nombre en relación con este tema —le interrogó la muchacha.

—Bueno, señorita Clara, todo el mundo sabe lo bien que el joven Sheridan se portó con usted cuando pasó lo del incendio y su amistad posterior.

—¿Pero qué amistad posterior? —preguntó Clara al aire subiendo el tono de voz—. Nadie sabe que seguimos manteniendo el contacto, ni nos han visto nunca juntos, salvo en el club donde coincidimos antes de Navidad. Pero fue eso, una coincidencia. ¡Esto es como una pesadilla!

—Bueno, mañana tendremos más información y veremos qué hacer. ¿Y Logan no te ha dicho nada, Clara? —le preguntó el periodista.

—Ni palabra. No tengo ningún mensaje suyo. Ahora que lo dices, es extraño. Conociéndole, se me hace raro que no me haya deseado ni siquiera un buen viaje. No quiero ni imaginar que pueda sospechar de mí en algún sentido. No sé qué hacer, si dar yo el primer paso y decirle que ya estoy en Nueva York o esperar acontecimientos. ¿Qué opinas, tío Robert?

—Creo que es mejor esperar.

Ya en casa, los dos se mostraron abatidos y silenciosos mientras deshacían el equipaje. Se mezclaban el cansancio del viaje, la tristeza de la separación y la preocupación por los últimos acontecimientos. Apenas tomaron unos sándwiches y se retiraron pronto.

Clara se despertó sobresaltada, como si un mal presentimiento la invadiera. No sabía qué hora era. Utilizaba el móvil como despertador, por eso descansaba en la mesilla, al alcance de la mano. Pulsó para ver la hora. Eran las cinco menos cuarto de la mañana. Aún debía superar el *jet lag*, de ahí el descontrol horario. No pudo resistirse y abrió Instagram para ver su contenido reciente y… ahí estaba ella: Linda Cooper vestida de fiesta y fotografiada en varios momentos y rincones de la mansión de los Sheridan con motivo del primer día del

nuevo año; todo un reportaje que finalizaba con una imagen de la familia al completo. Ahora entendía por qué no sabía nada de Logan desde hacía un par de días. Allí estaba la explicación. Por más que él le insistió, Clara nunca acabó de despejar sus dudas sobre el noviazgo con la doctora. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua? Y ella preocupada por su situación, la de la familia y la del alcalde. No se lo merecían. Bien poco le importaba lo que les pasase, ella tenía la conciencia tranquila y, por supuesto, Logan sabía de sobra que nunca le había hecho ninguna confidencia. Así que, desde aquel momento, dejaría de preocuparse.

Sin embargo, su corazón se fue haciendo añicos a medida que los minutos pasaban y la habitación se iba iluminando con el alba mientras se escuchaban a lo lejos los vehículos más madrugadores recorrer las calles neoyorquinas. En breve debería levantarse y afrontar, otro día más, ese cúmulo de despropósitos que la vida parecía haberse empeñado en poner en su camino desde hacía semanas. Durante un fugaz segundo se arrepintió de no haberse quedado en Madrid con su madre y su abuela, en la tranquilidad de su casa y de una vida plana como correspondía a cualquier joven de su generación.

¿Y si se hubiera equivocado y ni Nueva York ni el periodismo de alto nivel fueran para ella? ¿Y si se había venido arriba situando las expectativas demasiado altas? Fue entonces cuando dio un giro al razonamiento para plantearse las preguntas al revés. ¿Qué pensarían su familia o su padre, desde donde fuera que estuviese, si a la primera de cambio tiraba la toalla y regresaba a casa derrotada? ¿Cómo se tomarían el tío Robert y Emily Clayton su actitud cobarde? Ella no era de las que se rendían fácilmente. Era inocente de cualquier acusación, por lo tanto, se enfrentaría al nuevo reto con entereza y no pararía hasta aclarar lo ocurrido.

¡Como que se llamaba Clara Ríos Carretero!

Capítulo 17

Quizá, tal vez,
nací para amarte, nací para amarte,
y quiero volver a besarte
porque cuando te besé
sentí que toqué el cielo
y no me equivoqué.
Cuando te besé. Becky G y Paulo Londra, 2018

Esa vez el recibimiento no fue apoteósico. Un silencio denso y acusador envolvió a Clara desde su llegada a la redacción. Podía sentir como dardos afilados las miradas inquisitorias de sus compañeros y los rostros con los que se iba cruzando dejaban traslucir la condena por un comportamiento del que no era en absoluto responsable.

Continuaba sin tener noticias de Logan. Sin embargo, no era el momento de intentar aclarar la situación. Estaba segura de que él se negaría a escucharla. Lo que más la apremiaba en ese momento era encontrar en el seno del periódico una explicación a aquel despropósito que la implicaba en una situación de extrema gravedad y ponía en entredicho su honorabilidad.

Clayton y Anderson la esperaban en la sección de «Información local». Foster se despidió y la muchacha subió la escalera como si se dirigiera al patíbulo.

El semblante de Richard Anderson resumía perfectamente la coyuntura. El rostro crispado y los ojos enrojecidos se

mostraban aún más pequeños y hundidos tras los gruesos cristales de sus gafas. Sin más palabras, les indicó con un gesto a las dos mujeres que entraran en su despacho y acto seguido cerró la puerta.

—Señor Anderson, yo le juro… —comenzó Clara su defensa.

—Por favor, Ríos, dime que no has sido tú —manifestó el periodista demudado—. Llevo desde ayer defendiéndote y asegurando a todos que es imposible que seas la responsable de esta debacle.

—Pues claro que no, señor Anderson. Me enteré ayer en el aeropuerto de Madrid cuando la señora Clayton avisó a Foster de lo sucedido. Y le aseguro que estuve tentada de no regresar. Imagine cómo me siento. Primero lo del incendio y ahora esto.

—¿Y se te ocurre alguna explicación? ¿Cómo es posible que el *Post* dispusiera de información detallada sobre los planes municipales y su financiación? Alguien ha tenido que facilitarles los datos —intervino Clayton con su teoría—. Si sabes algo, aunque te parezca descabellado, debes decírnoslo, Clara. Es de dominio público que Sheridan y tú mantenéis una relación, del tipo que sea; a mí eso no me incumbe. Pero dime si te desveló alguna información reservada y alguien os escuchó o lo contaste sin querer.

—Nooooo. Logan jamás desvelaría datos confidenciales, y menos a mí. Por mucho *feeling* que tengamos, soy periodista, y nos conocemos muy poco.

—¿Entonces, no te habló del tema en ningún momento? —insistió Anderson.

—En absoluto. Hablamos por última vez el día 1 de enero. Mantuvimos una conversación estrictamente personal y nos felicitamos el año nuevo. Solo añadió que regresaría a Nueva York el 4, si no recuerdo mal, y que los últimos días en Washington los dedicaría a trabajar en los planes municipales que el alcalde tenía previsto presentar en pocas semanas como anticipo de la campaña electoral. —Clara se apretaba las manos con nerviosismo—. Parecía animado, como dando a entender que los proyectos iban a ser impactantes, lo cual les aseguraría

una significativa ventaja en las encuestas.

—¿Y nada más, Clara? ¿Estás segura? —interrogó Emily.

—Se lo repito: no sé una palabra sobre planes municipales, financiaciones ni testaferros.

—Voy a desvelaros algo que no puede salir de esta habitación. —Anderson se sirvió un vaso de agua—. Hace meses que trabajo en un reportaje de investigación sobre la gestión del equipo municipal en esta última legislatura. Tales logros y tantos éxitos no pueden responder solo a la eficacia y al buen hacer del grupo demócrata.

—Explícate, Richard —pidió Clayton.

—Pues que parecen tener una flor en el culo, como si cada cosa que se propusieran estuviera tocada por la varita mágica de las hadas buenas y los elfos de Santa Claus y un montón de gente hiciera cola permanente a la puerta del consistorio con el objetivo de facilitarles los fondos necesarios para llevar a cabo sus objetivos. No hay quien se lo crea… Esto no son los Emiratos Árabes.

—¿Quiere decir, señor Anderson, que no es posible tanta dicha?

—Exacto. Es muy sospechoso. Yo no lo veo, por eso llevo meses investigando el asunto. Aún hay muchos cabos sueltos y no he dado luz verde al reportaje por eso mismo. Y no lo haré hasta que todo cuadre y sea denunciable, en todo caso. Tampoco sería justo destapar una trama y poner a nadie en la picota sin disponer de todas las pruebas y estar completamente seguros. Aunque guardo la información encriptada en el ordenador, ¿podría alguien haber tenido acceso? No se me ocurre otra cosa —dijo Anderson echándose la mano a la frente.

—¿Y qué dicen los informáticos? —añadió Clayton haciendo alusión a la posibilidad de un sabotaje.

—La verdad es que no quería dar ningún paso hasta hablar con Clara del asunto, por si había otra explicación —respondió el periodista a la pregunta—. Pero dadas las circunstancias, hoy mismo lo pondré en conocimiento de los chicos de seguridad informática para que examinen mi equipo.

—Yo intentaré hablar con Sheridan, a ver si él puede aportar alguna pista, aunque ya les adelanto que no será fácil conseguir que hable conmigo. Teniendo en cuenta que no hemos contactado en varios días, está claro que sospecha de mí. Debe de estar muy descolocado —caviló Clara con desánimo.

—Bueno, nos vamos contando, pero quiero que sepas, Ríos, que en ningún momento se me pasó por la cabeza que fueras la responsable de este desaguisado —afirmó el redactor con rotundidad.

—Tampoco yo, niña —añadió Clayton—. Pero tengo la sospecha de que alguien quiere colgarte este muerto intencionadamente. Ten mucho cuidado y no confíes en nadie hasta que todo esto se aclare.

—¡Menos mal! Estaba aterrada pensando que de nuevo iba a ser juzgada por un delito que no he cometido.

—Más bien creo que eres la víctima. —Clayton salió del despacho levantando la mano en señal de despedida.

Clara pasó la mayor parte del día redactando algunas notas de prensa y trabajando en cuestiones relacionadas fundamentalmente con las dificultades con las que cada día se enfrentaba el transporte escolar en una ciudad como Nueva York, con un tráfico infernal. El colectivo de conductores de los *school bus* de Manhattan se había manifestado el día anterior para reivindicar medidas que facilitaran el traslado de los escolares con más rapidez y mayor seguridad.

Desde que la joven periodista se incorporó a la sección, el jefe Anderson le encargaba personalmente las noticias y artículos de los que debía ocuparse. Con posterioridad, ella los entregaba a los redactores para su supervisión. Todos estaban muy satisfechos con el trabajo de la muchacha y la opinión sobre su rigor profesional y su buena pluma era unánime. Por su parte, y hasta aquel momento, las becarias Bauer y Kruger solo se habían ocupado de tareas de segundo nivel, tales como el archivo de documentación o la localización de instantáneas en el registro gráfico del periódico. Todo ello no había hecho más que aumentar la animadversión que sentían hacia su

compañera. La miraban con desprecio y no perdían oportunidad de hacer comentarios ofensivos en público; daban por hecho su culpabilidad en el reportaje filtrado a la competencia y aireaban que la razón por la que siempre acababa saliendo absuelta de todos los marrones no era otra que el enchufe del que disfrutaba por ser medio familia de Robert Foster.

Clara no dejaba de pensar en cómo retomar el contacto con Logan. Echaba de menos desesperadamente sus mensajes y sus apasionadas palabras. Estaba enamorada de él hasta el tuétano; no tenía sentido negarlo, ni tan siquiera rebajar el nivel. Pero, una vez más, las cosas se habían torcido entre ellos y tenía miedo de no volver a verlo nunca más. Además, estaba segura de que Linda Cooper aprovecharía la ocasión para arrimar el ascua a su sardina y recuperar la relación. Por mucho que él le hubiera asegurado una y otra vez que no había nada entre ellos, de ser cierto, ella nunca se hubiera atrevido a plantarse en casa de los Sheridan sin haber sido invitada expresamente… ¿O sí?

En cualquier caso, estaba decidida a dar el primer paso, aunque solo fuera por descargarse de una culpa que no le correspondía. Le escribiría un mensaje cuando ya estuviera en casa.

Robert y Clara llegaron juntos. Durante el trayecto, la muchacha le explicó lo sucedido con detalle y le pidió encarecidamente que no le contara nada a su madre. No había necesidad de preocuparla con una nueva peripecia que, lejos de entender, solo le acarrearía intranquilidad. Quedaron de acuerdo.

Tras hablar con Madrid por Skype, prepararon una cena rápida y ambos se retiraron a descansar, aún no se habían adaptado al nuevo horario. Fue entonces cuando Clara aprovechó para escribir a Logan. En principio, con su tono dulce habitual, porque no quería mostrarse ofendida ante su evidente deslealtad. ¿Cómo podía haberle hablado de amor de aquel modo cuando no tenía intención de romper con su novia?

Eso ya no importaba. Lo más urgente era descubrir y aclarar cómo demonios se había hecho pública una información confidencial y por qué todos los indicios la apuntaban a ella. Tenía que dejarle muy claro que no tenía nada que ver con que aquellos asuntos se hubieran aireado de semejante manera.

Fue necesario insistir hasta que, por fin, a la cuarta vez, Logan se decidió a responder. Tras un breve intercambio de mensajes, ambos estuvieron de acuerdo en que debían verse y tener una conversación en persona; la delicada naturaleza del tema así lo requería. Los dos se mostraron nerviosos, frustrados y desilusionados.

Clara acusó a Logan de desconfiar de ella cuando creía que le había demostrado con creces no solo su agradecimiento sincero, sino y, sobre todo, los sentimientos que había comenzado a albergar hacia él. ¿Cómo podía imaginar que la razón de su acercamiento fuera obtener información confidencial y venderla a otro periódico? Ella era una recién llegada a Nueva York. No conocía a nadie, y mucho menos a ningún periodista del *Post*. Todo aquello no tenía pies ni cabeza.

Por su parte, Logan se mostró decepcionado y confesó abiertamente que no podía quitarse de la cabeza sus sospechas, aunque era justo reconocer que él jamás la había hecho partícipe de ningún asunto relacionado con su actividad en el Ayuntamiento, ni le había hablado en ningún momento sobre su familia, más allá de cuatro pinceladas domésticas. ¿Y si ella estuviera actuando dirigida, sin ser consciente, por otra persona? ¿Alguien que quisiera hacer daño a los Sheridan o al alcalde de Nueva York, o a ambos?

Buscando un lugar tranquilo y discreto para el encuentro, acordaron verse al día siguiente, sábado, a las doce de la mañana, en la Roosevelt Island, teniendo en cuenta que se trata de un lugar cercano al centro de Manhattan, pero alejado del bullicio de la ciudad por encontrarse en medio del East River y cuyo único acceso es vía funicular. Desde el islote, las vistas de la Gran Manzana son espectaculares.

Tras la conversación, ninguno de los dos pudo conciliar el

sueño, si bien ambos mantenían la esperanza de que se tratara de un malentendido, de un equívoco, que todo aquel despropósito tuviera una explicación que les liberara de prejuicios y recelos, y fueran capaces de recuperar sentimientos mutuos que ahora se encontraban en peligro de extinción. Sin embargo, aunque así fuera, el corazón de Clara ya estaba roto y temía escuchar por parte de Logan unos argumentos que pudieran dar por terminada una relación que apenas había dado comienzo.

Capítulo 18

No te asombres si una noche
entro en tu cuarto y nuevamente te hago mía.
Bien conoces mis errores
el egoísmo de ser dueño de tu vida.
Eres mía, mía, mía.
Eres mía. Romeo Santos, 2014

La isla Manning o del Bienestar, como se definió con anterioridad a la que hoy conocemos como Roosevelt Island, fue bautizada con el nombre del presidente número treinta y dos de los Estados Unidos, en 1973. Durante mucho tiempo, los neoyorquinos odiaron esta isla. De hecho, en su territorio solo había hospitales, asilos psiquiátricos e incluso, durante un tiempo, un centro penitenciario.

Hoy, sin embargo, a lo largo de su superficie, se levantan edificios residenciales. Su extensión, de tres kilómetros de largo por doscientos cuarenta metros de ancho, alberga a más de diez mil residentes censados, que han elegido este lugar para vivir por su paz y tranquilidad, lejos del ajetreo del centro de Manhattan.

Clara llegó a la estación del teleférico con unos minutos de adelanto, el lugar se encontraba a un paseo de un cuarto de hora desde la casa de Foster. Le había costado un buen rato elegir el atuendo. Finalmente, se decantó por un pantalón *beige* y un jersey en diferentes tonos de marrón muy favorecedor. Un chaquetón tres cuartos, también marrón, completaba el

conjunto. Estaba nerviosa y antes de salir conversó un rato con Robert, quien le aconsejó sobre la mejor manera de afrontar el tema. Tenía que reconocer que gracias a él se fue mucho más tranquila.

Poco después llegó Logan, con el gesto algo crispado, aunque sus músculos se fueron destensando lentamente tras ver a la muchacha. Ninguno de los dos tenía claro cómo saludarse. Bastó un «buenos días» y se colocaron en la fila. El mismo billete válido para el metro permite hacer el viaje en el funicular, por lo que Logan introdujo su tarjeta en el control y dejó que entrara Clara en la cabina en primer lugar. El aroma de su pelo se hizo perceptible al pasar a su lado y le recordó aquella danza erótica que habían compartido y que a él no se le había ido de la cabeza ni un solo día desde entonces. Tampoco a ella. Junto a Logan, Clara se sentía insegura, vulnerable, tenía la sensación de que aquel hombre anulaba su voluntad. Debía sobreponerse, porque lo que se traían entre manos era un asunto muy serio.

Se situaron en una esquina de la vagoneta y disfrutaron de las magníficas vistas que proporciona este transporte especial en su recorrido sobre el East River, en paralelo al Queensboro Bridge, pues permitía contemplar en todo su esplendor la ciudad de los rascacielos, en la que, como un mantra, todo el mundo parece perseguir las panorámicas elevadas.

Hicieron el viaje prácticamente en silencio, tan solo interrumpido por algún comentario de Logan para explicarle a Clara que, durante la primavera, los prunos y cerezos se convertían en árboles rosas, que acompañaban a los neoyorquinos en su paseo por la orilla del río, o para contarle que el faro Blackwell, que se sitúa en el extremo norte de la isla, se construyó a finales del siglo XIX y está considerado monumento histórico nacional de Nueva York.

Abandonaron la cabina y se adentraron en la isla, en dirección al Four Freedoms State Park, con su característica forma de triángulo. Su denominación se inspira en el discurso que el presidente Roosevelt pronunció sobre las cuatro

libertades de los estadounidenses: libertad de expresión, libertad de culto, libertad frente a la miseria y libertad frente al miedo. Caminaron siguiendo los senderos de granito blanco que atraviesan el cuidado césped y se sentaron al final del jardín, en unos bancos de piedra desde los que se contempla majestuoso el edificio de las Naciones Unidas.

—Como imaginarás, mi padre está indignado con la información del *Post*. Todo el partido está en pie de guerra y le piden explicaciones que, hoy por hoy, solo puede rebatir con sus propios argumentos, al no haber ni una sola prueba documental —comenzó Logan sin preámbulos—. Lo que vendrá después será la acusación formal, el registro del domicilio y del despacho y una comisión de investigación en el Congreso.

—No sabes cuánto lo siento, Logan, pero yo no tengo nada que ver con todo esto —añadió Clara quitándose las gafas de sol para mirarlo a los ojos—. Espero que no tengas ninguna duda al respecto. No conozco a nadie en el *Post* ni en ningún otro periódico ni, por supuesto, tengo acceso a datos confidenciales. El *Times* es muy riguroso, no hace falta que te lo recuerde, y sería del todo impensable que uno de sus becarios tuviera acceso a información política sensible.

—¿Entonces, puedes decirme qué ha pasado? ¿Tienes alguna teoría? Imagino que habrás oído a los redactores y a tu tío Robert comentar el tema. Clara, esto es muy serio y no solo está en entredicho la honorabilidad de mi familia, sino que puede cargarse la continuidad de Adams en la alcaldía de un plumazo. Si sabes algo, te ruego que me lo digas.

—Me encantaría ayudarte, Logan, pero no sé cómo. De todas formas, si tanto tu padre como el alcalde no han cometido delito alguno, no deberían estar preocupados. Al final, todo se aclarará —concluyó Clara, callando lo que sabía sobre la investigación de su mentor, Richard Anderson.

—No seas ingenua, Clara. No sé cómo funcionan las cosas en España, pero aquí, aunque no se lleguen a demostrar malversaciones o sobornos, la duda se perpetúa como una mancha imborrable que puede acabar con la carrera política de

cualquiera, por muy inocente que sea. Y la prensa actúa como el cuarto poder cargándose de un plumazo la reputación de una persona sin contemplaciones. Docenas de casos lo atestiguan —añadió Logan con contundencia.

—¿Y qué pensáis hacer? Me refiero al alcalde, a tu padre, a ti… ¿Tenéis algún hilo del que tirar? Me hablaste de ciertos proyectos-estrella que el alcalde iba a hacer públicos en los próximos días y en los que tú mismo estabas trabajando. ¿Has pensado en la posibilidad de que alguno de esos planes entre en conflicto con los intereses de la oposición municipal o con los de algún *lobby* de la ciudad?

—Sí, claro. Tal vez vayan por ahí los tiros y lo estamos investigando, pero lo cierto es que no hay un solo indicio —explicó Logan desesperanzado—. De momento, vamos a retrasar la presentación de los proyectos lo más posible, hasta ver si se aclara todo este embrollo.

—Imagino que tu padre y, por supuesto, el alcalde, tendrán enemigos. En política, normalmente, los peores enemigos no están entre los adversarios, sino en las propias filas. O eso decía siempre mi padre.

—Y tenía mucha razón.

—Verás, como en las películas, lo primero que hay que hacer es identificar el móvil para después buscar al culpable. ¿Quién saldría beneficiado de una operación de acoso y derribo como esta, si dejamos fuera las motivaciones políticas y electoralistas? No me parece que vayan por ahí los tiros. Sería demasiado obvio.

Clara se puso en pie y comenzó a caminar. De repente, parecía como si hubiera dado con la clave o, al menos, se estuviera acercando a ella. Logan la siguió un paso por detrás sin decir palabra para no desconcentrarla.

—¿Y si fueras tú el objetivo? ¿No podría ser que los que han puesto en marcha esta campaña de desprestigio fueran a por ti? Piénsalo, Logan.

—Yo soy insignificante comparado con el congresista Sheridan o con el alcalde de Nueva York —concluyó Logan.

—Ya. Pero, si lo piensas bien, el que está en el ojo del huracán eres tú. Si los otros caen, hablaríamos de daños colaterales. De lo que se trata es de perjudicarte a ti, a través de mí, porque mantenemos el contacto y soy periodista del *Times*, con lo cual soy un chivo expiatorio fácil por tener acceso a información confidencial. ¿No lo comprendes?

—No lo había pensado así, Clara. ¡Esta sí que es buena!

—Pues le daremos una vuelta, pero parece bastante evidente que tú puedes ser el fin y yo el medio para conseguirlo.

—Lo que está claro es que tú no tienes intereses encontrados ni con mi padre y su política ni con los planes del Ayuntamiento. Eres española y estás en Nueva York de manera circunstancial y, además, todo este tinglado también te perjudica. Entonces, ¿quién ha sido capaz de diseñar este plan maquiavélico? ¿Y para qué? —dijo Logan pensativo.

—No lo sé. Pero aquí hay algo que no encaja.

—*Fuck!* Tienes olfato de Sherlock Holmes, Clara Ríos. —Logan cogió la mano de la muchacha entre las suyas—. ¿Qué te parece si vamos a comer algo?

—Está bien, pero quiero que sepas que tu silencio de estos días ha sido muy duro. Me parecía tan injusto que sospecharas de mí…

—Tienes razón, Clara, y te pido perdón, pero estaba bloqueado y no sabía cómo enfrentarme a la situación. No sé si definir como sospecha lo que daba vueltas en mi cabeza, pero tengo que confesar que me costaba hablar contigo como si no pasara nada —reconoció Logan abrazando a la muchacha—. ¿Podrás perdonarme?

—Pues claro. —Clara se guardaba aún la baza de Linda. Pensaría en la forma de abordar el tema, teniendo en cuenta que el conflicto más importante entre ambos parecía haberse resuelto.

Entre risas y confidencias, almorzaron unas deliciosas *pizzas* en Salumeria Rosi, un restaurante que se anuncia como «Sicilia en Nueva York», situado en la Little Italy, zona cercana a Tribeca. Compraron un par de *coffee latte macchiato* en un

Starbucks y se dirigieron paseando hasta el domicilio de Logan. Clara, que no conocía esa zona de la ciudad, se mostró encantada en todo momento con las explicaciones de su compañero, que se desvivió por hacerla sentir cómoda y tranquila.

Tomados de la mano o de la cintura, riendo y actuando como dos enamorados, Clara llegó a olvidar por completo el resquemor que sentía hacia Logan con motivo de la visita de Linda a Washington en Año Nuevo y, sobre todo, por su silencio, porque cuando alguien actúa con manifiesto secretismo es porque oculta algo inconfesable.

Entraron y Logan le ayudó a quitarse el abrigo entre besos y caricias. El apartamento era tan pequeño que, desde la misma entrada, quedaba a la vista prácticamente en su totalidad. El salón, a la vez dormitorio y cocina americana, solo otorgaba independencia al cuarto de baño. Aunque reducido y minimalista, tenía su encanto y, desde luego, parecía encajar a la perfección con la personalidad de Logan, un joven moderno, pero metódico y profesional, acostumbrado a la vez a una vida ordenada. Así quedaba de manifiesto hasta en la forma en que estaban dispuestas sobre una mesa de comedor diminuta documentos, carpetas y un ordenador portátil donde podía leerse en la pantalla «Proyectos 2023. Presupuestos y financiación».

No hubo demasiados preliminares. Ambos se atraían, se deseaban con furia y se entregaron a la liturgia del amor sobre la alfombra de la sala. Sus bocas encajaban con la perfección de un rompecabezas infantil. Clara podía sentir las manos de Logan recorrer su cintura, su espalda, sus brazos y enredarse en su pelo. Sentía el peso de su cuerpo sobre ella cuando los besos se volvieron apremiantes, furiosos, tanto que le impedían respirar, pero nada importaba en aquellos momentos en los que la pasión se imponía de manera rotunda. No hay lugar para la razón cuando el deseo es desmesurado, salvaje, casi animal.

Ya despojados de las ropas, los labios y la lengua de Logan abandonaron su guarida y se deslizaron por el cuello y los

hombros de Clara hasta llegar a su pecho. Ella sintió una oleada de placer indescriptible. Su corazón latía desenfrenado y ambos respiraban agitadamente, mientras, él continuaba besando cada centímetro de la piel de la muchacha, erizada por la tensión. En su camino descendiente, Logan dejó atrás su estómago y su ombligo y ella lo abrazó con una fuerza desmedida en un intento de transmitirle con gemidos su entrega absoluta. Logan hundió la cabeza entre las piernas de Clara hasta llevarla al límite para, finalmente, introducirse en su cuerpo con el fanatismo de la posesión y la ternura de la adoración. Así permanecieron durante largo rato mientras se comunicaban con palabras entrecortadas, gemidos y jadeos, al compás de cada embestida, desembocaron por fin en una catarata de excitación y locura en la que sus propios cuerpos dejaron de pertenecerles para ser sustituidos por uno común, en una explosión de satisfacción, plenitud y felicidad que no parecía de este mundo.

—Nunca había sentido algo así, Logan. Dime que tampoco ha sido normal para ti.

—No. No lo ha sido, Clara. ¿Y sabes por qué? Porque me inspiras sentimientos que no había experimentado antes. El sexo no deja de ser la manifestación carnal de lo espiritual.

—Entiendo —dijo Clara mientras se cubría con la manta que él le tendía. Logan también se acurrucó debajo mientras recorría de nuevo el cuerpo de la chica con pequeños mordisquitos—. Si sigues así, acabaremos por repetir la jugada.

—Pues no me parece mala idea… —Y ambos rieron mientras comenzaban de nuevo el ritual de los besos y las caricias apasionadas.

De repente, como una alarma estridente y premonitoria, sonó el timbre de la puerta. Quien fuera que pulsara el botón lo hacía con insistencia irritante. Tanto fue así que Logan no tuvo más remedio que contestar por el videoportero.

Linda Cooper se encontraba junto a la entrada con cara de pocos amigos.

Capítulo 19

‘¡Oh! Odio saber que te hice llorar,
pero me encanta saber que cruzo por tu mente, nena, oh,
incluso después de todo, todavía me destrozaría más
descubrir que sabrías cómo olvidarme’.
Forget Me. Lewis Capaldi, 2022

Caían los primeros copos de nieve sobre Manhattan. El frío era intenso y las predicciones meteorológicas hablaban de una profunda borrasca que comenzaba a instalarse sobre la costa Este de los Estados Unidos, cuyos efectos se dejarían sentir durante varios días.

El Ayuntamiento había activado los protocolos correspondientes a este tipo de situaciones que, por otra parte y durante el invierno, eran habituales en la ciudad de los rascacielos y a las que los neoyorquinos estaban bastante acostumbrados. Mientras las calles estuvieran cubiertas por la nieve, no estaba permitida la circulación de vehículos privados. Por lo tanto, Franklin no movería el coche hasta nueva orden.

Robert y Clara se abrigaron a conciencia, teniendo en cuenta que harían el trayecto en metro hasta la Octava Avenida. Gruesos anoraks, gorros, guantes y botas completaron el equipamiento de ambos, cuyos movimientos, una vez pertrechados, recordaban a los de los astronautas en el espacio.

Clara no había sido capaz de contarle a Foster lo sucedido en casa de Logan. Forzaba el cambio de tema cada vez que él intentaba interrogarla. Sí le explicó con detalle las conclusiones

a las que habían llegado los dos gracias a sus elucubraciones en la Roosevelt Island, pero no se sentía con fuerzas para hablarle de la segunda parte. Le horrorizaba solo recordarlo. Pero, a la vez, se sentía incómoda ocultándole a Robert aquella parte de la información. Él no merecía su ingratitud y deslealtad, sobre todo porque siempre había contado con su comprensión y apoyo, y porque, además, no era fácil separar una parte de la otra, ambas íntimamente relacionadas.

Finalmente, se decidió a explicarle la película completa.

—Está bien. Tomemos un café antes de subir —propuso Foster buscando una mesa apartada en una de las cafeterías del *hall* de entrada al periódico.

—Te agradeceré, tío Robert, que no me interrumpas hasta que haya terminado. Te aseguro que esto no va a ser en absoluto fácil para mí.

—Me estás asustando. ¡Desembucha! —Robert se ciñó aún más la bufanda y se quitó el gorro para escuchar mejor.

—Cuando regresamos de la Roosevelt Island, almorzamos en un restaurante típico de Little Italy y caminamos hasta la casa de Logan, que está en Tribeca. Él ya me había pedido disculpas y yo le había perdonado. Todo era perfecto, como si sobre nosotros no flotara la oscura sombra de un problema sin resolver. Nos olvidamos de su familia, del alcalde, del *Times*, del *Post* y del mundo entero —explicó Clara mirando a Robert—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Meridiano.

—Pues eso, que nos acostamos sobre la alfombra del salón. ¡Ya está! Ya lo he dicho. —Clara tomó un sorbo de café bajando la vista.

—¿Es que Logan no tiene cama? —preguntó Foster burlón. La muchacha no pudo por menos que sonreír.

—De verdad que me sentí amada y deseada como nunca. No podía ni imaginar que Logan estuviera fingiendo y que solo se tratara de otra más de sus conquistas. Fue todo tan maravilloso, tío Robert.

—Vale. ¿Y qué pasó después? Porque hay más, ¿no es así? —

preguntó Robert intentando ir al grano.

—Para hacerte el cuento corto, te diré que aún estábamos en el epílogo cuando apareció Linda Cooper hecha una fiera. Y menos mal que había olvidado las llaves y no abrió la puerta directamente. La situación hubiera sido de lo más embarazosa.

—Sigue —apremió Foster.

—Logan se vistió atropelladamente y salió a la puerta. Le explicó que no podía pasar porque se había quedado dormido en el sofá, tenía mucho trabajo y debía recuperar el tiempo perdido. Mientras, yo me vestí también, coloqué la manta sobre el sofá, como si de verdad Logan hubiera dormido allí, y me escondí en el baño. —Robert Foster abrió mucho los ojos imaginando la escena—. Sin atender a razones, Linda entró en el apartamento y la lio parda. Dijo que estaba harta de sus humillaciones y sus desprecios. Parece ser que habían quedado para comer y a Logan se le olvidó avisarla.

—¿Y él qué decía? —preguntó el periodista.

—Logan intentaba que se marchara cuanto antes, así que lo único que podía hacer era disculparse e intentar tranquilizarla. Después de un rato de discusión, ella, que ya se había desahogado con creces, se marchó dando un portazo monumental y amenazándole con que se las pagaría.

—Cuéntame el final, niña.

—Pues imagínatelo. Salí del baño, le pedí explicaciones sobre el jueguecito que se traía con las dos. Lloré, creo que también alcé la voz en algún momento, le enseñé las fotos de Linda Cooper en Instagram, invitada por la familia Sheridan como si se tratara de una fiesta de compromiso. —Clara tenía los ojos húmedos—. No escuché sus mentiras. Sencillamente, salí golpeando la puerta aún con más fuerza que Linda. Fin de la historia.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó el periodista.

—No lo sé. Estoy confusa. Creo que le quiero, pero no sé de qué va. Queda con una y con la otra. Se acuesta conmigo y ¿con ella también? Cuando le pedí explicaciones sobre la visita de Linda a Washington, me juró que él no la había invitado y que

ella se presentó por su cuenta. A su familia y, en especial, a su padre siempre les gustó y, por pura educación, la invitó a quedarse cuanto deseara, ofreciéndole su casa y diciéndole que también era la suya, bla, bla, bla… —Clara imitaba a Logan y sus razonamientos políticamente correctos.

—Bueno, pienso que Sheridan es uno de esos hombres que no sabe decir que no a nada y que no es capaz de afrontar una situación desagradable, porque en el fondo tampoco le incomoda tanto. Solo si las circunstancias le obligan, tomará decisiones. Y esa doctora le tiene bien pillado por los huevos… con perdón —se excusó Foster.

—Es una arpía, exigente y manipuladora. Pero yo no soy como ella, así que será Logan el que decida, porque lo que está claro es que no hay sitio para las dos. —Clara se levantó para dejar la bandeja en el autoservicio—. Y vámonos, que al final llegaremos tarde.

—¿Estás bien, niña?

—Sí, tío Robert. Estoy todo lo bien que se puede estar. Logan me ha mandado varios mensajes, pero no he contestado. Necesito un poco de distancia. Y necesito a mi madre y a mi abuela. Ellas son mi refugio y siempre saben lo que me conviene.

—Bueno, yo no soy tu madre ni tu abuela, pero también sé dar consejos y abrazos. Ven aquí. —Foster abrazó a la muchacha y le besó la frente con ternura—. Esta noche hablaremos con ellas un buen rato. Yo también las echo mucho de menos, sobre todo los guisos de la abuela Magdalena, ja, ja, ja. Es broma. No me quito a tu madre de la cabeza en todo el día y le damos al WhatsApp más que los adolescentes.

—Hablando de guisos. Esta noche prepararemos una cena especial, receta madrileña. ¿Qué te parece?

—Perfecto, pequeña. Las penas con pan son más llevaderas. Y ten mucho cuidado con esa mujer. Eres una amenaza para Linda Cooper y va a por ti. —Foster salió del ascensor y se alejó hacia su departamento con paso resuelto.

De repente, las palabras del tío Robert cobraron todo el

sentido. ¿Y si estaban poniendo el foco en el lugar equivocado? ¿Por qué ese empeño de Linda Cooper en visitar a los Sheridan en Navidad cuando nadie la había invitado? ¿Y si forzó la situación para tener acceso a la información que manejaba Logan en aquellos días para utilizarla después con algún fin de dudosa legalidad, haciendo recaer en Clara todas las sospechas? ¿Y por qué no? De esa manera se cargaría a su competidora para siempre, teniendo en cuenta que Logan nunca le perdonaría a la periodista cualquier maniobra de descrédito hacia su familia o hacia su jefe y ella tendría el camino libre para llevárselo al huerto. Pero, si así fuera, ¿cómo hizo después para pasarle la información al *Post*? ¿Tendría Linda contactos en otros periódicos? ¿Contaría con la complicidad de alguien más para llevar a cabo su maquiavélico plan?

Todas esas preguntas sin respuesta bullían en la cabeza de Clara, incapaz de concentrarse en el artículo que debía escribir sobre la relación calidad-precio en los restaurantes de la Gran Manzana. En cuanto tuviera oportunidad le contaría a Foster sus hipótesis y le pediría su opinión sobre la mejor forma de actuar. Tal vez a él se le ocurriera alguna manera de confirmar aquellas suposiciones. ¿Debía levantar la liebre con Logan? ¿O era mejor esperar a tener las cosas más claras? Investigar, había que investigar… Esperaría el consejo del tío Robert. ¿Y si ponía al tanto de sus sospechas a Emily Clayton? ¿Y al jefe Anderson? Se lo debía. Ellos habían apostado por su inocencia desde el minuto uno y estaba segura de que, con su experiencia, encontrarían un hilo del que tirar.

El día se le hizo eterno. Deseaba llegar a casa y olvidarse de aquel caos en el que se había convertido su vida. Si la notaban triste o preocupada, su madre y su abuela la animarían, como cuando era niña y echaba de menos a su padre o no le salían bien las cosas. Porque, aunque se consideraba fuerte y decidida, seguía necesitando la protección y el afecto de los suyos. Menos mal que contaba con el tío Robert, que cada día se acercaba más a la figura de un padre. Tal vez, en esa etapa de su vida, ya lo fuera en mayor medida que el auténtico durante su infancia. La

vida no deja nunca de sorprendernos…

Enfrascada en estos pensamientos, poco a poco se le fue levantando el ánimo. Prepararía una cena rica y después le expondría sus sospechas al Robert Foster periodista, convencida de que encontraría una salida al callejón.

Desde luego, si había algo de cierto en todo aquello y Linda era la responsable de la conspiración, tenía que ser muy retorcida para causarle daño al propio Logan Sheridan y a su entorno en nombre del amor.

Capítulo 20

Lo nuestro no se acaba ni después de la muerte.
Me bajé del avión, voy corriendo para verte.
Tal vez tú no te fuiste y yo tengo la suerte
de hacer que me perdones antes de perderte.
Antes de perderte. Duki, 2022

Se reunieron los cuatro antes de almorzar en el despacho de Clayton. Arropada por Foster, Clara les explicó con detalle sus conjeturas tras la cita con Logan Sheridan en Roosevelt Island. Todos quedaron en *shock*. La cosa se complicaba, porque si el tráfico de información no tenía que ver con intereses políticos, económicos o electoralistas, sino que de lo que se trataba era de una mujer despechada que actuaba movida por los celos y con un comportamiento romántico obsesivo-compulsivo, todo se enrevesaba extraordinariamente. De ser así, poco podrían hacer los periodistas, más allá de denunciar y perseguir al responsable de la filtración de la investigación en la que trabajaba el jefe Anderson desde hacía meses, porque no cabía duda de que buena parte de la información publicada por el *Post* procedía del trabajo del reportero. En cualquier caso, no había que descartar ninguna hipótesis.

En lo referente al posible sabotaje del ordenador de Anderson, tampoco se había podido avanzar demasiado, si bien los expertos en seguridad informática no tenían ninguna duda de que alguien había conseguido acceder al disco duro. Es decir, el responsable conocía la clave encriptada a la perfección. Tras

grabar en algún dispositivo lo que le interesaba, procedió a su cierre como si nada hubiera pasado. En realidad, y con tan débiles conclusiones, era materialmente imposible conocer la identidad del saboteador. En cualquier caso, elevarían el nivel de la investigación y recurrirían a la Brigada de delitos informáticos del Departamento de Policía de Nueva York, expertos en la identificación de *hackers*. Mientras durase la investigación, la primera recomendación de los agentes fue que todos los periodistas dedicados a trabajos fuera de la rutina del periódico volcasen la información potencialmente sensible en discos externos que cada uno custodiaría en su domicilio.

Por otro lado, todos estuvieron de acuerdo en que no era momento de enfriar la relación con Logan Sheridan, teniendo en cuenta que era una pieza clave para desenmascarar al responsable o responsables de la operación, si de verdad él era el objetivo. Aunque Clara tuviera que tragarse algún que otro sapo, debía seguir en contacto con Logan, si bien no podía desvelarle la teoría que manejaba con respecto a Linda por el riesgo a que la tachara de lunática enfervorecida. La muchacha lo aceptó con deportividad. De ella dependía que todo aquel embrollo se aclarase, aunque, como consecuencia, su relación con Logan corriera peligro. La verdad era que ya lo corría. Debía ir con pies de plomo y sondearle sin levantar sospechas.

Pasaron semanas sin que nada relevante sucediera. Clara retomó el contacto con Logan. Discutieron, se pelearon y se cuestionaron, se echaron de más y luego de menos y, finalmente, se reconciliaron, aunque en todo momento una sombra de desconfianza se cernía sobre ellos. Él aseguraba que no había vuelto a ver a Linda Cooper desde el día del encontronazo en su apartamento, pero Clara no acababa de creerle. Estaba segura de que esa mujer no se daría por vencida fácilmente. Debía estar preparada para su siguiente aparición, si bien estaba absolutamente segura de que no tardaría en tener lugar.

Finalmente, el alcalde de Nueva York, Richard Adams, hizo públicos los planes municipales que supondrían su principal

apuesta electoral con vistas a la reelección. Desde luego, no cabía duda de que se trataba de proyectos urbanísticos ambiciosos que modificarían el *skyline* de la ciudad. Desde la remodelación de Times Square, pasando por la ampliación del MoMA y la edificación de la Espiral —el rascacielos estrella del nuevo barrio Hudson Yards— para acabar con la construcción del embarcadero 55, un oasis verde para relajarse y pasear entre más de cien especies de árboles diferentes con unas vistas de Manhattan inmejorables.

Los sondeos de opinión apuntaban, sin duda, a la buena acogida de tales proyectos por parte de los neoyorquinos, así como su valoración positiva de la gestión del equipo de gobierno durante la legislatura. Todo parecía discurrir por buen camino, y los comicios municipales más que encarrilados para el partido demócrata.

El congresista Sheridan logró neutralizar la sospecha de corrupción que había supuesto aquel calumnioso artículo del *Post*, en el que se le había acusado gratuitamente de ser el comisionista intermediario de ciertas operaciones urbanísticas correspondientes al Ayuntamiento de Nueva York con el fin de beneficiar a su alcalde y, de paso, también a su hijo. A pesar del impacto que había supuesto entre las filas del Partido Demócrata en un primer momento, el tema se dio por zanjado, se consideró como una maniobra a la desesperada de acoso y derribo por parte del Partido Republicano ante los positivos sondeos que daban ganador por goleada al equipo municipal gobernante. Ni una sola prueba, ni un indicio, por débil que fuera, en el que apoyar aquella malintencionada teoría fueron los argumentos que dieron al traste con la operación; sin olvidar que pesaban demasiado, no solo una larguísima carrera política sin sombra ni mancha alguna, sino también un apellido de rancio abolengo político que bloqueaba la toma en consideración de noticias poco o nada contrastadas. Por fin, los Sheridan parecían haber sido redimidos y tanto Logan como su padre recuperaban así la paz perdida.

Y las semanas volaban mientras Robert y Clara, inmersos en

sus ocupaciones y rutinas, preparaban en modo ilusión máxima la visita de Ángela Carretero prevista para los primeros días del mes de abril, que coincidían con la Semana Santa. La abuela Magdalena pasaría aquellos días con su hijo Ramón, encantada también ante la perspectiva de disfrutar de los oficios y las tradicionales procesiones del pueblo zamorano de su nuera.

Ángela era un manojo de nervios cuando embarcó en el Boeing 787 que la llevaría a la ciudad de los rascacielos en ocho horas y diez minutos. La esperaban ansiosos su querida hija y el hombre con el que soñaba cada noche desde aquellas fiestas navideñas que se convirtieron en mágicas, tras años de recuerdos amargos por la triste e inesperada desaparición del marido. Parecía que hubieran pasado siglos y solo habían estado separados unas pocas semanas. Tanto Robert como ella no habían dejado de comunicarse ni un solo día, de decirse lo mucho que se amaban y se echaban de menos, como tampoco pararon de hacer planes para su reencuentro en Manhattan.

La socia de Ángela, Catalina León, le dio su bendición y le aseguró que nada relevante sucedería durante su ausencia, Madrid prácticamente se vaciaba en Semana Santa, con lo cual, solo atenderían los casos urgentes.

Todo parecía haber entrado, por fin, en un camino de normalidad, aunque hacía días que a Clara le rondaba la cabeza la idea de solicitar de nuevo el reinicio de sus salidas durante el periodo de prácticas, como había estado haciendo hasta que tuvo lugar el incendio. Teniendo en cuenta que ya había pasado varios meses en el dique seco, la periodista consideró que era un buen momento para reivindicar su regreso a la calle, que muy bien podía producirse tras las vacaciones. Robert Foster lo consideró prudente y el jefe Anderson parecía dispuesto a sopesar la petición, pero debía consultarlo, en primer lugar, con el coordinador de los becarios, Henry Mitchell, si bien la última palabra la tenía Emily Clayton, mentora y responsable de Clara Ríos durante su año de prácticas.

Con inusitada vehemencia, Mitchell se negó en redondo argumentando que, a su juicio, la sanción impuesta en su día a

la becaria había sido demasiado blanda, con lo cual, si además se añadía brevedad en el tiempo, la autoridad de los responsables del periódico quedaría en entredicho. Nunca había tenido lugar un comportamiento de desobediencia entre los becarios como el de Clara Ríos. A juicio de Mitchell, los demás parecían haber olvidado que a punto había estado de provocar un daño mayor que el causado por el propio incendio, al verse implicado, además de ella misma, un miembro del gabinete del alcalde, al que la imprudencia de la joven podía haberle costado incluso la vida. Si por él hubiera sido, la habría echado.

Aunque Clara hubiera preferido mantener el asunto en un terreno de confidencialidad y discreción, Mitchell, por propia iniciativa, sacó el tema durante una de las clases y expresó su negativa opinión para regocijo de sus eternas enemigas, Bauer y Kruger, y la indiferencia del resto. Como siempre, Robinson y De la Cruz se pusieron de su parte, dijeron que no tenía ningún sentido continuar con aquel castigo cuando el periódico en pleno había aplaudido y apoyado la actitud valiente y comprometida de su compañera. El profesor, por el contrario, calificó la conducta de la muchacha de temeraria e irresponsable.

—Bueno, Clara, creo que es mejor que dejemos pasar estos días de fiesta para retomar el tema cuando estemos todos más descansados y de mejor humor —dijo el jefe Anderson para calmar los ánimos. Entonces se dirigió a sus becarios—: Por cierto, ya está confeccionado el cuadrante de las guardias, aunque si tenéis algún problema, podéis intercambiaros los días como mejor os convenga. Yo, por mi parte, no tengo preferencia alguna, pero sí os agradecería que me comunicarais las variaciones, con el fin de estar al tanto. Como bien sabéis todos, lo que sí se suspenden son las clases hasta la semana posterior a las fiestas.

Clara se quedó muy chafada con la actitud del director del curso. Era evidente que nunca había sido santo de su devoción, cuestión que ya se puso de manifiesto en un primer momento al

hacerse pública su inclusión en el programa sin haber pasado por la selección previa. Pero ya habían transcurrido meses y pensaba que todo el mundo se habría olvidado de cualquier resentimiento hacia ella. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Sin duda, existían ciertos individuos que pensaban esperar sentados a ver pasar su cadáver. ¡Pero no les daría ese gusto!

En primer lugar, disfrutaría de la visita de su madre, que era lo que más le importaba en aquel momento. El tío Robert había llenado la casa de flores y, entre los dos, habían desplegado una superpancarta de bienvenida con globos de colores en las esquinas. La casa parecía preparada para un cumpleaños infantil.

Treinta minutos antes de la hora prevista, Robert y Clara, nerviosos y entusiasmados, se encontraban en el *hall* de llegadas del aeropuerto de Nueva York. El JFK, en plena efervescencia por la proximidad de los días de fiesta, había desplegado todos sus efectivos de tierra, y sus pistas de despegue y aterrizaje se encontraban a pleno rendimiento. Por fin, el vuelo UX91 operado por la compañía Air Europa tomaba tierra sin apenas retraso.

Pocos minutos después, Ángela Carretero, Clara Ríos y Robert Foster se fundían en un prolongado abrazo. Alguna que otra lágrima de emoción se escapaba sin posibilidad de identificar su origen debido a la amalgama que formaban los tres rostros.

Capítulo 21

Yo te confieso, me vuelvo loco cuando tengo tu cariño.
Soy esclavo de tus besos, aceleran mis latidos.
También que sepas que sería poco decir quiero estar contigo.
Tu nombre, mi primer verso, y de último, tu apellido.
Esclavo de tus besos. Manuel Turizo, 2022

La primavera en Nueva York es una de las épocas más dulces del año. En abril, los neoyorquinos se lanzan de nuevo a la calle tras el largo y duro invierno, llenan parques y terrazas, se reabren los mercados al aire libre, los bares en las azoteas y comienza la temporada de beisbol. La naturaleza abandona su hibernación en una explosión de color y variedad, florecen prunos y cerezos, los almacenes Macy's organizan su famoso espectáculo floral y el jardín botánico, la exposición de sus espectaculares orquídeas. Pero, además, cuando la Semana Santa se celebra dentro del mes de Aries, autóctonos y visitantes tienen la oportunidad de presenciar el tradicional desfile de sombreros de Pascua, que tiene lugar el Domingo de Resurrección a lo largo de la Quinta Avenida, convenientemente cerrada al tráfico.

Escuchando atenta los planes de Foster para la semana de vacaciones, Ángela se sorprendió por la absoluta disparidad en la forma de afrontar unas fiestas cristianas que en cada rincón de España rezuman fervor y religiosidad. Caviló para sí misma la posibilidad de organizar una visita a Sevilla y Málaga, si seguían juntos al año siguiente. ¡El norteamericano iba a flipar!

Como pasarían el primer fin de semana los tres juntos para que madre e hija disfrutaran de su reencuentro, Foster había programado empezar el circuito turístico por la isla de Ellis y la estatua de la Libertad, visita obligada para todo viajero que aterriza en Nueva York y, como las previsiones meteorológicas parecían inmejorables, no acabarían el día sin un pícnic en Central Park y un mojito de coco o sandía helada en la Sky Terrace Hudson, situada en el último piso del Hudson Hotel, en la W 58th St. Así se lo detalló Clara a Logan, que también pasaría el sábado y el domingo con su familia, de visita en Manhattan, a consecuencia de un evento solidario al que su padre debía asistir en representación del Partido Demócrata. En cualquier caso, quedaron en permanecer en contacto e intentar buscar un hueco para pasar un rato juntos, teniendo en cuenta que a partir del lunes de Pascua Clara debía adaptar su tiempo a las guardias en el periódico. También Foster dedicaría un par de horas diarias al seguimiento de la actualidad internacional, puesto que no por ser Semana Santa aflojaba el ritmo.

Tras un buen rato en el metro, los tres se encontraban en Battery Park a punto de embarcar en uno de los populares ferris que hacen la travesía hacia las dos islas, única forma de visitarlas. Primera parada: Liberty Island y su famosa estatua.

—¡La Libertad iluminando al mundo! —exclamó Clara.

La enorme dama verde que representa a Nueva York es uno de los iconos más conocidos del planeta. No hay persona en el mundo que no identifique este monumento de la diosa romana Libertas que se erige sobre su propio islote frente a la Gran Manzana, si bien sus aguas pertenecen al estado de Nueva Jersey. La colosal escultura fue un regalo del pueblo francés a los Estados Unidos con motivo del centenario de la Declaración de Independencia y la abolición definitiva de la esclavitud en el país, hito especialmente festejado cada 4 de julio.

—Su historia es realmente interesante —explicaba Foster a su entregada audiencia femenina—. Debido a los elevados costes del proyecto, ambos países pactaron el reparto de los gastos. Francia se haría cargo de la estatua y Estados Unidos del

pedestal sobre el que iría colocada. Hablamos de finales del siglo XIX.

—En el folleto dice que la antorcha y la cabeza llegaron a Nueva York en primer lugar y permanecieron expuestas varios años en el Madison Square Park de la ciudad, y que luego regresaron a Francia para unirse al resto de la dama. Una vez finalizado el monumento, se aprobó su traslado, entonces la desmontaron en trescientas cincuenta piezas embaladas en doscientas catorce cajas —completó Clara la información.

—Pero aún hubo que esperar un tiempo para su instalación, porque, aunque la estatua llegó a Nueva York en 1885, el pedestal no estaba terminado por falta de fondos —intervino el periodista de nuevo.

—Tengo entendido que la llama de la antorcha está recubierta de láminas de oro de veinticuatro kilates —añadió Ángela orgullosa de su aportación.

Tras un recorrido alrededor del monumento disfrutando del lugar y del día a través de las innumerables fotografías que Clara disparaba con su teléfono, inmortalizando sonrisas, muestras de afecto y felicidad compartida, volvieron al ferri para continuar hasta la segunda y última parada: Ellis Island, la puerta del sueño americano que atravesaron más de doce millones de inmigrantes, entre 1892 y 1954, en su búsqueda de la libertad y de las oportunidades económicas de las que carecían en sus países de origen.

Con calma y enorme interés, las dos mujeres recorrieron el Museo Nacional de la Inmigración a través de sus salas más emblemáticas, la Sala de los Equipajes, la Sala del Registro, el hospital y la Sala de Audiencias, seguidas muy de cerca por Foster, quien les explicaba cuanto iban viendo. Finalmente, salieron al exterior para honrar a aquellos miles de hombres y mujeres cuyos nombres están inscritos, son unos setecientos setenta y cinco mil, en el Muro de Honor del Inmigrante Americano, ubicado en el Great Hall al aire libre. Impresionada por su significado, Ángela se alejó un poco para orar unos minutos ante el muro de nombres más grande del mundo,

desde el que se contempla el horizonte del Lower Manhattan.

—Bueno, y ¿qué os parece si regresamos para almorzar en Central Park? —propuso Robert Foster sin imaginar otra alternativa—. Estoy hambriento.

—Apoyo la propuesta, tío Robert —exclamó Clara entusiasmada—. ¿Sabías, mamá, que durante mi primer día en Nueva York, mientras paseábamos por Central Park, nos cayó una granizada impresionante? Todo el mundo abandonó el parque a toda prisa buscando refugio. Por los pelos alcanzamos la tienda Apple antes del diluvio, y allí tuvimos que aguardar, junto a cientos de personas más, hasta que paró el aguacero.

—Pues menudo estreno, cariño —respondió la madre.

—Tranquila, Clarita. Hoy no granizará —sentenció Foster con total seguridad.

Una vez en el ferri de regreso, Clara no paraba de ir y venir para sacar fotografías desde distintos ángulos y posiciones mientras Robert y Ángela disfrutaban de la travesía tomando un refresco, sentados en cubierta junto a otros pasajeros. En un momento determinado, la muchacha contemplaba aquellas aguas tranquilas apoyada en la barandilla y se quedó absorta en sus propios pensamientos. Era sorprendente el cambio que había dado su vida en unos pocos meses, pero no solo la suya, sino también la de los más cercanos. Según todos los indicios, Robert era un hombre nuevo desde que Clara había llegado a su vida; pero es que, además, su madre había dejado de ser una viuda sin futuro para convertirse en una mujer enamorada, cuyos sentimientos le habían devuelto la ilusión y hasta la juventud. De una manera inexplicable, cuando la miraba, Clara percibía en ella algo diferente. No sabía muy bien cómo describirlo, pero ya no solo veía a su madre, sino que se sentía especialmente unida a ella como mujer. Perdidamente enamorada de Logan, la joven entendía a la perfección que su madre experimentara los mismos sentimientos, a pesar de la diferencia de edad. Le estaba agradecida a la vida por tantas cosas buenas.

De repente, escuchó tras ella una voz de sobra conocida.

Logan Sheridan, visiblemente enfadado, intentaba convencer a su hermana de que desistiera en su empeño de acercarse a la proa del barco para hacerse un *selfie* en modo *Titanic*.

—¿Logan? ¿Eres tú? —preguntó Clara conociendo de antemano la respuesta—. Pero ¿qué haces aquí?

—¿Clara? Con lo grande que es Nueva York, no puedo creer que coincidamos en los ferris de Ellis —dijo un Logan aparentemente sorprendido mientras se acercaba, tirando del brazo de su hermana enfurruñada, para abrazar a su novia.

—¿Recuerdas que te comenté que vendría con el tío Robert y con mi madre? Ya sabes que está aquí para pasar la Semana Santa con nosotros —explicó sin dejar de sonreír a la niña que, poco a poco, destensó el gesto—. ¿Y quién es esta muchachita tan simpática? Porque seguro que, con esos ojos y ese pelo tan preciosos, tienes que ser muy simpática…

—Soy Alice Sheridan, la hermana de Logan.

—¡Qué bien! Con las ganas que tenía de conocerte, Alice Sheridan. Yo soy Clara Ríos.

—Ya sé quién eres. La periodista que mi hermano salvó en el incendio —dijo la niña soltándose de Logan, que la sujetaba el brazo con tanta fuerza que se lo dejó dolorido—. ¿Sabes? No deja de hablar de ti.

—¡Calla, enana! Creo que debería saludar a tu madre. Me parecería una descortesía no hacerlo. Bueno, y a tu tío también, por supuesto —sugirió el joven.

—Genial. Se han sentado un poco más allá para descansar un rato. Hemos caminado toda la mañana.

—OK. Mi familia ha llegado a primera hora. Se alojan en el Hotel Lexington. Susan y mi padre participan en un acto para recaudar fondos con vistas a la construcción de un colegio de educación especial en Washington organizado por el Partido Demócrata. Deben de estar en plena celebración en este momento. Y, ya sabes, a mí me toca hacer de canguro y visitar la estatua de la Libertad, porque a la niña se le ha antojado —explicó Logan—. Pero como es una caprichosa, pues también es desobediente. Con mi padre consigue todo lo que quiere,

porque parece un abuelito, pero sabe que yo no le consiento ni la mitad.

—No es verdad. Lo de la estatua de la Libertad fue cosa tuya… Claro, ahora me explico la razón —se quejó la pequeña Sheridan con firmeza.

—¿De verdad no conseguiré que estés callada al menos cinco minutos, listilla? —Logan se sentía pillado.

—Vale. Haya paz… A ver qué os parece. Saludamos a Robert y a mi madre y después esta señorita y yo nos vamos a hacer esas fotos especiales. ¡Y todos contentos! Por cierto, vamos a hacer pícnic en Central Park. ¿Os animáis?

—¡Sí, sí, Log, por favor! Me portaré como una señorita bien educada. Te lo prometo. —La pequeña daba palmas y pequeños saltitos de entusiasmo.

Tras las presentaciones, Logan se quedó con Robert y Ángela mientras Clara y la niña se acercaron a la proa del barco para ver de cerca el atraque y sacar sus fotografías.

—Es un placer conocerte, Logan —dijo Ángela para que Robert le tradujera—. Y qué feliz casualidad en el primer día de mi visita a Nueva York. Espero que os unáis a nosotros en el pícnic.

—Bueno, he de confesar que el encuentro casual del todo no ha sido —reconoció Logan guiñando un ojo con malicia y haciendo sonreír a los dos—. Muchísimas gracias por el ofrecimiento, porque si ahora dijera que no a Central Park, mi hermana no me dirigiría la palabra hasta dentro de un mes.

A contracorriente de la mayoría de los pasajeros, las dos muchachas regresaban cogidas de la mano luciendo amplias sonrisas de complicidad. Por un instante, Ángela pensó en la madurez y el sentido de la responsabilidad de su hija, demostrado tantas veces a pesar de su juventud y, a la vez, en la chiquilla que aún era cuando daba rienda suelta a la sencillez y la espontaneidad con la que se divierten los niños.

Ángela y Robert se miraron y se entendieron sin pronunciar palabra.

Capítulo 22

Soy aquella niña de la escuela.
La que no te gustaba, ¿me recuerdas?
Ahora que estoy buena, paso y dices:
«¡Oh, nena! ¡Oh, nena!».
La niña de la escuela. Lola Índigo, 2021

El domingo, tras visitar el famoso Chelsea Market, lugar en el que se inventaron las galletas Oreo y donde Robert y Clara se zamparon un bocadillo de bogavante mientras rebuscaban entre libros antiguos, se encaminaron a la High Line, el parque elevado construido en unas antiguas vías de tren. Se trata de un paseo no demasiado largo, pero sí muy especial, teniendo en cuenta que en primavera luce en todo su esplendor. Durante el recorrido, la conversación retornó al día anterior.

—Bueno, mamá, aún no me has dicho qué te pareció Logan —comentó Clara algo ruborizada.

—Me encantó, hija, por supuesto. No se le puede poner un pero. Una familia distinguida y adinerada, un joven inteligente, atractivo y con un prometedor futuro. Es como un cuento de hadas, pero a mí lo que me preocupa es que te quiera de verdad. Y tú a él, por descontando. Ya sé que suena a antiguo, pero creo que la diferencia de nivel social es muy evidente y tengo miedo de que eso pueda suponer un problema, sobre todo para su familia. ¿Crees que es una tontería lo que digo, Robert?

—No, no lo es, querida. Entiendo que Clara, incluso Logan, no lo vean como nosotros. En la teoría, el amor puede con todo,

pero en la práctica, las cosas no son tan simples. De todas formas, aún es pronto para hablar de todo esto. Hay que dejar que los chicos se conozcan, que la relación se consolide y después, ya se verá… Vivamos el presente, y ya cruzaremos el río cuando lleguemos al puente.

—¡Eh, muy bien, tío Robert! Me encanta que aprendas refranes y proverbios españoles —exclamó Clara mientras Ángela se reía abiertamente.

—Y tú que le conoces, ¿qué opinas de su reacción cuando le pregunté por el tema de las acusaciones que el *Post* había publicado sobre su padre y sus supuestos negocios turbios? —Foster, derecho al grano, interrogó a Clara—: Me di cuenta de que te miró algo azorado, pero, como buen político, en seguida se recompuso para corroborar la versión oficial, es decir, dando por hecho que se trataba de *fake news* con origen en el Partido Republicano para perjudicar a su familia y al alcalde de Nueva York, seguro ganador en las próximas elecciones.

—Hiciste bien en no seguir profundizando en el tema, tío Robert. Logan es muy listo y podría haber sospechado que barajamos alguna otra alternativa de la que yo no le he hablado y eso le provocaría desconfianza. Es verdad que hemos comentado la posibilidad de que el objetivo del ataque fuera él y no su padre, pero la hipótesis no ha pasado de ahí. No sería prudente desvelarle mis sospechas sobre Linda sin una prueba que las sostenga.

—Hija, te escucho y no doy crédito. Hablas como una periodista de verdad —dijo Ángela.

—Mamá, es que soy una periodista de verdad. —Y rieron los tres.

El móvil de Clara avisó de nuevos mensajes. Se trataba del bueno de Edwin de la Cruz, su compañero, quien debía ocuparse de la guardia del lunes, pero se encontraba enfermo. Clara lo tranquilizó en seguida; ella misma iría al periódico en su lugar. Después, un nuevo *reel* de Instagram mostraba a los Sheridan y a la familia Cooper, todos médicos, con Linda en primer plano, en una fotografía tomada durante el almuerzo

benéfico del día anterior. Seguro que a la superdoctora se le indigestó el solomillo al comprobar que Logan no estaba entre los asistentes. Sin pensarlo dos veces, Clara colgó también sus fotos en el ferri con Logan y Alice en diferentes momentos. Con suerte, eso sí que la haría vomitar.

—¿Ocurre algo, Clara? —preguntó Ángela.

—No, nada, mamá. Cosas del trabajo. —Y Clara apretó el paso para ponerse a la altura de sus acompañantes.

Por la tarde, Robert y Ángela visitarían el MoMA mientras Clara y Logan cenaban juntos, una vez la familia Sheridan hubiera abandonado Nueva York.

Logan eligió para la ocasión un afamado restaurante vietnamita, Le Colonial, situado en la mismísima E 57th St., muy cerca de la confluencia con la Quinta Avenida. Después tomarían una copa en el Four Seasons Hotel, a tan solo unos metros.

Clara se veía espectacular, embutida en un vestido *midi* de gasa con estampados en distintos tonos de morado y violeta que su madre le había comprado en una tienda de Madrid cercana a la clínica. Unas sandalias de elevado tacón y un bolso en tono *beige* completaban el conjunto. Su larga y oscura melena recogida en un moño alto hacía resaltar sus ojos y alargaba su cuello adornado con un sencillo colgante, regalo de su padre, que la muchacha nunca se quitaba.

Logan, muy elegante también, se quedó en *shock* cuando vio a Clara salir del portal acompañada del conserje. En un gesto casi teatral, le besó la mano con reverencia incluida. La temperatura era perfecta, por lo que bajarían paseando hasta su destino, sin prisa ni presión, sin familiares ni interferencias, sin otra preocupación que la de disfrutar de una velada íntima en la que ambos serían los únicos protagonistas. En el primer semáforo, Logan besó a Clara con pasión controlada; de esa manera en la que un hombre y una mujer se transmiten sin palabras innecesarias un sentimiento compartido mezcla de enamoramiento, veneración, éxtasis y lujuria.

La noche se intuía perfecta, y así lo fue. Hacía tiempo que

planificaban algo así, pero por circunstancias laborales o familiares, siempre habían acabado por posponerlo. Ya en el Four Seasons, Logan le regaló a Clara los pendientes más bonitos que ella había visto en su vida. Se los puso inmediatamente.

—Quiero que este sea el primero de los muchos obsequios que deseo ofrecerte, Clara Ríos, como augurio de unos sentimientos que van a más cada día.

—Dios mío, Logan, conservaré el recuerdo de esta noche mientras viva. Me gustaría que hubiera algún modo de congelar este momento. ¡Me siento tan bien contigo! Gracias, amor mío. —Clara le cogió la cara entre las manos y lo besó con el cuerpo encendido y el corazón desbocado.

—Por cierto, mi hermana le ha dicho a mi padre y a Susan que ya están tardando en invitarte a Washington, porque eres la mejor novia que he tenido jamás y que espera que nos casemos muy pronto para ser tu dama de honor. Se pone tan pesada que, hasta que no consiga lo que quiere, no nos dejará vivir en paz, con lo cual, ya sabes lo que te espera.

—Bueno, tal vez más adelante, Logan. Vamos a hacer las cosas bien y con calma. Sabes que mi estancia en Nueva York tiene fecha de caducidad. Ya veremos cómo se presentan los acontecimientos después.

—Yo estoy seguro de que el *Times* te contratará pasado el año de prácticas. Eres buena, tú misma me lo has dicho. Y el periodismo está hecho para ti, como tú estás hecha para el periodismo. ¿No es así? —Logan razonaba para convencer.

—Pero mi familia está en Madrid, cariño. No concibo la vida sin mi madre y mi abuela cerca. Hemos pasado mucho las tres y eso nos ha unido especialmente. —Ambos se cogieron las manos con fuerza para contrarrestar la tristeza de Clara.

—Lo comprendo, pero si la relación de tu madre con Foster prospera, eso cambiaría completamente las cosas. No pensarán estar separados por miles de kilómetros y un océano el resto de sus vidas.

—Pues no tengo ni idea de lo que piensan. Se conocen

realmente hace tan solo unos meses y están viviendo la euforia de una relación amorosa presente, sin pensar en el futuro, ni siquiera en la semana que viene. Y nosotros deberíamos hacer lo mismo. Sin horizonte, vivir hoy, día a día, minuto a minuto. ¿OK? Es lo sensato, amor mío. —Clara sacó el móvil para ponerlo en modo foto—. Vamos a hacernos un *selfie* y se lo mandamos a Alice. Le va a encantar.

En ese preciso instante, el teléfono de Logan anunciaba la llamada de Linda Cooper. No quiso cogerlo, no estaba dispuesto a que aquella mujer le arruinara la noche. Clara lo miraba sin decir palabra, expectante ante su reacción. Colgó y ella volvió a insistir hasta tres veces. Finalmente, desistió y el joven se guardó el teléfono en el bolsillo. Logan se tomó la mitad de la copa de un solo trago.

—No digas nada, ¿vale? No he vuelto a ver a Linda, no voy a ver a Linda y no quiero volver a verla nunca más. Ella no significa nada para mí. ¿Te queda claro? —Logan, más que hablar, disparaba las palabras.

—No te he preguntado nada, cariño, pero está claro que esa mujer sigue sacándote de tus casillas. ¿Se puede saber qué clase de poder ejerce sobre ti? —Clara trataba de mostrarse especialmente tranquila—. Yo creo que debe de estar dándole vueltas a tu ausencia de ayer en el acto de tu padre y querrá pedirte explicaciones.

—No sé qué es lo que quiere o deja de querer, pero cada vez que aparece en mi vida es para montarme un número —explicó Logan aún tenso—. ¿Quieres que te sea sincero? Me da miedo.

—No me extraña, cielo. Está obsesionada contigo y la gente monomaníaca es peligrosa. ¿Y no has pensado en ningún momento si no tendrá ella algo que ver con las informaciones del *Post*? —Logan puso cara de sorpresa y abrió mucho los ojos, aunque Clara se adelantó antes de que él tuviera tiempo de pronunciar palabra alguna en defensa de la doctora—. Bueno, no me mires así, ya sé que suena a teoría conspiranoica, pero si lo piensas bien, tampoco es tan descabellado.

—Bueno, dejemos para otro momento a Linda Cooper, al *Post*

y a las teorías de mi novia, la intrigante periodista que desborda imaginación —dijo Logan levantándose de aquel magnífico sofá y tendiéndole la mano a la muchacha para ayudarla a alzarse también—. Coge tu copa y acabemos la noche en la terraza. Las vistas de Manhattan son únicas.

Pero Clara ya había lanzado el dardo y estaba segura de que Logan pensaría en ello, aunque tenía muy claro que, por su parte, no volvería a pronunciarse, a no ser que tuviera datos contrastados. ¿Y si fuera él quien, picado por la curiosidad, tomara cartas en el asunto de forma activa? Tenía un pálpito; estaba segura de que algo iba a suceder en los días siguientes. Paciencia y a esperar.

Es imposible comprender el magnetismo de la ciudad de Nueva York si no se ha contemplado en todo su esplendor. Su belleza y su fascinación son igualmente sorprendentes a cualquier hora, al amanecer, en el cénit o durante el crespúsculo, pero la nocturnidad y las centelleantes luces doradas que emanan de cada edificio la convierten en una metrópolis mágica. Logan y Clara, cogidos de la mano, fueron dando la vuelta lentamente a los 360 grados que permitía la plataforma, disfrutando de los efectos de iluminación propios y únicos de cada torre, de cada rascacielos, en una ciudad que repite su embrujo noctámbulo cada veinticuatro horas.

Estaban prácticamente solos. Una suave brisa refrescaba el ambiente y hacía ondear la falda de Clara. Logan posó con delicadeza su chaqueta sobre los hombros de la muchacha. Su cuello despejado era una auténtica tentación. Logan la besó tras la oreja en una muestra encendida de amor y deseo, a la que Clara reaccionó uniendo su boca a la de él en una infinita demostración de amor más allá de las palabras.

—¿Sabes, Clara? Creo que la grandeza de un amor no se mide en términos de tiempo, sino en la transformación que produce. A veces una relación muy larga modifica más bien poco, mientras que un encuentro breve lo cambia todo.

—Tienes razón. Para el corazón no existe el tiempo.

Era hora de regresar a casa, pero ambos se resistían a

abandonar aquel bastión inexpugnable en el que el amor, la libertad y la felicidad les dedicaban en exclusiva todo su tiempo.

Capítulo 23

La conocí en una discoteca.
Mientras bailaba me miraba seca.
Con los labios me dijo de ir a dar una vuelta
y me contó que en una relación estaba envuelta,
pero el novio no la valora y por eso ella se suelta
y no tiene sentimientos, y si los tiene no los muestra.
La única condición que me puso es que su cora no está en oferta…
Rimmel. Quevedo, 2021

Clara se levantó sin encender la luz y fue a tientas hasta el baño, intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a Robert y a su madre, que no tenían necesidad de madrugar. El periodista trabajaría un rato en casa mientras Ángela se ocupaba de algunas tareas domésticas y organizaba el almuerzo para cuando regresaran de dónde hubieran de regresar ese día, en función de la minuciosa agenda turística que Foster había confeccionado para la semana.

Ya vestida y con la mochila preparada, Clara percibió el aroma a tostadas y café que se escapaba de la cocina.

—Pero, mamá, ¿qué haces levantada? Puedo desayunar en el periódico cuando llegue.

—Pues la verdad es que me apetecía mucho desayunar con mi hija. Hace meses que no lo hago. No te preocupes, cuando te hayas ido, volveré a la cama un ratito más.

—¡Qué bien, mami! Mmm… No sé cómo consigues que una

simple tostada sepa a gloria.

—Y, dime, Clarita. ¿Qué tal tu cena de anoche?

—No tengo palabras. Todo fue maravilloso. El restaurante, el hotel donde tomamos una copa en la terraza. Mira qué pendientes más bonitos me regaló Logan. —Clara se acercó a su cuarto con cuidado para coger la pequeña caja que descansaba en la mesita de noche.

—Son preciosos. Bueno, hija mía, te felicito. Espero que por fin todo comience a ir bien entre vosotros.

—Yo también lo espero. Solo me queda confirmar que Linda Cooper de verdad es historia. Pero no me fío ni un pelo de esa mujer y no creo que haya tirado la toalla definitivamente. Es más, estoy segura de que planea algo gordo, un golpe definitivo —dijo y apuró su taza de café—. ¿Y tú cómo estás, mamá? Te veo genial, mejor que nunca.

—A veces pienso que no sé si está bien sentirme tan feliz, como si estuviera haciendo algo malo, como si me avergonzara de ello porque tu padre está muerto… Le quise mucho, Clara, pero esto es diferente. En esta etapa de la vida el amor es mucho más sereno, sin preocupaciones materiales ni obligaciones familiares, ¿entiendes?

—Creo que sí. Él para ti y tú para él —dedujo la chica a partir de las palabras de su madre—. Y habrá que dar las gracias a papá por traer a Robert Foster a nuestras vidas. Gracias, Antonio Ríos —dijo Clara lanzando un beso hacia el cielo—. Me voy, que llego tarde. Te quiero, mamá.

Todo iba bien y Clara se sentía feliz por su madre, y también por sí misma. Además, su pasión por el trabajo cada vez era más evidente. Pasó la mañana en el periódico revisando la agenda de Manhattan para la semana posterior a las fiestas. De ese modo, y en función de los actos, eventos y acontecimientos que tendrían lugar en la ciudad, iría preparando la documentación correspondiente. Así adelantaría trabajo, lo cual le vendría bien al departamento y al jefe Anderson. Desde luego, en ningún momento había renunciado a retomar sus salidas, aunque fuera poco a poco, y seguía albergando la

esperanza de conseguirlo finalmente. Para ello, debía ser la periodista modelo e ir con mucho cuidado, porque recuperar la confianza una vez que se pierde es como volver a subir la misma montaña, pero el doble de alta.

¡Qué curioso! Durante el jueves y el viernes siguientes, Nueva York albergaría el 27.º Congreso Mundial de Arquitectos, a celebrar en The Plaza Hotel. Según adelantaba la noticia, en el encuentro participarían arquitectos de todos los continentes, desde los más consagrados hasta los nuevos talentos, auténticos pensadores del ambiente urbano. Por otra parte, al evento se invitaba a constructores, movimientos sociales, empresas de tecnología, instituciones académicas y autoridades políticas a exponer y cotejar experiencias e intereses. Era más que posible que del Congreso emanara una Ciudad 21, atenta al ambiente, al clima, a los espacios saludables y a la reducción de las desigualdades intraurbanas con el foco en el ciudadano. La inauguración correría a cargo del alcalde de la ciudad, Richard Adams, y de la clausura se encargaría el famoso arquitecto, Norman Foster.

—¡Anda, Norman Foster! Como el tío Robert —pensó Clara en voz alta y se dispuso a leer la relación de participantes por si encontraba algún nombre que le resultara familiar.

Repasó la lista, compuesta por más de un centenar de hombres y mujeres de distintas nacionalidades. No le sonaban de nada… Un momento. ¿Y aquel? Paul Leclerc, treinta años, canadiense, doctor en Arquitectura por la Universidad de Montreal, profesor de Diseño Arquitectónico en la misma universidad, etc. A partir de ahí, su currículum detallaba algunos de sus proyectos más punteros, además de innumerables publicaciones, seminarios, artículos y colaboraciones. Pero ¿y su foto? Lo que realmente llamó la atención de Clara fue la cara del tal Paul Leclerc. Era un clon del tío Robert. ¿Y si era su hijo? Todos los datos cuadraban: edad, profesión, lugar de procedencia… Ella recordaba perfectamente que el periodista le contó que, cuando su esposa y su hijo lo abandonaron, él renegó de su apellido y adoptó el de la madre.

Estaba segura: aquel arquitecto canadiense tenía que ser el hijo de Robert. ¡Qué subidón!

De repente, y por una carambola de la vida, disponía de la oportunidad de contactar con Foster hijo y posibilitar un acercamiento con su padre. ¿Cómo actuar, entonces? Lo que estaba claro era que no podía cerrar los ojos y ponerse de perfil como si el tema no fuera con ella. Tenía la obligación moral de intentarlo, pero era necesario pensar en una estrategia para que la cosa funcionara. ¿Debía contárselo al tío Robert? Si ella no le informaba, tal vez el periodista nunca llegaría a enterarse de la estancia de su hijo en Nueva York. Pero ¿y si le hacía albergar falsas esperanzas y después el arquitecto se negaba a verle? De ser así, Robert sufriría tremendamente y removería toda la amargura y el dolor acumulados durante años y Clara no quería, por nada del mundo, hacerle sufrir. Pero tampoco podía quedarse de brazos cruzados ignorando lo que había averiguado, porque se sentiría responsable para siempre de las consecuencias de su inacción. ¿Qué hacer? Lo pensaría durante los días siguientes. Comenzó a sudar y sentía la boca seca como el corcho.

Para empezar, imprimió la agenda del Congreso y el currículum de Leclerc. Haría cuanto estuviese en su mano para cubrir el simposio e intentar convencer a aquel hombre de que su actitud con respecto a su padre era una absoluta equivocación. Bueno, al menos lo intentaría. Definitivamente, no le hablaría de ello a Foster por si su hijo se negaba expresamente al acercamiento. Tampoco se trataba de poner en marcha una iniciativa en contra de la voluntad de los implicados. Por ello, lo mejor era, por el momento, mantener el secreto. En cualquier caso, le parecía demasiada responsabilidad llevar el asunto sola. Pero ¿a quién pedir consejo? A su madre no. Estaba demasiado implicada emocionalmente y podía irse de la lengua antes de tiempo… ¡Eso es! Emily Clayton, la gran amiga del tío Robert. La informaría en cuanto se incorporase al periódico y entre las dos tomarían las decisiones correctas. De paso, contaría con la

mejor aliada de cara a conseguir la autorización para cubrir personalmente el evento. Poco a poco, sus pulsaciones fueron bajando de intensidad y se sintió más aliviada.

Tras el inesperado y sorprendente hallazgo, decidió parar un rato y tomar un café en el Starbucks del *hall*. Nada más salir del ascensor, frenó en seco. Allí estaba Linda Cooper de charla con Johnson Garret, el fotógrafo. Afortunadamente, no se percataron de su presencia. Petrificada durante algunos segundos, por fin reaccionó y se escondió tras uno de los gigantescos abedules del vestíbulo. No quería dejar de vigilar a aquellos dos, pero sin ser vista. ¿Y qué pintaba Cooper allí? ¿Qué tramaría aquella lunática? Absolutamente bloqueada por la sorpresa inicial, se reactivó y empezó a disparar fotos con su móvil. Con el corazón de nuevo acelerado, Clara acercaba el *zoom* de la cámara con los dedos temblorosos para captar lo más cerca posible el intercambio que los dos se traían entre manos. Garret le entregó algo y Linda lo guardó en su bolso. No se trataba de papeles o documentos, era algo pequeño. ¿Podía ser un *pen drive*? De ser así, ¿qué clase de información contendría? Todo aquello le parecía muy sospechoso. Bueno, ella tenía las fotos, así que nadie podría negar que aquellos dos habían mantenido un encuentro.

Por fin, ambos salieron del edificio. Clara compró el café y regresó a su puesto. ¡Vaya día llevaba! Iba de sorpresa en sorpresa, pero ahí no acabaría la cosa. El siguiente en aparecer por la sección no era otro que el profesor Henry Mitchell, su enemigo número uno, o dos, o tres…, porque si se paraba a pesar, en pocos meses había acumulado unos cuantos rivales. ¿Y qué hacía Mitchell por allí si no había clases en toda la semana? A pesar de que aquel hombre la inquietaba, intentaría averiguarlo.

—*Good morning*, Mr. Mitchell. No pensaba encontrarle hoy por aquí.

—Pues ya ve, Miss Ríos, yo a usted tampoco. —Aunque el hombre trató de disimular, su actitud contrariada daba a entender claramente que había sido pillado en un renuncio.

Hablaba sin detenerse; era evidente que no deseaba continuar la cháchara.

—Sustituyo a Edwin de la Cruz por indisposición pasajera. ¿Puedo serle útil en algo? —A Clara sí le interesaba alargar la conversación, a ver si averiguaba qué demonios hacía Mitchell en el periódico en días no lectivos. De repente, se le ocurrió poner en marcha la grabadora del teléfono.

—Aunque fuera usted la única periodista de este rotativo, jamás trabajaría con usted. Ya sabe lo que opino de su profesionalidad y su falta de disciplina. —El profesor miró a Clara con absoluto desprecio.

—Ya, ya sé. Es usted muy duro conmigo, pero me comprometo sinceramente a hacerle cambiar de opinión sobre mí antes de que termine las prácticas —replicó la muchacha dominando la situación.

—Antes se helará el infierno. Usted nunca dejará de ser una joven enchufada, indisciplinada y desafiante. Y para ser una buena periodista no solo hace falta escribir bien y tener olfato, sino que es imprescindible cumplir las normas, y usted es un claro ejemplo de anarquía y descontrol. Déjeme que le diga que las personas como usted, que se saltan las reglas en su vida profesional, igualmente carecen de valores en su vida personal y son capaces de pasar por encima de lo que sea y de quien sea con tal de conseguir lo que quieren.

—No sé a qué se refiere, señor Mitchell, pero, hasta donde yo sé, mi vida privada no es de dominio público y mucho menos del suyo. —Clara elevaba la voz para que la conversación quedará correctamente grabada—. ¿O es que hay algo que a usted le inquiete? De ser así, me gustaría que lo compartiera conmigo para darme la oportunidad de defenderme.

—Esto no es una acusación. Se trata de una intuición y apostaría mi pierna ortopédica a que no me equivoco. —Mitchell lanzó el órdago haciendo que su prótesis emitiera unos chirridos metálicos.

—Dios mío, pues sí que tiene usted una opinión nefasta de mí y, sinceramente, no sé en qué se basa. Le aseguro que, salvo

excepciones, he hecho buenos amigos entre mis compañeros y me he ganado el respeto profesional de mis jefes. Y en lo que se refiere a mi vida privada, creo que vivo uno de los momentos más dulces que soy capaz de recordar —explicó Clara imitando un gesto pensativo en tono de burla. De repente, comenzó a sonar el teléfono del profesor.

—Mire, no voy a perder más el tiempo con usted. He de ocuparme de otros asuntos. Y ahora, si me disculpa, atenderé mi llamada, teniendo en cuenta que se trata de un tema médico que no admite demora.

—*Of course*. Que tenga un buen día. —Y la muchacha dio igualmente por terminada la conversación.

Clara pulsó el botón que daba por finalizada la grabación; sin embargo, mientras se alejaba, escuchó con nitidez las primeras palabras que pronunció Henry Mitchell al contestar al teléfono:

—*Good morning*. Sí, sí, la escucho. Dígame, doctora Cooper.

Capítulo 24

Nueve de la mañana, resaca al despertar,
el cartero está en la puerta y tú tienes que firmar.
Ojos legañosos, sorpresa en tu mirar,
la carta está en la mesa, el cartero se ha ido ya.
Un remite conocido, un remite de mujer.
Una noche de verano de lujuria y de placer.
Monster of Love. Vetusta Morla, 2000

En algunas ocasiones, cuando Clara y Logan conseguían sacar un rato para verse, una vez terminada la jornada laboral, solían quedar en Sutton Park. Se trata de una pequeña terraza sobre el East River, al final de la E 57th St., a escasos trescientos metros de la casa de Clara. Las vistas del Queensboro Bridge son increíbles, además de convertirse en un mirador inmejorable del teleférico que cruza hacia Queens. El lugar es pura tranquilidad, la gente pasea con sus mascotas, las madres con sus bebés y las parejas disfrutan de la sorprendente placidez del lugar, teniendo en cuenta la vorágine en la que vive permanentemente la ciudad. Y los cinéfilos seguro que recuerdan con facilidad la famosa escena de la película *Manhattan*, que Woody Allen grabó en este marco incomparable. La idea es hacerse, como los protagonistas, la típica fotografía en el mismo banquito, mirando al puente y al transbordador.

Sin duda, la mejor hora para visitar el parque es a partir de la puesta de sol. Es muy relajante contemplar, al anochecer, la

vista desde la orilla del río. Pero Clara era incapaz de calmarse. Estaba tensa y Logan lo percibió a los pocos minutos de estar juntos.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿Ha sucedido algo que no me hayas contado? —preguntó el joven tomando las manos de Clara entre las suyas.

—No, no. ¡Qué iba a suceder! Es que estoy algo cansada. —En el fondo y a pesar de que deseaba estar con Logan, ansiaba llegar a casa y contarle a Foster lo que había descubierto—. Y, dime, ¿cuándo crees que comenzará el grueso de la campaña electoral? ¿Tendrás mucho lío? —Clara trataba de hilvanar una conversación que desviara la atención de Logan hacia ella.

—Pues, lamentablemente, el circo empezará en cuanto pase la Semana Santa. Serán un par de semanas frenéticas, pero lo bueno es que no me moveré de Nueva York en todo el tiempo y siempre podremos encontrar un hueco para sentarnos en este banco y contemplar el río. Además, espero que asistas a algún mitin, incluso, como periodista, puede que te sea de utilidad. —Logan acarició el cabello de su novia.

—Hecho. Me encantará vivir en directo una campaña electoral norteamericana. Y mucho más si comparto la experiencia contigo. Aunque mis preferencias informativas no se inclinan por la política, nunca se sabe si en un futuro… —reflexionó Clara un poco más tranquila.

—Entonces, ¿cuáles son sus preferencias informativas, señorita Ríos?

—Hoy por hoy, me decanto por la información internacional, pero no creo que tenga alma de corresponsal. Aún estoy muy confusa. ¿Sabías que el tío Robert está terminando un libro que recoge su experiencia como reportero de guerra? Promete ser algo serio, porque, según me ha explicado, su objetivo es dejar su legado periodístico en ese manual que recogerá vivencias, anécdotas, personajes, escenarios dramáticos e historias que desvelarán lo mejor y lo peor del ser humano, desde la perspectiva de una profesión fascinante y vocacional como es el reporterismo de guerra. Conociéndole, apuesto que, además,

será muy crítico y políticamente incorrecto. Como decimos en España, sin pelos en la lengua. —Clara le repitió a Logan la última frase, ya que el estadounidense no terminaba de entender su sentido.

—¡Vaya! Pues sí que promete, sobre todo, escuchándote a ti. No creo que ni el mismo Robert Foster pudiera explicarlo mejor —dijo Logan mientras aplaudía de forma figurada.

—Sabes que he vivido la profesión en casa durante años y, aunque mi padre hablaba muy poco de los lugares en conflicto en los que trabajaba para no preocupar a mi madre y a la suya más de lo necesario, aprendimos a traducir sus señales cada vez que regresaba de alguno de esos infiernos. Recuerdo una de sus frases más repetidas: «Cuando la guerra es negocio, la paz no es la prioridad».

—¡Menuda sentencia! Ya estoy deseando hincarle el diente al libro de Foster. Espero que no solo sea un éxito de ventas, sino también un libro blanco para los futuros corresponsales.

—Yo también estoy deseando verlo publicado. Lleva un par de años trabajando en él y, aunque ha sufrido muchas subidas y bajadas, parece que desde hace unos meses ha encontrado el camino y según me ha confesado ya tiene incluso una potente editorial interesada. Además, estoy segura de que mi padre tendrá igualmente un marcado protagonismo en la historia y eso me toca la fibra —explicó Clara con la mano en el corazón.

—¡Cuánto me alegro, cariño! Seguro que tu aparición ha tenido mucho que ver en la estabilidad de Foster para escribir.

—Me encantaría pensar que he contribuido a ello.

—Desde que llegaste, has hecho feliz a mucha gente…. —La periodista no dejó a Logan terminar la frase.

—Y desgraciada a otra… —concluyó Clara.

—Imagino a quien te refieres, pero si tú no hubieras aparecido en escena, probablemente hoy me vería abocado a un matrimonio infeliz y, lo peor de todo, difícil de deshacer. Ya sabes lo puritanos que somos los norteamericanos cuando se trata de cuestiones de cuernos y alcobas, sobre todo en lo que se refiere a personajes públicos. Adiós a mi carrera política.

—Pues, de alguna manera, siento oír eso, Logan. Me parece inadmisible que un hombre como tú, inteligente y de mundo, se hubiera dejado embaucar por una mujer desequilibrada y posesiva solo por comodidad y por complacer a una familia que no está pensando en tu felicidad. ¿Sin amor, sin pasión, sin esa fuerza arrebatadora que puede con todo y que llena la vida? No es este el Logan que yo conozco. —Clara bajó los ojos algo triste.

—Es que ese Logan ha nacido contigo, mi amor. No sabía que existieran los sentimientos y las sensaciones que has despertado en mí. No tenía ni idea de que uno pueda dormirse con el recuerdo de un beso, de un aroma, del tacto de una piel que de puro suave parece irreal, y despertar con una sonrisa que no se te va de la cara mientras los recuerdos continúan haciendo de las suyas, hasta que alguien te dice que pareces un colgado y te devuelve a la realidad.

—Dios mío, Logan, ¿qué estás diciendo? —Clara preguntaba con los ojos húmedos.

—¿He de pedir perdón por no haberme dado cuenta antes del error que estuve a punto de cometer? ¿Debo sufrir algún tipo de castigo si herí a alguien con mi comportamiento poco claro y le hice albergar infundadas esperanzas? Dímelo tú, Clara. De verdad que quiero hacer lo correcto y, hoy, lo correcto es amarte y cuidarte, porque si un incompetente emocional como yo ha sabido traducir las señales y ser consciente de la propia evolución, ha sido gracias a ti. Mi vida es infinitamente mejor desde que tú estás en ella. Yo soy mi mejor versión gracias a ti. —A Logan, cada vez más emocionado, se le quebraba la voz.

—Será difícil olvidar esta noche, Logan Sheridan. —Y Clara buscó ese abrazo en el que se sentía amada, segura y protegida, a la vez que le proporcionaba la fuerza suficiente para seguir adelante en una cruzada de la que desconocía la naturaleza de su final.

La temperatura había descendido y la humedad del río aumentaba la sensación de frío, por lo que decidieron abandonar el parque. Aquella noche la despedida sería más difícil, muestra inequívoca de un amor que ganaba solidez y

complicidad con el paso del tiempo. Esa era la mejor conclusión.

Ángela y Robert esperaban a Clara para cenar en animada conversación, pero antes de sentarse a la mesa contactarían con la abuela Magdalena, con la seguridad de que estaría deseando saber de ellas. Nada más entrar en casa, Clara sintió el impulso de abrazar a su madre primero y a Robert después, en un esfuerzo por contener unas lágrimas que luchaban por desbordarse.

—Pero, Clarita, hija, ¿qué te ocurre? —preguntó Ángela sujetando el rostro de su hija por la barbilla.

—Nada, mamá. Lloro de felicidad —respondió la muchacha cogiendo el clínex que le ofrecía Foster.

Sin entrar en detalles, Clara les explicó el encuentro que había mantenido con Logan y lo aturdida que aún estaba por la emoción. Finalmente, la conversación con la abuela consiguió tranquilizarla y gracias a sus bromas y chascarrillos sobre el carácter recio de los zamoranos Clara olvidó por un momento todos los frentes que tenía abiertos y de los que hablarían después de la cena. Ángela y Robert le contaron con detalle su día, consistente en la visita a la impresionante The Frick Collection, una de las colecciones de pintura privadas más importantes del mundo, para después recorrer a pie el puente de Brooklyn, que une Manhattan con Brooklyn, convertido en uno de los símbolos emblemáticos de la ciudad y visita obligada para los nuevos turistas.

Tras la cena, acomodados en los sofás del salón y con un té entre las manos, Clara les contó todo lo sucedido durante su jornada en el periódico: desde la misteriosa presencia de Linda Cooper en oscuros tratos con el fotógrafo a la inesperada visita de Henry Mitchell a la redacción en día no lectivo. Escucharon la grabación del diálogo con el profesor un par de veces, a lo que Clara añadió el saludo a la doctora Cooper como respuesta a la llamada telefónica que oyó de boca de Mitchell con toda

nitidez.

—Esto no me gusta nada, Clara. Creo que todo obedece a algún tipo de complot en el que esos tres están involucrados, y quién sabe si no habrá alguien más. ¿Sabes lo que creo? Pues que nadie esperaba encontrarte en el periódico, porque no era tu día de guardia. Ha sido una casualidad que no habían contemplado, pero los hemos pillado.

—Pero ¿qué es lo que pretenden, tío Robert? ¿A quién quieren hacer daño? ¿A Logan y a su familia, al alcalde, a mí, a ti? No entiendo nada… —Clara lanzaba sus preguntas al aire como una ametralladora.

—¿Quiere alguien explicarme por favor qué está ocurriendo? —intervino Ángela, que hasta entonces los había escuchado sin apenas comprender—. A ver si lo he entendido, porque, hasta donde yo sé, la información que *The Washington Post* publicó sobre el padre de Logan y la sospecha de actuaciones corruptas que implicaban también al alcalde de Nueva York quedó en agua de borrajas, ¿no es así?

—Sí, mamá. Es así. Como también quedó demostrado que yo no tuve nada que ver con las posibles filtraciones de información procedentes de la investigación que llevaba a cabo mi jefe, Richard Anderson —añadió Clara.

—Ni siquiera la policía ha podido averiguar aún quién manipuló el ordenador de Anderson. Poco a poco, la historia se ha ido olvidando ante la falta de pruebas —concluyó Foster.

—Pero yo me he tenido que comer los desprecios de Mitchell y la sospecha inicial de mis jefes y del propio Logan, que casi acabamos como el rosario de la aurora. —Ante este tipo de dichos y moralejas a la española, el bueno de Foster ponía cara de póker.

—¿Y no será dinero lo que Garret le entregó a Linda? A ver, Clara, enséñame otra vez la grabación.

—Tío Robert, si la pasamos a tu ordenador, tal vez lo veamos con más claridad —sugirió la muchacha.

—OK. Buena idea. —Y los tres se encaminaron a la mesa de trabajo de Foster.

—Desde luego, yo voto también por el *pen drive*. No parecen billetes lo que se traen entre manos —dijo Ángela, que se había puesto sus gafas para estar más segura.

—¿Y qué contendrá ese USB? —se preguntaba Foster en voz alta.

—Pues, viniendo de Garret, solo pueden ser fotos —concluyó Clara—. Pero ¿qué clase de fotos?

La pregunta quedó sin respuesta ante la imposibilidad de llegar a conclusión alguna. Ya acostados, Foster le contó a Ángela lo ocurrido hacía años en el transcurso de aquel tiroteo en Siria en el que Mitchell perdió la pierna, circunstancia desde la que alimentó un resentimiento obsesivo hacia sus dos colegas, sobre los que cargó la responsabilidad de la tragedia. Era un hombre frustrado y atormentado por aquella desgracia y sus consecuencias. Para empezar, odiaba su trabajo como docente en el *Times*, pero no tuvo más remedio que aceptarlo ante la falta de alternativas.

Ángela estaba impresionada por el relato en el que también se había visto involucrado su marido, si bien Foster dulcificó cuanto pudo la historia para evitar a la viuda un sufrimiento inútil. Había pasado mucho tiempo y de nada valía darle más vueltas a aquel infortunado suceso.

—Pero ¿crees que ese hombre puede querer aún vengarse de ti y de mi hija, al no poder hacerlo de su padre?

—No tengo respuesta a esa pregunta que yo mismo me hago desde hace semanas. En cualquier caso, puedo asegurarte, querida, que la verdad saldrá a la luz y los culpables pagarán por ello, como que me llamo Robert Foster.

Ángela giró en la cama y se colocó de lado, con el único fin de sentir el cuerpo de Robert pegado a su espalda y su respiración tan cerca que elevaba con suavidad un mechón de su pelo.

—Buenas noches, querido.

—A tu lado, es imposible que no lo sean.

Capítulo 25

Háblame bajito, que nadie se entere.
Dímelo al oído, ¿qué es lo que tú quieres?
Háblame bajito mientras tú te mueves.
Rózate conmigo, dime si lo sientes.
Háblame bajito. Abraham Mateo, 2017

Tanto Clara como Robert y Ángela pensaban que nunca habían vivido una Semana Santa tan corta. El tiempo se les escapaba de las manos y, sin apenas darse cuenta, se habían plantado ya en el viernes, con lo cual, el ánimo de todos comenzaba a decaer cuando faltaban tan solo cuarenta y ocho horas para la nueva separación. Tanto era así que Ángela comenzó a meter en su maleta ropas y enseres que ya no utilizaría durante los últimos días de su estancia en Nueva York.

—Bueno, señoras, no quiero ver esas caras tan largas, porque me contagiaréis la pena y yo quiero recordar, durante los próximos meses, la mejor sonrisa dibujada en los rostros de mis dos mujeres favoritas. —Foster se esforzaba en animar a madre e hija, porque a él le faltaba nada para hundirse también en la melancolía.

—Tienes razón, Robert —contestó Ángela—. Hagamos lo mejor que se os ocurra para disfrutar de este final de fiesta y que me lleve a Madrid un maravilloso recuerdo. Así tendré más ganas de volver. Al fin y al cabo, el verano está a la vuelta de la esquina.

—Bien dicho, mamá. Os propongo una cena en Dos Caminos,

ese restaurante mexicano que tú, tío Robert, querías conocer y acabar con un musical en Broadway, todo un clásico —sugirió Clara.

—De acuerdo. Pero antes pasaremos por la Grand Central Station. Le prometí a tu madre que la llevaría para ver el escenario donde se rodaron tantas películas famosas —se justificó Robert.

—Buena idea. Además, está cerca; podemos ir caminando hasta Park Avenue. Y os enseñaré el ascensor secreto y la galería de los susurros —añadió la muchacha.

—¿Y tú como sabes todo eso? —preguntó la madre mucho más animada.

—Porque estuve un día con Logan y me explicó muchas cosas. También cenamos en uno de los restaurantes de la terminal y él compró una *tablet* nueva a buen precio, porque conoce al dueño de una de las tiendas. Te va a encantar, mamá. La estación tiene un no sé qué que engancha, y después no te quieres marchar. Ya lo verás.

—¿A qué hora terminarás la guardia? —preguntó Robert a Clara, que ya se ponía el abrigo para salir.

—Espero terminar para el almuerzo. Así tendré tiempo de descansar un rato y cambiarme para salir por la noche. Pero si vosotros tenéis otros planes, por mí no los cambiéis —dijo Clara esperando el ascensor—. Por cierto, mamá, mañana pasaremos el día de compras. No puedes abandonar Nueva York sin haberte dado una vuelta por los comercios más interesantes de la Gran Manzana. Sin hacer un *pretty woman*, como dicen los neoyorquinos. Te aseguro que tampoco lo olvidarás.

—Y, para terminar el sábado, he invitado a Emily Clayton y a su madre a cenar en casa, porque están deseando conocer a Ángela, así que os toca hacer una demostración de la afamada gastronomía española —finalizó Robert la conversación.

Con el ánimo renovado, Clara cogió el metro hasta la estación 42 St-Bryant Pk. De ahí al periódico tenía tan solo cuatro minutos a pie. Pensaba en una mañana tranquila, teniendo en cuenta que durante la semana la actividad informativa había

bajado considerablemente y dado que se acercaba el fin de semana, con mayor motivo. Aprovecharía para planificar con detalle todas las actividades relacionadas con la agenda semanal de la ciudad y pensar bien cómo iba a enfocar su petición para cubrir el Congreso de Arquitectura sin tener que dar demasiadas explicaciones. La verdad es que la visita de Clayton y su madre al día siguiente le facilitaba el asunto. Cierto era que no podría desvelar el secreto delante de Foster, pero haría todo lo posible para, sin tener que hacerlo, conseguir que su mentora la recibiera a primera hora del lunes adelantándole que se trataba de un asunto que no admitía demora. Esperaba que aquella mujer inteligente y perspicaz pillara su intención a la primera.

Cada vez que pensaba en el posible hijo de Robert, el corazón se le aceleraba. Por un lado, estaba ilusionada a la vez que esperanzada con la posibilidad de una reconciliación, pero, por otro, sentía sobre sus hombros una enorme responsabilidad. Por eso era muy importante que Clayton la guiara en cuanto a los pasos que debía dar para no arruinar aquella oportunidad de oro. Probablemente no volviera a surgir otra como aquella nunca más.

Era norma habitual no escrita que, incluso aunque no coincidieran en la misma sección, Clara, Edwin y Linette intercambiaran datos e información con vistas a los artículos que preparaban cada uno. De esa forma, se ayudaban mutuamente aportando opiniones diferentes o puntos de vista alternativos sobre los distintos temas de actualidad. No solo les gustaba trabajar en equipo, sino que, además, la estrategia les había dado muy buenos resultados hasta entonces y el jefe Anderson alababa constantemente el buen rollo y la ausencia de competitividad entre ellos, circunstancia realmente poco habitual en el mundo laboral en general y en el periodismo en particular. Enfrascados andaban en un artículo económico que Edwin debía elaborar y para el que el autor había pedido el visto bueno de sus compañeras cuando apareció de nuevo Garret, el fotógrafo, por una de las escaleras laterales. Los tres

se miraron con expresión de asombro. Clara fue la primera en preguntar.

—Hola, Garret. ¿Qué hace un chico como tú en un periódico como este, si esta semana no tienes faena? —el tono quería ser amigable para que no se notara el matiz de sospecha que albergaba.

—Pues, ya ves. Tengo varios reportajes que digitalizar y aquí voy más rápido. Como comprenderéis, la informática del periódico es bastante mejor que la de mi casa —explicó el fotógrafo.

—Ya. ¿Y tanta prisa te corren? —preguntó Linette.

—¿A qué viene este interrogatorio? Hasta donde yo sé, no tengo por qué daros explicaciones. Los «aprendices» sois los últimos en el escalafón, lo sabéis, ¿no?

—No te pongas a la defensiva. Solo era una curiosidad, ya que muy bien podías haberte tomado estos días de vacaciones; como no habrá salidas hasta la semana que viene… —insistió la australiana.

—¿Por qué no os metéis en vuestros asuntos? —preguntó con hostilidad el fotógrafo—. Está bien. Lo habéis conseguido. Me iré al ala norte, a ver si allí puedo trabajar tranquilo.

—Pues que tengas un buen día, compañero —se despidió Clara con ironía en nombre de todos.

Los tres esperaron en silencio hasta que Garret desapareció al fondo del pasillo. Aunque Clara no les puso al día sobre lo ocurrido con anterioridad, informó a sus compañeros de sus fundadas sospechas en relación con un comportamiento extraño por parte del fotógrafo y les pidió que, si eran testigos de una actitud chocante o advertían cualquier cosa que les llamara la atención, se lo comunicaran inmediatamente.

El resto de la jornada discurrió con normalidad y en buena compañía. Clara se marchó tras el almuerzo con el fin de llegar a casa lo antes posible y continuar con los planes familiares. Edwin y Linette se quedaron un rato más y coincidieron a la salida con Garret, al que interrogaron de nuevo. El fotógrafo, ya sin ocultar su hostilidad, les pidió que le dejaran en paz. No

tenía tiempo ni ganas de conversaciones, porque debía acudir a una cita y no quería llegar tarde. Sin necesidad de cruzar palabra, los dos becarios acordaron seguirlo. Tras los comentarios de Clara, ambos sentían curiosidad por las actividades del reportero gráfico.

—¿Y todo esto no tendrá algo que ver con su doble vida nocturna y alternativa? —se preguntó Linette en voz alta.

—No lo sé. Por eso vamos a tratar de averiguarlo —Edwin, con sentido práctico, puso fin a la cuestión.

Durante los siguientes diez minutos, recorrieron el mismo camino que su perseguido a una distancia prudencial. Este entró con decisión en una cafetería italiana abarrotada de directivos, financieros y trabajadores de los comercios cercanos en busca de ese café tan deseado después del almuerzo. Garret se paró nada más entrar y buscó con la mirada hasta encontrar a su interlocutora, Linda Cooper, que lo esperaba sentada en una mesa junto a un gran ventanal. La situación de los vigilados permitía a sus observadores seguir sus movimientos sin correr el riesgo de ser descubiertos en el interior del establecimiento. Linette y Edwin se situaron estratégicamente a ambos lados de la ventana, ella tras un gran árbol y él oculto por los contenedores de basura pertenecientes al local, y empezaron a grabar y fotografiar con sus teléfonos móviles. Se encontraban en el exterior, a un par de metros, y la imagen no podía ser más nítida.

Hablaron durante unos pocos minutos y después el fotógrafo le entregó a su interlocutora un nuevo *pen drive*. Esa vez sí hubo intercambio, ella le tendió un sobre marrón acolchado que sacó de su bolso. Linette y Edwin desconocían la naturaleza de cuanto estaba sucediendo, incluso no reconocieron en ella a la antigua novia de Logan Sheridan, de la que Clara solo les había hablado de pasada en alguna de esas ocasiones en las que se sentía agobiada. Sin embargo, algo les decía que lo que estaba sucediendo no era del todo honesto. En un momento dado, Garret se levantó de la mesa y se dirigió hacia la salida. Linette disparó las últimas fotos a toda velocidad y se alejaron

del lugar sin dejar de correr hasta encontrar la primera calle por la que doblar.

Recuperado el aliento, decidieron marcharse a casa y esperar a última hora del domingo para enviarle a Clara el resultado de su actividad detectivesca y contarle con detalle lo sucedido. No querían alterar el último fin de semana que su compañera pasaría con su madre en Nueva York. Ambos sabían lo unidas que estaban y lo dura que sería la nueva separación.

Mientras tanto, Linda Cooper seleccionaba escrupulosamente las fotografías más concluyentes que sirvieran a sus propósitos. Por fin había llegado el momento de poner en marcha el plan ideado durante semanas y que le permitiría quitarse de encima a aquella niñata sin oficio ni beneficio y retomar su noviazgo con Logan Sheridan. En cuanto hubiera recuperado el control de la situación, organizaría la boda a la mayor brevedad posible. Esa vez estaba segura de alzarse con la victoria y, de paso, les facilitaría a sus socios el triunfo correspondiente.

Capítulo 26

‘Recuérdame el día y el año.
Recuérdame el tiempo que hacía.
Y si me olvido, puedes sacudirme.
Y si me entran ganas de largarme,
enciérrame y tira la llave’.
Si jamais j’oublie. Zaz, 2015

Ángela Carretero regresó a Madrid con tiempo suficiente para recoger a su suegra en casa de sus cuñados. Aprovecharon la ocasión para almorzar juntos y ponerse al día de lo sucedido durante aquellas fiestas. Fue un encuentro agradable, teniendo en cuenta que, desde la muerte de Antonio, la familia Ríos tampoco se prodigaba mucho en reuniones y visitas. Todos hicieron la promesa de poner remedio a tan escasa relación familiar.

Por fin, cada uno volvía a estar donde tenía que estar y, aunque para Ángela pesaba mucho la distancia de sus dos seres más queridos, había que reconocer que restablecer la vida cotidiana y volver a las obligaciones diarias escondía un matiz de placidez y moderación muy de agradecer, después de una semana de vivir a salto de mata, y en casa ajena, intentando abarcar una ciudad como Nueva York en unos pocos días. ¡Qué estrés!

A los que se quedaron en Manhattan les sucedió algo parecido. Recuperar contactos, atenerse a rutinas, horarios e incluso hábitos alimenticios es siempre beneficioso para la

salud, el sueño y el rendimiento.

Por lo demás, la cena con las señoras Clayton fue un éxito sin paliativos. Robert, como único representante masculino, fue un eficaz maestro de ceremonias y las Ríos, madre e hija, prepararon una deliciosa cena a base de recetas españolas, de esas con las que te garantizas el éxito culinario, sin una complicada elaboración. Clara preparó un postre delicioso, receta de la abuela Magdalena, y las Clayton aportaron una botella de vino español que resultó de lo más apropiado.

Emily y Ángela conectaron desde el minuto uno y la mentora se deshizo en halagos hacia Clara y su indudable madera para el periodismo, avalada por el jefe Anderson, al que, en tantos años de profesión, nunca había visto tan entusiasmado con una becaria.

—Y hablando del jefe Anderson, Emily, yo necesitaría que me escuchara usted cinco minutos el lunes a primera hora… —Clara no pudo continuar con su petición ante el corte radical de la periodista.

—Querida, imagino que buscas mi aprobación para retomar las salidas y los reportajes fuera de la redacción. La tienes, Clara, y no te preocupes, que Richard lo sabe y, como él también está de acuerdo, Mitchell no podrá ponerte demasiados problemas. Estate tranquila, niña.

—Ya… Bueno… Muchas gracias, Emily, pero, en cualquier caso, me gustaría comentarle un par de cuestiones como mi tutora que es. —La sonrisa de Clara era, a todas luces, forzada y además arqueaba las cejas y abría mucho los ojos, como si quisiera decir algo, pero sin decirlo, aunque Emily seguía sin pillarlo.

—No me digas que quieres un cambio de sección, no se trata de eso, ¿verdad? —La pregunta hizo que Clara se pusiera en pie para negar con mayor énfasis y dar a entender que no podía ser franca en aquel momento. La que por fin se dio cuenta de la situación fue la anciana Clayton.

—Clara, hija, ¿podrías acompañarme al baño? —preguntó la señora apoyándose en el bastón para levantarse de la silla. Su

hija hizo ademán de atenderla, pero la muchacha se lo impidió.

—Por supuesto, señora Clayton, yo la acompañaré.

En un par de minutos, Clara le explicó a la anciana que necesitaba hablar con su hija confidencial y urgentemente, y que no podía darle más detalles porque se trataba de un asunto relacionado con el hijo de Foster para el que necesitaba consejo. La señora Clayton, más lista que el hambre, le aseguró que le transmitiría a Emily el mensaje en cuanto estuvieran en el taxi. Efectivamente, Clara recibió la confirmación en su móvil unas horas después. La cita quedaba fijada el lunes a las ocho en punto.

Y la semana comenzó fuerte. Durante la entrevista, la muchacha mostró a Clayton la información de la que disponía y le habló de su pálpito. Para la periodista tampoco había duda alguna, porque, conociendo a Robert, era fácil adivinar cómo sería aquel joven a la edad madura. Parecía una fotocopia de su padre. Tras darle al asunto algunas vueltas, decidieron que Clara tomara la iniciativa y cubriera la información del Congreso de Arquitectura, pasando de las opiniones contrarias del director de los becarios. Al fin y al cabo, era Emily quien tenía la última palabra.

Teniendo en cuenta lo delicado del asunto, convinieron en que la mejor manera de contactar con el arquitecto en un primer momento era proponerle una entrevista personal que publicaría el *Times* y de cuya elaboración se encargaría la periodista Clara Ríos. Se citarían en algún descanso del evento para poder disponer de cierta intimidad. Clara debía ser cauta en el contacto y muy sutil al abordar el tema para que Foster hijo no se sintiera acorralado. Desde luego, la papeleta no iba a ser fácil, pero Emily la animó mucho porque, si era capaz de conseguir un acercamiento, Robert Foster recuperaría lo más preciado que hay para un padre, la relación con su hijo.

—Te enfrentas a un gran reto, Clara, pero confío en ti y sé que te sobran inteligencia y encanto para ablandar a ese hombre y hacerlo entrar en razón. No estarás sola en esto, te lo garantizo, y me mantendré atenta a cuanto necesites según se vayan

desarrollando los acontecimientos.

—¡Uf! Gracias, Emily. No puedo confiar en nadie más y no quiero hablarle al tío Robert del tema hasta que no lo haya hecho con su hijo, no sea que se niegue en redondo a ver a su padre —explicó Clara cargada de razón—. Lo primero es conseguir la autorización para cubrir el evento.

—Eso déjalo de mi cuenta. Mañana mismo estará listo el permiso.

Resuelto el tema del hijo de Foster, Clara se unió a sus compañeros Edwin y Linette para comentar el asunto de los encuentros clandestinos entre el fotógrafo y la doctora Cooper, sin olvidar la aparición en escena del profesor Mitchell, al parecer paciente de la traumatóloga y enemigo acérrimo de Foster y Ríos. Los becarios se quedaron muy impactados cuando Clara les puso en antecedentes y les explicó que ella misma había sido testigo de un encuentro anterior de las mismas características. Teniendo en cuenta los personajes implicados, su instinto le advertía de algún tipo de plan maquiavélico del que desconocía sus posibles consecuencias. Estarían todos muy atentos a los movimientos de los sospechosos.

Y, por fin, llegó el día y Clara Ríos, como periodista acreditada de *The New York Times*, se presentó a la hora fijada en el Hotel Plaza para unirse al resto de colegas de otros medios que cubrirían el certamen. El bellísimo y emblemático hotel se había engalanado para la ocasión y un número indeterminado de empleados seguían a rajatabla el protocolo del acto, daban la bienvenida a los protagonistas y los colocaban en sus respectivos lugares. Clara se situó lo más cerca que pudo de las puertas del salón, con el fin de controlar la llegada de Paul Leclerc y confirmar en vivo y en directo su más que posible parentesco con Robert Foster. Allí estaba. En persona, parecía algo mayor que en la foto del currículum, tomada con seguridad algunos años atrás, pero, así y todo, era clavado a su padre. Sus miradas se cruzaron fugazmente y Paul continuó el recorrido que habían hecho sus antecesores mientras los

reporteros gráficos, Johnson Garret entre ellos, disparaban sus cámaras sin parar. Una vez localizado el objetivo, Clara se fue acercando cuanto pudo a la tribuna de los invitados mientras soportaba las fundadas quejas de algunos colegas debido a su mal disimulado descaro.

Todo estaba listo para recibir al alcalde de Nueva York, Richard Adams, que declararía inaugurado el Congreso. Una nube de fotógrafos lo rodeó a la entrada mientras él derrochaba sonrisas y amabilidad. No había que olvidar que los políticos estaban en modo campaña, puesto que las elecciones municipales se celebrarían en poco más de una semana. Todos en pie, aplaudieron su presencia durante un par de minutos.

Debido a la agenda política que inevitablemente marca una campaña, Logan y Clara apenas se habían visto en los últimos días, deseosos de que todo aquello pasara para regresar de nuevo a su intimidad y a su sana costumbre de disfrutar juntos del tiempo libre. En cualquier caso, hablaban todas las noches, en una muestra constante y reiterada del amor y el deseo que ambos sentían y que no estaban siendo fáciles de contener.

No había pasado ni un minuto cuando Logan hizo también su entrada en el gran salón junto a los miembros del gabinete del alcalde que le acompañaban y que se colocaron discretamente en un ángulo habilitado para ellos. Su imagen era impecable, con un traje azul marino y una corbata en tonos rosados, Clara casi podía percibir el aroma de su colonia desde allí. El joven la buscó con la mirada entre los periodistas asistentes, hasta que dio con ella. La muchacha le lanzó un discreto beso y él sonrió como si de verdad lo hubiera recibido. Todo iba perfecto.

Lamentablemente, más pronto que tarde, Logan tuvo que despedirse desde la distancia, puesto que debía abandonar el hotel junto al alcalde, obligado a atender otros compromisos ineludibles previstos en su agenda. De ese modo, Clara podría centrarse en su tarea en exclusiva.

Tras los saludos y los discursos, por fin llegó el momento del cóctel de bienvenida, en el que los asistentes tendrían la ocasión de mezclarse y charlar en pequeños corrillos sin la

rigidez del protocolo. Algunos de los participantes se abrazaban con efusividad; estaba claro que se conocían de antes, aquel era un marco inmejorable para retomar contactos y hacer otros nuevos con vistas a colaboraciones futuras. Esa era la oportunidad que Clara debía aprovechar para acercarse a Paul Leclerc y proponerle la entrevista. Consiguió no perderlo de vista ni un minuto y siguió todos sus pasos con el fin de abordarlo en cuanto viera la más mínima ocasión. Sentía la tensión en todo el cuerpo, y aunque tenía la boca seca, no se atrevía a beber nada hasta que no hubiera cumplido su objetivo.

Por fin, Leclerc se separó del grupo con el que había estado conversando para atender una llamada telefónica. Clara se mantuvo al acecho a pocos metros hasta que, una vez finalizada la conversación, asaltó literalmente al arquitecto. Tanto fue así que el hombre se sobresaltó.

—Discúlpeme, por favor. Tal vez he sido algo brusca, pero tenía verdadero interés en hablar con usted, Mr. Leclerc, y no quería que se me escapara —dijo la periodista con la mejor de sus sonrisas—. Soy Clara Ríos, reportera del *Times*, y me gustaría mucho hacerle una entrevista en exclusiva, que publicaríamos en el dominical del próximo fin de semana. Podemos garantizar un altísimo número de lectores.

—No me cabe duda, señorita Ríos, pero no sé si tendré tiempo para atenderla a usted. Como sabe, serán dos días de auténtica locura. —El arquitecto deseaba ser amable, pero se mostraba inquieto ante la imposibilidad de continuar departiendo con sus colegas.

—Estoy dispuesta a venir al hotel a cualquier hora, incluso podemos trabajar en el aeropuerto, antes de su vuelo, si no hubiera más remedio. Por favor, le ruego que me conceda esa entrevista. Le confieso que es muy importante para mí.

—Está bien. Es usted muy insistente y, además, tiene unos ojos maravillosos. ¿Cómo negarme? Tome mi número de teléfono. Hablamos a partir de las seis. ¿OK? —Y el arquitecto le entregó una tarjeta.

—Muchísimas gracias, Mr. Leclerc. No se arrepentirá.

Sorteando los corrillos, Clara se dirigió al baño. Se sentía agotada, como si en vez de asistir a una recepción hubiera escalado el Everest. Se refrescó las muñecas y la frente y, al salir, se encontró con un camarero que le ofrecía amablemente una bandeja con distintas bebidas. Clara cogió una copa de vino blanco y se la bebió de un trago. Comenzó a sentirse algo mejor, pero era absurdo engañarse a sí misma. Paul Foster le había causado una sensación difícil de calificar. Era tremendamente atractivo en la distancia corta, pero no del mismo modo que Logan, sino en un plano más intelectual. Tenía una mirada penetrante tras sus gafas de pasta, que le sentaban de maravilla, y una barba recortada con esmero que acentuaba una personalidad muy marcada. Y su voz… su voz sonaba especial, tremendamente varonil. La impresión había sido como si un tsunami la hubiera recorrido entera.

Dadas las circunstancias, decidió marcharse. En casa redactaría la crónica de la primera jornada del congreso. Tampoco había mucho que contar. Al día siguiente comenzarían las sesiones, con distintas conferencias y mesas redondas, para acabar con una cena de gala en honor de todos los asistentes. Entonces sí que estaría atenta con el fin de hacer un buen trabajo.

Llamaría a Paul Leclerc después de las seis, rezando por conseguir la confirmación de la entrevista propuesta. Le sugeriría la primera hora de la mañana como el momento idóneo, antes de que se iniciaran los trabajos del certamen.

El teléfono tan solo sonó dos veces antes de que Paul contestara, a la chica le dio la impresión de que estaba esperando la llamada. El arquitecto aceptó la propuesta de Clara sin necesidad de convencerlo; es más, decidió que tomar un café juntos haría la conversación más distendida.

Bien poco sospechaba él lo que se le venía encima.

Clara escribió a Emily para informarle de la cita y se acostó muy pronto. Se sentía exageradamente cansada, por lo que la conversación nocturna con Logan fue algo más corta de lo

habitual. Apenas escuchó al tío Robert darle las buenas noches cuando este se percató de que la muchacha apagaba la luz sin que hubieran comentado las incidencias del día, le sorprendió su mutismo, puesto que era su primera salida tras el cumplimiento del castigo impuesto por los acontecimientos del famoso incendio de los grandes almacenes.

Finalmente, Clara cayó en un profundo letargo mientras le daba vueltas al posible atuendo del día siguiente.

Capítulo 27

No sé cómo hacer para acercarme más,
tú me miras, yo te miro, esto no acabará.
Sin darme cuenta, cuidando las maneras,
nuestros pies no paran de bailar.
Bailando, toda la noche,
te has convertido en la reina de este lugar.
Bailando, toda la noche,
celebraremos nuestros días sin mirar atrás.
Bailando. Nil Moliner, 2020

Clara madrugó como nunca. Por nada del mundo quería llegar tarde a su cita. Sabía que tenía alrededor de treinta minutos caminando hasta llegar al Plaza, así que saldría de casa sobre las siete y cuarto. Eligió una falda *midi* estampada y una blusa verde agua que le sentaba de maravilla por su piel tostada y el color de sus ojos. Se calzó unas botas negras de ante y se puso los pendientes que le había regalado Logan. Cuando Foster se levantó, Clara ya había tomado un *muffin* y un café con leche. Maquillada y perfumada, solo quedaba retirar los rulos, estratégicamente colocados en su cabeza para rizar su melena.

—¡Vaya! Pues sí que te has puesto elegante. ¿Y dónde vas tan temprano? —preguntó Robert.

—Ya sabes que cubro el Congreso de Arquitectos en el Hotel Plaza. Hoy es el segundo día de sesiones. Esta noche se celebrará la cena de gala, despedida y cada uno a su casa.

—Entiendo. ¿Y hay algo que quieras contarme? —Foster lanzó la pregunta con una tranquilidad que sonó a sospechosa.

—¿Yo? Pues, no. ¿A qué te refieres, tío Robert? —El corazón de Clara se aceleró—. Ya sabes cómo son estas cumbres, bastante aburridas, la verdad.

—Me refería, más que nada, al tema de los trapicheos de Linda Cooper y Johnson Garret, con quien imagino que habrás de pasar la mayor parte del día. —Clara inspiró profundamente al escuchar la aclaración.

—Pues imagínate con qué cuerpo voy, pero no creo que deba mostrarme hostil, porque no lo soy normalmente, ni que sea buena idea hacer insinuación alguna que pueda ponerle en guardia, ni tampoco dar a entender que estamos al tanto de sus tejemanejes. Lo prudente es esperar. Estoy segura de que va a saltar la liebre en cualquier momento. —Foster repetía la misma cara de estupor cada vez que Clara soltaba alguno de aquellos proverbios que solo entendían los españoles—. Bueno, y basta de charla, a ver si voy a llegar tarde. Nos vemos esta noche. ¡Buen día, tío Robert!

Por fin Clara se encontraba en la calle. Foster empezaba a conocerla bien y temía que notara extrañeza en su comportamiento. Le costaría mucho mentirle y él se daría cuenta, seguro. Lo mejor era pasar juntos el menor tiempo posible hasta que se aclarase el asunto de su hijo.

Durante la primavera, en Nueva York amanece alrededor de las cinco y media de la madrugada, por tanto, hacía ya un par de horas que un sol tibio reinaba en el cielo, con el permiso de algunas nubes algodonosas que no suponían ninguna amenaza. La temperatura era de unos ocho grados y el ambiente algo húmedo, para alcanzar una máxima de dieciséis o diecisiete durante el cénit solar. Lo que se dice un día típico de la época. Clara se cerró la chaqueta y se anudó al cuello un pañuelo ligero que llevaba siempre en el bolso. Bajó toda la E 57th St. hasta la confluencia con la Quinta Avenida y giró a la derecha. El Hotel Plaza, uno de los hoteles emblemáticos de Manhattan, se encuentra justo a la entrada de Central Park, tiene

diecinueve pisos y una altura de setenta y seis metros. Su puerta principal da a la Grand Army Plaza, de donde procede su nombre, en honor del Ejército de la Unión, vencedor de la Guerra Civil estadounidense. El establecimiento abrió al público en 1907 y actualmente el precio de una habitación sobrepasa los cuatro mil dólares. Dicen que el diseñador Tommy Hilfiger posee un apartamento en el ático del hotel valorado en más de cincuenta millones.

Clara mostró su carné de prensa y el portero la saludó con una ligera inclinación mientras tocaba ligeramente el ala de su sombrero. El *lobby*, la recepción y todo lo que abarcaba su vista le pareció mucho más grande que el día anterior, tal vez porque apenas había gente ni actividad, debido a lo temprano de la hora. Se dirigió hacia la cafetería y, en seguida, localizó al arquitecto, puesto que apenas había dos o tres personas más en todo el recinto. En cuanto la vio, Paul se levantó y la esperó en pie.

—*Good morning*, Miss Ríos —la saludó tendiéndole la mano.

—*Good morning*, Mr. Leclerc… ¿o debo llamarle Paul Foster? —preguntó Clara muy directa y con el pulso acelerado.

—¡Vaya! Por fin vamos a descubrir de qué se trata. Imaginará que en ningún momento me he creído ese cuento suyo de la entrevista. Es usted demasiado joven para ser una reportera del *Times*. ¿Me equivoco? O tal vez ni siquiera es usted periodista… —A pesar de la crítica, Leclerc se mantuvo tranquilo y correcto.

—Ante todo, Paul, le pido disculpas. Sí, soy periodista y trabajo en el *Times* como becaria, pero eso es lo de menos. Si estoy aquí es por un tema personal que tiene que ver con su padre, Robert Foster, porque es usted el hijo de Robert Foster, ¿verdad? —El rostro de Clara traslucía de tal manera el remordimiento por el engaño que al arquitecto le inspiró lástima.

—Efectivamente, soy el hijo de Robert Foster, pero mi padre y yo no tenemos relación alguna desde hace años, y así debe seguir siendo en el futuro. No tengo ninguna intención de cambiar eso, señorita Ríos, así que, si es todo lo que desea de

mí, no perdamos más el tiempo.

—Mira, Paul, ¿puedo llamarte Paul? Gracias, llámame Clara. Te aseguro que esto tampoco es fácil para mí. Y si, por casualidad, te estás preguntando si actúo como enviada de Robert, puesto que ambos trabajamos en el periódico, nada más lejos de la realidad. Él no sabe una palabra de esta encerrona, de la que soy la única responsable. —Poco a poco, la muchacha se fue tranquilizando—. Y si pudiera tomar una tila o un vaso de agua, me sentiría muchísimo mejor.

Paul le hizo una seña al camarero, que tomó nota del encargo.

—Está bien. Como soy una persona razonable y no quiero que te lleves una impresión equivocada, voy a escucharte, aunque te adelanto que eso no se traduce en absoluto en un cambio de actitud. Además, como mi historia ya la conozco, solo me resta conocer la tuya y tengo verdadera curiosidad por que me expliques quién demonios te ha metido en este tinglado.

Paul se arrellanó en el sofá con los ojos clavados en Clara y dispuesto a escuchar toda la historia. Ella tomó un par de sorbos de su infusión y comenzó el relato. Mientras hablaba, él pensaba en la frescura de aquella muchacha que había resultado ser la hija del inseparable compañero de su padre durante sus años como corresponsal de guerra. Aquel que murió en el conflicto de Crimea, motivo por el que se desencadenó todo el desastre familiar que tuvo lugar después, aunque tenía que reconocer que el matrimonio de sus padres ya estaba herido de muerte. Quedó muy sorprendido ante la integridad que suponía el hecho de que su padre cumpliera escrupulosamente la promesa que le hizo a su amigo, y sonrió con franqueza cuando Clara le explicó cómo era el Robert Foster de antes de su llegada a Nueva York y el hombre amable, tierno y protector en el que se había convertido. La joven terminó el relato explicando la manera en la que se había enterado de su visita a Nueva York con motivo del Congreso de Arquitectura, secreto que guardaría hasta resolver el conflicto.

—No te equivoques, Clara. Este conflicto no se va a resolver. Las cosas se enquistaron hace mucho tiempo y, además, has de

entender que tengo una madre y de ninguna manera pienso traicionarla. Ella es la auténtica víctima de esta historia. Durante mucho tiempo estuve en mitad de la batalla y sufrí lo indecible —dijo Paul adelantando el cuerpo hacia la muchacha.

—Te entiendo, Paul. Piensa que yo también pasé por una experiencia parecida, solo que, en mi caso, la guerra me dejó huérfana, viuda a mi madre y al borde de la desesperación a mi abuela. Yo no tengo opción, no puedo recuperar a mi padre, pero tú sí. Dale una oportunidad. Por favor, piénsalo bien. Si dejas pasar este tren, puede que te arrepientas más pronto que tarde. —Los ojos suplicantes de Clara querían ablandar a aquel hombre, pero no acababa de arrancarle el compromiso de un encuentro con Foster padre.

—Verás. Cuando mi padre regresó de Crimea, era un hombre atormentado que no encontraba su lugar en ninguna parte. No soportaba la inactividad, el trabajo rutinario del periódico, maldecía la guerra, pero no sabía vivir sin ella. En casa, se convirtió en un torturador, un hombre áspero, déspota, que trataba a mi madre con desprecio hasta el ultraje y a mí me acusaba de ser un niño pijo, mimado y débil que nunca sería capaz de hacer nada destacable. —Paul se detuvo unos segundos para beber agua—. Perdimos el contacto con familiares y amigos, nadie quería venir a casa por miedo a sus ataques de ira, hasta que algo sucedió un día, en el que, durante una discusión por un asunto doméstico sin importancia, cegado por la cólera, quiso impedirle el paso a mi madre y al cerrar la puerta del dormitorio le rompió un brazo. Los daños fueron irreparables, porque afectó a los nervios y, aunque se sometió a dos operaciones complicadas, perdió buena parte de la movilidad de la mano izquierda.

—*My God!* No sé qué decir. Es como si me hablaras de un desconocido. Robert Foster es hoy un hombre pacífico, alegre y afectuoso, que lleva en su corazón un enorme peso por tu rechazo, aunque es consciente de que él es el único responsable —agregó Clara impresionada.

—Después de aquello, mi padre se desmoronó aún más.

Lloraba y rogaba el perdón de su mujer, pero ya era demasiado tarde. Ella no podía dejar de pensar en la posibilidad de que un aciago día la víctima de sus desvaríos y su mal carácter fuera yo. —Por un instante, Paul pareció emocionado—. Mi familia canadiense nos ayudó en los primeros momentos, hasta que mi madre consiguió trabajo en una notaría y comenzamos una nueva vida. Ella ha sido la artífice de lo que soy hoy y nunca, nunca, ha dejado de hablarme de mi padre como un hombre extraordinario. Hoy tiene una pareja que la quiere y parecen felices. La vida ha terminado por darle una segunda oportunidad y tiene todo el derecho del mundo a recuperar su dignidad.

—Me alegra oír ese final feliz, pero tu padre también ha superado aquella mala racha y te diré, hasta donde lo conozco, que se alegraría de la felicidad de tu madre, si lo supiera. Pero creo que él también ha hecho un gran esfuerzo por redimirse e igualmente merece otra oportunidad, y esa solo depende de ti. Te aseguro que, en este momento, tu padre es un buen hombre, equilibrado y brillante como pocos, y cuyo único nubarrón en el cielo de su vida eres tú. Entre tú y yo, te diré que también anda intentando encontrar el amor maduro. —Y Clara se puso la mano en la boca de la manera en la que se cuenta un secreto.

—Sé que tu intención es la mejor, Clara, pero no puedo hacerlo. En este momento, no estoy preparado para enfrentarme a mi padre. —Ante la expresión de decepción de la chica, él tomó sus manos entre las suyas—. Pero quiero darte las gracias por el intento. Eso dice mucho de tu calidad humana y de tu afecto sincero por mi padre. Estoy seguro de que sabrás darle ese apoyo que no puede encontrar en mí.

—Nunca será lo mismo, y lo sabes —añadió Clara juntando sus manos como si rezara—. ¿Puedo pedirte que lo pienses, aunque sea después de tu marcha? Tal vez si lo comentas con tu madre, ella te aconseje mejor que yo. Por favor…

—Pensaré en ello, porque es imposible que no lo haga. Has abierto un melón que permanecía cerrado desde hace mucho tiempo.

—Ya. Pues espero que, a pesar de tu negativa, algo bueno salga finalmente de todo esto —dijo con tristeza.

—No lo dudes, Clara Ríos. Conocerte ha sido un regalo que no esperaba. Y me gustaría mucho volver a verte. No creo que sea difícil, ¿no te parece?

—Bueno, tú mañana regresas a Canadá y yo seguiré aquí hasta noviembre. Después, en principio, volveré a Madrid con mi familia, pero todo está en el aire. ¡Quién sabe lo que sucederá dentro de seis meses! Ni siquiera somos capaces de predecir lo que nos depara el destino de hoy para mañana.

—Desde luego. Nunca hubiera imaginado que Nueva York me tuviera reservada una sorpresa encarnada en una mujer como tú. —Clara comenzó a sonrojarse, como era su costumbre, incluso se removió en el sofá algo incómoda. Paul se puso en pie —. He de irme. La actividad del Congreso está a punto de comenzar y mi conferencia está prevista en una hora.

—Claro, no quiero molestarte más. —La muchacha también se levantó—. Si te parece bien, puedo enviarte las preguntas de mi entrevista a tu correo y me las respondes cuando puedas. Hasta el próximo fin de semana hay tiempo. De todas formas, por si necesitas algo, regresaré esta tarde para preparar la crónica de la clausura.

—Gracias. Tengo tu teléfono —dijo el arquitecto alejándose.

Clara regresó a la redacción, le contó a Emily Clayton lo sucedido y después se sentó un rato sin hacer nada. Se sentía frustrada y desanimada. Nadie podía acusarla de no haberlo intentado, pero se resistía a contemplar la derrota. Desde luego, Paul Foster se había comportado como un caballero. Otro, en su lugar, se hubiera puesto superborde, incluso le podía haber montado un buen número nada más comprobar el engaño. No había sido así, y tras cerrarse aquella primera puerta, incluso quería ver en el horizonte una ventana con posibilidad de abrirse. Había perdido y eso le dolía en el alma. ¿Qué hacer ahora? ¿Contárselo al tío Robert a toro pasado? ¿No contárselo? Sabía que no sería capaz de guardar el secreto mucho tiempo, como también era consciente de que le haría daño.

Tras el almuerzo, preparó los trastos para regresar al hotel. Le daba una pereza infinita, pero tenía que trabajar y no podía jugarse la posibilidad de seguir cubriendo noticias fuera de la redacción por culpa de aquella desidia. Debía sobreponerse.

Intentó no encontrarse con Paul, pero era difícil. En varias ocasiones, coincidieron y se saludaron en silencio. Estaba segura de que él también la buscaba, como ella a él. No sabía cómo gestionar todo aquello, pero lo cierto era que apenas había pensado en Logan en todo el día.

El gran Norman Foster pronunció su discurso de clausura y sonó la campana que anunciaba el comienzo de la cena de gala. Por fin iba a acabarse aquel día incalificable, en el que lo bueno finalmente no fue tan bueno, teniendo en cuenta que las expectativas acabaron convertidas en fracaso y decepción.

Clara fue de los primeros reporteros en salir del hotel. Caminaba deprisa; deseaba llegar a casa cuanto antes. A punto estaba de doblar la esquina de Louis Vuitton cuando su móvil recibió un mensaje. Imaginaba que sería Logan o el tío Robert para ver si la esperaba a cenar. Pero el mensaje decía lo siguiente:

> Saldré para el JFK sobre las diez. Mi vuelo despega a las dos de la tarde. Dile a mi padre que le espero en el hotel antes de mi marcha. No prometo nada, pero te aseguro que esto ya es mucho. Eres muy convincente, Clara Ríos, y muy hermosa. Pase lo que pase, volveremos a vernos. Hasta pronto y gracias por tu generosidad. Paul.

Clara, paralizada, leyó el texto tres veces antes de echar a correr calle arriba, como si el mundo fuera a terminarse aquella misma noche. Sintió el sabor salado de las lágrimas que rodaban por sus mejillas y el corazón martilleando su pecho de pura felicidad. Intentó tranquilizarse en el ascensor mientras el conserje la miraba con estupor y sin saber muy bien si entablar conversación o mantenerse en silencio. La mayoría de las veces llamaba al timbre, pero prefirió abrir la puerta con sus llaves para descubrir a Foster en la cocina preparando un asado.

—¿Qué ocurre, Clara? Estás pálida. ¿Has estado llorando? —preguntó Foster preocupado.

—Escúchame bien, tío Robert. Deja todo eso y siéntate. Tengo que hablar contigo. Es muy importante.

Capítulo 28

Sin ti todo el año es invierno.
Un día sin tus labios se hace eterno.
Baby, dime por qué te marchaste,
si fuimos igual de culpables.
No sé si el destino nos trajo a este lugar
para abrir camino a otra oportunidad.
Por mi parte quiero que sepas:
me sobran ganas de volverte a amar.
Aprendí a olvidar. Ana Mena y Solero, 2018

Cuando Clara terminó de contar lo sucedido, Robert se levantó de la silla y, sin decir palabra, entró en su dormitorio, cerró la puerta y se le escuchó llorar durante más de quince minutos. Para ella fueron los quince minutos más dolorosos que recordaba en mucho tiempo. No sabía si intervenir o dejar que aquel hombre aligerara la carga que había llevado durante años en solitario. Ella había sido muy sincera y le había explicado no solo las razones por las que su hijo le detestaba, sino también la actitud positiva y leal de la madre, que él siempre interpretó como la responsable del alejamiento. Sin duda, era urgente hacer un profundo examen de conciencia y reconocer la culpa, porque la tenía en un altísimo porcentaje.

Por fin, el periodista salió de la habitación y se abrazó a Clara como un náufrago se aferra al único salvavidas del que dispone. Su mente funcionaba a toda velocidad, los recuerdos se mezclaban en su memoria y experimentó en minutos todos los

sentimientos que caben en el alma de un ser humano. No era capaz de reaccionar; aún estaba en *shock*.

Clara solo pensaba en ayudarlo, pero no sabía cómo. Lo que estaba claro era que, melodramas aparte, Robert debía estar recompuesto y lúcido para entrevistarse con su hijo al día siguiente. No podía desperdiciar la oportunidad, así que necesitaba reequilibrarlo antes del amanecer. A la primera persona a la que pediría ayuda sería a Emily Clayton. Ella estaba al tanto y conocía a Robert mejor que nadie. Seguro que sabría cómo manejarlo.

Mientras el periodista se daba una ducha caliente, Clara explicó por teléfono a su tutora lo sucedido. Emily se alegró infinitamente y le sugirió que hablaran después de que Foster se hubiera tranquilizado y comido algo.

—Tío Robert, ¿te encuentras mejor? —preguntó Clara acariciándole el rostro.

—Sí, niña. Mucho mejor. Perdóname si te he asustado, pero la noticia me sobrepasó por completo.

—Lo sé y lo entiendo. Pero no vi otra manera de decírtelo, más que así, sin anestesia. Además, no hay tiempo que perder, ni te puedes permitir el lujo de desperdiciar esta oportunidad de oro. —Clara seguía consolándolo y lo animaba con sus palabras a echar el resto para reconciliarse con su hijo y consigo mismo.

—No sé cómo hablarle, ni qué decirle, Clara…

—Lo que te salga del corazón, tío Robert. Déjate llevar por tus sentimientos. Pide su perdón, háblale de tus remordimientos, de tus deseos, de tu arrepentimiento, de lo que tantas veces me has explicado a mí. Compórtate como un padre que daría todo lo que tiene por recuperar a su hijo. —Él la escuchaba como el pecador que busca desesperadamente la absolución del confesor—. Hasta donde yo sé, Paul es un hombre inteligente y muy equilibrado. En ningún momento se rasgó las vestiduras, ni mostró una actitud hostil, ni hacia ti ni hacia mí. Simplemente, no estás en su vida y no había contemplado un cambio de planes hasta que aparecí yo.

—Tienes razón, niña. Nada de estrategias. Si él ha accedido a verme, no tiene sentido pensar en un rechazo frontal. Imagino que dejará que me explique —Robert parecía pensar en voz alta.

—Desde luego, pero tampoco te imagines que te va a recibir con los brazos abiertos. Bueno, llamemos a Emily, que está muy preocupada. Y luego te vas a la cama y descansas, aunque imagino que bien poco dormiremos hoy. —Robert rio por primera vez a cuenta de la recomendación maternal de Clara.

La conversación con Clayton se desarrolló en los mismos términos: apoyo a muerte, buenos consejos y la seguridad de que, aunque se trataba, sin duda, de un paso importante, solo era el primero, porque la reconciliación llevaría su tiempo.

—Y quiero decirte, Robert Foster, y te lo repetiré una y mil veces, que tienes que dar gracias a Dios, a la vida o a Antonio Ríos, que descansa en paz, por esa muchacha que vive contigo y que es como un ángel caído del cielo. ¿Eres consciente de lo que ha cambiado tu vida desde que ella llegó a Nueva York? —dijo Emily con total convencimiento.

—A veces pienso que no lo merezco —afirmó el periodista con los ojos húmedos de nuevo.

—El día de mañana puede marcar un antes y un después en tu vida, así que no la cagues, querido. Infórmame en cuanto te sea posible. Te deseo toda la suerte del mundo. Descansa y buenas noches.

Efectivamente, Robert apenas pegó ojo en toda la noche. Por la mañana, las arrugas de su rostro parecían marcarse más que nunca y las grandes bolsas bajo los ojos eran la muestra evidente de la falta de sueño y de un estado de ánimo abatido. Clara le ayudó a elegir la ropa y le preparó un desayuno ligero pero suficiente, además de un paracetamol para el fuerte dolor de cabeza que él mismo confesó sufrir. Esperó con él en el rellano hasta que llegó el ascensor y lo abrazó con enorme ternura.

Robert Foster siempre fue un hombre de fuerte personalidad y decisiones rápidas y tajantes, no en vano se había movido

durante la mitad de su vida entre la violencia, la maldad y el peligro, pero aquel día salió de casa inseguro, titubeante. No parecía el mismo y los años, que no pasaban en balde, tampoco ayudaban.

Antes de llegar al hotel llamó a Franklin Guevara, con quien se citó sobre las diez de la mañana para llevar a Paul al aeropuerto. Si todo iba bien, él mismo lo acompañaría. Por fin, se internó en aquel edificio magnífico que, con toda seguridad, a partir de aquel día, tendría para él un significado diferente.

Ambos coincidieron a la entrada de la cafetería. Paul se acercaba tirando de su maleta, vestido de manera informal y con el gesto serio, pero no contraído. Sus miradas se encontraron y ambos percibieron, el uno en el otro, la expresión de lo conocido.

—Hola, Paul.

—Hola.

—¿Cómo estás? Bueno, la verdad es que se te ve muy bien —Las primeras frases sonaban a conversación de ascensor.

—Es que lo estoy. Gracias. Sentémonos, por favor. —Robert se situó en una butaca individual y Paul lo hizo en un sofá más grande.

—¿Qué tal ha ido el Congreso? —continuó el padre con las preguntas protocolarias.

—Muy bien. Contactos interesantes, ideas novedosas, diseños arriesgados… Imaginarás que si, además, la sede de un Congreso como este es Nueva York, la arquitectura ha de ser más osada que nunca.

—Me alegro. ¿Y cómo está tu madre? —interrogó el periodista bajando los ojos.

—Pues muy bien, la verdad. Yo creo que está pensando en la jubilación, que ya se acerca, para disfrutar a tope de su tiempo libre. Hace años que comparte su vida con un hombre con el que parece haber encontrado la estabilidad. Como supondrás, a mí eso me tranquiliza mucho. —Paul se expresaba con una serenidad envidiable; Robert se mostraba mucho más nervioso.

—Lo entiendo perfectamente. Tu madre merece ser feliz.

—Bueno, dejemos de andar por las ramas, o como decís los norteamericanos, *to beat around the bush*, y dime qué es lo que quieres de mí —fue directo al grano.

—Volver a ser tu padre.

—Nunca lo fuiste. —La reacción de Paul fue inmediata.

—Soy un hombre distinto al que tu recuerdas. —Robert intentaba encontrar las palabras adecuadas para justificarse—. He superado una etapa de mi vida de la que no me siento orgulloso, pero el pasado no lo puedo cambiar. Hoy me aferro al presente y disfruto pensando en un futuro sereno y compartido. No quiero ser un lobo solitario, agrio y amargado.

—Pues, hasta dónde yo sé, parece que vas por el buen camino para conseguirlo. —Y Paul se deshizo en elogios—: Esa muchacha, Clara Ríos, es un espíritu puro y hablaba de ti como se habla de un padre. Ella es la responsable de que estemos hoy aquí. Tienes mucha suerte.

—Lo sé, y aunque pueda parecer egoísta, voy a hacer todo lo posible para que siga a mi lado. Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, además de que tiene madera de periodista y Nueva York puede ofrecerle todo un mundo de posibilidades. Ojalá sea así. Y para ello cuento con un aliado extra; un joven político con un futuro prometedor se ha enamorado de ella perdidamente y andan iniciando un noviazgo que parece serio. —Al hijo se le descompuso ligeramente el gesto.

—No me extraña. Es encantadora —comentó Paul con tono glacial.

—Y, dime, Paul, ¿podría llamarte por teléfono de vez en cuando o mantener el contacto de la manera que tú consideres más conveniente? —preguntó el padre con humildad.

—No lo sé. Debo pensar en todo esto con calma. Han sido unos días muy intensos. La próxima semana viajaré a Dubái con mi equipo para presentar un proyecto que tiene que ver con la construcción de un complejo hospitalario de lujo, que más parece un resort de vacaciones. —De repente, Paul se sintió impaciente por terminar la conversación—. Cuando regrese, te diré algo. Voy a pedir un taxi en recepción.

—No es necesario. Hay un coche del periódico esperando en la puerta para llevarte al aeropuerto. Me gustaría acompañarte, pero entenderé que quieras ir solo. —Robert seguía hablando desde la humildad.

—Te lo agradezco, pero hasta aquí ha sido suficiente. Adiós y muchas gracias —dijo Paul mientras le entregaba el equipaje al bueno de Franklin para que lo acomodara en el maletero.

No hubo abrazo, ni siquiera apretón de manos. Robert debía respetar la conducta de su hijo y darle espacio. Si lo pensaba fríamente, las cosas no podían haber ido mejor, teniendo en cuenta que hasta las veinticuatro horas anteriores no hubiera sido posible imaginar, ni por un momento, que ambos se sentarían juntos en la misma habitación y que intercambiarían algunas frases, aunque fueran tensas y estereotipadas. Se había roto el hielo; es más, para Robert se había derretido un glaciar entero. Era el momento de esperar acontecimientos y tener paciencia. Las noticias llegarían, con toda seguridad.

Robert Foster se dirigió caminando hasta el periódico. Se sentía agotado, pero necesitaba repasar en su cabeza lo sucedido y analizar sus sentimientos con calma. Pero antes llamó a Clara, convencido de que estaría impaciente por tener noticias. Efectivamente, antes de que terminara de sonar el primer tono, la muchacha respondió ansiosa. Robert, sin entrar en detalles, le contó lo sucedido y le explicó que se encontraba tranquilo y esperanzado. Tenía motivos para ello. Por la noche, compartirían con Ángela la buena noticia.

Mientras, Paul se dirigía al aeropuerto en animada conversación con el bueno de Franklin.

—No se preocupe, señor Paul, estoy al corriente de su difícil relación con el señor Foster. La vida es larga y tiene muchos altibajos, pero nada escapa a la influencia de la familia, en ocasiones es un pilar fundamental y en otras, una calamidad insuperable. —Como de costumbre, Franklin tiraba de sabiduría popular.

—Es cierto. Sin embargo, las cosas pueden cambiar, ¿no cree? —Paul parecía buscar en aquel desconocido la confirmación de

su razonamiento.

—Y las personas. Como ejemplo, el señor Foster. Yo solo puedo decir cosas buenas de él. Es un hombre extraordinario, que ha conseguido salir del oscuro callejón en el que andaba metido. Aunque, en honor a la verdad, mucho ha tenido que ver la señorita Clara, que desde que llegó a Nueva York le ha dado sentido a su vida. Él la ve como una hija a la que cuidar y proteger y ella le quiere y le apoya como al padre que no tiene. No quiero ni pensar en el día en que ella tenga que regresar a Madrid. —Y Franklin pegó una buena pitada a un coche que se le cruzó sin aviso previo.

Por fin, llegaron a la terminal. Franklin se bajó del coche y extrajo el equipaje del maletero.

—Muchas gracias por traerme. —Paul sacó de su cartera algunos billetes para entregárselos al ecuatoriano, que los rechazó con vehemencia.

—No puedo aceptarlo, señor. Ha sido un placer conocerle y rezo a la virgen de El Quinche, patrona del Ecuador, para que obre ese milagro que todos esperan. ¡Buen viaje, señor Paul Foster!

Una vez pasados los controles de seguridad, sentado junto a la puerta de embarque correspondiente a su destino, Paul Foster, o Paul Leclerc, compró un café y escribió a Clara un mensaje de despedida:

> Aunque aún no soy capaz de valorar lo sucedido con racionalidad, lo que tengo claro es que no puedo marcharme sin darte las gracias por tu gesto, tal vez un tanto impulsivo, pero no por ello menos generoso. Estaré fuera de Canadá unos días y después regresaré a mis proyectos, a mis clases y a mi vida, y nada me gustaría más que incorporarte a mi rutina, si tú me lo permites. No quisiera perder el contacto contigo, y no solo porque eres el puente que puede unir dos orillas hoy lejanas. No soy un hombre sentimental, pero me voy de Nueva York con un montón de emociones que debo

gestionar. Creo que sabes a lo que me refiero. Paul.

Clara enmudeció. Era fácil leer, entre aquellas líneas virtuales cargadas de emotividad, una declaración de intenciones en toda regla. ¿Y cómo contestar? Por supuesto, no deseaba perder el contacto con Paul, porque ella podía ser una pieza clave en el proceso de recuperación de la relación entre padre e hijo; sin embargo, no quería engañarse. Había algo más. Paul Foster la atraía, como ella a él. Era algo mutuo. ¿Entonces? Pero ella amaba a Logan Sheridan, de eso no tenía ninguna duda, pero Paul no le resultaba indiferente, de eso tampoco cabía duda. La respuesta, por el momento, debía ser neutra.

Por supuesto, me encantará mantener el contacto. Cualquier cosa que pueda hacer por ti o por tu padre será mi prioridad. Buen viaje y hasta pronto. Clara.

Capítulo 29

Tiene delito tu querer,
es como el efecto de un imán
que poco a poco sin quererlo
vas atrayendo mi mirada.
Es una bomba de emoción,
eres el fuego de un volcán,
por donde pasa sin piedad
se derrite el corazón.
La llama del amor. Omar Montes, 2022

Para Clara, las clases habían comenzado de nuevo y, unido al trabajo habitual del periódico, la dejaban sin apenas tiempo para pasar algún rato con Logan, igualmente inmerso en la última semana de campaña electoral municipal. Dadas las circunstancias, hasta lo agradecía. Necesitaba ordenar sus ideas, porque el encuentro con Paul Foster había resultado, en lo personal, más intenso de lo previsto.

En los días siguientes, el arquitecto le hizo llegar, debidamente cumplimentada, la entrevista que quedó pendiente durante el Congreso, sin más comentarios salvo los relacionados directamente con el artículo que Clara había preparado y que quedó a la espera exclusivamente del visto bueno del jefe Anderson para incorporarlo al suplemento dominical del rotativo. Clara debía admitir que estaba ansiosa por conocer la opinión de Paul sobre su trabajo. Deseaba fervientemente que fuera de su agrado, sobre todo en lo

relativo a las observaciones personales que había añadido de su cosecha.

Otra de las señales que la alertaban sobre la atracción que, sin duda, experimentaba cuando pensaba en Paul, tenía que ver con que aún no le hubiera comentado a Logan ni una palabra sobre el encuentro con el hijo de Foster, del que, de sobra, conocía su existencia. En no pocas ocasiones, Clara le había hablado de la relación cero que existía entre padre e hijo, desde que Robert abandonó la corresponsalía de guerra del *Times* y se incorporó a la plantilla del periódico. Ya se lo contaría más adelante, y si Logan le increpaba por ello, siempre podía tirar de la excusa fácil que suponía no haber querido distraerlo durante una campaña que le exigía dedicación exclusiva.

Aquel domingo, Logan no acompañaría al alcalde en todo su periplo electoral, tan solo a un par de actos durante la mañana. Otros miembros del gabinete se ocuparían del resto de actividades. Por ello, y aprovechando el paréntesis, el joven le propuso a su novia almorzar juntos y descansar después en casa pegados al televisor mientras consumían un cuenco gigante de palomitas viendo alguna comedia divertida. No podían pensar en un plan mejor.

Llegaron al apartamento tras degustar unos entrecots contundentes. Clara, con las manos ocupadas por un par de cafés, no podía escabullirse de las cosquillas que Logan descargaba en distintas partes de su cuerpo. No paraba de reír y de retorcerse como una anguila para evitar los ataques. Ambos se mostraban tan enamorados como siempre y, poco a poco, la sombra de Paul Foster se fue difuminando, hasta convertirse en un espejismo, una ensoñación de la que Clara llegó a dudar incluso que hubiera existido de verdad. La presencia de Logan lo invadía todo, era evidente la buena salud emocional y pasional de la que gozaba su relación, patente como nunca cuando estaban juntos. Todo parecía volver a la normalidad. Se querían y se deseaban con fervor.

Los dos se acurrucaron muy juntos en el pequeño sofá de Logan.

—Dime algo que aún no sepa de ti —dijo él.

—Mmm… Odio los guisantes —respondió ella.

—Ya lo sabía. Siempre se quedan en el plato cuando comemos algo con guarnición de verduras.

—¡Muy listo, Mr. Sheridan! Ahora tú. Cuéntame algún secreto todavía sin descubrir —dijo la muchacha acariciándole el cabello.

—A veces lloro en las películas con final triste.

—¡Vaya! Nunca lo hubiera imaginado. —Clara reaccionó con más caricias—. ¿Algo más?

—Sí. Hay algo que nunca te he dicho y ha llegado el momento.

—¿De qué se trata? Perteneces a la mafia siciliana… ¡Lo sabía!

Logan rio y después se quedó callado durante unos segundos. Acarició los labios de Clara con la punta de los dedos, lentamente, sin apartar en ningún momento sus ojos de los de ella.

—Te quiero, Clara. Te quiero como nunca imaginé que fuera capaz de amar. Como dices siempre, nadie sabe lo que pasará en el futuro, ni qué camino profesional nos tendrá reservado el destino, pero lo que tengo muy claro es que no hay distancias, ni países, ni fronteras que puedan separarme de ti. Buscaremos el modo de caminar juntos. Eres la mujer de mi vida, de eso estoy completamente seguro. En cuanto pasen las elecciones, iremos a Washington. Quiero que conozcas a mi familia y que comiences a integrarte en mi mundo, porque también será el tuyo. Ya he hablado con mi padre y con Susan y están muy contentos con la noticia. Además, imaginarás que Alice ha estado dando la turra sin parar.

—Ya lo imagino —dijo Clara riendo y buscó los labios de Logan para depositar en ellos el beso más dulce que era capaz de dar.

En pocos minutos sus cuerpos y sus mentes estuvieron dispuestos para fundirse en uno. Logan besó cada rincón, cada curva de su piel, mientras Clara, con los ojos cerrados, se debatía entre suspiros y jadeos. Se sentía bella, afortunada y tan feliz que tenía ganas de llorar. Ninguno de los dos volvió a

pronunciar ni una sola palabra. Despacio, a cámara lenta, Logan se fue abriendo paso en el interior de su amada hasta lo más profundo de su feminidad. Si algún pedazo de su corazón aún le pertenecía, Clara se lo arrebató en aquel instante. Ella se entregaba a él en cuerpo y alma, sin reservas, a la deriva del amor más puro y consagrado, como el barco que, incapaz de hacerle frente, se abandona a su destino en mitad de la tormenta.

El tiempo voló aquella tarde de primavera en la que no faltaron las promesas y los juramentos. La despedida supo a separación forzosa, a desánimo compartido, no por ello menos traumático. Clara abrazó con fuerza a Logan antes de subir al taxi que la llevaría a casa, con un sentimiento de profunda tristeza, como si nunca más volvieran a verse.

Robert Foster la esperaba impaciente, confiado en que Clara tuviera alguna noticia nueva de Paul. Cuando la muchacha le confirmó que no era así, intentó no venirse abajo, pero su rostro era la viva imagen de la desilusión.

—Tío Robert, tienes que ser paciente. Por mi parte, forzaré la comunicación con la excusa de la entrevista. Se la enviaré en primicia en cuanto tenga el visto bueno del jefe Anderson —le explicó Clara con ternura.

—Tienes razón, Clarita, pero es que ahora el tema es mucho peor que antes. Mientras la relación estuvo rota, sabía a qué atenerme, aunque doliera, pero, desde el encuentro, me paso el día y la noche dándole vueltas a la cabeza —explicó Foster paseando por el salón como un preso en su celda—. Pienso que es normal que no dé señales de vida, que he de esperar, que además está ocupado con trabajos importantes, y al minuto siguiente, mi mente se rebela y se vuelve catastrofista, para concluir que lo que sucede es que lo ha pensado mejor y ha decidido finalmente no retomar el contacto. De seguir así, me volveré loco.

—No puedo creerlo, tío Robert. Te estás comportando como un crío, así que te pido, por favor, que madures y te calmes —dijo Clara tajante, y los dos se echaron a reír—. Parece el mundo

al revés.

La conversación quedó interrumpida por el soniquete del Skype, que Ángela y la abuela Magdalena habían puesto en marcha, como la mayoría de las noches.

—¡Vaya! Se os ve muy divertidos —exclamó Ángela con nostalgia por no poder compartir con ellos los buenos ratos—. ¿A qué se debe tanta felicidad?

—Pues si hubieras escuchado la conversación, mamá, tú también te hubieras reído. Resulta que aquí el señor Robert Foster, todo un gurú del periodismo de guerra, con un físico poderoso y un carácter que a más de uno le hubiera hecho huir a la carrera, se comporta a veces como un niño y le tengo que regañar. Anda, explícaselo a las madrileñas. —Clara se retiró unos minutos para cambiarse de ropa.

Tras conocer toda la historia, las dos mujeres estuvieron en sintonía con Clara. Tocaba esperar y dejar que las cosas se colocaran, fluyeran, y eso llevaba su tiempo.

—Querido Robert, Zamora no se ganó en una hora… —disparó la abuela sin pensar que al norteamericano aquello le sonaría a chino, con lo cual, el consejo sería inútil.

Foster, finalmente, se tranquilizó, aunque no paraba de quejarse por la distancia que los separaba y que cada vez se le hacía a todos más difícil de sobrellevar. Se necesitaban, todos a todos, pero, en aquellos momentos, Robert y Ángela se sentían tremendamente desdichados. Había que poner remedio a la situación, o al menos un parche que les permitiera soportar la separación hasta el verano, para el que aún faltaban meses.

Terminada la conversación, Foster le comentó la idea a Clara, aunque realmente solo era un impulso que tendría que meditar con calma.

—Muy bien, tío Robert, así mientras le das vueltas a eso no se las das a otras cosas. No hay nada como estar ocupado. Y, hablando de ocupaciones, ¿cómo va tu libro? ¿Tienes alguna idea de cuándo será por fin una realidad? —dijo Clara con entusiasmo—. No sabes la ilusión que me hace que publiques ese trabajo. Pienso que tal vez, algún día, yo también sea capaz

de escribir un libro.

—Por qué no. Escribes bien y no te falta imaginación. Podrías ser una excelente autora de novelas.

—¡Qué cosas dices, tío Robert! Con el respeto que siento yo por escritores y novelistas. Tienen mentes privilegiadas y su oficio es el mejor del mundo: contar historias.

—Estoy de acuerdo, niña. Cenemos, que el salmón está empezando a cambiar de color.

Una vertiginosa semana, en la que los acontecimientos habían sido tan determinantes que bien podían cambiar la vida de sus protagonistas para siempre, llegaba a su fin. La relación de Robert y Ángela se afianzaba a pesar de la distancia, más bien actuando esta como circunstancia estimulante; Clara y Logan avanzaban en un idilio que daba, igualmente, pasos importantes y pronto el noviazgo se haría oficial, y los Foster, padre e hijo, aunque con reservas, comenzaban a ver una tenue luz al final del túnel.

Por fin, todo parecía encajar entre dos continentes, América y Europa, con quinientos años de historia común, en armonía a un lado y al otro del océano Atlántico. Y entre Nueva York y Madrid, dos ciudades tan distintas como complementarias, hermanadas por los lazos más sólidos y firmes conocidos: la familia y el amor.

Capítulo 30

Y no se confundan,
y no se confundan,
señora' y señore',
yo siempre estoy *ready*,
yo siempre estoy *ready*,
pa' romper cadera', pa' romper corazones.
SloMo. Chanel, canción de España en Eurovisión, 2022

La entrevista con el arquitecto Paul Leclerc, publicada por el *Times* y firmada por Clara Ríos, fue un éxito, valorada con excelencia por los superiores de la becaria, pero sobre todo por el protagonista, que se deshizo en elogios y gratitud.

—Para ser la primera, has planteado muy bien las preguntas y, desde luego, los comentarios con los que introduces al lector en el personaje son lo mejor del texto —alababa Emily Clayton el trabajo de Clara, a la que llamó al despacho para proponerle un nuevo encargo, dados los buenos resultados de su trabajo como entrevistadora. El jefe Anderson estaba al tanto y totalmente de acuerdo con la propuesta.

—Muchas gracias por la confianza. ¡Qué nervios! Dígame, Emily, de qué se trata.

—Como bien sabes, todos los becarios debéis entregar un trabajo de investigación periodística antes de que acabe el curso. Apenas quedan seis meses y, sinceramente, creo que tendrías que empezar a plantearte el tema a desarrollar y la estrategia a seguir. —Clayton le hablaba como una auténtica

periodista, pero con el aprecio de la tutora—. Aunque, en principio, te parezca que la tarea está por encima de tus posibilidades, cualquier proyecto que emprendas en este momento lo percibirás con igual complejidad. Es lógico. Te sientes insegura y en absoluto preparada para afrontar un reto de envergadura; sin embargo, no es así, porque en tu caso has superado con éxito cuantos trabajos te han encargado.

—¿En qué está pensando, Emily? —preguntó Clara impaciente.

—Están a punto de comenzar los trabajos de preparación de la próxima Asamblea General de Naciones Unidas, a celebrar a finales de octubre. Sé que te interesa la política internacional, por lo que creo, sinceramente, que esta podría ser una oportunidad de oro para que te luzcas con una buena tesis.

—*Oh my God!* Pero es muy complicado, y mi desconocimiento de la geopolítica, total.

—¡Complicado, complicado! ¡Desconocido, desconocido! Dime un solo tema que domines o que no sea complicado para ti. Punto uno: no dominas ninguno, y punto dos: lo complicado se valora el doble. Tú no estás llamada a ser una periodista mediocre, del montón, has de ser ambiciosa y exigirte metas de primer nivel, retos que se correspondan con tu capacidad.

—Vale. Pero Naciones Unidas es un concepto muy amplio —comentó Clara aún en *shock*.

—Correcto. Se me ocurre que podías hacer un buen trabajo sobre las Fuerzas de Paz de la ONU, cuya regulación jurídica se someterá a enmiendas y su estructura y funcionamiento a reformas y modificaciones. —Clayton leía las primeras líneas de un artículo publicado por la sección «Internacional» del *Times* sobre el tema de hacía pocos días.

—¿Los cascos azules? —la pregunta de Clara se respondía sola.

—Eso es. Su historia, su estructura, sus protagonistas, sus intervenciones más relevantes, los retos que afrontan en el siglo XXI y mucho más. Contarás con el asesoramiento de Robert y, por supuesto, yo supervisaré tu trabajo en todo momento.

Además, tu casa está muy cerca de la sede de la ONU, con lo cual te serán muy cómodas las visitas y las entrevistas con los implicados. Se trata de una ventaja importante, porque te permitirá el seguimiento exhaustivo de los trabajos de la Comisión correspondiente.

—Por Dios, Emily, no sé qué decir. Me siento tan afortunada. Lo que darían mis compañeros de facultad por una oportunidad así…

—Pues por eso debes concentrarte en aprovechar todas las oportunidades, aprender el oficio y obtener todas las ventajas que el *Times* puede ofrecerte en este momento. —Emily sujetó a Clara por los hombros—. Escúchame bien. La tesis de final de curso es la clave definitiva para que permanezcas en plantilla o regreses a Madrid con un bonito diploma en el bolsillo, sin más.

—OK. ¿Y el jefe Anderson está de acuerdo? ¿Lo sabe el tío Robert?

—El jefe Anderson solo quiere lo mejor para sus becarios, y especialmente con respecto a ti. Sabes de su magnífica opinión sobre tu trabajo. Y, en cuanto a Robert, está feliz como un niño con zapatos nuevos. Entusiasmado con la idea de apoyarte y dirigirte él también.

—Pues bien calladito se lo ha tenido hasta ahora, porque no me ha dicho una palabra.

—Yo le pedí que no lo hiciera.

—Comprendo —dijo la muchacha con tono de agradecimiento.

—Voy a decirte algo, Clara Ríos, pero no quiero que sirva ni para que tu ego engorde, ni menos aún para añadir presión a la tarea que tienes por delante. Cuando te miro, me veo reflejada en mis comienzos. Quería comerme el mundo, llegar a lo más alto en la profesión, afrontar retos y asumir responsabilidades, y cuanto más arriba el listón, mejor…

—Y lo ha conseguido…

—Podría decirse que sí, pero también he pagado un alto precio. Espero mucho de ti, todos esperamos mucho de ti y, si te sirve de algo mi experiencia, los límites solo te los pones tú

misma. —El teléfono de Clayton comenzó a sonar.

—Gracias, gracias y gracias, Emily. Seguiremos hablando.

—Por supuesto. Sal ahí, Clara Ríos, y demuéstrales de qué pasta estás hecha —dijo la periodista mientras descolgaba.

La muchacha salió del despacho eufórica. Su autoestima estaba en niveles máximos. Lo primero que haría era hablar con Anderson y darle las gracias por prescindir de ella en los meses finales del curso. Y, por supuesto, se pondría a su disposición para cualquier cosa que pudiera necesitar.

—Mr. Anderson, ha sido un placer trabajar con usted y le aseguro que no olvidaré todo lo que he aprendido en la sección de «Local». —Clara se mostraba muy sincera y agradecida.

—Gracias a ti, niña, pero no te equivoques. Esto tiene pinta de ser solo un paréntesis. Tienes madera de periodista y sé de lo que hablo. Tengo olfato para esto y, en tu caso, estoy seguro de que, si haces un buen trabajo en «Internacional», tienes un futuro garantizado en el *Times*. Hazme caso, fija el objetivo y ve a por él. Sigue tu instinto y nunca te des por vencida. El mundo es de los audaces. —Anderson parecía emocionado—. Yo estaré aquí siempre que me necesites.

—Es usted un gran periodista y un jefe de los que ya no quedan. Y, si me lo permite, me gustaría darle un abrazo —le propuso Clara más emocionada todavía.

—¡Quién se negaría! Hace tiempo que no me abraza una joven guapa e inteligente, sin contar a mis hijas, claro. —Una vez se separaron, Anderson continuó hablando—: He de pedirte algo más, Clara.

—Dígame, jefe. Lo que sea.

—Quiero seguir al tanto de lo que suceda con el asunto de Garret y Mitchell. Como es lógico, no tenemos autoridad sobre la doctora Cooper, pero este *standby* me tiene muy mosqueado.

—Desde luego. Estoy segura de que algo va a ocurrir y muy pronto —añadió Clara.

—Fíjate en el tiempo que ha pasado desde que el *Post* publicó el asunto de los Sheridan y seguimos sin conocer al responsable o responsables de la filtración, además de que las acusaciones

quedaron en agua de borrajas y nunca más ha vuelto a aparecer en ningún periódico nada relacionado con el caso —recopiló Anderson, y concluyó—: Sinceramente, creo que pudo tratarse de una *fake new* para descalificar a los implicados, al congresista y al alcalde, pero lo que me descoloca es que quien tuviera interés en calumniarles no continuara con su estrategia, puesto que a la primera no lo consiguió.

—Es todo muy extraño. Se me hace muy raro que el *Post*, un periódico tan prestigioso, publicara algo así, sin contrastar y sin ninguna garantía de credibilidad. ¿Qué opina usted, jefe?

—Solo se me ocurre que alguien pagara una elevada cantidad por la publicación y no se plantearan renunciar a una buena tajada, y si encima les aseguraron que la información era buena, se tiraron a la piscina. Pero yo sigo diciendo que algunos de esos datos salieron de mi ordenador, aunque no haya manera de demostrarlo —explicó Anderson tomando asiento.

—Y como desde lo sucedido, no se guardan los trabajos de investigación en la redacción, el responsable no puede acceder a nuevos datos —dedujo Clara sentándose también—. Pero, dígame, jefe, ¿sigue usted sospechando de la facilidad con la que el Ayuntamiento de Richard Adams consigue financiación para sus proyectos?

—Sí, Clara, y siento ser tan rotundo, pero mi olfato me dice que hay algo turbio en las cuentas municipales, pero aún no he sido capaz de identificarlo y demostrarlo. —Anderson posó su mano suavemente sobre la de ella—. Sé de tu noviazgo con Sheridan junior, y no quiero hacerte daño con mis conjeturas.

—No se preocupe. Yo he pasado también por todas las fases y sigo con la mosca detrás de la oreja. Lo siento, jefe, es un dicho español que significa que no han desaparecido los recelos, aunque todo parezca muy legal.

—Bueno, seguimos trabajando como colegas y al tanto de cuanto suceda. ¿OK? —Anderson se levantó para despedir a Clara.

—Por supuesto. Mañana recogeré mis cosas y me trasladaré a la trinchera de la legión extranjera. —Y los dos rieron la

ocurrencia de la muchacha.

Tocaba despedirse de Edwin y Linette, aunque realmente no era una despedida como tal. Solo estarían separados por un par de escaleras y unos cuantos metros de pasillo. Seguirían las clases juntos, y no dejarían de colaborar para sacar a sus artículos y editoriales el máximo partido. Los dos se alegraron mucho por Clara, a la que envidiaron, sanamente, por tan excelente oportunidad. Ella les pidió que la mantuvieran informada de cualquier movimiento que les resultara misterioso, así como del comportamiento fuera de lugar que pudieran apreciar en los personajes de su lista negra.

—No lo dudes. Estaremos al acecho, porque es chocante que pasen los días y nadie mueva ficha —dijo Edwin.

—Estoy convencida de que todo esto tiene que ver con las elecciones municipales y tal vez por esa razón no ocurra nada hasta que no pasen —añadió Linette—. ¿Eres consciente del cabreo que se va a pillar Mitchell cuando se entere de que te vas a «Internacional» para hacer la tesis de fin de curso? —Clara, en modo burla, se tiraba de los pelos mientras Edwin caminaba imitando la cojera del profesor.

—Bueno, ahora estoy preparada de antemano para sus ataques furibundos. Me acusará por enésima vez de enchufada y de deshonesta, como Robert Foster, como mi padre y como todo lo que tiene que ver conmigo. ¡Ah! Y además soy una robanovios. Es evidente que lo dice por la doctora Cooper, pero a mí esa acusación es la que más me inquieta, porque entra directamente en el terreno personal. —Clara rodeó a sus compañeros por el cuello—. Pero lo que de verdad me preocupa es que nuestra amistad pueda perjudicaros a vosotros.

—No se atreverá —exclamó Edwin.

Ya era tarde y la redacción se iba vaciando según avanzaban los minutos. Sin embargo, Clara aún permanecería un buen rato en la sección preparando su traslado. Terminaría con la documentación en la que había estado trabajando los últimos días por encargo de uno de los redactores, y después recogería sus cosas, para lo que se había hecho con un par de cajas de

pequeño tamaño. Tampoco tenía demasiado material que transportar, pero prefería dejarlo todo recogido para no perder demasiado tiempo al día siguiente.

De repente, su teléfono comenzó a sonar. Clara se sobresaltó debido al elevado volumen con el que retumbaba, consecuencia del silencio reinante tan poco habitual en la redacción de un periódico como el *Times*. Se asemejaba al eco. Nada más descolgar se le aceleraron las pulsaciones. La voz angustiada de Logan no dejaba duda de que algo grave estaba pasando. Él insistió en que era muy urgente que hablaran, a pesar de la hora.

—De acuerdo, pero cálmate, por favor, Logan, me estás asustando. Nos vemos en Sutton Park en media hora.

Capítulo 31

A veces voy, a veces vengo,
cuando te miro se me para el tiempo,
buscando siempre la manera,
pero nunca me sale y es que me quema,
esto que llevo dentro… y es que me pone tierno…
y no lo puedo controlar.
Me pones tierno. Rasel y Carlos Baute, 2013

Clara cerró el archivo apresuradamente, amontonó cajas y objetos en una esquina de su mesa y apagó la luz. Se le hizo eterno el trayecto en ascensor y cuando salió a la calle, echó a correr deseando que la boca del metro la engullera cuanto antes. La muchacha nunca fue consciente de la relatividad del tiempo como en ese momento. ¿Cómo era posible que un minuto pudiera hacerse tan largo? Los paneles informativos anunciaban ese lapso de tiempo como el que faltaba para la llegada del siguiente convoy a la estación.

Al salir de nuevo al exterior, una bocanada de aire frío le zarandeó los pulmones y el cerebro. La temperatura era agradable pero fresca, justo lo que necesitaba para recuperar el ritmo cardíaco y el raciocinio. Se estaba poniendo en lo peor… no, más bien en lo trágico, cuando aún no tenía ni idea de la naturaleza de lo que provocaba la angustia de Logan. ¿Tendría que ver con su familia? ¿Tal vez un problema de salud que afectaba a alguno de sus miembros? A ver, un poco de sentido común: Logan era un hombre pragmático y de sentimientos sin

demasiados matices, como casi todos los hombres, pensó Clara para sí, por lo que no parecía muy coherente con su carácter que convirtiera en drama una mala noticia, a no ser que fuera algo muy serio.

Enfrascada en sus pensamientos, llegó a Sutton y se sentó en el banco más cercano a la pequeña escalera de bajada. Pero, como no podía parar quieta, se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro en un recorrido corto, para no perder de vista la entrada por la que Logan haría su aparición en cualquier momento.

Y Logan llegó, con una actitud y un gesto bastante más sereno que el que le transmitió a Clara por teléfono. Parecía conmocionado pero tranquilo.

—Dios mío, cariño, me tienes en ascuas. ¿Qué sucede? ¿Hay alguien enfermo en tu familia? ¿Tu padre? ¿Alice? —Clara le rodeaba el cuello con tanta fuerza que a Logan le costó deshacerse del abrazo.

—No. No hay nadie enfermo, gracias a Dios.

—¿Entonces? ¿Qué ocurre? ¿Por qué esta urgencia? —elevó ligeramente la voz al hacer las preguntas.

—Verás, Clara. He venido a romper contigo. No podemos continuar esta relación. Finalmente, me he dado cuenta de que no estoy enamorado de ti de la manera que se supone que debería estarlo de alguien con quien pretendo compartir mi vida. —Logan hablaba sin mirar a Clara a los ojos y con una cadencia tan poco natural que parecía estudiada de antemano.

—¿Es una broma? Te advierto que no me hace ninguna gracia. —La muchacha sentía sudores fríos.

—No, Clara. No es una broma, y no quería esperar más tiempo para decírtelo. Sería muy cruel por mi parte mantener una farsa y darte falsas esperanzas. No puedo hacerlo, de verdad. Debes comprenderme. Es mejor así, porque cuanto más tiempo pase, más difícil será la ruptura. —Logan seguía desgranando argumentos como el que recita el tema aprendido para superar una oposición.

—Mírame, Logan, por favor. Dime qué sucede. Te conozco y sé

que hay algo que no me estás contando.

—No hay nada más, Clara. Es que he pensado mucho en todo esto y he tomado la decisión más dolorosa, aunque la mejor para los dos, estoy seguro.

—¿Cómo? ¿De ayer a hoy? ¡No me fastidies, Logan! ¿Qué juego es este? ¿Te recuerdo las promesas que me susurraste mientras hacíamos el amor hace tan solo unas horas como si nos descubriéramos por primera vez, como si el mundo estuviera a punto de acabarse…? ¿Y lo que nos costó separarnos? —Clara estaba enfadada y dolida y los ojos empezaban a humedecérsele.

—Lo sé. Por eso no puedo demorar más esta decisión. Lo siento, Clara, soy un malnacido y así me siento, pero te aseguro que es lo mejor…

—Por supuesto, y algún día hasta te lo tendré que agradecer, ¿no acaban así estas frases tópicas? —Clara, indignada, escupía sus palabras—. Pero esto no se queda así, sé que me quieres igual que yo a ti, y apuesto mi mano derecha a que me estás ocultando algo. Pero voy a averiguar de qué va este numerito, te lo juro.

—Por favor, perdóname. Es todo lo que puedo hacer…

—No, Logan, lo que puedes hacer, para empezar, es ser sincero. Me lo debes. Y ahora dime la verdad, ¿está Linda detrás de todo esto?

—Lo que está detrás de esta decisión es la honorabilidad de mi familia, y ante eso no me queda más remedio que rendirme. No tengo elección. Y, por favor, Clara, no me obligues a hacerte más daño del necesario. Hablaré con mi padre en cuanto me sea posible. —Logan se expresaba desde la desesperación.

—¿Pero en qué te basas? ¿Me estás hablando de corrupción? ¿Tienes pruebas? —Clara seguía intentando hacer deducciones a través de sus preguntas.

—He visto fotografías… que se publicarán si no lo remedio —apuntó Logan nervioso.

—¿Es que alguien te está chantajeando? ¿Es Linda Cooper?

—Tenías razón, Clara. Tú lo viste desde el principio y yo, que

soy un ingenuo, no supe reaccionar y enfrentarme a la situación. Como tampoco fui capaz de exponerle a mi padre mis sospechas cuando se publicó aquel artículo del *Post*. Ahora es demasiado tarde. Está en juego el honor de mi familia, mi futuro profesional y personal, pero, sobre todo, nuestra relación. Nunca podré perdonarme el daño que voy a causarte.

—¿Y ya está, Logan? ¿No vas a hacer nada que no sea salvar el honor de los demás a costa de tu felicidad? —La impotencia de la chica era evidente.

—¿Qué quieres que haga, Clara? Dime qué harías tú en mi lugar. Si es cierto que mi padre está metido en alguna maniobra poco transparente, he de hacer todo lo posible por evitar el escándalo. Cualquiera lo haría.

—Está bien, Logan. Has tomado una decisión y yo la respeto, aunque no comprenda que no luches por nosotros.

—Lo siento, Clara, pero tú no imaginas lo que significa estar sometido al juicio constante de la opinión pública. Es el precio que conlleva dedicarse a la política.

—Cierto, y hasta dónde yo sé, va en el sueldo.

Antes de que sus ojos se desbordaran, Clara se alejó lo más rápido que pudo y subió las escaleras sin mirar atrás, absolutamente rota, completamente decepcionada.

Logan se apoyó en la barandilla del mirador, y fijó los ojos en aquella masa de agua negra e intimidante que le devolvía su imagen convertida en una máscara, alguien a quien no conocía. Y él también lloró, abandonado a su destino, con el corazón roto y el sentimiento de impotencia más profundo que jamás había experimentado. Pero su decisión era la correcta. Jamás permitiría que nadie pusiera en entredicho la honestidad de su familia y la integridad de su padre. Sin embargo, después de ver aquellas fotografías, él también albergaba dudas. No era posible que aquellas imágenes fueran tan fáciles de interpretar; o sí. Tenía que haber alguna explicación que se le escapaba en aquel momento y eso era exactamente lo que le exigiría a Thomas Sheridan, el congresista demócrata al que se le llenaba la boca, cada vez que la abría, con la honorabilidad histórica de la saga

familiar. Viajaría a Washington nada más terminar el proceso electoral y obligaría a su padre a contarle la verdad.

—Maldita seas, Linda Cooper…

Salió del pequeño parque, paró un taxi y se dirigió a casa de la doctora. El conserje, que lo conocía, le permitió el acceso. Llamó al timbre y, como tardaban en abrir, golpeó la puerta con furia. Finalmente, abrió la madre de Linda, asustada ante la actitud de Logan, que siempre se había mostrado educado y respetuoso.

—Por favor, dígale a su hija que salga. No tengo tiempo para protocolos.

—Linda no está en casa. Hoy tenía guardia en el hospital —respondió la mujer con un hilo de voz.

—No mienta. He llamado al hospital para comprobarlo. —Logan se descontrolaba por momentos y finalmente la llamó a gritos—: Da la cara, Linda Cooper.

—De acuerdo, cálmate, Logan. Aquí estoy.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Logan derrotado.

—Ya te lo expliqué por teléfono, cariño. Quería librarte de esa niñata con la que nunca serías feliz. Yo te quiero y tú a mí también, aunque ahora no lo veas. Con el tiempo, te darás cuenta de que soy la mujer perfecta para complementarte en tu carrera política. —La doctora hablaba convencida de sus argumentos.

—Estás loca, Linda. Te obsesionaste conmigo y no supe pararte a tiempo. No quería hacerte daño y esperaba que tú misma, poco a poco, te fueras dando cuenta de la realidad. Cometí un error que voy a pagar con creces. Porque lo que nunca me pude imaginar es que fueras capaz de llegar tan lejos. Vas a arruinar mi vida, pero lo que no voy a consentir es que destroces la de mi familia. —Logan hablaba con la tranquilidad que proporciona asumir un destino ineludible—. Me casaré contigo, pero no te quiero, ni te querré nunca.

—Eso piensas ahora, pero ya verás como, con el tiempo, aprenderás a amarme y formaremos una bonita familia, pieza clave para cualquier candidato a presidente de los Estados

Unidos, porque estoy segura de que con tu valía llegarás a serlo.

—¿Pero de qué estás hablando? Deliras, Linda…

—Ahora estás enfadado, pero en cuanto Clara Ríos salga de nuestras vidas y se largue a su absurdo país, tan atrasado que aún tienen rey, verás las cosas de otra manera. Es cuestión de tiempo, cielo.

—No vuelvas a llamarme cielo, ni cariño, ni nada parecido, ¿me has entendido?

—OK, cariño. ¿Y qué te parece si fijamos la fecha de la boda para finales de septiembre? El otoño en Nueva York es un prodigio.

—No darás ni un paso más hasta que hable con mi familia, ¿te queda claro? —le advirtió Logan señalándola con el dedo índice —. Y ahora vas a explicarme de dónde has sacado esas fotos. ¿Quién te las dio? Buen dinero habrás pagado por ellas…

—Correcto, querido. Las hizo un fotógrafo profesional durante la gala benéfica a la que asistieron tu padre y tu madrastra con el fin de recaudar fondos humanitarios para los niños retrasados, y a la que tú no tuviste la delicadeza de asistir. ¿Lo recuerdas? —Linda hizo una pausa antes de continuar su explicación—: Ese día, en una sala privada del hotel, se reunieron tu padre, el alcalde y un par de constructores importantes, que no estaban allí precisamente por solidaridad con esos pobres desgraciados, sino para hacer negocios productivos.

—Me pone enfermo escucharte, Linda. ¿Qué te ha pasado? Tú no eras así.

—Exacto. No era así, pero tus humillaciones y desprecios me han endurecido. He cambiado, Logan. Ahora sé lo que quiero y cómo conseguirlo. Y no retrocederé un paso en mi objetivo, no lo dudes. Así que vete haciendo a la idea de que en septiembre serás un hombre casado.

—Vale. Supongamos que me caso contigo, a cambio, por supuesto, de destruir esas fotografías y de que me des el nombre del fotógrafo para obligarle a que me las entregue igualmente. Solo me convertiré en tu marido con la garantía de

que mi familia quedará completamente a salvo de cualquier maquinación. —Logan, más calmado, trataba de buscar soluciones a aquel tsunami que le estaba pasando por encima.

—Bien. Pero eso no sucederá hasta después de la boda. Y no olvides preguntarle a tu padre si tiene más trapos sucios que lavar, no sea que en cualquier momento los periódicos del país le dediquen más atención de la debida y adiós a su carrera política intachable. —La risa de Linda era irónica.

—No seas absurda. Eso no solo le haría daño a él, sino también a mí… y a ti, porque entonces tendrías muy difícil llegar a ser la *first lady* de este país, la nueva Jackie Kennedy de los Estados Unidos. —Logan rio con carcajadas forzadas—. Es que no puedo creer lo que me está pasando. ¿Tus padres saben lo que te traes entre manos o quieres que les explique mi versión?

—Ni se te ocurra. Mis padres siempre me han apoyado en todo y están encantados con nuestro matrimonio. Es normal que dos jóvenes enamorados como nosotros se casen, y te recuerdo que a tu familia se le caía la baba conmigo. No hace mucho tu padre me veía ya como su nuera.

—Me voy, Linda. No puedo más. Me siento agotado y desmoralizado. Pero no creas que esto acaba aquí. Hablaré con mi padre y después tomaré las decisiones que correspondan.

Logan Sheridan salió a la calle con el alma rota y el cuerpo extenuado por la tensión y el dolor. Nunca antes había sentido la impotencia de verse atrapado en un callejón sin salida. Tenía que hablar con su padre cuanto antes y confirmar si eran ciertos todos aquellos indicios que parecían corresponder a una trama corrupta o, por el contrario, otra explicación era posible y todo aquello no eran más que equívocos para urdir una conspiración que no solo pretendía acabar con el congresista Sheridan. ¿Cuál era realmente el objetivo? Hasta ahí quedaba claro que su padre solo era un daño colateral. El objetivo principal era él mismo, Logan Sheridan. ¡Cuánta razón tenía Clara cuando, después de las publicaciones del *Post*, dedujo que quien estaba detrás de aquella maniobra le perseguía a él! Tras

los últimos acontecimientos estaba seguro de que Linda fue también la responsable de aquel artículo malintencionado que casi le cuesta a Clara la expulsión del *Times*. Y, como aquello no surtió efecto, la doctora Cooper volvía a la carga.

Le estallaba la cabeza y solo pensaba en el daño que le causaría a Clara su compromiso con Linda. Ella era la mujer más extraordinaria que había conocido nunca. Hermosa, inteligente y buena. ¿Por qué la vida en tantas ocasiones se ceba con los honestos? Se sentía como el peor de los villanos conocidos.

Caminó y caminó sin rumbo, atravesando calles y avenidas, y paró en una coctelería cercana a su casa. Bebió hasta que no pudo más y vomitó en la calle. Entró en casa mareado, se quitó los zapatos, la chaqueta y la corbata y se tendió sobre la cama, para quedarse de inmediato profundamente dormido.

Capítulo 32

Soy el fuego que arde tu piel.
Soy el agua que mata tu sed.
El castillo, la torre, yo soy
la espada que guarda el caudal.
Tuyo. Rodrigo Amarante, canción de la serie *Narcos*, 2017

Tras una noche prácticamente en blanco, Clara se sobrepuso y se dirigió al periódico como cada día. No le contó nada a Foster, porque no sabía muy bien cómo hacerlo sin manifestar su indignación por la pasividad de Logan ante el chantaje de una trastornada capaz de todo con tal de conseguir sus propósitos. ¿Cómo era posible que hubiera mujeres dispuestas a unirse a un hombre por conveniencias más que discutibles, a sabiendas de no ser queridas e incluso aborrecidas? Pero ella no se daría por vencida tan fácilmente. Aunque su relación con Logan terminara para siempre, no iba a parar hasta poner en evidencia a Linda Cooper y sus malas artes.

En cualquier caso, el daño estaba hecho, porque la actitud de Logan había herido a Clara profundamente. ¡Qué pronto se había dejado derrotar! Su cobardía y su facilidad para rendirse sin luchar le pasarían factura ocurriera lo que ocurriera.

Lo primero que hizo Clara cuando llegó al periódico fue recoger sus cosas, abrazar al jefe Anderson y a sus compañeros una vez más y dirigirse a la sección de «Internacional», donde Foster le presentó a los que serían sus nuevos compañeros y superiores. Robert estaba tan orgulloso de Clara que la

presentaba como un padre a su hija. Desde que el periodista conoció la noticia, no paró de trabajar en la preparación de un esquema para que la muchacha contara con un guion que la ayudara, al menos, en los comienzos de su tesis. Allí había desde una relación de libros que debía leer y una lista de periodistas expertos en la materia con los que debía contactar hasta un programa detallado de las actividades de la Comisión de Naciones Unidas encargada de la reforma del marco legal de los cascos azules. Poco a poco, y según fuera superando etapas, iría profundizando en cada uno de los apartados del texto.

Emily Clayton pasó por la sección para recordar a los responsables del área las normas que debían presidir el trabajo de los becarios durante su periodo de prácticas. Como su mentora, ella debía estar al tanto de las visitas y entrevistas que Clara tuviera que realizar fuera de la redacción y autorizarlas. Nada diferente en lo que se refería a las salidas que la becaria no supiera ya, si bien, en ese caso, y tratándose de la elaboración de un trabajo de fin de curso no publicable en el periódico, debía trabajar en solitario con la exclusiva supervisión del jefe de área y de su mentora. Es decir, ni fotógrafo ni otros becarios de apoyo.

¡Mierda, el fotógrafo! De repente, Clara lo vio meridiano. Garret y Cooper eran compinches. Seguramente él habría recibido una cantidad de dinero a cambio de hacer las fotos que entregó a Linda, tanto en el *hall* del *Times* como en aquella cafetería adonde les siguieron Edwin y Linette. Podía apostar la mano derecha sin perderla a que fue el encargado de cubrir el evento solidario de Nueva York. Sería fácil comprobarlo. Marcó el número de Anderson y le interrogó directamente. El jefe de «Local» confirmó sus sospechas. Ya solo le quedaba incluir a Mitchell en la ecuación, porque estaba convencida de que el profesor también tenía un papel en aquella farsa de opereta. Él era paciente de Linda Cooper y no se equivocaría si incluía su participación en el descrédito de los Sheridan. ¿Pero cuál era su función? De momento, la desconocía, pero, si lo pensaba bien, todo aquel montaje parecía estar planeado con el único objetivo

de que Clara y Logan rompieran, extorsionándolo a él con unas fotos que demostrarían la corrupción de su padre y su jefe. Ante la encrucijada, Logan se decantaría por ceder al chantaje para salvar el honor de su estirpe y así Linda recuperaría a su novio. ¿Y qué ganaba Mitchell con todo aquello? Pues, en principio, venganza. De un plumazo se cargaba a la hija de Antonio Ríos, hecho que le causaría igualmente un gran disgusto a Robert Foster, lo cual le proporcionaría una enorme satisfacción. En cuanto a Garret, estaba bastante claro que su beneficio era económico. Al fotógrafo solo le movía el dinero.

¿Qué hacer entonces? Los indicios poco a poco iban encajando, pero no tenía pruebas. Lo más conveniente era esperar a que Logan hablara con su padre para saber si realmente se trataba de alguna operación fraudulenta. En función de lo que sucediera, destaparía sus cartas.

Por un momento, Clara imaginó la tortura de Logan hasta conocer la verdadera situación que explicara el comportamiento de su padre. Y después ¿qué? Si la cosa no tenía fundamento, podría respirar tranquilo, pero si las pruebas incriminatorias se confirmaban, el apocalipsis Sheridan marcaría un antes y un después en las vidas de todos. ¿Y el alcalde? Logan no lo había mencionado en ningún momento, aunque Clara sabía que lo admiraba profundamente. Su padre y Richard Adams eran sus referentes políticos, si bien esos ídolos con pies de barro estaban a punto de venirse abajo. Finalmente, Clara se compadeció de Logan. Lo estaría pasando fatal. Todo su mundo se derrumbaba y él era la víctima propiciatoria.

Dadas las circunstancias, concentrarse en el trabajo sería la mejor terapia. Clara se preparó libros y documentación para enclaustrarse en casa durante el fin de semana y aprovechar el tiempo en una primera toma de contacto con lo que sería su *leitmotiv* durante los meses siguientes.

De regreso a casa, Robert y Clara pararon en los Whole Foods con el fin de hacer acopio de provisiones para el fin de semana. Foster no le dio importancia al hecho de que la muchacha no

hiciera planes con Logan, teniendo en cuenta que la convocatoria electoral mantendría ocupado *full time* al joven político.

—Bueno, niña, aunque nos dediquemos al trabajo y a la corrección de mi libro, yo creo que podremos sacar tiempo para dar un buen paseo por Central Park y recordar viejos tiempos. ¿Qué opinas? —sugirió el periodista.

—Pues que no has podido tener una idea mejor, tío Robert —dijo Clara cogiéndolo del brazo—. Te veo mucho más tranquilo, y eso me alegra, pero quiero que me cuentes cómo te sientes en relación a mi madre, a Paul o a lo que quiera que te preocupe. Y no me preguntes, porque no sé nada de tu hijo. De verdad que, si fuera de otra manera, te lo habría dicho. Lo prometo.

—Tienes razón. Estoy mucho más calmado y el mérito es de Ángela. Tu madre es una mujer templada y comprensiva, que sabe escuchar y me entiende antes casi de que empiece a hablar. Me tranquiliza y me aconseja desde la sabiduría del sentido común y la experiencia. ¡Su cariño me hace tanto bien, Clara! Se ha convertido en alguien insustituible en mi vida. —Robert se sentía afortunado y así lo transmitía.

—¿Entiendes ahora por qué mi madre y mi abuela son mi refugio? Con ellas no puedo perder el norte, pero si me faltan, me desoriento.

—Tranquila, mi niña. No nos perderemos.

Robert y Clara se repartían habitualmente las tareas domésticas. Hacía años que Foster vivía solo y siempre le gustó el buen comer y las camisas bien planchadas. Así que, mientras uno preparaba la comida, el otro bajaba al sótano del edificio para poner la lavadora, debido a la costumbre de muchos neoyorquinos de compartir ciertos electrodomésticos. Los sábados tocaba limpieza general en cocina y baño y cada uno se ocupaba de mantener limpio y en orden su dormitorio.

En ello estaban cuando el teléfono de Clara avisó de un nuevo mensaje. El primer saludo de Paul Foster, correcto sin más,

tenía como objetivo retomar el contacto con la muchacha que tanto le había impactado durante su encuentro en Nueva York. Como Clara le respondió con cierto entusiasmo, a él le dio pie para seguir hablando. El arquitecto le contó que ya se encontraba de nuevo en Montreal, tras su visita a Dubái, y manifestó su deseo de charlar más despacio cuando estuviera disponible.

Clara tardó en responder a la última propuesta. De corazón se había alegrado de tener noticias de Paul y no podía negar ese punto de seducción que aquel hombre le despertaba y, aunque se sentía muy halagada por ello, en aquellos momentos estaba más que confusa después de lo sucedido con Logan. Sin embargo, una posible falta de interés por su parte podía dar lugar a que Paul se enfriara con respecto a retomar la relación con su padre, y por nada del mundo quería ser la responsable de un eventual fracaso. Al fin y al cabo, el objetivo siempre fue reunir a los dos de nuevo y ella parecía haberse convertido en una especie de mediadora. Decididamente, lo convocaría para charlar un rato. No tenía nada que perder y así podía aprovechar para sonsacarle información sobre su actitud hacia Robert.

A un sábado tranquilo le siguió un domingo más tranquilo aún. Como habían planeado, tras la visita obligada al colegio electoral para que Robert ejerciera su derecho al voto, dieron un largo paseo por Central Park en dirección al memorial de John Lennon, situado en la zona del parque denominada Strawberry Fields, como homenaje a la famosa canción de los Beatles. Lennon y su esposa Yoko Ono vivían en el Edifico Dakota, adyacente a esa zona del parque, su favorita, y allí, delante del mismísimo portal, el fanático Mark Chapman, de cinco disparos, ejecutó al cantante en diciembre de 1980. De ahí el icónico mosaico *Imagine*, que fue diseñado por un equipo de artistas napolitanos como tributo a una de las canciones más famosas de todos los tiempos, evocadora de un mundo en paz. Una placa de bronce contigua recoge los nombres de los más de ciento veinte países que contribuyeron económicamente a su

construcción, sumados al millón de dólares donado por Yoko Ono, viuda del cantante. Se trata de un lugar emblemático donde se dan cita gentes procedentes de los más recónditos puntos del planeta y siempre hay músicos que cantan sus canciones.

Robert y Clara se sentaron en un banco cercano para escuchar aquellas melodías atemporales que se transmiten de generación en generación y que todos hemos cantando alguna vez. Los dos acabaron tarareando algunos estribillos y formaban, con el resto de los presentes, un improvisado coro que, cada día, ofrece su homenaje sencillo, espontáneo y universal a una de las bandas más importantes de la historia de la música.

Clara, incapaz de guardar el secreto por más tiempo, aprovechó el paseo de regreso para contarle a Foster lo sucedido con Logan. Él estaba seguro de que el joven se había agobiado ante la coyuntura en la que Linda Cooper le había colocado y su reacción había sido tan impulsiva como absurda. Una vez recuperada la calma, se daría cuenta de que ceder al chantaje de aquella mujer no era la mejor opción. Además, si el padre nadaba en aguas turbias o estaba metido en operaciones de malversación o corrupción, el hijo no tenía por qué pagar las consecuencias hipotecando su vida y su futuro. Lo mejor era esperar y dejar que Logan se enfrentara al problema sin añadirle presión. Los dos estaban seguros de que acabaría tomando la decisión correcta y, además, todo aquel embrollo le ayudaría a curtirse y a poner en valor las prioridades de su vida.

Igualmente, Clara le adelantó a Robert que hablaría con Paul a última hora de la noche. A su satisfacción por la noticia se sumó el desconcierto que le producía al periodista el obstinado silencio que su hijo se empeñaba en mantener con respecto a él. No entendía que su interés se focalizara en Clara. A no ser…

—Dime la verdad, Clara. ¿Paul tiene intención de verdad de retomar la relación conmigo como padre o de lo que hablamos es de coqueteo…? —De repente Foster contemplaba una

variable que no había tenido en cuenta hasta entonces.

—No sé cuál es su interés, pero yo te aseguro, tío Robert, que el mío no es otro que poneros en el camino de la reconciliación. Si Paul está pensando en otra cosa, es su problema. Yo amo a Logan y me consta que él lo sabe —agregó Clara algo azorada.

—¿Es que tú le hablaste de tu noviazgo con Sheridan?

—En absoluto. Nuestras conversaciones se limitaron al tema profesional y a intentar que aflojara en su postura y se entrevistara contigo. Sabes muy bien que no me lo puso nada fácil.

—¿Entonces?

—El que se lo chivó fue Franklin, camino del aeropuerto. Bien es verdad que Paul fue muy directo en sus preguntas y él se limitó a responderle la verdad —le explicó contrariada—. Lo siento, pero las cosas son así, pero no te preocupes que yo voy a seguir jugando mis cartas. Está lejos y eso me permite llevarlo al terreno que yo quiero sin demasiados compromisos. Ya verás como muy pronto la situación se reconduce.

—OK. Lo entiendo. Él necesita tiempo y yo altas dosis de paciencia y confianza.

—Bien dicho. ¡Qué bien te has aprendido los mantras de mamá!

Regresaron pronto a casa con el fin de estar informados cuanto antes de los resultados electorales. El escrutinio de los votos acababa de comenzar y en una hora aproximadamente se conocerían las cifras exactas. En cualquier caso, se esperaba una victoria aplastante del alcalde demócrata, cuya gestión sería revalidada por los neoyorquinos para los siguientes cuatro años. Una vez conocida la victoria, Clara escribió a Logan un mensaje de felicitación, dándole a entender que su enfado se había aplacado, que comprendía su estado de ánimo, y le transmitió su esperanza en que todo aquel disparate acabara por aclararse. Sin ser muy explícita, de sus palabras se traslucía el amor que seguía sintiendo por él, a pesar de las circunstancias. Él respondió con agradecimiento y de nuevo le pidió perdón por las decisiones que se vería obligado a tomar

en caso de que no tuviera más remedio. Al día siguiente viajaría a Washington y se enfrentaría a su destino, fuera el que fuese.

—¿Qué opinas del alcalde Adams, tío Robert? —preguntó Clara repentinamente.

—Pues, verás. En mi opinión, Adams se ha derechizado con el tiempo. Por lo que tengo entendido, el sector más progresista de su partido está preocupado por su acercamiento excesivo a la industria inmobiliaria. Bien es verdad que se trata de un *lobby* muy potente que contribuyó generosamente a su campaña y eso requiere una contrapartida. Los más críticos le recriminan una injustificada aproximación a la clase más adinerada de la ciudad.

—¿Quieres decir que las críticas más feroces salen de las filas de su propio partido?

—Algo así.

—¿Sabes? En un par de ocasiones, el jefe Anderson y yo hemos hablado del tema y me ha mostrado abiertamente sus sospechas en cuanto a la facilidad con la que el alcalde consigue los fondos necesarios para las carísimas obras que lleva a cabo —le confesó Clara al periodista—. Desde hace tiempo, le sigue la pista muy de cerca en un trabajo de investigación que realiza, pero hasta ahora no ha conseguido ninguna prueba de corrupción o malversación. Todo son conjeturas.

—¿Y nunca te ha hablado Logan de su jefe? —preguntó Foster.

—La verdad es que apenas me ha comentado gran cosa más allá de su admiración por él, al que considera un hombre íntegro y absolutamente volcado en mejorar la ciudad y la vida de los neoyorquinos. Lo que sí le he escuchado echarle en cara alguna vez es que resida en Nueva Jersey y no en Nueva York y, tal vez, me ha parecido entender que no comparte su defensa de algunos métodos de detención, a juicio de Logan, demasiado agresivos.

»Bueno. Es hora de cenar y descansar. Quiero estar tranquila para hablar con Paul. Te prometo que seguiré haciendo de Celestina entre padre e hijo. Ten fe, tío Robert. Todo saldrá bien.

—Gracias, Clara. Por cierto, voy a proponerle a tu madre un

fin de semana en París. Ya le he echado el ojo a un hotel a orillas del Sena con vistas a Notre Dame, como en una auténtica de novela de Victor Hugo. Espero que me diga que sí. Lo necesito… La necesito.

—Si te dice que no, iré yo en su lugar —bromeó Clara—. Buenas noches, tío Robert.

Capítulo 33

Bebé, parece que nos hemos *tirao* media vida
aprendiendo el sexo.
Conmigo hace cosas que antes no hacía
y yo con él lo acepto.
Me tiene *encendía*.
Aprendiendo el sexo. Bad Gyal, 2020

Logan llegó a Penn Station minutos antes de que dieran las siete de la mañana. Sin dormir apenas, debido a las celebraciones del triunfo electoral y a la preocupación por la complicada jornada que le esperaba, las huellas del insomnio agravadas por su angustia eran fácilmente perceptibles en su rostro.

El mensaje de ánimo de Clara le había supuesto un soplo de esperanza. Ella siempre veía el vaso medio lleno, donde él lo veía vacío del todo. Quería aferrarse a ese resquicio de optimismo que suponían sus palabras para no darlo todo por perdido. Con el fin de reforzar la idea, releyó varias veces más el mensaje de su novia… ¿o exnovia? Ni siquiera podía pensar en la posibilidad de que Clara desapareciera de su vida, de no volver a verla nunca más, de tener que seguir adelante solo con su recuerdo; sin embargo, si se veía obligado a casarse con Linda, la habría perdido para siempre, porque lo más lógico era que la periodista no se planteara ni por un momento continuar en Nueva York y regresara a Madrid con su familia una vez terminado su periodo de prácticas en el *Times*.

Cada vez que se imaginaba atado a Linda de por vida, se le revolvía el estómago. No merecía aquella encrucijada en la que lo colocaba la vida; él no era responsable de nada de lo que estaba sucediendo. En aquel momento, recordó las palabras que en tantas ocasiones le había dicho el alcalde Adams y que nunca tomó en consideración. Sin embargo, tenía razón. Le hacía falta endurecerse, «coger cuerpo», como también le recordaba su padre cada vez que se ahogaba en un vaso de agua. No estaba acostumbrado a las dificultades y los contratiempos. Hasta entonces todo le había sido fácil. Sus logros políticos y personales fueron llegando sin apenas esfuerzo, nunca tuvo que luchar por alcanzar sus objetivos. En cuanto pronunciaba su nombre, las puertas se le abrían. Pero la vida da sorpresas y el apellido Sheridan podía convertirse, de un día para otro, en un estigma pernicioso, un lastre que cerraría, una a una, las mismas puertas que le fue abriendo con anterioridad. El alcalde le advirtió muchas veces de la ingratitud del servicio público y de la incomprensión que acarrea el ejercicio del poder, de la vanidad, la traición y la deslealtad que pueden anidar hasta en el seno de la propia familia.

Faltaban diez minutos para la salida del tren. Subió a su coche, buscó el asiento y se acomodó apoyando la cabeza en la cazadora que dobló varias veces a modo de almohada. Cerró los ojos. Aún no sabía de qué manera enfrentarse a aquella situación. Qué le diría a su padre cuando lo tuviera frente a frente. Tenía por delante cuatro horas de viaje para pensarlo, pero se sentía tan bloqueado que ni veinticuatro hubieran sido suficientes. Cuando le llamó para anunciarle su visita, Thomas Sheridan se quedó muy preocupado. No tenía lógica que, al día siguiente de una victoria electoral sin precedentes, su hijo abandonara Manhattan sin una razón de peso. Logan le aseguró que la razón era, más que poderosa, inaplazable. En cualquier caso, solo dejaría su puesto por un día. Regresaría en el último tren de la tarde. Además, Lex Parker estaba avisado de su escapada y le cubriría en cualquier asunto que pudiera surgir

en el gabinete municipal.

El coche de su padre le esperaba junto a la estación de Washington como en tantas ocasiones. El recorrido hasta la casa se convirtió en una tortura. Los recuerdos, siempre felices, se tornaron de golpe en una carga emocional difícil de llevar. El corazón le latía con fuerza cuando el chófer enfiló la tranquila calle de la urbanización donde jugaba de niño o enseñaba a su hermana a montar en bicicleta. Afortunadamente, Alice estaba en el colegio, teniendo en cuenta que Logan había advertido a su padre que de ningún modo quería que la niña le viera triste o le distrajera de la importante razón por la que se había desplazado hasta la capital del Estado.

—Hola, papá. ¿Cómo estás? —Logan abrazó a su padre y le besó en ambas mejillas como era su costumbre—. ¿Dónde está Susan?

—Hola, hijo. Se fue temprano, suele pasar los lunes con su madre en la residencia. ¿Qué ocurre? No tienes buena cara. Vamos a la cocina y nos preparamos un café.

—De acuerdo. Y lo tomamos en tu despacho. No quiero que nadie nos moleste. Lo que tengo que decirte es delicado.

—Me asustas, Logan. No tendrá que ver con un problema de salud, ¿verdad? —El padre escudriñaba el rostro de su hijo intentando encontrar respuestas.

—No, no, papá. Estoy bien de salud. Por eso no debes preocuparte —se apresuró a tranquilizarlo.

Thomas Sheridan cogió la bandeja con el desayuno y se encaminó hacia su despacho, contiguo al gran salón.

—Bueno, antes de nada, te reitero mis felicitaciones por ese triunfo indiscutible. Ayer hablé con Richard a última hora y le transmití mi enhorabuena para todo el equipo. Ha sido una legislatura impecable y ahí está el resultado, porque los ciudadanos saben muy bien a quien otorgar su confianza. Desde luego, Nueva York está en las mejores manos.

—¿Crees de verdad, papá, que los inocentes votantes tienen la más mínima idea de qué clase de personas dirigen sus destinos y los de su país? —Logan disparó la pregunta con el gesto

contraído.

—No te entiendo, Log. ¿A qué viene esto? —Thomas Sheridan estaba confuso—. Tengo la impresión de estar sentado en el banquillo de los acusados.

—Pues tal vez lo estés pronto. ¿Quieres explicarme, por favor, qué clase de acuerdos te traes con Adams y con los constructores? Ahora empiezo a atar cabos. La prensa no va descaminada cuando acusan al alcalde de ser muy *prolobby* inmobiliario. Y yo, siempre en la higuera, pensando en lo injustos que son los medios de comunicación.

—No tengo ni idea de qué acuerdos me hablas, Logan, pero no me gusta nada tu tono. ¿Aún le estás dando vueltas al artículo del *Post* de Semana Santa? —Thomas Sheridan se levantó de su sillón—. Si has venido hasta aquí por eso o por algo parecido que se haya vuelto a publicar, es que tienes la piel muy fina.

—Tal vez demasiado. Pero no se trata de ningún artículo. He visto fotos, papá. Os las hicieron en el hotel de la convención a la que asististe para recaudar fondos solidarios. Y las van a utilizar. —Logan permaneció sentado.

—¿Fotos? ¿Y todo este lío por unas fotos? —El padre se echó las manos a la cabeza—. ¿Y qué van a demostrar?

—No se trata de lo que demuestren, se trata del daño que causarán en las manos adecuadas. Tú sabes mejor que nadie que se puede tejer una tela de araña a partir de cuatro datos sin contrastar. Es cuestión de ponerle ceros a la transferencia. ¿Crees que lo del *Post* no fue intencionado? Lo que ocurrió es que no produjo los resultados deseados y los responsables han tenido que esperar hasta disponer de nuevas pruebas. —Logan también se puso en pie—. ¿Y sabes papá quien es el chivo expiatorio de toda esta historia? Yo.

—¿Quéééé? ¿Te están extorsionando? Dime quién.

—Correcto. ¿Y ahora viene la guinda del pastel? —Logan imitó el redoble de un tambor—. Linda Cooper. O me caso con ella o hará públicas las fotografías con una bonita historia de corrupción y sobornos, aunque se la tenga que inventar. No está sola en esto. Tiene gente que la ayuda.

—No puedo creerlo. Esa mujer ha perdido el juicio. —Sheridan padre estaba pálido.

—Quiere ser la futura *first lady* norteamericana. ¿Qué te parece? Y ahora dime la verdad, congresista. Necesito conocer la historia completa para saber a lo que me enfrento.

Thomas Sheridan se desplomó otra vez en la butaca y se desabrochó el cuello de la camisa. Sudaba considerablemente.

—Está bien. De ninguna manera voy a consentir que te cases con esa lunática sin escrúpulos. El amor y el chantaje son incompatibles. Te contaré toda la verdad y planearemos la defensa. —El padre sacó un analgésico del cajón de su escritorio —. Me estalla la cabeza.

—¿Podrías darme otro, por favor? Creo que a mí ya me explotó.

Y Thomas Sheridan comenzó su explicación:

—Aunque los grupos de presión más importantes en Estados Unidos pertenecen a los sectores armamentístico, energético, financiero y sanitario, existen *lobbies* de segundo nivel, fundamentales para el sostenimiento de la política norteamericana. Durante años, yo diría que décadas, una serie de empresas de ingeniería y arquitectura, con sede en Washington, han contribuido económicamente de manera determinante a las actividades del Partido Demócrata.

—Eso ya lo sé, papá. Es como un patrocinio.

—Correcto. Pero estos *lobbies* tienen dos caras. Una pública y transparente que tiene que ver con la más que conveniente colaboración entre política y sociedad para conseguir objetivos que mejoren la vida de la gente y otra, una faceta oculta, inaccesible al público en general, desde la que esos grupos de presión intentan ganar voluntades de una manera más oscura.

—¿Y tú y Adams estáis metidos en operaciones oscuras? —preguntó Logan manifestando su necesidad de ir al grano.

—Yo no diría tanto. Más bien lo calificaría como planes estratégicos que financiarían algunos aspectos del partido.

—Papá, déjate de rodeos y habla claro.

—La hegemonía de Estados Unidos ha perdido fuelle.

Asistimos a la decadencia de Occidente y, ante el avance imparable de Oriente, necesitamos reforzar nuestra posición en determinados puntos del planeta con una presencia lo suficientemente fuerte como para frenar su progresión. Hablamos de desarrollo tecnológico, de poderío bélico y de un modelo social que, poco a poco, se impone en el mundo desarrollado. Lo mismo ocurre en la Unión Europea. De hecho, Washington y Bruselas colaboran estrechamente en este sentido…

—Déjate de conferencias, por favor, papá. ¿Quieres decirme qué tienes tú que ver con toda esta película que me has contado? ¿Y qué pinta el alcalde de Nueva York en la decadencia de Occidente? —Logan cortó bruscamente la explicación de su padre.

—Fácil. Todos hemos de colaborar y, teniendo en cuenta los nuevos proyectos que el Ayuntamiento pondrá en marcha en Nueva York durante los próximos cuatro años, aproveché mi visita a Manhattan para poner al alcalde Adams en contacto con dos de los arquitectos de Washington que más han contribuido a las campañas demócratas. Es hora de devolver favores.

—¿Me vas a decir que eres como un mediador entre el partido y ciertos empresarios afines para que arrimen el ascua a su sardina en forma de obras y proyectos sin la licitación que marca la ley?

—Dicho así parece que me estés acusando de malas prácticas.

—Es que no son precisamente buenas, papá. Prométeme que no eres un comisionista.

—¿Pero por quién me tomas? Jamás me he llevado un dólar que no me haya ganado con mi trabajo. Mi conciencia está tan limpia como mi cuenta corriente. —Thomas Sheridan se sentía ofendido.

—¿Y crees que la prensa se va a tragar eso sin levantar, difundir y engordar sospechas sobre sustanciosas compensaciones por los servicios prestados al partido y al país? —Logan se colocaba en el lado opuesto—. No me puedo creer que seas tan ingenuo después de tantos años.

—Nadie podrá demostrarlo. Y si lo manejamos bien, hasta sería posible darle la vuelta al tema y quedar como auténticos héroes de lo público justificando la conveniencia de mantener ciertas operaciones en la más absoluta confidencialidad, en aras del bien común.

—Estás loco, papá. No entiendo tu optimismo.

—Tienes que hablar con Adams mañana mismo y ponerle en antecedentes. A partir de ahí, diseñaremos un plan. Te aseguro que Linda Cooper no se saldrá con la suya. Ya le puedes ir adelantando que ni muerto te casarás con ella. Antes acabaremos con su padre, que también tiene su trastienda.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Logan como si hubiera descubierto un hilo milagroso del que tirar.

—Pregúntale al alcalde. Él sabe muy bien quién es el doctor Cooper. Dadas las circunstancias, te vendrá bien disponer de argumentos para contraatacar al chantaje con otro chantaje.

—Cuéntamelo ahora, papá. Puede que haya dado con mi tabla de salvación.

—Está bien. Te haré un resumen y, si lo necesitas, Adams podrá ampliarte detalles. —Los dos Sheridan volvieron a tomar asiento.

Mientras Logan apuntaba algunas notas para que nada importante se le escapara, su padre le fue desgranando las actividades fraudulentas en las que se vio envuelto el doctor Jeremy Cooper durante los años que estuvo apartado del ejercicio de la medicina para ocuparse de la alcaldía delegada para Salud y Servicios Humanos. Al tratarse del departamento municipal que supervisa la administración de los recursos de los sin hogar, de los servicios a la infancia y de todos los hospitales neoyorquinos, el volumen de presupuesto que maneja es fabuloso. Un enorme desorden y falta de vigilancia y control de millones de dólares de dinero público que el padre de Linda nunca llegó a justificar. Cuando Richard Adams llegó al Ayuntamiento, lo relevó en el cargo sin hacer demasiado ruido.

—No puedo creerlo —dijo Logan pensativo—. Acabas de entregarme la llave de mi libertad. Jugaré con las mismas

armas que Linda.

Mucho más tranquilos, Logan y su padre comieron juntos y prepararon la estrategia para neutralizar a la prensa si, finalmente, se publicaba alguna noticia relacionada con irregularidades en la contratación de obras y servicios por el Ayuntamiento o se hacía público algún dato que tuviera que ver con la financiación irregular del Partido Demócrata. En todo caso, había que evitar cualquier alusión a Adams y Sheridan.

—Iré a ver a Linda mañana mismo y me aseguraré de que abandone la idea del chantaje y de nuestro matrimonio. No pienso andarme con paños calientes. Ese fue mi error en el pasado y por eso hoy nos encontramos en esta situación. Si no se aviene a razones, será su familia la que aparecerá en la primera página de la prensa esta misma semana y el escándalo le salpicará a ella también hasta el punto de tener que abandonar su puesto en el Monte Sinaí. Como que me llamo Logan Sheridan.

Entretanto, otro frente que aún desconocía estaba a punto de abrirse ante el joven político que no ganaba para disgustos. Para que luego dijeran que su vida era un camino de rosas… Agotado, aunque mucho más calmado, hizo prácticamente todo el viaje de regreso a Manhattan atrapado en un profundo y reparador sueño.

Capítulo 34

Despacito.
Quiero respirar tu cuello despacito.
Deja que te diga cosas al oído
para que te acuerdes si no estás conmigo.
Despacito.
Quiero desnudarte a besos despacito.
Firmo en las paredes de tu laberinto
y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito.
Despacito. Luis Fonsi, 2017

Tenía que reconocer que Paul Foster jugaba en otra liga. Tras la conversación nocturna con el arquitecto, Clara había sacado algunas conclusiones. En primer lugar, a ella le encantaba escucharle. Maduro, templado, reflexivo, con las cosas muy claras, Paul no se movía por impulsos, como Logan. Parecía estar de vuelta de muchas cosas a las que ella aún no se había planteado siquiera ir. Era como si la diferencia de edad que les separaba se hiciera aún más grande, pero, también, más fascinante. Hablaron de trabajo, de proyectos, de sentimientos y, aunque Clara no le mencionó en ningún momento la situación por la que atravesaba su relación con Logan, Paul percibió en ella un resquicio de vulnerabilidad que aprovechó sin remordimientos. El arquitecto le confesó haber tenido un par de parejas en su vida que no funcionaron. Él necesitaba a su lado a una mujer que le sumara, inteligente, atractiva, independiente, aunque entregada a la relación, y si se trataba

de ser sincero, no dejaba de pensar en Clara como el modelo de la mujer de sus sueños.

—No digas eso, Paul. No te pega. No pareces el tipo de hombre que se tira a la piscina sin asegurarse de que hay agua. Apenas nos conocemos.

—Por eso estoy deseando conocerte más. Y no paro de darle vueltas a las alternativas que tenemos para pasar algo de tiempo juntos. ¿Qué opinas?

—Me siento halagada, Paul, de verdad. Pero todo esto me crea cierta ansiedad. Yo no sé si siento por ti el mismo interés. Me consta que sabes que salgo con alguien. —Clara medía mucho sus palabras para evitar que él pudiera contrariarse y perder el hilo conductor que permitiera la reconciliación entre padre e hijo.

—Sí, pero hasta donde yo sé, no os habéis prometido en matrimonio. Realmente tú llegaste a Nueva York hace tan solo unos meses, ¿no?

De golpe, aquellas palabras dichas por Paul Foster le sonaron como un bofetón. Algo así como si la solidez y la fortaleza de la relación con Logan quedaran en entredicho y ese amor tan profundo no fuera más que un brote verde, aún frágil y sin consistencia. De repente Clara se sintió confusa. Estaba perdiendo el control de la situación. Hasta el día que conoció a Paul, su amor por Logan estuvo fuera de toda duda. Deseaba unir su vida a la de él, compartir un futuro que parecía un sueño, y en ningún momento había tenido la sensación de estar equivocándose. A pesar de los problemas con Linda Cooper, se sentía igualmente segura del amor de Logan; su único resquemor era que él no hubiera sido mucho más contundente con esa mujer que, desde el principio, le complicó la vida. Pero cada uno es como es y, dadas las circunstancias, lo más probable era que Logan aprendiera la lección.

—Es verdad, Logan y yo nos conocemos hace poco tiempo, pero lo cierto es que conectamos desde el minuto uno. —Con aquella afirmación Clara pretendía, de paso, convencerse a sí misma.

—Bueno, en cualquier caso, seguiré dándole vueltas a la manera de volver a vernos lo antes posible —insistía Paul.

—Ya… ¿Y qué me dices de Robert? Imaginarás que cada día que pasa sin tener noticias tuyas se deprime un poco más. ¿Has pensado en ello, Paul? Conmigo puedes ser sincero. Yo lo voy a entender y, además, prometo guardar la confidencialidad de lo que me digas.

—Necesito más tiempo. Tal vez mi madre haya pasado página, pero yo aún no. Ella, que es una mujer generosa, me aconseja que me libere del resentimiento, porque mi padre no es un canalla, sencillamente pasó por una coyuntura difícil y no supo gestionarla. Y yo le digo que es injusto que nosotros pagáramos las consecuencias.

—Es muy lógico que pienses así. —Clara consideraba que lo mejor era reforzar los razonamientos de Paul. Ponerse en el lado opuesto e intentar convencerlo de que estaba equivocado podía ser contraproducente—. Pero es verdad que tu padre no es un maldito, solo un hombre perdido ante una situación que le desbordó, y lleva toda la vida arrepintiéndose. ¿Y qué tal eso de que todo el mundo merece una segunda oportunidad?

—Y la tendrá. Pero aún es pronto. No puedo fingir algo que no siento y necesito perdonarle antes de pensar en una reconciliación.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, Paul. A pesar de que Robert sufra, creo que estás haciendo lo correcto. —Clara volvió a confirmar la madurez y la prudencia con las que actuaba Paul Foster—. Seguiremos en contacto y me tendrás al día de tus sentimientos. Ahora debo colgar. Mañana tengo una jornada de trabajo muy excitante. Me estreno en mi nuevo departamento y voy a dar comienzo la tesis con la que terminaré las prácticas.

—Es emocionante. Me recuerda mis tiempos de estudiante. Tienes un futuro prometedor, Clara Ríos, y ojalá lo compartas conmigo.

—Buenas noches, Paul.

Clara cerró los ojos e intentó tranquilizarse. Estaba

hiperventilando y las palabras de Paul le taladraban el cerebro y el corazón. Aquel hombre tenía una capacidad de seducción fuera de lo normal. Ella no estaba acostumbrada a aquella manera de relacionarse. Hasta que aterrizó en Nueva York, su círculo social se componía básicamente de amigos y algún *affaire* sin mucha profundidad, como era el caso de Javier, el ayudante de su madre en la clínica. En los pocos meses que llevaba fuera de Madrid su vida entera había dado un paso de gigante. Se sentía como la niña preadolescente que, de un día para otro, se quita los calcetines y las trenzas para maquillarse y ponerse zapatos de tacón por primera vez. La abuela Magdalena era quien más se lo repetía, a la vez que se lamentaba porque su nieta había dejado, demasiado pronto, de ser esa chiquilla a la que le gustaba leer cuentos en la cama y dormir con algún peluche.

Clara estaba segura de que Robert seguía despierto, deseoso de saber de su conversación con Paul. Por supuesto, no lo dejaría en ascuas toda la noche. Lo llamó en voz baja y, como este respondió, fue descalza hasta su habitación y se sentó a los pies de su cama. Con mucha dulzura, le explicó a Robert cuanto Paul le había dicho sobre lo que opinaba respecto a la posibilidad de un acercamiento entre ambos.

—Solo necesita tiempo, tío Robert. Es normal, no se quiere equivocar. La ruptura fue tremenda y ha pasado mucho tiempo. Debe perdonar y limpiar su corazón del rencor acumulado. Solo así estará listo para regresar a tu lado. —Robert hizo intención de hablar, pero Clara se adelantó—: Y antes de que me lo preguntes, te aseguro que no te miento ni exagero. No tendría sentido contarte una peli de Disney.

—¿Y respecto a ti?

—Bueno, sigue en sus trece. Me envuelve, me confunde. Es tan distinto a Logan. He de confesarte que me da cierto miedo, tío Robert. Él lleva el volante y yo voy sentada a su lado sin el cinturón de seguridad.

—Ten cuidado, Clara. Es demasiado fácil mezclar las cosas y, aunque eres una mujer sensata, a cualquiera podría pasarle

que, cegada por la atracción, dieras un paso en falso del que te pudieras arrepentir. —Robert tomó la mano de Clara entre las suyas—. Gracias por todo, niña. No sé lo que haría sin ti. Y ahora ve a dormir y descansa, porque mañana vuelve a ser un día importante para ti. ¡Ah! Tu madre ha dicho sí a París, así que lo organizaremos para dentro de algunos fines de semana. Estoy a punto de cerrar el libro definitivamente. Ya tiene título. ¿Quieres saberlo?

—¡Claro! Lo estoy deseando. Dímelo ya, que me tienes en ascuas. —Clara cerró los ojos y apretó los puños como si fuera a escuchar algo trascendental.

—*Reporteros de trinchera*. Eres la primera persona que lo sabe.

—Me encanta. Será un éxito y te harás famoso. —El abrazo de Clara fue uno de los más hermosos que Robert Foster había recibido en su vida.

La primavera llegaba a su fin y el verano se acercaba con la seguridad cíclica que rige la naturaleza, el mundo, el cosmos, permitiéndonos ir por delante de lo que estamos en disposición de vaticinar. Clara había disfrutado de la ciudad de los rascacielos cada día de cada estación. A diario descubría un callejón o una esquina nueva, una tienda o un restaurante con encanto en los que no se había fijado hasta entonces. Se maravillaba con la belleza de un árbol singular y sonreía a los pequeños con los que se cruzaba cada mañana, vestidos con sus graciosos uniformes colegiales. Le gustaba explicárselo a la abuela con una frase muy gráfica que repetía con frecuencia: «Hay lugares en los que uno se queda y lugares que se quedan en uno». Esa era su definición de Nueva York.

Robert convenció a Clara para que se adelantara en el trayecto hacia el periódico. Él debía hacer una llamada personal y se incorporaría después al departamento. No le mintió, aunque lo que Foster no le desveló fue el destinatario de esa llamada a la que pareció dar especial importancia.

—Sí. ¿Logan Sheridan? Soy Robert Foster —El periodista se identificó en cuanto el joven político descolgó.

—Dígame, Mr. Foster. ¿Le sucede algo a Clara?

—No, no. No te preocupes. Clara se encuentra perfectamente. Es que quería comentarte algo y, aunque me arriesgo a que me consideres un entrometido, no puedo quedarme quieto si no te advierto de lo que está sucediendo. —Foster se dirigió hacia la ventana de la cocina para contemplar el tráfico mientras hablaba.

—No sé muy bien a lo que se refiere… ¿o sí?

—Mira, Logan. Estoy convencido de que amas a Clara de verdad y ella también a ti. Sin embargo, de una forma inesperada ha aparecido un hombre en su vida y, poco a poco, se está convirtiendo en alguien a tener en cuenta. La noto confundida.

—¿De quién me habla, Robert?

—Pues de mi hijo, Paul Foster.

—¿Cómo? ¿Es que Clara y su hijo se conocen?

—¿No lo sabías? ¡Mierda! Creo que acabo de meter la pata.

—No tenía ni idea. —Logan tardó en procesar la información algunos segundos.

—Bueno, pues ya no tiene remedio. Verás, se conocieron en el Hotel Plaza con motivo de la convención de arquitectos que se celebró en Manhattan. Clara descubrió que era uno de los participantes y contactó con él como periodista con el cuento de hacerle una entrevista, pero lo que en realidad pretendía era convencerle de que me diera una oportunidad y retomar así nuestra relación padre-hijo, rota desde hace años. Eso sí que lo sabes, ¿no?

—Mmm… Sí, algo me comentó, pero no tenía ni idea de que se habían visto.

—Debes disculparla. Por lo que sé, tú estabas metido de lleno en la campaña electoral del alcalde y no era momento de distraerte con otras cuestiones. Después, las cosas se precipitaron entre vosotros y no ha habido oportunidad de hablar de ello.

—Aún no sé muy bien lo que me quiere decir. ¿Debo entender que su hijo está interesado en Clara, y no precisamente para recuperarle a usted como padre?

—Correcto. Y no puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada. Te preguntarás cómo es posible que, tratándose de mi hijo, no haga justo lo contrario y aliente una relación que egoístamente podría beneficiarme. —Foster tenía interés en argumentar su comportamiento antes de que Logan pudiera tergiversar sus intenciones.

—Pues, la verdad, tampoco lo entiendo. Será que yo también estoy confuso. No sé qué es lo que me pasa últimamente, pero mi vida parece haberse convertido en una noria y subo y bajo sin control. —La voz de Logan sonaba desmoralizada.

—Creo que Paul no es hombre para Clara y, si se equivoca, podría sufrir, además de perderte a ti también. Me consta que no se atreve a rechazarle porque piensa que pondría en peligro la oportunidad de nuestra reconciliación, pero ella no puede ser el chivo expiatorio de toda esta historia. No lo consentiré.

—¡Qué putada! Dos chivos expiatorios en el mismo equipo. —Logan se rio con amargura.

—Sé que en estos momentos tienes una situación familiar complicada que has de resolver por encima de todo. Pero te advierto una cosa, Logan, si de verdad amas a Clara, lucha por ella o puedes perderla para siempre. Y si eso es incompatible con salvar el honor de los Sheridan, te aconsejo que no hipoteques tu futuro y tu felicidad por una causa de la que no eres responsable. Aligera la carga familiar que te has puesto sobre las espaldas y aléjate de una vez de la psicópata de Linda Cooper. —Robert se preparó una segunda taza de café—. Lógicamente, si decides casarte con ella, obligado por las circunstancias, siempre podrás divorciarte cuando el tiempo pase y las cosas se olviden, pero jamás serás el mismo y no te perdonarás no haber apostado por la mujer de tu vida.

—Pensaré en todo ello. Gracias, Robert, por abrirme los ojos. Imaginará que estoy sometido a mucha presión y la posibilidad de perder a Clara definitivamente no me tranquiliza, pero he de

enfrentarme a los problemas y valorar lo que está en juego.

—Bien, Logan. Clara no sabe nada de esta conversación, y debe quedar entre nosotros. ¿Tengo tu palabra?

—Tiene mi palabra y le agradezco de nuevo su ayuda.

—Tengo la mejor opinión sobre ti, pero Clara es mi prioridad. Haría lo que fuera por ella. Esa muchacha ha cambiado mi vida y se ha convertido en la hija que no tengo. No voy a permitir que se sacrifique, y tengo la sensación de que está dispuesta a todo por ayudarme.

Ambos hombres se despidieron y colgaron. Era hora de enfrentarse a un nuevo día, incierto y sorprendente como lo es cada minuto del futuro, pero sin olvidar que siempre tenemos la capacidad de intervenir en nuestro destino a través de nuestras propias decisiones.

Logan Sheridan ya había tomado la suya. Fuera como fuese, no se dejaría extorsionar para salvar a los suyos y le demostraría a Clara que su amor estaba por encima de su familia y de su carrera política y, desde luego, no iba a permitir que otro hombre se la arrebatara sin luchar.

Por su parte, y a pesar de su ferviente deseo de mantener la mejor relación con su hijo, para Robert Foster, Clara era su prioridad. A su padre le prometió cuidarla y ponerla en el camino correcto y eso pasaba por salvarla de un destino no deseado.

Capítulo 35

No viviré con la fuerza de la costumbre.
Ni con la de la incertidumbre.
No seré servidumbre de un tiempo tirano y déspota
que vuela y que se escapa
como arena de un reloj que no espera.
El día de hoy no se volverá a repetir jamás.
La vida es tan corta que se va y no da para más.
O la vives o te vive. O la vives o te olvida.
Viviendo en gerundio. Rayden, 2014

Logan llegó al ayuntamiento temprano. Había quedado con Lex Parker para tomar un café y charlar un rato antes de que diera comienzo la vorágine en la que se hallaban inmersos el alcalde y su gabinete con motivo de la preparación de los actos de toma de posesión y los cambios en el nuevo equipo.

—¿Qué está ocurriendo, Logan? —preguntó Parker realmente preocupado—. Me tienes en ascuas. Adams preguntó por ti ayer y no sabía qué decirle. Le expliqué que había surgido un problema de salud en casa y que no podías aplazar tu viaje a Washington. No estoy muy seguro de que se lo creyera.

—Muchas gracias. No te preocupes, si me pregunta ratificaré tu historia.

Logan explicó a su compañero lo sucedido. Las sospechosas fotos de su padre y el alcalde, el chantaje de Linda, las dudas sobre la legalidad de ciertas actuaciones del congresista en favor del Partido Demócrata y su financiación. Lex ni respiraba.

Todo aquello le parecía la primera temporada de una serie de Netflix, pero lo que tenía claro era que Logan no podía permitir que todo aquello saliera a la luz, y mucho menos que, para evitarlo, tuviera que casarse con Linda Cooper.

—Tiene que haber otras opciones —dijo Lex pasándose la mano por la frente como si sintiera fiebre.

—Y las hay. Tengo que hablar con Adams cuanto antes e informarle de lo que se cuece a sus espaldas. Así me lo ha pedido mi padre. Después actuaré, y te aseguro que me tiro al Hudson antes de casarme con esa mujer a la que desprecio profundamente.

—Lo entiendo. Si necesitas ayuda para lo que sea, cuenta conmigo. —Parker estaba realmente impresionado—. ¡Pobre Clara! Estará destrozada.

—¿Sabes? Creo que, más que destrozada, está decepcionada. Y tiene razones para estarlo. Además, sé que hay alguien intentando levantarme a mi novia. He de recuperar su confianza y su respeto cuanto antes, y te aseguro que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para conseguirlo. No podría vivir sin ella… Ahora lo sé.

—Menudo marrón. ¿Y quién es ese tío? —preguntó Parker, que no daba crédito a todo lo que escuchaba. Total, tampoco había estado *out* más que un par de semanas.

—El hijo de Foster.

—¿De Robert Foster, el periodista con quien vive Clara? No sabía que tuviera un hijo. —Parker no dejaba de flipar.

—Mira, Lex, es una larga historia. Ya si eso te la cuento otro día. Ahora centrémonos en el siguiente paso.

—OK. La agenda de Adams para hoy es una locura, pero la cena la ha dejado libre. Creo que quiere irse a casa, porque hoy es el cumpleaños de su madre o algo así. Seguro que, a última hora de la tarde, encuentra un hueco para atenderte con calma y si le dices que es un encargo de tu padre, con mayor motivo. —Parker escudriñaba el calendario del alcalde como si le fuera la vida en ello—. No lo aplaces, Log, tienes que terminar con esto cuanto antes.

—Tranquilo, no lo haré. Le diré a Adams que necesito hablar con él en cuanto encuentre oportunidad. Gracias, Lex. Necesitaba hablar de esto con alguien que no fuera parte implicada. Aún no sé muy bien qué pensar sobre la conducta de mi padre, tan poco… digamos, profesional. El mito se me ha caído del pedestal.

—Bueno, no juzguemos hasta tener todos los datos. Llámame después de hablar con Adams… sea la hora que sea. ¿OK?

—Gracias otra vez, Lex. Sé que me entiendes y no sabes lo bien que me viene tu apoyo.

—Lo sé. Estamos juntos en esto, y recuerda que también vengo de una familia de larga tradición demócrata. Mi padre y mi abuelo fueron gobernadores de Kentucky. Empezamos juntos en esto y permaneceremos juntos —aseguro Parker—. Si algo he aprendido durante mi escasa experiencia en un mundo de tiburones como la política es lo que valen la lealtad y la coherencia. Son especies en peligro de extinción.

—Pues seamos leales y coherentes, compañero.

Tras una jornada intensa, Logan consiguió hablar con el alcalde a puerta cerrada. Le explicó su preocupación por la encerrona orquestada por Linda Cooper y su familia y la visita a su padre para pedirle explicaciones. La reacción de Richard Adams fue la misma. El Partido Demócrata acababa de ganar por goleada las elecciones municipales en Nueva York. Los ciudadanos respaldaban su gestión y, si era necesario, mirarían para otro lado, porque todo el mundo estaba al tanto de los mimbres con los que se teje la política y las cesiones que hay que hacer para financiarla.

—No seas ingenuo, Logan. Esa visión romántica de la política y de los políticos nada tiene que ver con el mundo real. ¿O crees que los *lobbies* son ONG? Quítate la venda de una vez, porque si pretendes hacer de la política tu profesión y tu medio de vida, tendrás que hacer muchas concesiones durante el recorrido. Piénsatelo bien. Aún estás a tiempo.

—No sé qué pensar, alcalde. Estoy muy confundido.

—Pero, vamos a ver, Sheridan, ¿qué es lo que te preocupa? Ni

tu padre ni yo hemos cometido delito alguno. Tan solo hemos conseguido financiación para que el Partido Demócrata pueda llevar a cabo su programa y, en lo que se refiere a la alcaldía, para que Nueva York siga siendo la megalópolis que siempre fue, la envidia de las grandes capitales del mundo, y una ciudad a la vanguardia en arquitectura, cultura y servicios para sus conciudadanos. ¿Tan terrible es?

—¿Sin mordidas? —preguntó Logan contundente.

—Por supuesto que no. No hay cabida para la corrupción en nuestra forma de hacer política. Nunca nos hemos lucrado personalmente, ni un solo dólar ha ido a parar a nuestros bolsillos. Puedes creerme a mí y a tu padre. Dicho esto, estarás de acuerdo conmigo en que no es lo mismo conseguir beneficios para el país que malversar fondos. —Adams recogió su abrigo y su cartera, dispuesto a salir del despacho—. Ahora debo irme, Logan, hoy mi madre cumple noventa años y no sé si cumplirá más. Está muy delicada. Habla con Cooper y explícale que estás al tanto de los chanchullos de su padre antes de mi aterrizaje en el ayuntamiento. No dejes de contarme el desenlace.

Logan esperó un par de minutos para abandonar el despacho del alcalde. Buscó a Parker y juntos salieron del consistorio hacia una cervecería cercana. No llamaría a Clara hasta después de su cita con Linda. Pensaría en la mejor estrategia para hacerla confesar, aunque estaba seguro de que en cuanto le comunicara su negativa a casarse con ella, perdería los nervios y no sería muy difícil sonsacarle la información completa sobre la estrategia y los participantes en el complot. Quedaron al pie de la Freedom Tower a última hora de la tarde siguiente.

Reconstruido tras los atentados del 11 de septiembre, el distrito de One World Trade Center de Nueva York alberga varios monumentos dedicados a las víctimas del ataque de 2001 que conmocionó al mundo. La Torres Gemelas fueron sustituidas por nuevos rascacielos, entre los que destaca la Freedom Tower, el edificio más alto del hemisferio norte. En él se encuentra el One World Observatory, con una impresionante

vista de la ciudad de 360 grados, en funcionamiento desde 2015. En el lugar exacto que ocupaban las antiguas torres gemelas se han construido dos grandes piscinas, cuya profundidad ha permitido crear cascadas artificiales con bastante caída, y alrededor pueden leerse los nombres de todas las víctimas de los terribles atentados que cambiaron el curso de la historia. El Memorial homenajea a los muertos, pero hay un árbol, un peral, bautizado como The Survivor Tree, que habla de los que sobrevivieron. Se trata del único ser vivo que se erigió entre la destrucción y la tragedia, como un héroe. A su alrededor se reúnen mandatarios internacionales y cuantos turistas visitan Nueva York. También se plantaron cuatrocientos quince árboles que dan sombra a la plaza del Memorial, traídos desde otros estados y países vinculados igualmente a ataques terroristas.

Linda Cooper miraba el reloj impaciente cuando Logan se acercó por detrás con gesto grave. Ella trató de besarle, pero él se apartó y aprovechó para poner en marcha la grabadora de su móvil, ubicado en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Llegas tarde —dijo ella contrariada.

—Lo siento. Son días de mucho trabajo, como imaginarás.

—Bueno, vayamos al grano y dime, finalmente, cómo quieres que sea la boda, dónde prefieres casarte, aquí o en Washington, y qué fecha consideras más conveniente. Hasta ahí puedo adaptarme —dijo ella con sequedad.

—Lo siento, Linda, pero no me casaré contigo. Nunca conseguirás doblegarme con tus sucias tretas. No cederé a tu chantaje ni a tus provocaciones con airear trapos sucios de mi familia si no cedo a tu propuesta de matrimonio. —La voz de Logan sonaba algo atropellada fruto de la indignación y los nervios.

—Yo creí que eras más listo, cariño. Sabes bien que no amenazo en balde, has visto las fotos y si las adornamos con algunos titulares muy convenientes, cuya fuente sea nada más y nada menos que el periódico de tu exnovia, el daño será irreparable y tu padre pasará a entrar en el selecto club de los demócratas corruptos… y hasta puede que tenga que

enfrentarse a la justicia. —Ella aún parecía muy entera.

—¿A qué justicia, Linda? ¿A la misma que tu padre, el prestigioso doctor Cooper, por los desfalcos y desvíos de fondos públicos durante su etapa en el ayuntamiento? En los archivos municipales hay numerosas carpetas de documentación al respecto.

—¿De qué estás hablando, Logan? —preguntó ella alterada.

—Como verás, he hecho los deberes.

—Mi padre siempre fue un hombre intachable. —Linda ya se empezaba a descolocar—. Jamás en la vida cometió ningún fraude.

—Fraude no lo sé. Pero estafa y cohecho, seguro. —Logan era el que mostraba mayor seguridad—. Mira, Linda, acabemos con esto de una vez. Si no abandonas tu actitud, será tu familia la que se vea retratada en la primera plana de periódicos y digitales esta misma semana, y no solo eso, sino que el bochorno alcanzará tal calibre, si se hace público lo que estabas dispuesta a hacer, que tú misma te verás obligada a abandonar el Monte Sinaí, y puede que incluso Manhattan.

—No me hables así, Logan. No te imaginas hasta qué punto puedo complicarte la vida. No me obligues a ello. Estoy dispuesta a seguir adelante; no estoy sola en esto.

—Ya lo suponía. Y, dime, ¿quiénes son tus compinches? Porque me imagino que tú eres la jefa de esta banda de seudomafiosos. —Logan forzó el tono para intentar asustar a Linda.

—Gente interesada en ayudarme.

—¡Seguro! Interesada en sacarte dinero o, si pensamos en una segunda opción, podemos hablar de lunáticos como tú. En cuanto se enteren de lo que puede suceder si una sola línea contra mi padre o el alcalde de Nueva York se publica en cualquier medio de esta ciudad, te dejarán tirada como una colilla. Dime quiénes son tus cómplices, Linda.

—No te lo diré.

—Claro que me lo dirás. No trates de encubrirlos o será peor. —Logan cogió a Linda con fuerza por el brazo y ella se quejó

con vehemencia. La gente los miraba y hacía comentarios sobre lo que parecía un conato de maltrato. Logan la soltó de inmediato.

Sheridan comenzaba a perder la paciencia. Su intención era doblegar a Linda cuanto antes; vencerla definitivamente. Sin embargo, aquella mujer obstinada no acababa de ceder. Necesitaba desesperadamente una confesión que no dejara resquicio a la duda para poder neutralizar su plan maquiavélico y ofrecerle a Clara una prueba de su coraje para no dejarse intimidar, anteponiendo en todo momento su amor por ella.

—Métetelo en la cabeza, Linda. No me casaré contigo nunca, jamás. ¿Lo entiendes? Y si se te ocurre hacer un solo movimiento en contra de mí, de mi familia o de Clara, acabaré contigo.

Logan se alejó a grandes zancadas sin mirar atrás. Echaba humo. Necesitaba salir de allí. Se sentía como un animal herido; cabreado con Linda Cooper y resentido con su padre y con el alcalde. O más bien, decepcionado consigo mismo. No podía seguir yendo por la vida con la inocencia de un niño. La política siempre fue un mundo complicado, enrevesado, tentador, en el que todo el mundo se mueve por intereses y haciendo equilibrios sobre una fina línea que separa lo legítimo de lo que no lo es, y donde lo legal y lo moral no siempre van de la mano. Tal vez estaba siendo demasiado duro con los que hasta aquel momento habían sido el espejo en el que mirarse. Tampoco se trataba de crucificar a nadie, porque de lo que no tenía ninguna duda era de que todas las actuaciones de ambos representantes siempre habían perseguido el bien común y no el propio. Ellos así se lo habían asegurado y no tenía motivos para no creerles.

Llegó a casa, se dio una ducha y se sirvió una cerveza. Tras pensar durante unos segundos cómo iniciar la conversación, marcó el teléfono de Clara. Le temblaban las manos. Ella descolgó en seguida.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? Necesito que me escuches. Por favor, no me interrumpas. Debo decirte esto de corrido o no

conseguiré explicarme nunca. Verás, estos últimos días han sido los peores de mi vida. Me he enfrentado a la traición y al chantaje, he puesto en duda la integridad de mi padre y mi vocación para la política. Todo saltó por los aires de un día para otro, y todo mi mundo se desmoronó como un castillo de naipes sacudido por una corriente de aire. —Logan hizo una pausa para recuperar el control y que la voz no se le quebrara—. Pero te aseguro que lo peor de todo, con mucha diferencia, ha sido decepcionarte a ti. Casi me vuelvo loco, Clara, pensando en que te perdía para siempre. No puedo cambiarte como si jugáramos a los cromos. Mi amor por ti no es negociable, ni siquiera si está en entredicho el honor de mi familia. Lo siento. He estado en Washington con mi padre y he hablado con Linda para dejarle muy claro que rechazo todas sus locuras. Dime que aún tengo una oportunidad, Clara, por favor, que aún puedo recuperarte. —De repente Logan Sheridan se rompió y las lágrimas y la tensión no le permitieron seguir hablando.

—Tranquilízate, Log, mi amor. Te quiero, siempre te he querido y todo esto no ha sido más que una pesadilla que ha puesto a prueba la fortaleza de nuestra relación y tus convicciones políticas más profundas. Tal vez debamos estar agradecidos por ello. Ahora debes descansar. Habrá tiempo mañana de hablar con calma.

—Tienes razón. Estoy agotado. Buenas noches, mi princesa. Nunca te diré suficiente cuánto te quiero.

—Buenas noches, Logan. Nunca te lo escucharé suficiente.

Capítulo 36

La mejor versión de mí
no la conociste tú.
Porque siempre me frenaste
con tu pésima actitud.
Nunca pude ser quien era,
por amarte a tu manera
me olvidé hasta de ser yo.
La mejor versión de mí. Natti Natasha, 2019

A primera hora de la mañana, Logan envió a Clara la grabación de su conversación con Linda, en la que, aparte de confesar abiertamente su intento de coacción, quedó patente la imposibilidad de este para arrancarle los nombres de sus secuaces en la operación de acoso y derribo que la doctora había estado planificando durante meses. Llegados a ese punto, la periodista decidió tomar la iniciativa y hacerle una visita a Linda, en la que la pondría al día de las pruebas de las que disponía en su contra y en la de sus colaboradores. Ella sí conocía la identidad de sus socios chantajistas. Pero antes debía pedir consejo a Emily Clayton. Ambos implicados eran miembros de la plantilla del *Times* y estaban bajo su dirección. Clara esperó a última hora para acercarse al despacho de su mentora con la excusa de contarle cómo le había ido en su primer día de trabajo en el nuevo departamento. Al fin y al cabo, era lógico darle cuentas.

—Escúchame bien, Clara Ríos —le advirtió Emily tras conocer

toda la historia—, no quiero que te expongas. Esa mujer está completamente obsesionada con Sheridan y puede incluso atacarte si se ve acorralada. La veo muy capaz, después del plan que ha organizado para conseguir casarse con él por la fuerza. No se rendirá fácilmente.

—Estoy segura, pero no le tengo ningún miedo. Y, además, yo también sé luchar por lo que me importa. Amo a Logan y él a mí, y nada ni nadie podrá cambiar eso. Ya no.

—¿Y qué has pensado? —preguntó Clayton con cierto miedo a la respuesta.

—Hacerle una visita en el hospital. En un entorno público, siempre será más difícil que reaccione de manera violenta. —Clayton la miraba horrorizada—. Averiguaré sus días de consulta y me presentaré a saludarla como si fuera una vieja amiga. Le enseñaré las fotos que la comprometen y le lanzaré un órdago asegurando que sus socios han cantado y que están dispuestos a acusarla a cambio de conservar su puesto de trabajo.

—No sé, Clara. Lo veo muy arriesgado. ¿Y si no funcionan las amenazas? Con este tipo de gente, nunca se sabe. Seguro que es capaz de llevarse todo por delante si se siente acorralada. —Emily paseaba por el despacho dándole vueltas a una estrategia que no acababa de ver.

—Y, por supuesto, nada de esto han de saberlo ni Logan, ni mucho menos el tío Robert, que se negará en redondo a dejarme llevar a cabo mi plan. Cooper y yo tenemos una cuenta pendiente, y me la voy a cobrar. No olvide que ha estado a punto de romper nuestra relación poniendo a Logan contra las cuerdas.

—Lo sé. Pero la familia Sheridan tampoco os lo ha puesto fácil. En fin, la vida y sus circunstancias…

—Afortunadamente, Logan ha reaccionado a tiempo.

—Verás, Clara. Se me está ocurriendo una cosa. ¿Y si te acompaño al hospital? Serás tú la que tome las riendas del asunto, pero yo estaré cerca por si me necesitas. No me hace ninguna gracia dejarte sola —afirmó Emily con rotundidad.

—De acuerdo. Me parece bien. Iremos juntas. Voy a indagar sobre las fechas y horarios de su consulta y lo organizamos. Insisto, ni una palabra al tío Robert o no se me despegará ni para ir al baño.

—Una vez que Linda se vea descubierta, abordaré el asunto con Mitchell y Garret. Veremos hasta qué punto están involucrados en el chantaje y en qué ha consistido exactamente su papel en la representación. Estoy deseando escuchar sus argumentos. Después pondré el tema en conocimiento de la Junta Directiva y tomaremos las medidas oportunas —explicó Clayton.

—Si a mí me hubieran dicho hace unos meses que me iba a pasar todo lo que me está pasando, no sé si hubiera venido a Nueva York —afirmó Clara con rotundidad.

—Bueno, esto es la vida y a veces no tenemos el control. Por cierto, y hablando de la vida y sus asuntos, ¿cómo va el tema del hijo de Robert?

—¡¡¡Bufff, Emily!!! Esa es otra historia, más compleja aún, a la que no sé cómo poner el punto final. Creo que por hoy ya ha sido suficiente. Casi mejor se lo cuento otro día, pero le adelanto que Paul Foster, poco a poco, se va ablandando, pero ¡a qué precio! —dijo Clara levantándose de la silla—. Será mejor que nos vayamos a casa.

—Tienes razón. Está bien por hoy. Pásate mañana y comentamos el orden más adecuado de las entrevistas que has preparado para Naciones Unidas.

—OK, Emily. Buenas noches y gracias por escucharme.

—Gracias a ti. ¡Qué sería de mí sin nadie a quien escuchar! Solo me quedaría mi pobre madre que cada día está más sorda y más senil.

Cuando Clara llegó a casa, Robert y Ángela hablaban por videollamada, estaban dándole vueltas a los horarios de los vuelos a París, con el fin de cuadrarlos lo mejor posible para que ni uno ni otro tuviera que esperar demasiado en el aeropuerto de la capital francesa. Saldrían un viernes y regresarían el lunes. Por ello, la abuela Magdalena se había

negado a abandonar su casa y quedaría bajo la vigilancia de su hijo Ramón. Toda la familia estaría pendiente de ella en todo momento, la llamarían con frecuencia y la invitarían el fin de semana a comer en algún restaurante de su elección aprovechando la circunstancia.

—Disfrútalo mucho, mamá. Y no te preocupes por la abuela, que sabe cuidarse sola. Yo también la llamaré a diario para darle un poquito de palique, que ya sabes lo que le gusta —aseguró Clara con entusiasmo—. ¡Hale, os dejo que os despidáis, tortolitos!

—¡Será descarada! —exclamó Ángela ruborizada.

Los días pasaban con rapidez y tan solo faltaban algunas semanas para la escapada de Robert y Ángela. En el transcurso de una conversación con Paul Foster, de manera inocente, Clara le confesó el enamoramiento que había nacido entre su padre y su propia madre desde la visita de Robert a Madrid en la Navidad anterior y sus planes para encontrarse en París y pasar juntos unos días que hicieran más corta la espera hasta las vacaciones de verano. De repente, Paul cayó en la cuenta del viaje a Boston que tenía pendiente desde hacía tiempo para entrevistarse con un cliente, y al que no conseguía poner fecha por pereza. Dadas las circunstancias, sería una buena ocasión para verse. Pasarían juntos el fin de semana y él se quedaría después un par de días más en modo arquitecto. Clara se quedó muda, sin reacción alguna… y Paul supo traducirlo.

—Lo siento, Clara. Tal vez me he precipitado. Es que tengo tantas ganas de verte —dijo él comprensivo.

—Verás, Paul. No puedo ni debo seguir actuando. He de ser sincera contigo, porque tú no te mereces otra cosa. Estoy enamorada de Logan Sheridan y me veo compartiendo su vida en el futuro. Hoy por hoy no podemos hacer más planes que los que nos permite mi situación transitoria en Nueva York, pero, en unos meses, tendré un poco más claro mi horizonte profesional, al menos a corto plazo.

—Ya. Lo entiendo, pero tenía que intentarlo. Eres una mujer increíble. Derrochas frescura, generosidad, inteligencia, belleza… Todo lo que cualquier hombre desearía tener a su lado —afirmó Foster hijo sin rastro de rencor.

—¡Por Dios, Paul! No soy más que una chica española recién licenciada que ha tenido la enorme fortuna de colarse en el mundo del periodismo por la puerta grande. Y, además, he dado con tu padre, que me lo pintaron como el ogro de los cuentos y resulta que es el hombre más bueno y entrañable que uno pueda imaginar. Le he cogido tanto cariño que no sé lo que sucederá cuando llegue el momento de la separación.

—A él se le romperá el corazón, Clara. Lo sé. Me habló de ti como lo haría si de verdad fueras su hija.

—Yo también lo pienso. Cuando me vaya, él regresará a la soledad, y será muy duro. Y yo le echaré tanto de menos que me costará la vida superarlo. —Clara sentía ese nudo en la garganta con el que cuesta tanto seguir hablando—. Imagina mi situación. Estoy aquí feliz con Robert, con Logan, con un trabajo estupendo en el *Times*, pero lejos de mi madre y de mi abuela, los dos pilares de mi vida hasta ahora. Y cuando me vaya, regresaré al nido, pero me moriré de nostalgia por lo que dejo en Nueva York.

—Entiendo. Pase lo que pase, sufrirás.

—Exacto. Y cada día ese momento está más cerca, por eso intento vivir minuto a minuto, sin pensar en el siguiente. De otro modo, me pasaría la mitad del tiempo llorando y suspirando.

—Se me da bien escuchar, si en algún momento necesitas desahogarte. Imagino que no tendrás nada en contra de mantener una buena amistad —apuntó Paul con sentido práctico.

—Claro que no. Me encantará que tengamos una relación fluida, pero lo que no quiero es crearte unas expectativas que no se van a cumplir. —Clara se sentía algo incómoda, pero era mejor dejar las cosas claras para siempre.

—Y dime una cosa… ¿Te has sentido en algún momento

obligada a ser amable conmigo pensando que de ti dependía un posible cambio en mi actitud hacia mi padre? Sé sincera, Clara. —La pregunta de Paul no podía ser más directa.

—Tal vez en un primer momento puede que me sintiera presionada por las circunstancias, pero ahora que te conozco mejor, sé que has separado una cosa de la otra desde el principio. —La respuesta de Clara era igual de franca.

—Menos mal que no doy una impresión equivocada.

—Y ahora, dime tú, Paul… ¿Si yo no hubiera sido de tu agrado, hubieras abierto la puerta a la posible reconciliación con tu padre? ¿Incluso habrías accedido siquiera a entrevistarte con él?

—Cómo se nota que eres periodista…

—Sé sincero. Yo lo he sido contigo.

—Pues es que no me lo había planteado hasta ahora y de verdad que no sé cuál es la respuesta. Lo que está fuera de toda duda es que tú tuviste un papel clave en la historia y, tal vez, si hubieras sido una muchacha sin gracia ni atractivo, ausente de inteligencia para ir llevándome, como lo hiciste, adonde querías tenerme puede que nunca hubiera pasado lo que pasó —dijo Paul percatándose de su propio relato.

—Bueno, pues me alegro de que así fuera. Y como aún no has llegado a ese lugar al que dices que te quiero llevar, que no es otro que a un final feliz para todos, hemos de seguir insistiendo en el planteamiento —explicó Clara con un tono mucho más distendido—. Te agradezco mucho esta conversación, Paul. Te aseguro que me he quitado un peso de encima.

—Por mi parte estaré encantado de seguir en contacto contigo, aunque reconozco que nada me hubiera gustado más que conquistarte. Ese Sheridan tiene mucha suerte.

—Si él no existiera, no te digo yo que… Mil gracias por todo, Paul. Hasta pronto. Un abrazo enorme.

Clara respiró tranquila, tanto que se preparó una buena merienda. Tenía hambre. Robert había salido a dar su paseo diario y, aprovechando que estaba sola, hizo un par de llamadas al Hospital Monte Sinaí para preguntar por los días y horas de

consulta de la traumatóloga Linda Cooper. Después escribió un mensaje a Emily Clayton con la información y decidieron hacerle una visita al día siguiente, a primera hora de la tarde, después del almuerzo. Emily pensaba que cuanto antes mejor. Preparó las fotos y los videos que tenía en el móvil y que le mostraría a Linda como prueba de su engaño.

Logan acabaría por enterarse, pero no antes de lo necesario. Además, ella misma se lo contaría llegado el momento. La que, con seguridad, no mencionaría el encuentro sería la propia doctora Cooper, pillada in fraganti y sin más recursos que la confesión. Aunque Logan la había desarmado, Clara le daría el tiro de gracia, porque estaba dispuesta a acabar con aquella historia definitivamente en las siguientes veinticuatro horas.

Capítulo 37

Cuanta agresividad
vi en esos ojos,
pero hoy te vuelvo a encontrar
y me las vas a pagar.
Venganza. Nicki Nicole y No Te Va A Gustar, 2021

La excusa para quitarse a Foster de en medio, a pesar de su insistencia, resultó irrefutable. Emily y Clara necesitaban trabajar en la tesis de la becaria y todo cuanto se le dedicara al tema sería poco. Con ese fin sacrificarían hasta el tiempo del almuerzo. A decir verdad, Foster siempre podría supervisarla en casa. Después de dos Coca-Colas y un café expreso, Clara llevaba la suficiente cafeína en sangre como para enfrentarse al mismísimo Hulk.

Una vez en el Monte Sinaí, Clara se acercó a la recepción para preguntar por la consulta de la doctora Cooper. La empleada le indicó el consultorio 310, en la tercera planta. Una vez allí, ambas mujeres se acercaron a la enfermera y le indicaron su intención de visitar a la doctora, aunque no tenían cita previa. Emily se hizo pasar por una amiga de su madre desde la infancia, de ahí su interés en saludarla, teniendo en cuenta que su estancia en Nueva York sería fugaz. Se identificó como Hillary Brown, con la seguridad de que, aunque a Linda no le sonara el nombre, la atendería por cortesía. Se sentaron en el lugar más alejado de la sala de espera para pasar absolutamente desapercibidas. Veinte minutos después, la

enfermera las acompañaba al despacho de la traumatóloga. En cuanto cruzaron la puerta, Linda se percató del engaño y se levantó de la butaca de un salto. Clayton se colocó delante de la puerta, con el fin de evitar que Cooper tratara de salir.

—¿Qué haces tú aquí? No tienes ningún derecho a irrumpir en mi consulta valiéndote de tretas y mentiras. Márchate ahora mismo.

—¿Y tú me hablas de tretas y mentiras? Hace falta tener la cara de cemento para hacerte la víctima cuando eres una manipuladora embustera, capaz de montar una locura como la que has montado para casarte con un hombre que no te quiere y basando tu estrategia en hacer daño a su familia. Estás enferma, Linda Cooper.

—Es que Logan me quería hasta que apareciste tú para estropearlo todo. Teníamos planes. Los Sheridan me adoraban, cosa que jamás sucederá contigo. Te falta clase y eso no se aprende en la universidad. —Linda se iba recuperando después del *shock* del primer momento.

—Lo que tampoco se aprende en la universidad son valores y principios, y de eso no parece estar sobrada tu familia. Ya sé a lo que se dedicaba tu padre en el ayuntamiento. Mira, Linda, solo vengo a advertirte. No se te ocurra dar un paso más en tu locura o tendrás que atenerte a las consecuencias. Estamos dispuestos a llegar hasta el final y tenemos pruebas suficientes para ello.

—Pruebas, ¿qué pruebas? Tú no sabes nada. Yo sí que tengo información y fotografías muy elocuentes para poner a los Sheridan contra las cuerdas. Si Logan no está dispuesto a ceder, haré que se arrepienta. Seré su peor pesadilla, acabaré con su carrera y con su familia y tú, hastiada de todo, te volverás a tu país, de donde no debiste salir nunca. —Linda empezaba a ponerse agresiva, pero Clara no retrocedía ni un centímetro.

—¡Ah, claro! La información y las fotografías que te proporcionaron Garret y Mitchell, ¿verdad? Menuda pandilla, Dios los cría y ellos se juntan.

—Tú, estúpida, te debes de creer Bernstein y Woodward

juntos, pero no tienes ni idea de lo que hablas. No eres más que una becaria.

—¿Eso crees? ¿Y qué te parece esto? —Clara encendió su móvil y puso en marcha el video que grabó en el vestíbulo del *Times* para mostrarle después las fotos que tomaron Edwin y Linette durante su encuentro con Garret en la cafetería.

—Eso es un montaje —afirmó Linda acorralada.

—¿Montaje? Siento decirte que tus compinches han confesado y te han acusado de ser la ideóloga del chantaje. Como imaginarás, todo el mundo tiene un precio y están en juego sus puestos de trabajo. Dime una cosa, doctora Cooper, ¿cuánto le pagaste a Garret por el trabajito? No creo que te saliera barato. —Clara sentía que dominaba la situación.

—Aunque hubiera tenido que vender mi alma al diablo, lo hubiera hecho con tal de acabar contigo y recuperar a Logan. Además, Mitchell ha sido mi apoyo en los momentos de flaqueza durante todo este tiempo. Él os odia a ti y a Foster…

—Eso, y Mitchell haciendo piña contigo para vengarse. Otro enfermo que vive inmerso en el rencor y el deseo de venganza. Ha desperdiciado su vida y te ha convencido para que también arrojes la tuya por la borda. —Clara empezaba a sentir lástima de aquella mujer perturbada—. Lo siento, Linda, Logan te desprecia, pero a mí me das pena.

—Mírate en el espejo, niñata. No eres nadie y algún día la vida te pondrá en el lugar que te corresponde. —De nuevo, Linda se venía arriba a base de amenazas y, poco a poco, se acercaba a su rival, que se encontraba junto a la ventana, abierta por el tradicional sistema americano de guillotina.

Clayton, que había permanecido en silencio y paralizada por la tensión, se dio cuenta del peligro y, de un salto, se plantó junto a Clara, en el mismo momento en que Linda la cogía del brazo y se lo sacaba por fuera para dejar caer la guillotina de golpe. La muchacha gritó de dolor y Emily, en un acto reflejo, le propinó tal bofetada a la doctora que la hizo tambalearse. Ante los gritos y los ruidos extraños, una enfermera y un agente de seguridad del hospital irrumpieron en la consulta. Este dio

parte a la policía y la doctora Cooper formalizó una denuncia por agresiones en el ejercicio de su actividad sanitaria. Mientras se aclaraba el embrollo, Emily y Clara fueron detenidas y conducidas a la comisaría.

Clara avisó a Robert, que se personó junto a Franklin en las dependencias policiales, absolutamente sobrepasado por los acontecimientos. Una vez les tomaron declaración, las dejaron marchar hasta que se fijara la fecha del juicio.

—¿Pero se puede saber qué os pasa a vosotras dos? Podría llegar a justificar lo de Clara por su juventud y porque se siente ofendida, pero de ti, Emily, nunca me hubiera imaginado que te prestaras a este teatro. ¿A quién se le ocurrió la idea de enfrentarse a Cooper en su propio hospital? —Foster quería mostrarse enfadado, pero no lo conseguía.

—La culpa es mía. Emily se vio envuelta en todo este barullo para protegerme, pero yo soy la única responsable del numerito. Aunque…, no veas el guantazo que le ha propinado a la Cooper. No se te ocurra meterte con ella porque puedes salir lisiado. —De repente Clara se echó a reír sin poder parar hasta contagiar a los demás.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Emily entre carcajadas.

—Necesito beber agua, tengo la boca seca como un corcho —planteó Clara.

—Pues yo lo que necesito es un *whisky*. Hacía tiempo que no sentía la adrenalina inundar mis venas. Ha sido genial. Robert, llevemos a la niña a The Aviary. Yo invito.

Despidieron al bueno de Franklin y pasaron los tres juntos el resto de la tarde. Robert y Emily no dejaron de contar batallitas y chismes acerca del periódico y su personal. Clara no paró de reír y de hacer mil preguntas. Cuando llegaron a casa, sentado en el portal se encontraron a Logan Sheridan, preocupado ante la incapacidad de contactar con la muchacha en todo el día.

—Ya. Lo siento, Log. Es una larga historia. Si quieres te la cuento camino de Sutton Park.

—Eso, eso. Que te la cuente, Logan. Vas a flipar… —añadió Foster.

—OK, tío Robert, estoy de vuelta en una hora —dijo la joven.

—Buenas noches, señor —se despidió Logan.

Y Logan no solo flipó, sino que Clara le tuvo que repetir la escena de la ventana y la bofetada varias veces, porque no acababa de imaginar a la señora Clayton en semejante tesitura. Clara se partía de risa cada vez que lo recordaba, aunque dejó de reír cuando le explicó a su novio la detención y las dos horas que pasaron en un calabozo de la comisaría, hasta que apareció Robert.

—Y ya está. Después de prestar declaración nos dejaron marchar a la espera del juicio y nos fuimos a celebrarlo.

—No me puedo creer que te enfrentaras a ella, cariño —dijo Logan.

—Pues créelo. Tenía que cobrarme mi deuda con esa psicópata de película de Hitchcock. Desde que tú y yo nos conocimos, a lo único que se ha dedicado es a hacerme la vida imposible, incluso a través de Mitchell, que también está obsesionado con amargarme la existencia. Ahora lo entiendo todo.

—Pero tendrás que enfrentarte a un juicio por agresiones si Linda no retira la denuncia —comentó Logan.

—Yo no la agredí. Fue Emily, en defensa de mi integridad. Ella me atacó primero. En la comisaría, junto a mi declaración, tomaron nota de los moratones de mi brazo —explicó Clara levantando la manga de su jersey—. En cualquier caso, una vuelta más de tuerca y la retirará. Y esa se la van a dar Mitchell y Garret. Clayton los llamará mañana a su despacho para comunicarles la suspensión de empleo y sueldo hasta que decida la Junta Directiva del *Times*.

—Por lo que veo, toda esta película de terror se está terminando —añadió Logan aliviado.

—Exacto. Mañana conoceremos el final. El jefe Anderson estará presente con Clayton en los interrogatorios para tratar de llegar hasta el fondo del asunto y aclarar de una vez por todas quién y cómo sacaron la información de su ordenador.

—Eres muy valiente, Clara, y estoy seguro de que tus

superiores no te dejarán escapar cuando termines el periodo de prácticas —aseguró Logan abrazando a su novia.

—Log.

—Dime.

—Tengo que contarte algo más. Con todo este lío, no encontraba la ocasión. Tú estabas tan angustiado con el tema de tu padre y las amenazas de Linda que pensé que no era el momento de echar más leña al fuego. Además, a la primera de cambio te alejaste de mí dándolo todo por perdido, así que tampoco sentí la obligación de darte explicaciones —dijo Clara con tristeza pero con firmeza.

—Creo que ya sé de qué se trata.

—No. No lo sabes.

—Vas a hablarme de Paul Foster, ¿verdad? —dijo Sheridan con total tranquilidad.

—No tengo que preguntar cómo lo sabes, porque si yo no te lo he contado, no queda más que una persona que haya podido hacerlo.

—Y tú no hace falta que me expliques nada. Estás aquí, conmigo, y no necesito más argumentos.

—Abrázame, Log, por favor. Lo necesito.

—Y yo te necesito a ti más que a nada en el mundo. Mejor dicho, eres lo único que necesito. ¿Y sabes por qué, Clara Ríos? Porque si me faltas tú, lo demás se vuelve insignificante, pierde todo su valor, sabiendo como hoy sé que todo lo que tengo y lo que soy se sustenta si lo comparto contigo. En caso contrario, nada me llena, todo pasa a ser accesorio, prescindible. Siempre he disfrutado de mi trabajo y sabes que adoro a mi familia, pero si tú no estás en mi vida, todo lo demás se devalúa, pierde el sentido y yo me convierto en un autómata que repite su existencia, día tras día, sin la menor emoción. —Logan nunca habló tan convencido de cuanto decía.

—Mi amor, te quiero tanto. —Clara volvió a abrazarlo.

—Jamás volveré a permitir que nada ni nadie se anteponga a ti, a nosotros. Te lo juro.

El río se deslizaba suavemente mecido por una leve brisa que

levantaba un hipnótico oleaje con crestas espumosas. Iluminado por las luces de los rascacielos de ambas orillas, el agua se asemejaba a un profundo agujero negro. El pequeño parque quedó desierto en cuanto cayó la noche. Tan solo un hombre y una mujer, jóvenes y enamorados, se debatían entre el deseo de estar juntos y la inevitable separación que había de romper la magia de aquel beso interminable que ponía el punto final a semanas de desencuentros, malentendidos y mentiras que amenazaron seriamente aquel amor limpio e inocente de toda culpa.

Capítulo 38

Yendo más despacio, nunca aprendí a frenar,
ni a volar más alto, no pasé de tu portal.
Y en las cantinas cómo bailan, cómo cantan,
se han olvidado a qué huele la luna.
Sirenas. Taburete, 2016

A primera hora de la mañana, el profesor Henry Mitchell y el fotógrafo del *Times*, Johnson Garret, recibieron un correo electrónico en el que se les citaba a las doce de la mañana en el despacho de la coordinadora general de Información, Emily Clayton. Ambos conocían perfectamente la razón por la que se les convocaba y, aunque no contaban con demasiados recursos para defenderse, la única salida digna que les quedaba era acusar a la doctora Cooper como cerebro del plan y entonar el *mea culpa* para conservar los puestos de trabajo, que no podían estar más en el aire.

Los cuatro, incluido el jefe Anderson, se sentaron alrededor de la mesa de reuniones.

—No lo negaremos, Emily —dijo Mitchell con cierto tono desafiante.

—Haces bien, Henry, porque lo único que conseguirías es aumentar tu culpabilidad. No puedo creer que cayeras en la trampa de esa mujer obsesiva y monomaníaca. Sé que tu relación con ella es terapéutica y que te trata en su consulta, pero de ahí a solidarizarte con sus locuras hasta el punto de poner en riesgo tu reputación y tu trabajo… —Clayton hablaba

con un tono firme y seguro dando a entender que, por su parte, la decisión de la sanción estaba tomada.

—No lo entiendes, Emily. Durante toda mi vida he sido un lisiado, con limitaciones para ejercer un trabajo periodístico serio y sin la más mínima oportunidad para tener una pareja y formar una familia —comenzó Mitchell su relato.

—Y como solución, has vivido sumido en el rencor hacia Ríos y Foster, según tú, responsables de tu desgracia, aunque de sobra sabes que no lo fueron. Te has montado esa película para no querer ver la realidad, porque echándole la culpa a terceros de tu mierda de vida justificabas tu cobardía y tu falta de agallas para enfrentarte a las circunstancias que te han tocado vivir. Pues lo siento, Henry, pero hace mil años que dejé de tenerte lástima. —Emily cada vez transmitía más rotundidad en sus argumentos.

Richard Anderson los ratificó conforme Emily hizo una pausa.

—¿Lástima? Lástima fue la muerte de Ríos en pleno servicio, dejando una viuda y una hija adolescente. ¿Y, dime, de ese drama, a quién le echarías tú la culpa? ¿A los rusos, a los que montaron el puesto de mando en el lugar equivocado o a Foster, que conservó la vida al desplazarse precisamente a la zona de peligro? Siempre fuiste débil y llorón, si hubiera sido otra tu actitud, podías haber hecho una carrera periodística impecable y seguro que tu vida personal también hubiera sido mucho más feliz, pero decidiste tomar el camino del victimismo y mírate dónde estás.

Mitchell empezó a percatarse de que contaría con cero indulgencia.

—Tú mejor que nadie conoces mi historia, Henry —intervino Clayton—, una historia digamos que… de mala suerte. Jamás me sentí víctima de nadie ni pagué mi frustración y mi sufrimiento en ninguna parte que no fuera mi casa, a base de lágrimas y abatimiento. En tu cortedad de miras, piensas que el único maltratado por la vida eres tú, pero ha llegado el momento de rendir cuentas, Henry. Por mi parte, ya conoces lo que pienso al respecto, así que no me queda más remedio que proponer la

suspensión de empleo y sueldo, hasta que tu caso sea tratado en la próxima reunión del Consejo. La resolución final se hará según el veredicto de la Junta.

Mitchell enmudeció. Aquello no pintaba nada bien y el profesor comenzó a ponerse pálido y a sudar mucho. Clayton le sirvió un vaso de agua y le abanicó con uno de los ejemplares del periódico que descansaban sobre la mesa. Poco a poco, el hombre fue recobrando el color.

—Aún no he terminado contigo —prosiguió Emily—, pero es el turno de Garret. Te escuchamos.

—Ms. Clayton, Mr. Anderson. Lo mío es fácil de explicar: necesito dinero.

—¡Fantástico! De donde se deduce que cuando alguien necesita dinero, lo más rápido y efectivo es convertirse en chantajista… Así de simple —apostilló Anderson.

—Quiero operarme. Todo el mundo sabe en el periódico que mi orientación sexual tiene que ver con la homosexualidad, que trabajo por las noches en un club de *drag queens* y que cada vez me cuesta más mantener esta doble vida que dura ya demasiado tiempo.

—Pues…, no sé…, pide un préstamo al banco o busca otro trabajo mejor remunerado, lo que sea menos jugar con la honorabilidad de personas inocentes, porque puede ocurrir lo que está a punto de sucederte, y es lisa y llanamente que te quedes en la calle, y no parece el mejor camino para conseguir tus propósitos. —Emily reforzó el razonamiento de su colega.

—Y ahora la pregunta del millón. Quiero que me expliquéis con detalle toda la operación. ¿Cómo sacasteis la información de mi ordenador? ¿Quién de los dos lo hizo? —Anderson se puso en pie para disparar las preguntas.

—Los dos —confesó Garret dirigiéndose al jefe Anderson—. Usted tiene unas rutinas muy marcadas. Se sube ya con el café según llega al periódico, coloca su abrigo en el perchero y, mientras se lo toma, contempla una fotografía que tiene sobre la mesa, más o menos durante un par de minutos. Después se sienta a trabajar. Siempre que podía, yo le observaba desde la

barandilla de la escalera y tenía comprobado que, desde que salía del ascensor, no tardaba más de cinco minutos en aparecer la luz verde de su ordenador. Esa era la señal. Acercando mi mejor *zoom* podía ver perfectamente las claves que tecleaba. Le vigilé durante varios días para comprobar que todo coincidía. Anoté los códigos y se los pasé a Mitchell, que solía rondar por el periódico hasta muy tarde. Él se encargaba de sacar los datos que necesitábamos para llevar a cabo el plan.

—No puedo creerlo. Me has acechado como un depredador a su presa. —Anderson estaba en *shock* y Clayton muda de asombro.

—Es la técnica de los *paparazzi*. No me explico como la Brigada de delitos informáticos no pensó en esa posibilidad. Estamos en un periódico… —terminó Garret su parte del relato.

—El problema llegó cuando la información sensible se sacó de la redacción para que cada uno la custodiara en casa —prosiguió Mitchell con la narración—, además de que nuestro contacto en el *Post* se negó a seguir colaborando con nosotros. Ahí se nos acabó el chollo, por eso tuvimos que esperar y pensar en otra alternativa. Hasta que surgió la gala solidaria del Partido Demócrata, de la que nos avisó Linda, puesto que su familia estaba invitada y a su padre le habían llegado rumores de la visita de los arquitectos de Washington, cuyo *modus operandi* él conocía bien desde su etapa en el ayuntamiento. Todo cuadraba y conseguimos las fotografías. Linda lograría su objetivo, casarse con Sheridan; Garret, un buen dinero, y yo, mi venganza haciendo daño a la becaria y a Robert Foster, que la protege.

—Y colorín, colorado… —dijo Clayton aplaudiendo—. Te comunico, Garret, lo mismo que a tu compinche. Estás suspendido hasta que el Consejo tome una decisión definitiva. Y, ahora, por favor, salid de mi despacho y del periódico. No quiero volver a veros hasta el día de vuestro despido definitivo, el cual espero que sea lo antes posible.

—No sucederá, Emily, y tú lo sabes. —Mitchell se rompió al explotarle en la cara las consecuencias de lo ocurrido y

comenzó a gritar desesperado—: No me dejarán en la calle, me he jugado mi integridad física por este periódico, mucho más de lo que nadie lo ha hecho jamás. Esto es una injusticia…

El personal de la planta se arremolinaba al otro lado de la puerta en un silencio que se podía cortar. Los gritos de Mitchell derivaron en un llanto histérico que Anderson y Clayton tuvieron que atajar para que los demás no vieran a su profesor en aquellas condiciones. Finalmente, abandonaron el despacho todos a la vez para evitar la exclusiva exposición de los culpables ante sus compañeros.

—Me duele la cabeza, Emily. Me siento agotado. En este momento no soy capaz de concentrarme, por mucho que lo intente. Bajemos al vestíbulo y tomemos un café. Esto ha sido demasiado —rogó Anderson.

—De acuerdo. Bajamos y nos despejamos. Nos vendrá bien. Esta tarde prepararé el informe y adjuntaré las declaraciones, las fotos y videos y toda la información de la que disponemos para la deliberación del Consejo. Te agradeceré, Richard, que lo revises tú también para que no se nos escape nada —concluyó la periodista.

—¿Y quién se hará cargo ahora de las clases? —interrogó Anderson.

—¡Buena pregunta! Creo que lo mejor es que me ocupe yo hasta que lo solucionemos —respondió Emily resignada.

Todo el periódico estaba ya al tanto de lo sucedido y de la autoría de las filtraciones que habían tenido en jaque tanto a los responsables del rotativo como a los miembros de la brigada policial asignados al caso. Tan solo faltaba el veredicto final del Consejo de Dirección del *Times* para cerrar definitivamente la investigación interna y la policial, teniendo en cuenta que los culpables habían confesado. Clara y Logan podían respirar tranquilos, puesto que Linda Cooper prometió igualmente abandonar sus pretensiones y dejar en paz a su exnovio y a la familia Sheridan, a los que no volvería a acercarse nunca más.

Sin embargo, Logan seguía sin liberarse de la pesada carga que soportaba y que no le dejaba disfrutar del final feliz de

aquella pesadilla que tan malos ratos le había proporcionado. Aún no le convencían los planteamientos ideológicos de su padre y, lo que era aún peor, albergaba serias dudas sobre su propio interés por la política como proyecto de vida. Hasta aquel momento, nunca se lo había cuestionado, y aunque tanto Clara como Lex le insistían en que tener dudas sobre cualquier profesión era no solo lógico, sino muy conveniente, Logan seguía pensando que tal vez no había sido lo suficientemente sincero consigo mismo y había tomado por inercia el camino de la saga familiar sin más reflexión.

—Mírame, Log. Soy hija de periodista y aquí me tienes. ¿Y esto quiere decir que estoy siguiendo el camino marcado sin hacerme preguntas? En absoluto. También podía haber seguido la estela de mi madre; hoy sería dentista y trabajaría en su clínica de Madrid sin más complicaciones —apuntó Clara.

—Cariño, entonces yo no te hubiera conocido, así que prefiero la ruta del periodismo a ojos cerrados —respondió Logan besando a su novia en la mejilla.

—Yo vengo de una familia de criadores de caballos que se metieron a políticos —añadió Lex—. Louisville y Washington son incomparables y el pedigrí político de tu familia y el de la mía nada tienen que ver, pero yo me siento bien en el servicio público. Logan, nada es perfecto, y la política es un terreno pantanoso en el que hay que moverse con mucho cuidado o la ciénaga puede engullirte.

—¿Y crees que el periodismo puede tirar la primera piedra? —Clara insistía en los mismos argumentos—. Los medios de comunicación también sirven a *lobbies*, a intereses económicos y políticos, ¿o es que me vas a decir que la prensa es independiente…? No lo es en Estados Unidos ni en ningún país del mundo.

—No puedo negaros la razón, porque la tenéis —por fin hablaba Logan, que había escuchado en silencio hasta entonces —, pero me invade un sentimiento de decepción en estos momentos que no logro superar y, lo que es peor, no veo a mi padre ni a Adams con los mismos ojos.

—Tal vez ha llegado la hora de la verdad, de que esa venda un tanto fantástica que llevas puesta desde hace años caiga por fin y coloques cada cosa en el lugar en el que debe estar. Ni la política es altruismo y servicio público sin mancha ni borrón, ni las personas que se dedican a ella son puros y limpios de corazón como los apóstoles. Somos débiles y tendemos a caer en las tentaciones, y esto también cuenta para familiares, amigos, compañeros y todos aquellos a los que hemos puesto en un pedestal. —Logan escuchaba cada palabra de Parker sin dejar de pensar en la suerte que tenía de tener cerca a aquel compañero con tal claridad de ideas.

—Sé que es cierto, pero me va a costar liberarme del desengaño y la frustración —dijo Logan como reflexión final.

—Asume las limitaciones y aprenderás a disfrutar de tu trabajo y de esa parte a la que das tanto valor, que no es ni más ni menos que el servicio a tu comunidad y a tu país. Entiéndelo así y te sentirás orgulloso de ti mismo.

—Gracias a los dos. En estos momentos sois todo lo que necesito para seguir adelante.

Y Logan, situado en el centro, abrazó por los hombros a Clara y a Lex acercándolos mucho a su cuerpo y, más animado, propuso una última cerveza antes de marchar a casa.

Capítulo 39

Cómo tú te llama, yo no sé.
De dónde llegaste, ni pregunté.
Lo único que sé es que quiero con usted,
quedarme contigo hasta el amanecer.
Hasta el amanecer. Nicky Jam, 2016

Finalmente, la dirección del Hospital Monte Sinaí decidió trasladar a la traumatóloga Linda Cooper a su centro homólogo en Los Ángeles, California. El Cedars-Sinaí, certificado como un centro de traumatología de nivel I para adultos y pediatría, sería muy adecuado para que la doctora Cooper iniciara una nueva etapa en un lugar diferente, lejos de Manhattan y de todo cuanto le había provocado aquel estado de obnubilación.

En cuanto a Johnson Garret, su despido del *Times* fue fulminante y con efecto inmediato. Nadie le contrataría en Nueva York con sus antecedentes, por lo que el fotógrafo no tuvo más alternativa que abandonar igualmente Manhattan e intentar buscarse la vida en otro estado, a preferir, lo más lejos posible. En lo relativo a Henry Mitchell, Clayton abogó por la negociación de una jubilación anticipada, teniendo en cuenta su edad y sus características físicas. El Consejo accedió y el profesor abandonó el periódico por la puerta de atrás, pero con una pensión digna para el resto de su vida.

Del final del curso para becarios se hicieron cargo, a partes iguales, Clayton y Anderson, puesto que solo quedaba el último trimestre y todos los alumnos trabajaban ya en sus tesis finales.

Sería con vistas a la edición siguiente cuando buscarían un nuevo candidato.

Aunque de aquella manera, Logan fue asumiendo la faceta más oscura de la política, esa que a él le costaba tanto admitir y, poco a poco, consiguió disfrutar otra vez de su trabajo y de su familia, aunque, sin lugar a dudas, la artífice principal de aquel cambio fue Clara Ríos, su «reportera favorita», como él la llamaba.

Por fin, los novios viajaron a Washington, invitados por los Sheridan para conocer a Clara, que, con su espontaneidad y su encanto, encandiló a toda la familia, sobre todo a la pequeña Alice. Ambas parecían tener una conexión especial. Para Logan era muy importante la aceptación del noviazgo por parte de su familia, que progresivamente fue dejando de hablar de Linda Cooper y de los daños colaterales que su paranoia les había causado a todos. Aquello era agua pasada y por fin tocaba restablecer la armonía de los Sheridan y disfrutar del verano, que siempre proporcionaba algunos días de vacaciones, aunque Clara estaba inmersa en su tesis sobre las Fuerzas de Paz de Naciones Unidas y Logan tenía por delante la planificación de un otoño municipal que se vislumbraba muy movido. En cualquier caso y para abrir boca, pasarían un fin de semana en las Niagara Falls con los Sheridan y, más adelante, una semana en Madrid con las señoras Ríos. Los dos estaban entusiasmados con la posibilidad de disfrutar juntos de su tiempo libre. Todo eran planes emocionantes, de esos que se viven con tanta o más intensidad durante su gestación que cuando finalmente se llevan a cabo.

Sin embargo, lejos de Estados Unidos, en la vieja Europa, un hombre y una mujer maduros se juraban amor eterno en la Ciudad de la Luz, la capital del amor. Tras una magnífica cena en uno de los mejores restaurantes de París, Robert y Ángela decidieron regresar al hotel caminando en dirección a les Champs Élysées, para bajar después hacia el río. A pesar del buen tiempo propio de las primeras semanas del verano, Ángela se protegía del relente húmedo de la noche con un chal

rojo coral a juego con su vestido. Pasearon despacio, admirando a su paso el Museo d'Orsay, el Palacio de Borbón, el Hotel de los Inválidos, la torre Eiffel y la Asamblea Nacional, para cruzar el Sena después por el Pont Saint-Louis, que conecta las dos orillas con la Isla de la Cité. Los turistas que abarrotaban los *bateaux mouches* les saludaban al pasar agitando las manos.

—Te saludan a ti porque estás maravillosa y, perdona, pero yo tampoco puedo dejar de mirarte.

—Me abrumas, Robert —dijo Ángela nerviosa.

—¿Sabes? Había perdido la esperanza de volver a sentirme bien, reconciliado con la vida, y no hablemos de una utopía inalcanzable como es pasear contigo bajo la luna de París. Ángela, yo…

Los dos se detuvieron ante la visión fantasmagórica de la catedral de Notre Dame, reflejada en las negras aguas del Sena. Aquel bellísimo monumento parisino, escenario de una de las historias de amor más famosas de la literatura universal, les contemplaba a través de la etérea bruma que emanaba del río, presagio del amanecer de un nuevo y luminoso día.

—Para, para…, Robert. No estoy segura de estar preparada para seguir escuchándote. —Ángela bajó los ojos, turbada, mientras Robert le cogía ambas manos—. Conoces las dificultades de nuestra relación tan bien como yo. No debemos acelerarnos o nos saldremos de la carretera.

—Lo sé. Tú eres la cordura y yo la sinrazón, pero déjame que al menos esta noche viva una realidad que parece una ficción. Me siento con fuerza suficiente para materializar este sueño, nuestro sueño. —Robert sentía que su cuerpo era un puro temblor de emoción.

De repente, el silencio se hizo palpable. Ya no navegaban barcos ni circulaban coches y los transeúntes más cercanos se localizaban a decenas de metros. Como si el resto del mundo se hubiera apartado de ellos, Ángela y Robert se encontraban confinados en la isla, observados por un jorobado, cómplice y transgresor, que conjuraba desde la torre del campanario para hacerlos inseparables. Un escalofrío recorrió la columna

vertebral de Ángela, inmediatamente reconfortada por el cálido abrazo de Robert, mientras sus bocas se buscaban con la urgente pasión de quienes hubieran esperado toda la eternidad. Se besaron una y otra vez, sus brazos se enredaban a lo largo y ancho de sus cuerpos, que respondían perfectamente acompasados, fruto inequívoco del amor y de la atracción sexual que siempre le acompaña.

—Deberíamos irnos. Hace frío —dijo Ángela envolviéndose en su chal.

—De acuerdo, pero déjame que contemple tu imagen por última vez. Quiero grabar esta noche en mi memoria para siempre, tu rostro, tus ojos, tus labios… —Robert no podía dejar de mirarla—. Te quiero, mi amor.

—Y yo te adoro —respondió Ángela apoyando la cabeza en su hombro.

Compartieron, sin medida ni mesura, aquella noche de amor físico y lujuria química en la que sus cuerpos ardieron en las llamas del deseo. Entre la medianoche y el amanecer siguiente se calcinó la cordura, murió la consciencia y el camino quedó despejado al deseo y al amor carnal. Una sinfonía de respiraciones entrecortadas y gemidos de placer se intercalaron entre promesas carentes de sentido alguno fuera del cauce desbordado de la pasión. Una y otra vez, los amantes se fundían y se separaban en una danza de movimientos coordinados al son de ritmos desenfrenados. Él la poseía mientras le tatuaba en la piel sus huellas intangibles, que dejarían para siempre las señales de una pasión compartida. A la mañana siguiente, Robert besó a Ángela en la frente, en la boca, en los senos. Ella se removió entre las sábanas, aún adormecida, para regresar juntos a ese lugar sobrenatural al que de nuevo les llevaba el sentimiento sagrado del amor.

Finalmente, tomaron un taxi y se dirigieron al aeropuerto, en silencio, con el corazón encogido y las manos entrelazadas. El vuelo con destino a Madrid despegaría cuarenta minutos antes que el que llevaría a Robert de vuelta a Nueva York. Las despedidas se hacían cada vez más difíciles, a pesar de que en

el horizonte se vislumbraba la cercanía de un nuevo encuentro antes del final del verano. Y para eso tan solo faltaban unas pocas semanas.

Cuando Ángela llegó a casa, encontró a una abuela Magdalena mermada en sus facultades. Según sus cuñados, había sufrido un episodio de hipertensión durante el fin de semana. Alarmados por su desorientación y su persistente dolor de cabeza, se desplazaron a las urgencias hospitalarias más cercanas, donde la mujer ingresó durante unas horas hasta que consiguieron estabilizar su tensión arterial. No obstante, los médicos se mostraron partidarios de someter a la paciente a una batería de pruebas con el fin de descartar otras posibles causas de unos síntomas comunes a una gran variedad de patologías. La anciana no quería ni oír hablar de médicos y hospitales, así que le tocaría a Ángela convencerla de la conveniencia del chequeo y hacerse cargo de que lo llevara a efecto. Una nueva preocupación estaba a punto de hacer su entrada en la vida de las Ríos. Finalmente, y sin poder ni siquiera imaginar otros planes de vacaciones dadas las circunstancias, fue Robert quien se desplazó a Madrid, en un viaje relámpago, para apoyar a Ángela en el cuidado de su suegra y acompañarla en aquellos momentos difíciles para toda la familia. Por expreso deseo de la abuela, nadie le hablaría a Clara de su frágil salud hasta conocer el diagnóstico y el tratamiento posterior. No había necesidad de alarmar a la muchacha sin tener datos concretos.

En otro orden de cosas, y a su regreso, Robert recibía con emoción los primeros ejemplares de su magnífico libro, dedicado, como no podía ser de otra manera, a todos los corresponsales de guerra del mundo y, en especial, a su compañero y hermano Antonio Ríos, de quien había heredado el legado más hermoso que se puede recibir en la última etapa del camino de la vida: el amor, la ternura y la compañía que dan sentido a la existencia.

The New York Times se volcó en la presentación de la obra de Robert Foster, de la que ya se habían hecho eco numerosos

medios de comunicación desde hacía días, auguraban un éxito rotundo de promoción y ventas. El acto que daba el pistoletazo de salida a la campaña tendría lugar en el salón de actos del periódico con capacidad para casi cuatrocientas personas, teniendo en cuenta que se preveía la asistencia de periodistas y corresponsales procedentes de Europa y Estados Unidos, colegas y compañeros del autor, con quienes había cubierto la información de los conflictos bélicos del mundo entero.

Tras disfrutar de unos días en compañía de los Sheridan, Ángela convenció a Clara para que aplazara su visita a Madrid con Logan, puesto que tanto Robert como ella se encontraban inmersos en los preparativos del bautizo de *Reporteros de trinchera*, ya que la muchacha se había convertido en su más que eficiente agente literaria. Como si lo hubiera hecho toda la vida, le organizaba la agenda de entrevistas y viajes, así como la ingente cantidad de actos y conferencias que desde otros medios de comunicación y universidades reclamaban la presencia del flamante autor. La realidad era que Ángela intentaba evitar por todos los medios que Clara y Logan aterrizaran en Madrid sin conocer aún con exactitud el estado de la abuela. Para su nieta iba a suponer un auténtico *shock*.

Cientos de invitaciones se cursaron vía digital, pero Clara esperaba con ansiedad tan solo una respuesta, la de Paul Foster. En cada ocasión en que habían hablado por teléfono, Clara no había sido capaz de arrancarle la confirmación de su asistencia, escudado en el trabajo y en los compromisos que el arquitecto debía atender en los meses siguientes.

Tan solo faltaba una semana para el gran día. El departamento de «Internacional» del *Times* organizó una pequeña fiesta para agasajar a su compañero y Emily Clayton, conmovida, pronunció un discurso memorable alabando la figura de Robert Foster y de todos los corresponsales de guerra, a los que tanto debía el periodismo mundial. Fueron días de mucho ajetreo y de emociones a flor de piel, en los que el escritor no pensaba en otra cosa más que en la llegada de Ángela, que tenía previsto viajar a Nueva York la tarde antes de

la presentación, y de la eventual asistencia de su hijo Paul, del que no había vuelto a saber una sola palabra.

Clara y Logan fueron los encargados de recoger a Ángela en el aeropuerto mientras Robert ultimaba los detalles del evento. Desde que madre e hija se encontraron, Clara supo que algo no iba bien. Las huellas del cansancio y la preocupación eran evidentes en el rostro de Ángela, que hacía de tripas corazón aparentando alegría y entusiasmo.

—¿Qué ocurre, mamá? No me digas que nada, porque no te creo —preguntó Clara con cierto enfado—. Además, hace días que no hablo con la abuela. Que si se ha acostado pronto porque estaba cansada, que si ha ido un rato a charlar con la vecina… No sé, es raro.

—Puedes no creerme, Clarita, pero te aseguro que no hay nada que tú no sepas. —Ángela cambió de tema—. Bueno, dime, ¿cómo va tu tesis? Y tú, Logan, ¿qué tal está tu familia?

—Pues muy bien. Muchas gracias, señora. Mi padre y mi madrastra vendrán mañana a la presentación de Foster. Están muy interesados en el tema y, según creo, mi padre trae alguna propuesta para que Robert se dirija al Congreso en una conferencia, o algo así… No sé mucho más, pero me parece una idea magnífica. Aunque os pido, por favor, a las dos, que no le digáis ni una sola palabra. Es una sorpresa y a mi padre le encanta el protocolo…

—*Oh my God!* Es excitante —dijo Clara dando saltos de alegría.

Una vez juntos, Robert y Ángela consiguieron aislarse y hablar con cierta intimidad.

—Ya tenemos resultados, cariño, y el veredicto no es nada bueno. Magdalena tiene cáncer de hígado en fase cuatro, la más avanzada, y además hay metástasis. —A Ángela se le humedecían los ojos con solo mencionar el tema.

—¡Vaya! Lo siento, mi amor. ¿Cuánto tiempo? —Robert hizo la pregunta del millón.

—Tres meses, tal vez algo más. —Ángela finalmente rompió a llorar.

—Tranquila, mi amor. Debemos preparar a Clara para lo inevitable. —Robert la envolvió con sus brazos y le besó su cabello una y otra vez.

—Soy consciente, pero no sé cómo hacerlo. Imaginarás que Magdalena ha vivido con nosotras toda la vida. Viuda desde muy joven, hemos sido su familia y, para mí, ha sido un poco la madre que apenas tuve, puesto que mis padres murieron siendo yo adolescente. Para Clara va a ser un palo tan grande o más que la pérdida de su padre.

—Bueno, buscaremos el momento y las palabras, pero no podemos evitarle el disgusto. Clara tendrá que encajarlo y asumir que la vida se termina, aunque es verdad que los seres humanos no estamos preparados para aceptar de buen grado la pérdida de nuestros seres queridos —concluyó Foster secando con sus propias manos los ojos llorosos de su querida Ángela.

—Se lo diremos antes de mi regreso —propuso ella—. No podré quedarme más de cuarenta y ocho horas. Lo siento, mi amor, pero te prometo que serán inolvidables. Estoy tan feliz y tan orgullosa de ti…

Todos estaban muy elegantes. Foster estrenó un traje oscuro que compró con Clara en Macy’s y madre e hija lucían perfectas. Ángela en tonos rosados y Clara con un mono estampado en blancos y negros que resaltaba especialmente su esbelta figura. Logan, su padre y su madrastra, elegantes y entusiasmados, disfrutaron enormemente de la velada y saludaron a todo el mundo con la paciencia y la cercanía características de los profesionales de la política.

A pesar de la tristeza por la enfermedad de la abuela Magdalena, aquellos dos días se convirtieron en una de las experiencias más hermosas en la vida de Robert Foster, pero también en las de Ángela y Clara, que vivieron con el periodista momentos muy significativos. Como una verdadera familia, compartieron con él los nervios y la emoción de un acontecimiento único e intenso, en el que la presencia intangible de Antonio Ríos, esposo, padre y amigo del alma, estuvo muy presente en todo momento.

Tras un millón de fotos a las que el periodista no pudo negarse, comenzó el acto. Además del editor, las intervenciones corrieron a cargo del director del *Times* y del corresponsal de guerra más veterano del rotativo, cuya amistad y admiración entre ambos venía de antiguo. En último lugar, hicieron sus presentaciones Bruce Scott, el inseparable fotógrafo de Foster durante años, y la coordinadora general de Información, Emily Clayton, elegantísima, con un vestido de seda en tonos azules. Ni qué decir que aquella mujer considerada de hierro se vio obligada a beber agua en un par de ocasiones para deshacer el nudo de su garganta.

Finalmente, Clara se acercó al estrado y desde el atril, con enorme aplomo, explicó a los presentes con brevedad lo que había supuesto para ella la pérdida de su padre, su aterrizaje en Nueva York, compartir su vida con Robert Foster y aprender de la mano de los mejores periodistas del mundo. Su agradecimiento sería eterno.

—Pero no estoy aquí para hablar de mí, ni tampoco del «tío Robert», porque si alguien ha de tomar la palabra para cerrar este acto, nadie mejor que Paul Foster, hijo del mejor periodista del mundo. Y, quédense con esta imagen, porque también será histórica.

Y Paul Foster salió por detrás del telón lateral para fundirse con su padre en un apretado abrazo. Robert no podía parar de llorar mientras todos los asistentes aplaudían en pie y los *flashes* de los fotógrafos se disparaban *non-stop* en una sinfonía de luces intermitentes que recordaban las ruedas de prensa de prohombres y *celebrities*.

Capítulo 40

Cómo te atreves a volver, oh, oh,
a darle vida a lo que estaba muerto.
La soledad me había tratado bien
y no eres quien para exigir derechos.
Cómo te atreves a volver, oh, oh,
y a tus cenizas convertir en fuego.
Hoy mis mentiras veo caer,
que no es verdad que te olvidé,
cómo te atreves a volver.
Cómo te atreves. Morat, 2015

Tras un emotivo discurso con el que cerró el acto, Robert Foster firmó libros sin parar y recibió las felicitaciones y muestras de cariño de tantas personas, muchas de ellas desconocidas, a las que nunca agradecería lo suficiente su apoyo y su afecto en aquel día especial, que guardaría en su memoria para siempre.

Después, el periodista y su familia, más Emily Clayton y los Sheridan, abandonaron el salón de actos del *Times* y se dirigieron al restaurante favorito de Foster, donde este había reservado una mesa para cenar y disfrutar de un final de fiesta memorable. El TAO Uptown está situado en la E 58th St., entre Park y Madison Avenue, en pleno centro de Manhattan. Es un lugar espectacular, donde se degustan sorprendentes platos de cocina tailandesa, de vivos colores y sabores intensos, y se puede alargar la sobremesa o tomar una copa en un ambiente

elegante con una decoración sorprendente, entre lámparas, jarrones y espejos de estilo asiático. Un buda gigante preside la sala con un pequeño estanque a sus pies y cuando los comensales van abandonando sus mesas, los camareros las apartan para convertir el patio central en pista de baile. Menos los más jóvenes, todos confesaron no haber bailado en décadas, si bien no hizo falta animarlos demasiado.

La felicidad inundaba el corazón de Robert Foster, que lo mismo abrazaba a su hijo que a Clara, a Logan o a Emily Clayton, bajo la mirada divertida de Ángela, que no podía sentirse más afortunada por compartir su hija y su vida con aquel hombre generoso y extraordinario. Los Sheridan disfrutaron como nunca, según confesaba el congresista, porque en aquel lugar y con el ambiente en penumbra nadie le reconocería, con lo cual podía dar rienda suelta a su deseo de divertirse un poco. Su oferta para que Foster participara en una sesión del Congreso de los Estados Unidos, con el fin de explicar su experiencia en conflictos bélicos, dejó mudo al periodista, y después, cuando lo asimiló, pedía lo pellizcaran porque creía estar soñando.

Los de fuera marcharon a sus hoteles y los demás, cada uno a su casa. A la mañana siguiente, Robert Foster se despediría de su hijo, en un desayuno a solas. Debían ponerse al día de tantas cosas y era tan escaso el tiempo del que disponían que, a pesar de que se les pasaron las dos horas como dos minutos, fue suficiente para que ambos volvieran a mirarse con indulgencia, con respeto y, sobre todo, con admiración mutua. Hubo perdón y generosidad por ambas partes y un pacto no escrito de mantener un contacto, al menos, frecuente.

Paul Foster tomó su avión a Montreal y los Sheridan el tren a Washington. Ángela viajaría a Madrid a última hora de la tarde, por lo que no podía aplazar más la difícil misión de informar a Clara acerca del estado de salud de la abuela Magdalena. Decidieron que Logan estuviera presente, teniendo en cuenta que sería útil para tranquilizar a la muchacha una vez conociera la noticia. Por más que Ángela buscó la fórmula

menos dura para explicarle a su hija la situación, hay noticias incompatibles con el bálsamo del lenguaje. Clara escuchó atentamente las palabras de su madre, pero parecía incapaz de procesarlas. Se quedó muda, inmóvil, catatónica, todo lo contrario a lo que habían previsto, es decir, una explosión de drama y dolor y una reacción más bien histérica que requeriría la actuación de todos para calmarla.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó por fin la muchacha.

—Tres meses o quizá algo más, pero ya sabes, cariño, que los médicos se muestran poco partidarios de hacer pronósticos. Depende del paciente, de la evolu… —intentó explicar Ángela sin conseguir terminar la frase.

—Quiero hablar con ella —sentenció Clara aún paralizada.

—De acuerdo, cielo. —Ángela miraba a los dos hombres buscando ayuda—. Ya sabes cómo es la abuela, fuerte y decidida. Ella lo sabe y lo asume, y lo único que le preocupa en este momento eres tú.

—¿Y no crees que es mejor que hables con ella cuando estés más tranquila? Si te ve afectada, es posible que se venga abajo —se atrevió a intervenir Logan.

—¿Tú me ves afectada, Log? —preguntó Clara sin inmutarse.

—Claro que no, cariño. Pero si os veis y habláis, puede suceder que te desborde la emoción —añadió Logan buscando igualmente la complicidad de los demás.

—OK. Está bien. La llamaremos y tu madre y tú hablaréis con ella —intervino Foster finalmente.

—No. Quiero mantener una conversación privada. Y no me miréis así, como si estuviera trastornada. Sé muy bien lo que hago y quiero hablar con mi abuela a solas.

En unos minutos, apareció en la pantalla del Skype uno de los primos de Clara, que en seguida fue a buscar a la abuela. Cuando la vio, Magdalena desplegó su mejor sonrisa y sus ojos mortecinos se iluminaron como antorchas, muestra de la alegría que sentía su corazón. Se sentó en la butaca con cierta dificultad y con su mano derecha depositó un beso en la

pantalla.

—No digas nada, mi niña. Yo estoy bien. No tengo miedo ni dolor. Asumo mi destino como cada ser humano ha de aceptar el suyo cuando llega el final, porque si hay una verdad inexorable es que todos moriremos algún día.

—Abuela, yo… Solo quiero que sepas que eres, junto con mi madre, la persona más importante de mi vida. No tengo palabras para darte las gracias por tanto cariño como he recibido de ti en estos veintidós años, por haber guiado mis pasos cuando me sentía perdida. Contigo he aprendido a conocerme y a aceptarme, a valorar lo que tengo y a responsabilizarme de mis actos.

A pesar de la serenidad con la que hablaba, Clara tuvo que hacer una pausa, que la abuela aprovechó para tomar la palabra.

—Clara, cariño, siento que mi vida ha tenido todo el sentido y puedes estar segura de que siempre estaré contigo y, desde ese lugar desconocido al que iremos después de abandonar este mundo, seguiré atenta a tus pasos para protegerte e inspirarte cuando las encrucijadas se presenten, porque se presentarán. —También la abuela, fatigada, se vio obligada a parar para recuperar el aliento—. Termina tu trabajo en Nueva York para que yo me vaya tranquila y orgullosa de ti.

—Prométeme que me esperarás, abuela —dijo Clara con la voz quebrada—. Porque yo necesito explicarte muchas cosas y pedirte un millón de consejos antes de que mi alma se enfrente a ese agujero negro en el que la convertirá tu ausencia.

—Pues claro que te esperaré. Habrá tiempo de sobra para que me pongas al día de las cosas de los norteamericanos, de tus planes de boda con ese joven tan listo y tan apuesto que parece un actor de cine y que me cuentes la novela por entregas de tu madre con Robert, porque ella apenas me cuenta nada —bromeó Magdalena—. ¿Sabes? Por más que trato de convencerla de que tiene todo el derecho a ser feliz, ella aún cree que su relación con otro hombre me puede doler, por mi hijo…, ya sabes.

—Sí. Ya la conoces. Ahora debes descansar. Mamá viajará a Madrid esta noche y ya no se moverá de tu lado. Yo estaré contigo en cuanto me sea posible. Si por mí fuera, me iría con ella hoy mismo.

—Ni hablar. Todo estará bien y hablaremos cada día. Te lo prometo. Adiós, mi niña, descansa tú también y nada de tristezas. Sabes bien que la pérdida de mi hijo ha sido, sin duda, el golpe más duro que me dio la vida, pero aprendí a vivir con ello, y tú también aprenderás a seguir adelante, a pesar de las ausencias.

—Tengo el mejor ejemplo, desde luego. Y antes de que apaguemos, no olvides, abuela, cuando de nuevo te reúnas con él, explícale a mi padre que su hija le recuerda cada día y que nunca he sentido tanta admiración por él como ahora que también soy periodista. —Clara no podía seguir hablando.

—Descansa, cariño, y abraza a todos de mi parte. —Y la abuela desconectó antes de que un llanto incontrolable y un agudo dolor en el pecho se apoderasen finalmente de Clara.

Los días pasaron y las semanas fueron cayendo del calendario mientras el mes de noviembre se asomaba tímidamente a la vuelta de la esquina. Clara terminó su tesis con una valoración de «Excelencia» con mención especial y recibió su certificado junto a sus compañeros en una preciosa ceremonia que el *Times* organizó, como cada año, en homenaje a sus becarios, que llevarían en sus currículums el nombre del periódico por todo el mundo. La recepción posterior no escatimó en presupuesto para organizar un magnífico cóctel, música en directo y el ambiente más distendido, como correspondía a un día tan especial para todos los profesionales del periodismo: los jóvenes porque empezaban una nueva y apasionante andadura y los veteranos, porque veían salir al mundo a las nuevas generaciones en las que, de alguna manera, se veían igualmente reflejados.

Era tiempo de despedidas y recogidas, de abrazos y de emociones. Clara Ríos derrochó afecto con todo el mundo, en

especial con Edwin y Linette, sus queridos colegas y amigos durante todo el curso, y aprovechó para invitarles a visitar Madrid a la primera ocasión, lo que supondría un reencuentro memorable para los tres. Prácticamente sellaron el acuerdo con una promesa en plan mosqueteros.

La despedida de Anderson apenas fue tal, puesto que el jefe de «Local» le sugirió a Clara que viera a Clayton primero y regresara después. El mensaje no parecía tener demasiada dificultad en su lectura.

—Bueno, Clara Ríos, hoy dejas de ser «becaria» del *Times*, porque estás preparada para ser «periodista» del *Times*. —Clara abrió mucho los ojos—. Necesito una ayudante, niña. Los años pasan y yo ya no tengo la misma energía para ocuparme de la coordinación informativa de este periódico como antes. ¿Qué te parecería ser mi adjunta? Tocarías todas las secciones, tratarías directamente con los directores de los departamentos y asistirías conmigo a las reuniones semanales de la redacción. No tendrías, lógicamente, capacidad de decisión; sin embargo, de esta manera, tendrías una visión panorámica de la actualidad y de la gestión de la misma que te será muy útil en el futuro.

—Yo…, Emily, no sé qué decir. ¿Está segura de que puedo hacerlo? —balbuceó Clara.

—Si no lo creyera, no te lo propondría. Podemos formar un buen equipo: la experiencia y la juventud, nuevas ideas sin perder la tradición. —Clayton parecía realmente emocionada con su plan.

—Pero yo, Emily, debo marcharme a Madrid sin demora. Mi abuela está muy enferma y usted sabe lo que ella ha supuesto en mi vida. En este momento no puedo pensar en hacer planes de futuro. —Los ojos de Clara se humedecieron—. Debo estar a su lado en los últimos momentos.

—Lo sé, Clara. Lo he hablado con el Comité y no habría ningún problema en aplazar el nombramiento hasta después de Navidad, o incluso un poco más, si aún no se hubiera producido el fatal desenlace. Piensa que hablamos de un puesto de nueva

creación, no se trataría de sustituir a nadie. Yo puedo seguir arreglándomelas sola unos meses más. —Clayton abrazó a la chica para infundirle ánimo—. Tranquila, todo irá bien.

Robert la esperaba a la salida del periódico. Por fin, almorzarían en casa tras unos días intensos en acontecimientos. Un par de maletas descansaban ya en el *hall* junto a la puerta.

—Te voy a echar de menos —dijo muy serio.

—No tendrás ni tiempo. Te espera una *tournée* de promoción que ni los premios Nobel de Literatura —añadió Clara acariciando la cara de Robert.

—Antes de que te vayas, tengo que decirte varias cosas. Así que, siéntate y escucha, por si acaso no tenemos otra oportunidad. —Robert se aclaró la garganta antes de empezar mientras su tenedor daba vueltas a los espaguetis una y otra vez—. En primer lugar, gracias por tu cariño, tu compañía, por dejarme cuidarte. ¿Sabes? Yo nunca había cuidado a nadie. Gracias por hacerme recuperar las ganas de vivir y convertirme en un hombre nuevo, mucho mejor que el que nunca fui.

—Gracias a ti, tío Robert. Jamás hubiera conseguido lo que he conseguido sin ti y sin vivir en esta Nueva York a la que adoro.

—No me interrumpas o no acabaré. Te estaré eternamente agradecido por todo lo que has hecho por mí, pero, sobre todo, por ser la responsable de que mi hijo y yo hayamos dejado de ser dos extraños —añadió Foster.

—La verdad es que no se me da nada mal el papel de Celestina… —dijo Clara divertida.

—En unos meses, *The New York Times* tiene previsto ampliar su presencia en España creando una delegación en Madrid con cinco profesionales más. El periódico persigue con esta estrategia mayor influencia internacional, especialmente en Europa. Estoy pensando en pedir una de las plazas y no creo que tenga problema en conseguirla. Trabajaría a caballo entre las dos redacciones y tu madre y yo tendríamos más oportunidades para que nuestra relación funcionase. ¿Qué opinas? —preguntó Foster expectante ante la respuesta de Clara.

—Que me parece una idea maravillosa. ¿Lo sabe mamá?

—Aún no. Pero se lo diré muy pronto. En cuanto tenga la certeza de que la plaza es mía. ¿Y tú no tienes nada que contarme?

—Creo que no hace falta, porque tú ya lo sabes. Emily Clayton es una *crack* y no puedo ser más feliz ni estar más agradecida. Soy muy consciente de la suerte que tengo y de la oportunidad que su oferta supone, no solo a nivel profesional, sino como la solución para seguir en Nueva York y estar cerca de Logan. —Clara se levantó para llenar de nuevo la jarra de agua—. En cuanto me sea posible, me reincorporaré a mi nuevo puesto, pero ahora mi lugar está en casa con mi madre para afrontar juntas la pérdida de la abuela.

—Por supuesto. De otro modo, nunca te lo perdonarías.

—Esta noche cenaré con Logan y es muy probable que no regrese hasta mañana, tío Robert. Ya casi todo está recogido y tengo tiempo de ultimar el equipaje antes del vuelo.

—Yo te acompañaré al aeropuerto. No quiero quitarle protagonismo a Sheridan, pero no puedo pensar en no estar contigo hasta el último minuto que pases en Nueva York —razonó Foster.

—No te preocupes, Logan lo sabe y está de acuerdo.

Tras terminar de comer, ambos se retiraron a descansar un rato en sus dormitorios, un tanto melancólicos, sin poder evitar sentir el peso de la pena que producen las separaciones de los seres queridos, aunque estas sean temporales. Porque la vida es un continuo proceso de pérdidas y separaciones, y el dolor que originan forma parte de nuestra condición humana, de nuestra naturaleza, es el peaje que ha de pagar nuestra especie, eternamente atada al tiempo y a lo fugaz.

Capítulo 41

Me baño en alcohol para olvidar tu sabor
y esas uñas afiladas *clavás* en mi corazón.
Siempre apuesto, gano y pierdo, soy un jugador.
Dame sexo y drogas que yo pongo el *rock and roll*.
Noches sin dormir. Natos y Waor. 2022

Clara llegó a Tribeca en uno de los emblemáticos taxis amarillos que recorren Manhattan de punta a punta cada día. Llamó a la puerta del apartamento y Logan tardó menos de diez segundos en abrir. Ambos estaban algo nerviosos. Logan cogió a su novia de la muñeca y tiró de ella para después cerrar la puerta y evitar que el frío de la noche se colara dentro de la vivienda.

—El taxista me ha advertido que el cielo está adquiriendo poco a poco un color amarillo verdoso, señal de fuertes precipitaciones inminentes. Y para que le creyera, me ha dicho que era nativo de Nebraska y que había visto el fenómeno en numerosas ocasiones.

—Por mí, como si se desploma la bóveda celeste entera. Nada puede importarme esta noche, solo quiero disfrutar de cada segundo contigo. —Logan besó la mano de Clara y le ayudó a quitarse el abrigo.

Se besaron largamente. En medio del minúsculo salón, una mesa con mantel y servilletas, copas y velas encendidas esperaba inmóvil como la fotografía de una revista de decoración.

—¡Vaya, cariño! Esto es precioso, mucho más de lo que podía imaginar. —Clara sacó su móvil del bolso para hacer una foto, sin dejar de admirar la obra de Logan, de la que él se sentía especialmente orgulloso. Ella lo besó de nuevo como premio a tanta exquisitez.

—Espera, que me olvidé del jarroncito con las flores. —Logan acercó desde la pequeña cocina aquel minúsculo centro que solo tenía dos margaritas y tres ramitas verdes—. Ahora sí que está perfecto.

Cocinaron juntos y disfrutaron tanto que prometieron repetirlo con frecuencia en el futuro. La cena y la velada fueron maravillosas. Tras brindar con champán, ambos se entregaron en perfecta armonía al amor. Él la llevó en brazos hasta la habitación y la tumbó en la cama sin que sus labios se separasen ni un instante. Aquel intenso beso les desequilibró por un momento y ambos se echaron a reír. Una vez recuperada la estabilidad, Logan introdujo sus manos con codicia por debajo del jersey de Clara y acarició su estómago y sus pechos, mientras, ella perdía la noción de la realidad y se entregaba a él en una violenta excitación compartida. Despojados de la escasa ropa que les quedaba, se intercambiaron besos, miradas y caricias cada vez más lujuriosas. Logan la poseía una y otra vez, y ella le exigía que aumentara el ritmo de sus embestidas, arrancándole nuevos gemidos. Sus cuerpos se retorcían y clamaban por llegar a cotas de placer desconocidas hasta entonces. El clímax les encontró al mismo tiempo, uno en el otro, el otro en el uno… Poco a poco, el silencio de la habitación les arropó y sus respiraciones se fueron tranquilizando acompasadamente. Más tarde, exhaustos y abrazados, cayeron en un profundo aunque breve sueño, lo justo para reparar las energías imprescindibles cuando se ambiciona retomar el camino del amor carnal y el deseo compartido.

Sus bocas encajaban a la perfección. De nuevo la intensidad de sus besos se manifestaba como el prólogo de un nuevo encuentro que presagiaba ser aún más pasional que el anterior. Una oleada de calor sacudió a Logan, que echó el edredón a un

lado. Su corazón latía acelerado al tiempo que Clara deslizaba los dedos entre sus cabellos y le empujaba a poseerla de nuevo. El chispazo caminaba hacia el incendio, aquel incendio que un día les unió y que hoy no lo apagaría ni todo el cuerpo de bomberos de Nueva York. Se amaban. El amor verdadero no puede ocultarse, ni silenciarse, ni disfrazarse, es un sentimiento cómplice que se alimenta de la comprensión, del respeto y de la comunicación. Un amor consciente e irracional a partes iguales. En muy poco tiempo, ambos habían conseguido hacer realidad, a través del lenguaje erótico más puro, una comunicación íntima que algunos no consiguen en toda su vida.

El viento se calmó de repente, como si el aire enmudeciera ante lo que estaba a punto de suceder. En pocos instantes, los truenos comenzaron a rugir mientras los relámpagos iluminaban un cielo verdoso y brillante que auguraba una severa tormenta que ya estaba en camino. Ya no era de noche, aunque apenas había amanecido en la ciudad más icónica del mundo. El ruido del pedrisco al chocar contra tejados, coches y mobiliario urbano era ensordecedor y, de nuevo, Manhattan se cubrió, en noviembre, de un manto blanco con aroma metálico, fenómeno resultante del choque atmosférico de temperaturas. Aquel granizo pétreo que empezaba a formar parte de la vida de Clara Ríos y su idilio con la ciudad de Nueva York.

A lo lejos comenzaban a escucharse las sirenas de bomberos y policías de servicio, que acudían a las zonas afectadas por la tromba. Logan se incorporaría a su puesto en el ayuntamiento en cuanto Clara se hubiera marchado.

Ambos se vistieron y salieron a la calle cuando la tormenta había pasado. Por fortuna, los informativos hablaban de una intensidad mucho menor que la granizada del año anterior. Era como si Manhattan quisiera despedir a aquella Clara Ríos distinta a la muchacha que aterrizó en la ciudad de los rascacielos hacía tan solo un año. En tan breve espacio de tiempo, el corazón, la mente y hasta el cuerpo de aquella periodista madrileña de nuevo cuño habían madurado una década. Volvía a Madrid convertida en una gran mujer.

—Ya estoy pensando en tu regreso y aún no te has ido —dijo Logan abrazándola con ternura.

—Te prometo, cariño, que estaré de vuelta antes de que te des cuenta. Y prométeme tú que, durante mi ausencia, disfrutarás de tu trabajo, de tu familia y de esta maravillosa ciudad que me ha robado el corazón para siempre. —Los ojos de Clara se humedecieron.

—Lo haré, mi amor, por ti y por mí.

Con Franklin al volante, Clara y Robert llegaron al aeropuerto JFK de Nueva York.

—Señorita Clara, no puedo creer que ya se haya pasado este año. Parece que fue ayer cuando la recogí en este mismo lugar, despistada y temerosa ante el futuro inmediato —dijo el bueno de Franklin.

—Es verdad. No sabía cómo me iba a adaptar a un país diferente y a vivir con una especie de «lobo feroz», según la idea que yo tenía de Robert Foster. —Clara imitó el rugido de aquel monstruo de cuento infantil—. Ahora toca volver a casa, Franklin, pero regresaré pronto.

—Anda, dile lo que me has dicho a mí —sugirió Foster.

—Verá, señorita. Mi esposa y yo seremos papás de nuevo el próximo verano y, si Dios nos concede una niña sana y hermosa como sus hermanas, le pondremos de nombre Clara, en su honor. —Franklin se emocionó ante el abrazo apretado de la muchacha.

—¡Oh! Pero, querido Franklin, es usted mi ídolo. Qué alegría, otro bebé en camino. Y, si me lo permite, me comprometo a ser su madrina.

Robert acompañó a Clara hasta la entrada y entre los dos colocaron el equipaje en uno de los carros del aeropuerto. Ambos decidieron no seguir el camino juntos, porque las despedidas en los fríos vestíbulos de las terminales son difíciles de soportar.

—Esto no es una despedida, Clara. Nos veremos muy pronto. Faltan pocas semanas para Navidad y viajaré a Madrid para estar con vosotras, suceda lo que suceda con la abuela.

—Lo sé, tío Robert, y mi madre y yo te lo agradecemos muchísimo. Serán unas Navidades duras, en cualquier caso, y contar contigo nos lo hará a las tres mucho más llevadero. —Clara bajó la mirada al suelo para evitar que Foster notara el temblor de su barbilla.

—Dame un gran abrazo, mi niña. Te quiero tanto…

—Y yo a ti. Muchísimo.

Clara llegó a Madrid tres días antes de que la abuela entrara en estado crítico. Una doctora la visitaba cada día para controlar sus constantes vitales y prescribir los paliativos. Nada se podía hacer salvo esperar el desenlace.

Nuera y nieta permanecieron al pie de su cama en todo momento, y, aunque ya no hablaba, durante sus escasos momentos de lucidez, la mirada de la anciana transmitía paz y agradecimiento.

La abuela Magdalena expiró al alba del viernes 26 de noviembre, rodeada de su familia, que la despidió con la serenidad con la que ella había afrontado siempre los golpes de la vida, décadas de viudedad y la pérdida trágica de un hijo.

Y Clara Ríos rezó, torpemente, con la falta de fluidez de quien no lo hace habitualmente, pero con la necesidad de pedir a Dios, si es que existe, fortaleza de espíritu para afrontar con resignación y humildad ese breve lapso, apenas perceptible, que separa la presencia de la ausencia de los que amamos y nos aman.

AGRADECIMIENTOS

Granizo de otoño nació como resultado de un desafío. Todo el que me conoce sabe que, si quiere conseguir que emprenda algún tipo de tarea por la que, en principio, no siento mayor interés, me embarque en alguna aventura descabellada o encare un duelo contra otro o contra mí misma solo tiene que retarme. Entraré al trapo seguro. Y eso fue lo que sucedió.

Siempre había elegido los temas de mis libros en función de mi grado de preocupación ante una realidad social perturbadora, convencida de que compartía tal inquietud con una mayoría de ciudadanos que, como yo, no se muestran impasibles ante los problemas y las coyunturas del mundo del siglo XXI. Pero, hete aquí que, a propósito de mi participación en pasadas ediciones de algunas ferias del libro, había coincidido con autoras cuyo objetivo es otro bien distinto. Enfocadas a un público juvenil, masivamente femenino, escriben magníficas obras de entretenimiento cuyos personajes se construyen a partir de las características y la problemática de una generación de jóvenes, cuyos sueños tienen que ver con el presente y el futuro laboral, la necesidad de conocer el mundo y sus coyunturas, pero, sobre todo y especialmente, con el amor en toda su intensidad. Animada por su discurso y su éxito editorial, y sin ser muy consciente del cambio de rumbo que estaba a punto de emprender, acepté el reto de probar con un género literario de corte más romántico, hasta ahora inédito para mí.

Sin embargo, y como yo no soy Corín Tellado, a partir de los

ingredientes básicos del género, decidí añadir al guiso otros elementos de extraordinaria potencia culinaria, véanse el suspense, la complejidad de las relaciones familiares, la irrenunciable fidelidad a uno mismo, la resiliencia, la lealtad y la profesionalidad, forjando esta historia que aúna protagonistas de dos generaciones y cuya maquinaria funciona como un reloj suizo gracias a esa solidaridad intergeneracional que tantas veces resulta menospreciada.

Llegados a este punto, *Granizo de otoño* es hoy una realidad y yo he superado con holgura la nota de corte. Así que justo es que agradezca a cuantos lo han hecho posible, su intervención y su apoyo.

En primer lugar, gracias a Paz Navarro y al Grupo Editorial Sargantana por su magnífica acogida. Desde el minuto uno, valoraron tan positivamente mi trabajo y apostaron con tanta decisión por la publicación de esta historia que su profesionalidad y su solvencia superaron con creces todas mis expectativas y me sorprendían gratamente, acostumbrada a las vicisitudes, obstáculos y contratiempos editoriales a los que, en tantas ocasiones, nos enfrentamos los autores. Mis colegas saben muy bien de lo que hablo.

Y como no podía faltar en mi lista de afectos, mi agradecimiento sincero a Albert Castillón, mi eterno mentor, quien me animó con entusiasmo en esta nueva aventura tras leer la historia de Clara Ríos, a la que ambos consideramos desde el principio como nuestra «hija literaria». Sé que se alegra mucho con la publicación de esta novela.

Gracias a mi hijo Luis por acogerme en distintas épocas del año en su casa neoyorquina de Manhattan, razón por la que conozco tan bien la metrópolis norteamericana, escenario principal de esta novela e igualmente protagonista, cuyo imaginario urbano y social me acompañarán el resto de mi vida. Jamás me sentí extranjera en Nueva York.

Mi agradecimiento especialísimo a Julia Navarro, una de nuestras escritoras estrella, además de periodista, profesión a la que dedicó más de treinta y cinco años de su vida, coincidiendo

con una de las épocas más apasionantes de nuestra historia reciente: la Transición española. Ambas compartimos aquella realidad trascendental, cada una desde nuestra particular trinchera. Después de tantos años, contar con su apreciada aportación en esta novela dedicada al periodismo y sus profesionales supone un valor añadido.

Para terminar, y tal y como sucede en los créditos cinematográficos, el guionista, el productor y el director de la película aparecen en último lugar, por tratarse de las figuras más relevantes. Así que, por su importancia, mi agradecimiento sincero y especial a Jesús Aguilera, mi «director adjunto», por su trabajo como «Pepito Grillo», teniendo en cuenta que esta obra está a años luz de la literatura de su gusto. Su intervención ha sido decisiva, y aprovecho para pedirle disculpas, una vez más, por mi reticencia, si bien transitoria, ante algunas de sus críticas y sugerencias.

Desde muy joven, siempre sentí una admiración sincera por periodistas, cronistas, analistas e informadores, de tal manera que siempre han tenido un protagonismo muy marcado en todas mis novelas. En este caso, el homenaje pretende ser absoluto. Por tanto, solo me queda despedirme incidiendo de nuevo en el objetivo de este trabajo como tributo personal a los profesionales de la información, a todos, los de antes, los de ahora y los que, sin duda, vendrán cuando nosotros ya nos hayamos ido.

Muchas gracias y hasta pronto…



EDITORIAL
SARGANTANA